

CLIVE CUSSLER

y JUSTIN SCOTT

EL ESPÍA



Lectulandia

Una noche de 1908, un hombre de rasgos orientales entra furtivamente en un arsenal de Washington y coloca una sustancia explosiva que al día siguiente causará la muerte de Arthur Langner, The Gunner, el ingeniero naval más respetado del país, mientras interpreta una pieza de piano. Una serie de pistas confunden a la policía que dictamina que se trata de un suicidio. Pero Dorothy Langner, la joven y bella hija de The Gunner, no cree ni por un momento que su padre se quitara la vida y acude a la agencia de detectives Van Dorn para aclarar las circunstancias de su muerte. Desde la primera entrevista, Isaac Bell, el detective más prestigioso de la firma, cree la versión de la joven. Bell conseguirá desmontar la hipótesis del suicidio y deberá encontrar respuesta a la pregunta de a quién benefició la muerte de este ingeniero naval, cuyo único objetivo era mejorar la mítica Gran Flota de Estados Unidos para que estuviese a la altura del resto de potencias mundiales.

Lectulandia

Clive Cussler & Justin Scott

El espía

Isaac Bell - 3

ePub r1.0

Titivillus 31.07.16

Título original: *The spy*
Clive Cussler & Justin Scott, 2010
Traducción: Ignacio Gómez Calvo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

La hija del artillero

17 de marzo de 1908

Washington

El astillero naval de Washington dormía como una antigua ciudad protegida por gruesas murallas y un río. Unos ancianos montaban guardia, andando con paso pesado entre detectores de tiempo eléctricos que registraban sus rondas por fábricas, almacenes, talleres y cuarteles. Fuera del perímetro se alzaba una montaña de casas oscurecidas de trabajadores coronada por la cúpula del Capitolio y el monumento a Washington, que relucían como hierro polar bajo la luna llena. Se oyó un silbido. Un tren se acercó echando humo y tocando la campana.

Los guardias de la Marina abrieron la verja de la compañía ferroviaria North.

Nadie vio a Yamamoto Kenta esconderse debajo del vagón-plataforma de Baltimore y Ohio que la locomotora empujó hasta el astillero. Las ruedas del vagón chirriaban bajo el cargamento de planchas blindadas de treinta y cinco centímetros de grosor procedentes de Bethlehem, Pennsylvania. Los guardafrenos desengancharon vagón en un apartadero, y la locomotora retrocedió.

Yamamoto bajó con cuidado a las traviesas de madera y el balasto situado entre los raíles. Permaneció inmóvil hasta que tuvo la certeza de que estaba solo. A continuación siguió la vía hasta el grupo de edificios de ladrillo y hierro con tres plantas que albergaba la fábrica de artillería.

La luz de la luna entraba por las altas ventanas, y el fulgor color rubí de los hornos bien alimentados iluminaba una enorme caverna. Las grúas móviles se alzaban imponentes. El suelo estaba lleno de colosales cañones de acorazados de cincuenta toneladas como si un violento huracán hubiera arrasado un bosque de acero.

Yamamoto, un japonés de mediana edad con un lustroso cabello oscuro salpicado de canas y un aire seguro y solemne, se abrió paso resueltamente por los caminos reservados a los vigilantes. Prestó especial atención a los hondos pozos del suelo, los fosos bordeados de ladrillo en los que se montaban los cañones prensando carcasas de acero alrededor de tubos de quince metros. Tenía una vista de lince, agudizada por similares «visitas» clandestinas a Vickers y Krupp, las fábricas de cañones de la Marina británica y alemana, y la fábrica de artillería del zar de Rusia en San Petersburgo.

Una vieja cerradura de cilindro aseguraba la puerta del almacén del laboratorio que suministraba material a los ingenieros y científicos. Yamamoto la forzó y la abrió fácilmente. Dentro, se puso a buscar yodo por los armarios. Metió unos ciento setenta gramos de cristales de color negro azulado en un sobre. A continuación garabateó

«Yodo cristalino, ciento setenta gramos» en una hoja de solicitud con las iniciales «AL» del legendario diseñador jefe de la fábrica de artillería, Arthur Langner.

En un ala apartada del extenso edificio, localizó la cámara de pruebas donde los expertos en blindaje simulaban ataques con torpedos para calibrar el impacto extraordinariamente amplificado de las explosiones bajo el agua. Rebuscó en el polvorín. Las potencias navales que participaban en la carrera armamentística internacional para construir modernos acorazados estaban experimentando febrilmente con torpedos armados con TNT, pero Yamamoto advirtió que los estadounidenses seguían probando fórmulas basadas en propulsores de algodón pólvora. Robó una bolsa de seda con cordita modificada.

Al abrir un armario del conserje para hurtar una botella de amoníaco, oyó que el vigilante se acercaba. Se escondió en el armario hasta que el viejo hubo pasado por delante arrastrando los pies y desapareció entre los cañones.

Yamamoto subió la escalera raudo y silencioso.

El estudio de Arthur Langner, que no estaba cerrado con llave, era el taller de un excéntrico cuyo genio abarcaba la guerra y el arte. Diseños de recámaras de rosca escalonada y visionarios bocetos de obuses cuyos demoledores efectos todavía se desconocían compartían espacio con un caballete de pintura, una biblioteca de novelas, un contrabajo y un piano de cola.

Yamamoto dejó la cordita, el yodo y el amoníaco sobre el piano y se pasó una hora examinando las mesas de dibujo. «Convertíos en los ojos de Japón —predicaba en la academia de espionaje de la Sociedad del Océano Negro en las pocas ocasiones que el deber le permitía volver a su hogar—. Aprovechad cada oportunidad para observar, tanto si vuestra misión consiste en engañar como en sabotear o asesinar».

Lo que vio le asustó. Los cañones de treinta centímetros que había en el suelo de la fábrica podían disparar proyectiles a once kilómetros y perforar veinticinco centímetros del más moderno blindaje lateral con superficie endurecida. Pero allí arriba, en el estudio, donde se engendraban las nuevas ideas, los estadounidenses tenían bocetos preliminares de cañones de treinta y ocho centímetros e incluso un monstruo de cuarenta centímetros con una longitud de veintidós metros capaz de lanzar una tonelada de explosivos de gran potencia más allá de la curva de la Tierra. Nadie sabía aún cómo apuntar con ese tipo de arma cuando las distancias eran excesivas para estimar el alcance «avistando» las manchas de los errores de tiro. Sin embargo, la imaginación audaz que Yamamoto vio en acción le advirtió que era cuestión de tiempo que la «nueva Marina de guerra» de Estados Unidos desarrollara novedosas ideas de control de tiro.

Yamamoto metió un fajo de papel moneda en el escritorio del diseñador de cañones —cincuenta certificados de depósitos en oro de veinte dólares estadounidenses—, considerablemente más de lo que un trabajador cualificado del arsenal ganaba en un año.

La Marina de guerra de Estados Unidos era la tercera del mundo, por detrás de la

de Inglaterra y la de Alemania. Su flota del Atlántico Norte (insolentemente rebautizada la «Gran Flota Blanca») estaba enseñando los colmillos en una arrogante travesía por todo el mundo. Pero Gran Bretaña, Alemania, Rusia y Francia no eran enemigos de Estados Unidos. La verdadera misión de la Gran Flota Blanca era amenazar el Imperio de Japón con el acero. Estados Unidos pretendía dominar el océano Pacífico de San Francisco a Tokio.

Japón no lo permitiría, pensó Yamamoto sonriendo orgullosamente.

Solo habían pasado tres años desde que la guerra ruso-japonesa había dado lugar a un nuevo dueño del Pacífico Oeste. La poderosa Rusia había tratado de intimidar a Japón. En ese momento el Imperio de Japón ocupaba Port Arthur. Y la flota rusa del Báltico yacía bajo cien metros de agua en el fondo del estrecho de Tsushima, gracias en gran medida a los espías japoneses que se habían infiltrado en la Marina rusa.

Al cerrar el cajón del dinero, Yamamoto tuvo la inquietante sensación de estar siendo observado. Miró al otro lado del escritorio y contempló la atrevida mirada de una hermosa mujer cuyo retrato estaba enmarcado en plata. Reconoció a la morena hija de Langner y admiró la fidelidad con la que el fotógrafo había captado sus irresistibles ojos. La joven había escrito en el retrato con letra fluida: «Para padre, el “artillero” con valor “acorazado”».

Yamamoto centró su atención en las estanterías de Langner. Volúmenes encuadernados de solicitudes de patentes competían por el espacio con novelas. Las instancias presentadas poco antes habían sido mecanografiadas. Yamamoto sacó un volumen tras otro, remontándose hasta el último año en que las solicitudes habían sido escritas a mano. Abrió uno sobre el escritorio del diseñador y acto seguido cogió una hoja de papel de un cajón lateral y una pluma Waterman con la plumilla dorada. Consultando repetidamente la muestra de escritura, escribió una carta breve e incoherente. La terminó con la palabra «Perdóname» y estampó la firma de Arthur Langner.

Metió el yodo y el amoníaco en el baño del diseñador. Con la culata de su pistola de bolsillo Nambu, machacó los cristales de yodo sobre el lavabo de mármol y recogió el polvo resultante en una taza para el afeitado. Limpió el arma con la toalla, que dejó una mancha morada en la tela. A continuación vertió amoníaco sobre el yodo en polvo y lo removió con el cepillo de dientes de Langner hasta que tuvo una pasta espesa de yoduro de nitrógeno.

Levantó la tapa del piano de cola, introdujo la mano en la parte estrecha más apartada del teclado y untó la pasta en las prietas cuerdas. Cuando se secura, la mezcla explosiva se volvería inestable y extremadamente sensible a los impactos. Una suave vibración desencadenaría un sonoro estallido y un fogonazo. La explosión produciría pocos daños más allá del piano, pero, como detonador, sería letal.

Colocó la bolsa de seda sobre el armazón de hierro fundido e inmediatamente encima de las cuerdas. El saquito contenía suficiente cordita modificada para impulsar un proyectil de treinta centímetros a tres kilómetros de distancia.

Yamamoto Kenta salió de la fábrica de artillería por donde había entrado; todavía le picaban los ojos debido al amoníaco. De repente todo se torció. La verja de la compañía ferroviaria North estaba bloqueada por un arranque inesperado de actividad nocturna. Las locomotoras de maniobras metían y sacaban vagones descubiertos de los que se ocupaba una multitud de guardafrenos. Retrocedió y se internó en el arsenal, dejó atrás la central eléctrica y recorrió un laberinto de caminos, edificios y patios de almacenamiento. Orientándose por las chimeneas de la central eléctrica y por un par de torres de antenas de radio experimentales que se recortaban contra el cielo iluminado por la luna, cruzó un parque y unos jardines bordeados por bonitas casas de ladrillo en las que dormían las familias del comandante y los oficiales del astillero.

Allí el suelo se elevaba. Hacia el noroeste vislumbró el Capitolio asomándose por encima de la ciudad. Lo consideraba un símbolo más del temible poder de Estados Unidos. ¿Qué otro país podría haber levantado la cúpula de hierro fundido más grande del mundo al mismo tiempo que libraba la cruenta guerra de Secesión? Casi había llegado a una verja lateral cuando un centinela lo sorprendió en un estrecho sendero.

Yamamoto dispuso del tiempo justo para retroceder y esconderse en un seto vivo.

Su captura sería una deshonra para Japón. Aparentemente, se encontraba en Washington para ayudar a catalogar la reciente contribución de la Colección de Arte Asiático Freer a la Smithsonian Institution. Esa fachada le permitía mezclarse con el cuerpo diplomático y poderosos políticos, cuyas esposas se consideraban artistas y escuchaban sin perder detalle todo lo que él decía sobre arte japonés. Los auténticos expertos del Smithsonian ya habían pillado varias mentiras en dos ocasiones. Él había achacado las lagunas de sus conocimientos apresuradamente adquiridos a su escaso dominio del inglés. De momento los expertos habían aceptado la excusa, pero no habría ninguna explicación plausible que justificara la presencia de un conservador japonés de arte asiático merodeando por el astillero naval de Washington de noche.

El vigilante avanzó por el sendero, las botas crujieron en la grava. Yamamoto retrocedió y se internó más en su escondite, sacando su pistola como último recurso. Un disparo despertaría a los guardias de la Marina que dormían en el cuartel situado junto a la verja principal. Retrocedió un poco más, buscando a tientas una abertura en las ramas que diera al otro lado.

El vigilante no tenía ningún motivo para mirar al seto, pero Yamamoto seguía impulsándose hacia atrás contra las ramas flexibles, y una se partió. El vigilante se detuvo. Miró entornando los ojos en dirección al sonido. En ese instante la luna bañó las caras de ambos.

El espía japonés lo vio claramente: un marinero jubilado, un «viejo lobo de mar», que aumentaba su exigua pensión con el sueldo de vigilante nocturno. Tenía la cara curtida, los ojos desvaídos por los años de exposición al sol tropical y la espalda

encorvada. Se enderezó al ver la figura esbelta escondida en el seto. Súbitamente vigorizado, el jubilado dejó de ser un anciano que habría necesitado ayuda y retrocedió a su época de marinero patilargo y ancho de espaldas en la flor de la vida. Una voz sonora que antaño llegaba a la cofa del mástil preguntó:

—¿Qué demonios hace ahí?

Yamamoto salió arrastrándose por la parte de atrás del seto y echó a correr. El vigilante se metió entre los arbustos, se quedó enredado y se puso a gritar como un poseso. Yamamoto oyó unos disparos de respuesta a lo lejos. Cambió de dirección y corrió a lo largo de un alto muro. Habían aumentado la altura de este, como había descubierto cuando se preparaba para su «visita», porque los saqueadores habían invadido el lugar cuando el río Potomac inundó el astillero. Era demasiado alto para escalarlo.

Unas botas pisaron la grava. Sonaron gritos de ancianos. Unas linternas eléctricas parpadearon. De repente vio la salvación, un árbol situado junto al muro. Clavó sus suelas de crepé y caucho en la corteza, trepó por el tronco hasta la rama inferior, subió otras dos y brincó al muro. Oyó disparos detrás de él. La calle estaba vacía. Saltó y amortiguó la brusca caída flexionando las rodillas.

En Buzzard Point, cerca del principio de la calle Uno, Yamamoto subió a bordo de una lancha motora de cincuenta metros impulsada por un silencioso Pierce de dos caballos. El piloto se internó en la corriente y enfiló el río Potomac. Un velo de bruma superficial envolvió finalmente la lancha, y Yamamoto dejó escapar un suspiro de alivio.

Guareciéndose del frío en el compartimento de debajo de la proa, reflexionó sobre lo cerca que había estado de que lo atraparan y concluyó que en su misión no había sufrido ningún daño. El sendero del jardín donde el vigilante nocturno había estado a punto de pillarlo se encontraba como mínimo a ochocientos metros de la fábrica de artillería. No importaba que el viejo le hubiera visto la cara. Los estadounidenses menospreciaban a los asiáticos. Pocos podían distinguir los rasgos japoneses de los chinos. Como los inmigrantes de China eran mucho más numerosos que los de Japón, el vigilante informaría de que había habido una intrusión de un despreciable chino: un adicto al opio, pensó con una sonrisa de alivio. O, se rió entre dientes, un vil tratante de blancas obsesionado con las hijas del comandante.

Ocho kilómetros río abajo, desembarcó en Alexandria, Virginia.

Esperó a que la lancha se apartara del muelle de madera. Entonces echó a correr por el puerto y entró en un oscuro almacén atestado de material naval obsoleto y cubierto de una espesa capa de polvo y telarañas.

Un hombre más joven al que Yamamoto había apodado despectivamente el Espía lo estaba esperando en el cuarto interior tenuemente iluminado que hacía las veces de oficina. Era veinte años más joven que Yamamoto y de un aspecto corriente hasta el

punto de resultar anodino. Su oficina lucía la parafernalia anticuada de guerras anteriores: un cañón de avancarga de hierro fundido Dahlgren correspondiente a la época de la guerra de Secesión, que estaba hundiendo el suelo; y un viejo reflector de arco de carbón de sesenta centímetros de diámetro perteneciente a un acorazado, apoyado detrás de la mesa. Yamamoto vio su cara reflejada en el polvoriento ojo del reflector.

—Muchas cosas parecen gastadas —dijo en conclusión.

—No me sorprende.

Víctima del exceso de trabajo y de la escasa financiación, la fábrica de artillería había producido de todo, de montacargas de municiones a tubos lanzatorpedos para enviar la Gran Flota Blanca a la mar. Cuando los buques de guerra zarparon, la fábrica expidió por vía férrea cargamentos de repuestos, miras, mecanismos de percusión, obturadores y soportes para cañones a San Francisco. Al cabo de otro mes, la flota se recuperaría de su viaje de veintidós mil kilómetros alrededor del cabo de Hornos en Sudamérica y repararía sus embarcaciones en el astillero naval de Mare Island para cruzar el Pacífico.

—Yo no los subestimaría —replicó Yamamoto con pesimismo—. Las máquinas gastadas se pueden sustituir.

—Si tienen las agallas.

—Por lo que he visto, las tienen. Y también imaginación. Solo están tomándose un respiro.

El hombre sentado detrás de la mesa notó que Yamamoto Kenta estaba poseído —o quizá trastornado— por el miedo a la Marina de guerra de Estados Unidos. Ya había oído antes aquel discurso y sabía cómo cambiar de tema prodigando elogios al japonés.

—Nunca he dudado de su aguda capacidad de observación, pero me asombra la amplitud de sus conocimientos: química, ingeniería, falsificación. Ha impedido de un solo golpe el desarrollo de la artillería estadounidense y ha transmitido al Congreso que la Marina está corrupta.

Observó cómo Yamamoto se ufanaba. Hasta el agente más competente tenía su talón de Aquiles. El de Yamamoto era una vanidad capaz de cegarlo.

—Hace mucho tiempo que me dedico a esto —convino Yamamoto con falsa modestia.

En realidad, pensó el hombre sentado tras la mesa, la preparación del detonador de yoduro de nitrógeno era una sencilla fórmula presente en la *Enciclopedia juvenil de juegos y deportes*. Lo que no restaba mérito a las otras aptitudes de Yamamoto, ni a sus vastos y profundos conocimientos sobre guerra naval.

Después de ablandarlo, se preparó para poner al japonés a prueba.

—La semana pasada, a bordo del *Lusitania* —dijo—, me tropecé con un agregado británico. Ya conoce a esa calaña. Se considera un «espía caballeroso». —Tenía un talento asombroso para los acentos, e imitó a la perfección un acento aristocrático

inglés—. «Los japoneses —proclamó ese inglés delante de todos los presentes en la sala de fumadores— muestran una aptitud natural para el espionaje y una astucia y autocontrol que no se hallan en Occidente».

Yamamoto se echó a reír.

—Parecen las palabras del comandante Abbington-Westlake, del Departamento de Inteligencia Naval, División de Exterior, quien fue visto el verano pasado pintando una acuarela del estrecho de Long Island en la que casualmente aparecía el último submarino de clase Viper estadounidense. ¿Cree que ese charlatán lo decía como un cumplido?

—La armada francesa en la que se infiltró con éxito el mes pasado no llamaría precisamente «charlatán» a Abbington-Westlake. ¿Se ha quedado el dinero?

—¿Perdón?

—El dinero que tenía que meter en el escritorio de Arthur Langner. ¿Se lo ha quedado?

El japonés se puso rígido.

—Por supuesto que no. Lo metí en su escritorio.

—Los enemigos de la Marina en el Congreso deben creer que su diseñador principal, su llamado Artillero, ha incurrido en un delito de soborno. Ese dinero es vital para que nuestro mensaje al Congreso les haga preguntarse qué otras cosas hay podridas en la Marina. ¿Se ha quedado el dinero?

—No debería sorprenderme que haga una pregunta tan degradante a un socio leal. Se cree el ladrón que todos son de su condición.

—¿Se ha quedado el dinero? —repitió el espía.

Su costumbre física de mantener una quietud absoluta ocultaba la fuerza de su cuerpo.

—Por última vez, no me he quedado el dinero. ¿Se quedaría más tranquilo si lo jurara por la memoria de mi viejo amigo, su padre?

—¡Hágalo!

Yamamoto lo miró fijamente a los ojos con un odio manifiesto.

—Lo juro por la memoria de mi viejo amigo, su padre.

—Le creo.

—Su padre era un patriota —contestó Yamamoto con frialdad—. Usted es un mercenario.

—Está usted en mi nómina —respondió el espía todavía más fríamente—. Y cuando comunique a su gobierno la valiosa información que ha recabado en la fábrica de artillería del astillero naval de Washington, trabajando para mí, su gobierno le pagará otra vez.

—No espío por dinero. Espío para el Imperio de Japón.

—Y para mí.

—Buena mañana de domingo a todos los que prefieren la música sin sermón —dijo Arthur Langner a modo de saludo a sus amigos de la fábrica de artillería.

Vestido con un traje holgado arrugado, con su tupida melena despeinada y unos brillantes ojos inquisitivos, el diseñador principal del Departamento de Artillería Naval sonreía como un hombre al que todo le despertaba interés y al que le gustaban especialmente las cosas raras. El Artillero era vegetariano, agnóstico declarado y partidario de las teorías del inconsciente propuestas por el neurólogo vienés Sigmund Freud.

Tenía las patentes de un invento que llamaba la «máquina limpiadora de vacío eléctrica», en cuya creación había aunado su fértil imaginación y la sincera creencia en que la ingeniería doméstica con base científica podía liberar a las mujeres del aislamiento de las tareas de la casa. También creía que las mujeres debían tener derecho a votar, a trabajar fuera de casa e incluso a ejercer el control de la natalidad. Algunos rumoreaban burlescamente que su hermosa hija, quien alternaba con personas disolutas en Washington y Nueva York, sería una de las principales beneficiadas.

—Es un radical —se quejaba el comandante del astillero.

Pero el jefe de artillería naval, que había visto en el Campo de Pruebas del Atlántico en Sandy Hook el último cañón de calibre 50 con treinta centímetros diseñado por Langner, contestó:

—Gracias a Dios que trabaja para nosotros y no para el enemigo.

Sus músicos de cámara del domingo por la mañana, una mezcla variopinta de empleados de la fábrica de artillería, se rieron agradecidos cuando Langner dijo en broma:

—Para que los puritanos que estén escuchando tengan la tranquilidad de que no somos del todo paganos, empecemos por «Amazing Grace». En sol.

Se sentó a su piano de cola.

—¿Nos puede dar primero un la, señor? —preguntó el violonchelista, un experto en cabezas explosivas perforantes.

Langner tocó suavemente la para que la sección de cuerda pudiera afinar sus instrumentos. Puso los ojos en blanco fingiendo impaciencia mientras ellos ajustaban las cuerdas con las clavijas.

—¿Están tocando una de esas nuevas escalas atonales, caballeros?

—Otro la, si es tan amable, Arthur. ¿Un poco más alto?

Langner tocó la nota más fuerte, una y otra vez. Por fin la sección de cuerda quedó satisfecha.

El violonchelista empezó a tocar las notas iniciales de «Amazing Grace».

En el décimo compás, los violines —un especialista en la propulsión de torpedos y un corpulento técnico de vapor— abordaron la parte que dice «estaba perdido».

Tocaron hasta el final y empezaron a repetir la pieza.

Langner levantó sus grandes manos sobre las teclas, pisó el pedal central y tocó el fragmento correspondiente a «un desgraciado como yo» en un ascendente acorde de sol.

Dentro del piano, la pasta de yoduro de nitrógeno de Yamamoto se había endurecido hasta convertirse en una costra seca y volátil. Cuando Langner pulsó las teclas, notó que los martillos descendían sobre las cuerdas de sol, si y re, y las hacían vibrar. A lo largo de la escala, seis octavas más de cuerdas de sol, si y re vibraron simpáticamente y sacudieron el yoduro de nitrógeno.

La pasta estalló con un brusco chasquido que levantó una nube morada e hizo detonar el saco de cordita. La cordita voló el piano en mil astillas de madera, alambre y marfil que acribillaron la cabeza y el pecho de Arthur Langner y lo mataron en el acto.

En 1908 la agencia de detectives Van Dorn se hallaba presente en todas las principales ciudades estadounidenses, y sus oficinas reflejaban el carácter de cada localidad. La sede de Chicago estaba en una *suite* del palaciego hotel Palmer House. En el polvoriento Ogden, Utah, donde confluyen varias líneas de ferrocarril, contaba con una habitación de alquiler decorada con carteles de SE BUSCA. Las oficinas de Nueva York se encontraban en el suntuoso hotel Knickerbocker, en la calle Cuarenta y dos. Y en Washington, con su preciada cercanía al Departamento de Justicia —una de las fuentes principales de casos—, los detectives de Van Dorn trabajaban en el segundo piso del mejor hotel de la capital, el nuevo Willard de Pennsylvania Avenue, a dos manzanas de la Casa Blanca.

El propio Joseph van Dorn tenía un despacho allí, un estudio con paneles de nogal equipado con artilugios modernos para controlar la organización transcontinental que dirigía. Además del telégrafo privado de la agencia, tenía tres teléfonos de pie capaces de realizar conexiones a larga distancia al oeste hasta Chicago, un dictáfono DeVeau, una cinta de cotizaciones de Bolsa y un teléfono intercomunicador eléctrico Kellogg. Una mirilla le permitía evaluar a los clientes y confidentes en la sala de espera. En las esquinas había ventanas que daban a la entrada principal y a la entrada lateral del Willard.

Desde esas ventanas, una semana después de la trágica muerte de Arthur Langner en la fábrica de artillería naval, Van Dorn observó con aprensión cómo dos mujeres se bajaban de un tranvía, cruzaban a toda prisa la concurrida acera y desaparecían en el interior del hotel.

El teléfono intercomunicador sonó.

—La señorita Langner está aquí —lo informó el detective interno del hotel Willard, un empleado de Van Dorn.

—Ya veo.

No tenía muchas ganas de recibir esa visita.

El fundador de la agencia de detectives Van Dorn era un hombre calvo y corpulento de cuarenta y tantos años. Tenía una robusta nariz romana, enmarcada por unas patillas pelirrojas erizadas, y la actitud afable de un abogado o un hombre de negocios que había hecho fortuna pronto y disfrutaba de ella. Sus ojos de párpados caídos ocultaban una inteligencia feroz; las penitenciarías del país albergaban a muchos criminales que se habían dejado engañar y le habían permitido acercarse lo bastante para esposarlos.

Abajo, las dos mujeres captaron la atención de los hombres presentes cuando atravesaron el vestíbulo de dorados y mármol del hotel Willard. La más joven, una chica menuda de dieciocho o diecinueve años, era una pelirroja vestida a la moda con

un brillo vivaz en los ojos. Su compañera era una alta belleza de cabello negro, sombría con la ropa de luto que vestía, el sombrero adornado con plumas de golondrina y la cara parcialmente oculta por un velo. La pelirroja la llevaba cogida del brazo como para infundirle ánimo.

Sin embargo, una vez que hubieron cruzado el vestíbulo, Dorothy Langner tomó las riendas, apremiando a su compañera a que se sentara en un sillón afelpado al pie de la escalera.

—¿Estás segura de que no quieres que te acompañe?

—No, gracias, Katherine. Estaré bien.

Dorothy Langner se recogió su larga falda y subió majestuosamente la escalera.

Katherine Dee estiró el cuello para observar cómo Dorothy se detenía en el rellano, se retiraba el velo y pegaba la frente a una fresca columna de mármol pulida. Luego se irguió, recobró la compostura y recorrió el pasillo con paso resuelto hasta que Katherine la perdió de vista y entró en la agencia de detectives Van Dorn.

Joseph van Dorn echó un vistazo por la mirilla. El recepcionista era un hombre formal —no habría estado en la recepción de una agencia de Van Dorn de no haberlo sido—, pero pareció quedarse atónito cuando aquella belleza le entregó su tarjeta, y Van Dorn advirtió con desagrado que una banda de maleantes podría haber entrado y salido con los muebles de la oficina sin que el tipo se diera cuenta.

—Soy Dorothy Langner —dijo con una voz sonora y musical—. Tengo una cita con el señor Joseph van Dorn.

Van Dorn salió a toda prisa a la sala de espera y la recibió solícitamente.

—Señorita Langner —dijo, suavizando con su ligerísimo acento irlandés el tono más duro de Chicago—. Le doy más sentido pésame.

—Gracias, señor Van Dorn. Le agradezco que me reciba.

Van Dorn la acompañó a su sanctasanctórum.

Dorothy Langner declinó el té y el agua que él le ofreció y lúe directa al grano.

—La Marina ha hecho circular el rumor de que mi padre se suicidó. Quiero contratar a su agencia de detectives para limpiar su reputación.

Van Dorn se había preparado todo lo posible para esa difícil entrevista. Había motivos de sobra para dudar de la cordura de su padre, pero su futura esposa había conocido a Dorothy en el Smith College, de modo que estaba obligado a escuchar a la pobre mujer.

—Estoy a su servicio, por supuesto, pero...

—La Marina dice que él provocó la explosión que lo mató, pero se niegan a decirme cómo lo saben.

—Yo no le daría demasiada importancia —dijo Van Dorn—. La Marina suele ser hermética. Lo que me sorprende es que por lo general acostumbran a proteger lo que es suyo.

—Mi padre fundó intencionadamente la fábrica de artillería para que tuviera más carácter civil que naval —contestó Dorothy Langner—. Es una empresa seria.

—Y sin embargo —aventuró Van Dorn con cautela—, por lo que tengo entendido, las fábricas civiles han asumido últimamente muchas de sus funciones.

—¡Por supuesto que no! Los cañones de diez y quince centímetros, tal vez, pero no los de los acorazados.

—Me pregunto si ese cambio preocupaba a su padre.

—Mi padre estaba acostumbrado a esos cambios —respondió ella con sequedad, y acto seguido sonrió débilmente—. Él diría: «Mis adversidades son resultado de los tira y afloja del Congreso y los intereses locales». Tenía un gran sentido del humor, señor Van Dorn. Sabía reírse de la vida. Los hombres como él no se suicidan.

—Por supuesto —dijo Van Dorn seriamente.

El teléfono intercomunicador Kellogg volvió a sonar.

Salvado por la campana, pensó Van Dorn para sus adentros. Se dirigió a la pared donde estaba clavado el aparato, levantó el auricular y escuchó.

—Hazle pasar.

A continuación se dirigió a Dorothy Langner:

—Le he pedido a Isaac Bell, mi mejor detective, que deje el caso del robo de un importante banco para estudiar las circunstancias de la muerte de su padre. Está listo para informar.

La puerta se abrió. Un hombre con un traje blanco entró con una economía de movimientos inesperada en alguien tan alto. Pasaba de largo del metro ochenta, era delgado —no pesaba más de ochenta kilos— y aparentaba unos treinta años. El grueso bigote que cubría su labio superior era dorado, así como su abundante cabello pulcramente cortado. Su rostro poseía el aspecto robusto de un hombre amante de la naturaleza y habituado al sol y el viento.

Sus grandes manos colgaban inmóviles a los costados. Tenía unos dedos largos y muy cuidados, pero un observador más atento que la afligida Dorothy Langner habría reparado en que los nudillos de su mano derecha estaban enrojecidos e hinchados.

—Señorita Langner, le presento al investigador jefe Isaac Bell.

Isaac Bell evaluó a la hermosa joven lanzándole una mirada rápida y penetrante. Veintitantos, calculó. Inteligente y serena. Desolada por la pena pero extraordinariamente atractiva.

Ella se volvió hacia él en actitud suplicante.

Los perspicaces ojos azules de Bell se suavizaron en un instante. Ahora estaban teñidos de violeta, y su mirada inquisitiva empañada por la ternura. Se quitó el sombrero de ala ancha en deferencia a ella.

—Lamento mucho su pérdida, señorita Langner —dijo mientras se limpiaba una gota de sangre de la mano con un immaculado pañuelo blanco en un movimiento tan elegante que resultó inapreciable.

—Señor Bell —continuó ella—, ¿qué ha descubierto que pueda limpiar la reputación de mi padre?

Bell contestó con una voz grave embargada de compasión. Se mostró amable pero

directo.

—Discúlpeme, pero debo informarle de que su padre firmó al retirar una cantidad de yoduro del almacén del laboratorio.

—Era un ingeniero —protestó ella—. Era un científico. Firmaba recibos de productos químicos del laboratorio todos los días.

—El polvo de yoduro es uno de los ingredientes esenciales del explosivo que hizo detonar la pólvora sin humo de su piano. El otro es el amoníaco. El portero se fijó en que faltaba una botella del armario de la limpieza.

—Cualquiera podría haberla cogido.

—Sí, desde luego. Pero hay indicios de que mezcló los productos químicos en su cuarto de baño privado. Manchas en una hulla, un polvo volátil en su cepillo de dientes, residuos en la taza que usaba para el afeitado.

—¿Cómo sabe todo eso? —preguntó ella, parpadeando para contener las lágrimas—. La Marina no me deja acercarme a su despacho. Han rechazado a mi abogado. Incluso han prohibido a la policía entrar en la fábrica de artillería.

—He conseguido entrar —dijo Bell.

Un secretario vestido con chaleco, pajarita, mangas de camisa con puños y un Colt de doble acción enfundado en una pistolera de hombro entró con urgencia.

—Le ruego que me disculpe, señor Van Dorn. El comandante del astillero naval de Washington está al teléfono, y está que echa chispas.

—Dile a la operadora que me pase la llamada a este teléfono Discúlpeme, señorita Langner... Van Dorn al habla. Buenas tardes, comandante Dillon. ¿Qué tal está...? No me diga.

Van Dorn escuchó, dedicando a la señorita Langner una sonrisa tranquilizadora.

—... Perdona, señor, pero una descripción tan general podría coincidir con la mitad de los hombres altos de Washington... Incluso podría describir a un caballero que está ahora mismo en mi despacho, pero le aseguro que él no parece haberse liado puñetazos con los marines... a menos que la casta del cuerpo sea inferior a la de los infantes de Marina de mi época. Isaac Bell se metió la mano en el bolsillo. Cuando Joseph van Dorn contestó a la persona que lo llamaba, lo hizo con una risita condescendiente, aunque el comandante hubiera visto la frialdad de sus ojos se habría retirado a toda prisa.

—No, señor, no «entregaré» a uno de mis empleados porque sus centinelas afirman haber pillado a un detective privado con las manos en la masa. Está claro que nadie ha «pillado» al hombre que está en mi despacho porque está delante de mí... Expresaré su queja al secretario de la Marina cuando comamos mañana en el club Cosmos. Por favor, dele recuerdos a la señora Dillon.

Van Dorn volvió a colgar el auricular en su gancho y dijo:

—Por lo visto, un caballero alto y rubio con bigote ha derribado a unos centinelas del astillero naval que intentaron detenerle.

Bell enseñó una hilera de dientes blancos y regulares.

—Me imagino que se hubiera rendido sin armar alboroto si no hubieran intentado darle una paliza. —Se volvió hacia Dorothy Langner, luciendo una expresión más dulce—. Señorita Langner hay algo que debo mostrarle.

Extrajo una copia fotográfica todavía húmeda debido al proceso de revelado. Era una fotografía ampliada de la nota de suicidio de Langner. La había tomado con una cámara de bolsillo plegable Kodak 3A que su prometida —una mujer que se dedicaba al cine— le había regalado. Bell tapó la mayor parte de la fotografía para ahorrar a la señorita Langner un arrebató de ira.

—¿Es esta la letra de su padre?

Ella vaciló, la miró más detenidamente entornando los ojos y acto seguido asintió con la cabeza de mala gana.

—Parece su letra.

Bell la observó atentamente.

—No parece segura.

—Es solo que parece un poco... ¡No sé! Sí, es su letra.

—Tengo entendido que su padre trabajaba bajo una gran presión para acelerar la producción. Algunos colegas que lo admiraban mucho reconocen que le estaban exigiendo mucho, tal vez más de lo que él podía soportar.

—¡Tonterías! —replicó ella—. Mi padre no fundía campanas de iglesia. Dirigía una fábrica de artillería. Él exigía velocidad. Y si hubiera sido demasiado para él, me lo habría dicho. Hemos sido uña y carne desde que mi madre murió.

—Pero la tragedia del suicidio —la interrumpió Van Dorn— es que la víctima no ve otra salida porque la vida le resulta insoportable. Es la muerte más solitaria.

—Él no se hubiera matado de esa forma.

—¿Por qué no? —preguntó Isaac Bell.

Dorothy Langner hizo una pausa antes de contestar, reparando muy a pesar de su dolor en que el alto detective era extraordinariamente atractivo, con un aire elegante atemperado por una fuerza ruda. Esa combinación era una cualidad que ella buscaba en los hombres pero casi nunca encontraba.

—Yo le compré ese piano para que pudiera volver a tocar. Para que se relajara. Me quería demasiado para usar mi regalo como el instrumento de su muerte.

Isaac Bell observó sus irresistibles ojos azules y plateados mientras ella defendía su postura.

—Mi padre era demasiado feliz en su trabajo para suicidarse. Empezó hace veinte años imitando cañones de diez centímetros británicos. Hoy su fábrica produce los mejores cañones de treinta centímetros del mundo. Imagínese aprender a fabricar cañones navales precisos a casi veinte mil metros. ¡Veinte mil metros, señor Bell!

Bell aguzó el oído tratando de detectar un cambio de tono que expresara duda. Buscó señales reveladoras de incertidumbre en su rostro mientras ella describía líricamente el trabajo del fallecido.

—Cuanto más grande es el cañón, más violenta es la fuerza que tiene que

dominar. No hay margen para el error. Tienes que perforar el tubo recto como un rayo de luz. Su diámetro no puede variar nunca milésima de centímetro. El estriado requiere el arte de Miguel Ángel; el montaje de la cubierta de un proyectil, la precisión de un relojero. A mi padre le encantaban sus cañones todos los grandes especialistas en acorazados aman su trabajo A un mago de la propulsión a vapor como Alasdair MacDonald le encantan sus turbinas. A Ronnie Wheeler, en Newport, le fascinan sus torpedos. A Farley Kent, sus cascos cada vez más veloces. Para ellos es una alegría entregarse al trabajo, señor Bell ¡Esos hombres no se suicidan!

Joseph van Dorn intervino otra vez.

—Puedo asegurarle que la investigación de Isaac Bell ha sido tan exhaustiva...

—Pero —lo interrumpió Bell— ¿y si la señorita Langner tiene razón?

Su jefe lo miró, sorprendido.

—Con el permiso del señor Van Dorn, seguiré investigando.

La preciosa cara de Dorothy Langner se llenó de esperanza Se volvió hacia el fundador de la agencia de detectives. Van Dorn abrió las manos.

—Por supuesto. Isaac Bell se pondrá manos a la obra inmediatamente con todo el apoyo de la agencia.

La expresión de gratitud de ella parecía más un desafío.

—Es lo único que pido, señor Bell, señor Van Dorn. Una valoración bien fundamentada de todos los hechos. —Una repentina sonrisa iluminó su rostro como un rayo de sol, lo que permitió entrever el tipo de mujer alegre y despreocupada que había sido antes de que la tragedia se cebara en ella—. ¿No es lo mínimo que puedo esperar de una agencia de detectives cuyo lema es «Nunca nos rendimos. ¡Nunca!»?

—Por lo visto, usted también nos ha investigado a nosotros.

Bell le devolvió la sonrisa.

Van Dorn la acompañó a la sala de espera y le dio de nuevo el pésame.

Isaac Bell se acercó a la ventana que daba a Pennsylvania Avenue. Observó cómo Dorothy Langner salía del hotel con una pelirroja esbelta a la que había visto antes en el vestíbulo. En compañía de cualquier otra persona, la pelirroja le habría parecido preciosa, pero al lado de la hija del artillero era simplemente guapa.

Van Dorn regresó.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión, Isaac? ¿Lo mucho que quería a su padre?

—No. Lo mucho que le gustaba el trabajo de su padre.

Observó cómo las jóvenes corrían hacia la parada mientras un tranvía se acercaba, cómo se recogían sus largas faldas y cómo subían al vehículo. Dorothy Langner no miró atrás. La pelirroja sí, lanzando una mirada apreciativa a las ventanas de Van Dorn como si supiera adónde mirar.

Van Dorn estaba observando la fotografía.

—En mi vida he visto una fotografía tan clara de una película es casi tan nítida como una placa de cristal.

—Marion me ha regalado una Kodak 3A. Me cabe perfectamente en el abrigo.

Debería incluirla en el equipo básico de la agencia.

—No a setenta y cinco dólares la cámara —dijo el parsimonioso Van Dorn—. Se las pueden apañar con una Brownie por un pavo. ¿Qué te inquieta, Isaac? Tienes cara de preocupación.

—Sería conveniente que encargara al departamento de contabilidad que investigaran los asuntos financieros de su padre.

—¿Por qué?

—En su escritorio encontraron un fajo de billetes tan gordo como para atragantar a una vaca.

—¿Un soborno? —le espetó Van Dorn—. ¿Un soborno? No me extraña que la Marina lo esté llevando con tanto secretismo. Langner era un funcionario del Estado autorizado para elegir la fundición a la que compraba el acero. —Movi6 la cabeza con gesto de disgusto—. El Congreso no ha olvidado el clamor de hace tres años, cuando el consorcio de la industria del acero fij6 el precio del blindaje. Bueno, eso explica por qu6 ella quer6a que se relajara.

—Parece que un hombre inteligente cometió una estupidez —reconoci6 Isaac Bell—, fue incapaz de enfrentarse a la idea de que lo atraparan y se suicid6.

—Me sorprende que hayas accedido a seguir investigando.

—Es una joven muy apasionada.

Van Dorn lo mir6 con curiosidad.

—Estás prometido, Isaac.

Isaac Bell mir6 a su jefe con una sonrisa candorosa. Para tratarse de un hombre con experiencia en los m6ltiples aspectos necesarios para ser un azote de criminales, Joe van Dorn era extraordinariamente remilgado en lo tocante a los asuntos del coraz6n.

—El hecho de que est6 enamorado de Marion Morgan no me impide apreciar la belleza. Ni tampoco soy inmune a la pasi6n. Sin embargo, a lo que me refer6a es a que la despampanante se6orita Langner tiene una fe enorme en su padre.

—La mayor6a de las madres y todas las hijas manifiestan incredulidad cuando sus hijos o sus padres se ven envueltos en actos delictivos —contest6 Van Dorn con aspereza.

—Ha visto algo en la muestra de su letra que le ha extra6ado.

—¿C6mo has encontrado la nota de suicidio?

—En la Marina no tienen ni idea de c6mo actuar, as6 que lo dejaron todo en su sitio menos el cad6ver y cerraron la puerta con candado para que la polic6a no entrara.

—¿C6mo has entrado?

—Era una vieja Polhem.

Van Dorn asinti6 con la cabeza. Bell ten6a un don para las cerraduras.

—Bueno, no me extraña que la Marina no tenga ni idea de c6mo actuar. De hecho, me imagino que estar6n paralizados de miedo. Puede que el presidente Roosevelt est6 empe6ado en construir cuarenta y ocho acorazados nuevos, pero en el

Congreso hay muchos que están intrigando para pararles los pies.

—No me gusta dejar a John Scully en la estacada —dijo Bell—, pero ¿puede apartarme del caso de la banda de los Frye mientras investigo esto?

—Al detective Scully le gusta estar en la estacada —gruñó Van Dorn—. Ese hombre es demasiado independiente para mi gusto.

—Aun así, es un investigador clarividente.

Sully, un detective que no era conocido por informar regularmente, estaba siguiendo la pista a un trío de violentos ladrones de bancos en la frontera entre Ohio y Pennsylvania. Se habían hecho famosos dejando notas escritas con la sangre de sus víctimas: «Temed a la banda de los Frye». Habían robado su primer banco un año antes en New Jersey, después huyeron al este, robaron muchos más y luego habían permanecido escondidos durante el invierno. Ahora se dirigían al este desde Illinois, cometiendo una serie de sangrientos atracos en bancos de pequeñas ciudades. Tan innovadores como crueles, los ladrones usaban automóviles robados para cruzar las fronteras de los estados, dejando atrás a los *sheriffs* locales.

—Seguirás al frente del caso de la banda de los Frye, Isaac —dijo Van Dorn severamente—. Hasta que el Congreso financie una agencia de investigación nacional, el Departamento de Justicia seguirá pagándonos generosamente para que atrapemos a los criminales que cruzan las fronteras entre estados, y no quiero que un inconformista como Scully les decepcione.

—Como desee, señor —contestó Bell seriamente—. Pero ha prometido a la señorita Langner todo el apoyo de la agencia.

—¡Está bien! Mandaré a un par de hombres con Scully... pronto. Pero sigues al frente. No debería llevarte mucho tiempo confirmar la veracidad de la nota de suicidio de Langner.

—¿Puede conseguirme su amigo el secretario de Marina un pase para el astillero? Quiero ver a los marines.

—¿Para qué? —Su jefe sonrió—. ¿Para la revancha?

Bell sonrió también, pero rápidamente se puso serio.

—Si el señor Langner no se suicidó, alguien se tomó muchas molestias para asesinarlo y mancillar su reputación. Los marines vigilan la verja del astillero naval. Debieron de ver a alguien salir la noche anterior al incidente.

—¡Más piedra caliza! —gritó Chad Gordon.

Observando con avidez cómo su más reciente torrente de hierro fundido chorreaba como fuego líquido del agujero de extracción y se derramaba en el caldero, el metalúrgico del Departamento de Artillería Naval murmuró un triunfante:

—¡Buque 44, allá vamos!

Chad Gordon acostumbraba a ser acusado de tener «muchas velas y poco casco» por correr riesgos con el metal fundido a más de mil quinientos grados que ningún hombre cuerdo correría.

Sin embargo, nadie negaba que aquel individuo brillante se merecía su alto horno en un rincón apartado de la fundición de Bethlehem, Pennsylvania, donde experimentaba dieciocho horas al día para crear hierro en lingotes bajo en carbono para luego convertirlo en blindaje resistente a los torpedos. La empresa tuvo que asignarle dos equipos distintos de trabajadores, ya que ni siquiera los inmigrantes más pobres acostumbrados a trabajar como esclavos podían seguir el ritmo de Chad Gordon.

Aquella noche de nieve de marzo, su segundo turno estaba compuesto de un capataz estadounidense, Bob Hall, y una cuadrilla que a los ojos de Hall era el grupo de extranjeros habitual: cuatro húngaros y un sombrero alemán que había sustituido a un húngaro. Por lo que Bob Hall pudo entender del chapurreo de los hombres, su compañero ausente se había caído por un pozo o había sido arrollado por una locomotora, una de dos.

El alemán se llamaba Hans. Aseguraba haber trabajado en la Krupp Werke, en el valle del Ruhr. Al capataz Hall le parecía bien, Hans era fuerte y parecía conocer el oficio, y sabía más inglés que los cuatro húngaros juntos. Además, al señor Gordon le importaría un bledo si el alemán había salido del mismísimo infierno mientras trabajara duro.

Siete horas después del comienzo del turno, un «colgajo» de metal parcialmente solidificado se formó en la parte superior del horno. El metal endurecido amenazaba con atascar el cañón de la chimenea que expulsaba los gases de escape calientes y volátiles. El capataz Hall recomendó limpiarlo antes de que pasara a mayores. Chad Gordon lo disuadió bruscamente.

—He dicho que quiero más piedra caliza.

El alemán había estado esperando esa oportunidad.

Subió rápidamente las escaleras de mano hasta la parte superior del horno donde aguardaban carretillas con nuevas reservas. Cada una contenía una carga de quinientos cincuenta kilos de mineral de carbón, o de coque, o de la piedra caliza dolomítica con contenido extraordinariamente elevado en magnesia con la que el

exigente Chad Gordon endurecía el metal.

El alemán cogió una carretilla de piedra caliza dolomítica y la empujó hasta la boca del horno.

—¡Espera a que hierva! —gritó el capataz desde abajo, en la base donde las impurezas derretidas caían por la piqueta para los desechos.

El hierro fundido y la escoria de la parte inferior del horno estaba alentándose a mil seiscientos cincuenta grados centígrados. Pero el mineral y el coque de la parte superior apenas hallan llegado a los cuatrocientos.

Hans no pareció oírle, pues vertió la piedra caliza en el horno y bajó a toda prisa por las escaleras.

—Estás loco —chilló el capataz—. No está lo bastante caliente. Has atascado la chimenea.

Hans pasó por el lado del capataz dándole un empujón.

—No te preocupes por el colgajo —gritó Chad Gordon sin un molestarse en alzar la vista—. Se caerá.

El capataz sabía que no podía dejarlo así. El colgajo estaba reteniendo gases explosivos en el interior del horno. La carga vertida por Hans no había hecho más que empeorar la situación. Y mucho.

—¡Subid ahí arriba y limpiad la chimenea! —gritó a los húngaros.

Los húngaros vacilaron. Aunque no entendían del todo bien el inglés, conocían el peligro que entrañaban los gases inflamables que se acumulaban encima de la hornada. El puño cerrado y los gestos airados de Hall en dirección a la escalera los empujaron desordenadamente a lo alto del horno con barras y pico; Pero justo cuando empezaron a deshacer el colgajo, se soltó espontáneamente. Tal como el señor Gordon había pronosticado. Solo que la carretilla de piedra caliza amontonada sobre la superficie fría también había atascado la chimenea. Cuando el colgajo se cayó, la súbita ráfaga de aire exterior que entró en el horno combinado con el calor de debajo encendió los gases de escape retenidos.

Los gases estallaron con un rugido que levantó el tejado de edificio y lo lanzó sobre un convertidor Bessemer a cincuenta metros de distancia. La explosión arrancó las botas y la ropa de los húngaros e incineró sus cuerpos. Toneladas de restos ardientes cayeron por los lados del horno y, como una cascada abrasadora, empaparon al capataz y a Chad Gordon y los quemaron.

El alemán huyó conteniendo las arcadas a causa del hedor de la carne chamuscada. Tenía los ojos abiertos desorbitadamente horrorizado ante lo que había provocado y temeroso de que el metal hirviente lo alcanzara a él también. Nadie se fijó en un hombre que corría cuando todos los trabajadores de la gigantesca fábrica estaban corriendo. Los operarios de los otros altos horno se dirigieron a toda prisa al escenario de la tragedia, empujando carros y carretillas a modo de improvisadas ambulancias con los que transportar a los heridos. Ni siquiera los matones que vigilaban la verja prestaron atención a Hans y se quedaron mirando boquiabiertos en

la dirección de la que él venía corriendo.

El alemán miró atrás. Las llamas saltaban al cielo nocturno. Los edificios que rodeaban el alto horno quedaron destruidos.

Las paredes se habían desplomado, los tejados habían caído al suelo y por todas partes veía fuego.

Soltó un juramento, asombrado de la magnitud de la destrucción que había causado.

A la mañana siguiente, vestido con un sombrío traje negro con el que había sustituido la ropa de obrero y agotado tras la noche en blanco pensando en cuántos hombres habían muerto, Hans se bajó de un tren en la estación de la Explanada Nacional de Washington. Echó un vistazo a los quioscos en busca de titulares del accidente. No había ninguno. La siderurgia era un sector peligroso. Los trabajadores morían a diario. Solo los periódicos locales de las ciudades con fábricas se molestaban en citar a los muertos... y a menudo solo a los capataces pensando en sus lectores angloparlantes.

Tomó un transbordador a Alexandria, Virginia, y se dirigió a toda prisa por el muelle al distrito del almacén. El espía que lo había enviado a la fundición estaba esperándole en su curiosa guarida de armas obsoletas.

El hombre escuchó atentamente el informe de Hans. Le hizo preguntas agudas sobre los elementos que Chad Gordon había introducido en el hierro. Informado y perspicaz, el espía logró que Hans le diera detalles en los que el alemán apenas había reparado en su momento.

El hombre se prodigó en elogios y le pagó en efectivo lo que le había prometido.

—No lo hago por el dinero —dijo el alemán, metiéndoselo en el bolsillo.

—Por supuesto que no.

—Lo hago porque cuando haya guerra los estadounidenses se pondrán del lado de Gran Bretaña.

—Eso está fuera de duda. Las democracias desprecian a Alemania.

—Pero no me gusta asesinar —protestó Hans.

Miró morbosamente la lente del viejo reflector de un acorazado que había detrás de la mesa del espía y vio su cara reflejada como un cráneo en descomposición.

El espía sorprendió a Hans contestando en un alemán con acento del norte. Hans había dado por supuesto que el hombre era estadounidense, pues su inglés era perfecto. En cambio, hablaba como un compatriota.

—No tenía elección, *mein Freund*. El blindaje de Chad Gordon habría ofrecido a los barcos enemigos una ventaja injusta. Los estadounidenses no habrían tardado en botar sus acorazados. ¿Le hubiera gustado que sus acorazados hundieran barcos alemanes? ¿Que hubieran matado a marineros alemanes? ¿Que hubieran bombardeado puertos alemanes?

—Tiene razón, *mein Herr* —respondió Hans—. Por supuesto.

El espía sonrió como si comprendiera los escrúpulos humanos de Hans, pero en lo más profundo de su ser se rió. Bendito sean los sencillos alemanes, pensó. Por muy poderosa que fuera su industria, por muy fuerte que fuera su ejército, por muy moderna que fuera su Marina, por muy alto que su káiser dijera e tono jactancioso *Mein Feld ist die Welt*, siempre temían ser el pariente pobre.

Ese constante temor a ser unos segundones hacía que fuera muy fáciles de dirigir.

¿Que su campo es el mundo, *Herr Kaiser*? Y un cuerno. Su campo está lleno de borregos.

—Fue un chino —dijo Black, el soldado de primera de la Marina echando una bocanada de humo de un puro de dos dólares.

—Eso si haces caso a la patrulla de abuelos —añadió el soldado Little, echando otra bocanada.

—Se refiere a los vigilantes nocturnos.

Isaac Bell comunicó por señas que entendía que la «patrulla de abuelos» eran los jubilados que trabajaban de vigilantes nocturnos custodiando el astillero naval de puertas adentro, mientras que los marines guarnecían las propias puertas.

El detective y los fornidos y jóvenes infantes de Marina estaban sentados a una mesa redonda en la taberna O'Leary, en E Street. Se habían mostrado generosos con respecto a su anterior encuentro, habían ofrecido a Bell, no sin reticencias, su respeto por sus dotes pugilísticas y le habían perdonado los ojos un morados y los dientes caídos después de una sola ronda de bebidas. A instancias de Bell, habían despachado una comida compuesta de filetes, patatas y pastel de manzana. Ahora, con unos vasos de *whisky* entre manos y los habanos de Bell azulando el aire, estaban listos para hablar.

Le habían dicho que su comandante había ordenado que hicieran una lista de todas las personas que habían cruzado la vería la noche anterior a la muerte de Arthur Langner. Ningún nombre había despertado sospechas. Bell solicitaría a Joe van Dorn que echara un vistazo a esa lista para confirmar el criterio del comandante.

Un vigilante nocturno había denunciado la presencia de un intruso. Al parecer, su denuncia no había llegado al comandante pues no había pasado del sargento de la guardia apostada en entrada, quien la había considerado ridícula.

—Si lo que dijo la patrulla de abuelos es verdad, ¿por que creéis que un chino entraría en el astillero naval?

—Intentaba robar algo.

—O iba detrás de las chicas.

—¿Qué chicas?

—Las hijas de los oficiales. Las que viven en el astillero.

El soldado Little miró a su alrededor para asegurarse de que nadie estaba escuchando. El único cliente que había cerca estaba acurrucado en el suelo, roncando en medio del serrín.

—El comandante tiene un par de bellezas a las que no me importaría conocer íntimamente.

—Entiendo —dijo Bell, reprimiendo una sonrisa.

La idea de que un chino amoroso se infiltrara en una base de la Marina estadounidense trepando por un muro de tres metro custodiado por marines en cada

puerta y por vigilantes en el interior no parecía una línea de investigación productiva. Pero Bell recordó que, aunque un detective siempre tenía que ser escéptico, el escéptico sabio no descartaba ninguna posibilidad sin antes considerarla.

—¿Quién es el vigilante nocturno que os contó eso? —preguntó.

—No nos lo contó a nosotros. Se lo contó al sargento.

—Se llama Eddison —dijo Black.

—John Eddison el Grande —añadió Little.

—¿Cuántos años tiene?

—Aparenta cien.

—Es un viejo muy grande. Casi tan alto como usted, señor Bell.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Hay una pensión en la que se juntan los marineros.

Bell encontró la pensión de Eddison en la calle F, muy cerca del astillero naval. Tenía un porche lleno de mecedoras que esa fría tarde estaban vacías. Entró y se presentó a la dueña, que estaba poniendo la mesa para cenar. Tenía un fuerte acento sureño y una cara todavía bonita a pesar de las arrugas adquiridas durante los años de duro trabajo.

—¿El señor Eddison? —dijo ella alargando las palabras—. Es un buen anciano. Nunca ha dado el más mínimo problema, como otros compañeros suyos que podría mencionar.

—¿Está dentro?

—El señor Eddison duerme hasta tarde, ya que trabaja de noche.

—¿Le importaría que lo esperara? —preguntó Bell, con una sonrisa mostró sus dientes regulares e iluminó sus ojos azules.

La dueña se recogió un mechón de pelo gris de la mejilla y le devolvió la sonrisa.

—Le traeré una taza de café.

—No se moleste.

—No es molestia, señor Bell. Ahora está en el sur. Mi madre se revolvería en la tumba si se enterara de que he dejado sentado a un caballero en el salón sin ofrecerle una taza de café.

Quince minutos más tarde, Bell pudo decir sin exagerar demasiado la verdad:

—Es el mejor café que he tomado desde que mi madre me llevó a una pastelería en Viena cuando era un renacuajo.

—¿Sabe lo que voy a hacer?, prepararé otra cafetera y le precintaré al señor Eddison si le apetece tomar una taza con usted.

John Eddison podría haber sido todavía más alto que Bell, advirtió el detective, si la edad no le hubiera encorvado la espalda. Tenía unas manos grandes y unos brazos largos que debían de haber sido fuertes en su día, una mata de pelo blanco, unos ojos llorosos y claros, la enorme nariz que a menudo les crece a los ancianos y una boca firme entre unos carrillos fofos.

Bell le tendió la mano.

—Soy Isaac Bell, investigador de la agencia Van Dorn.

—No me diga. —Eddison sonrió, y Bell vio que los movimientos lentos de la edad ocultaban una actitud enérgica—. Pues yo no he sido. Aunque podría haberlo hecho cuando era más joven. ¿En qué puedo ayudarle, hijo?

—He estado hablando con el soldado de primera Black y el soldado Little de la guardia Marina y...

—¿Sabe lo que decíamos de los marines en la Marina? —interrumpió Eddison.

—No, señor.

—Que un marinero tenía que darse cuatro veces con la cabeza contra una viga baja para demostrar que estaba cualificado par alistarse en los marines.

Bell se rió.

—Me han dicho que usted informó de que había sorprendido a un merodeador en el astillero naval.

—Sí. Pero se marchó. No me creyeron.

—¿Un chino?

—No era de China.

—¿No? Me pregunto de dónde han sacado Black y Little que el merodeador era chino.

—Ya le he advertido sobre los marines —dijo Eddison riéndose entre dientes—. Se lo ha tomado a risa.

—¿Qué clase de hombre parecía?

—Un japonés.

—¿Japonés?

—Se lo dije al sargento de esos idiotas, pero parece que el sargento tenía a los chinos entre ceja y ceja. Como ya le he dicho me parece que el sargento no creyó que hubiera visto a nadie (ni chino, ni japonés). No me creyó, y punto. Pensó que era un viejo tonto que tenía visiones. El sargento me preguntó si había bebido. Demonios, no he bebido un trago desde hace cuarenta años.

Bell formuló la siguiente pregunta con cuidado. Había conocido a muy pocos estadounidenses que pudieran distinguir un japonés de un chino.

—¿Lo vio de cerca?

—Sí.

—Tenía entendido que estaba oscuro.

—La luna le brillaba directamente en la cara.

—¿A qué distancia estaba de él?

Eddison levantó su mano grande y arrugada.

—Si hubiera estado más cerca, le habría agarrado el pescuezo con estos dedos.

—¿Qué le hizo pensar que era japonés?

—Sus ojos, su boca, su nariz, sus labios, su pelo —replicó el anciano.

Una vez más, Bell planteó su escepticismo con cautela.

—A algunas personas les cuesta distinguir las dos razas.

—Algunas personas no han estado en Japón.

—¿Y usted sí?

Eddisson se irguió en su silla.

—Llegué al puerto de Uraga con el comodoro Matthew Perry cuando abrió Japón al comercio con Estados Unidos.

—¡Eso fue hace sesenta años!

Si lo que había dicho no era un cuento chino de un viejo marine, Eddison era todavía más mayor de lo que aparentaba.

—Cincuenta y siete. Yo era el primer gaviero de la fragata de Peery, la *Susquehanna*. Y manejaba un remo en la lancha del comodoro. Llevé remando al viejo hasta Yokosuka. Los japoneses nos salían por las orejas.

Bell sonrió.

—Parece cualificado para distinguir a un japonés de un chino.

—Se lo he dicho.

—¿Podría decirme dónde pilló al merodeador?

—¿Dónde estuve a punto de pillarlo?

—¿Recuerda a qué distancia estaba ese sitio de la fábrica de artillería?

Eddison se encogió de hombros.

—A unos novecientos metros.

—Media milla —dijo Bell pensativo.

—Media milla náutica —le corrigió Eddison.

—Todavía más lejos.

—Hijo, apuesto a que se está planteando si el japonés tuvo algo que ver con la explosión en el taller del señor Langner.

—¿Cree que lo hizo él?

—No hay forma de saberlo. Como ya he dicho, el japonés al que vi estaba a novecientos metros largos de la fábrica de artillería.

—¿Qué extensión tiene el astillero naval? —preguntó Bell.

El viejo marinero se acarició la barbilla y miró a una distancia media.

—Yo diría que, entre los muros y el río, el astillero debe de ocupar cuarenta hectáreas.

—Cuarenta hectáreas. Casi tan grande como una granja lechera del nordeste.

—Está repleto de fábricas, fundiciones y plazas de armas. Además —añadió con una mirada significativa— de mansiones y jardines... donde lo intercepté merodeando.

—¿Qué cree que estaba haciendo allí?

John Eddison sonrió.

—No lo creo. Lo sé.

—¿Qué sabe que estaba haciendo allí?

—Estaba justo al lado de las mansiones de los oficiales. Las hijas del comandante son unas señoritas muy lindas. Y a los japoneses les gustan las señoritas.

Había días en los que hasta un joven prodigio como Grover Lakewood se alegraba de salir del laboratorio para despejar la cabeza de las complejidades de apuntar con un cañón aun objetivo en movimiento desde un barco en movimiento. El experto en control de tiro se había pasado la mayoría de los días y muchas noches realizando multitud de cálculos para contrarrestar los efectos del balanceo, la cabezada, la guiñada y las curvas de trayectoria. Era un trabajo fascinante, intensificado aún más por el hecho de que Lakewood tuviera que idear formas para que las mentes corrientes aplicaran sus cálculos en el fragor de la batalla, cuando los cañones rugían, las olas del mar rompían y las esquirlas de acero aullaban entre el humo.

En su tiempo libre se entretenía con fórmulas futuristas para abordar los desafíos del laminado transversal —con el que imaginaba sus barcos disparando al frente y no de costado— y trataba de tener en cuenta el alcance cada vez mayor de los grandes cañones y las trayectorias cada vez más planas de los proyectiles de alta velocidad. A veces tenía que ponerse cabeza abajo como un salero para vaciar su cerebro.

La escalada le ofrecía un gran alivio.

Una jornada de escalada comenzaba con el viaje en tren a Ridgefield, Connecticut, continuaba con el trayecto a través de la frontera del estado de Nueva York en un automóvil Ford alquilado hasta el parque Johnson, en la comarca rural de Westchester y terminaba con una caminata de tres kilómetros hasta una apartada colina llamada monte Agar, todo para realizar una lenta y dura escalada por un muro de roca hasta lo alto de un precipicio. El viaje en tren le permitía mirar por la ventana durante dos horas y contemplar cómo el paisaje cambiaba de la ciudad al campo. Para conducir el automóvil tenía que poner toda su atención en las carreteras llenas de baches. La caminata le llenaba los pulmones de aire fresco y le activaba la circulación de la sangre. La escalada requería absoluta concentración para evitar que se despeñara por el precipicio y se cayera de cabeza desde una altura tan elevada.

Aquel fin de semana inusualmente cálido para ser principios de primavera había atraído a excursionistas al parque. Caminando con paso resuelto con una chaqueta de *tweed*, pantalones cortos y botas, Lakewood se cruzó con una anciana de paseo, dio cordialmente los buenos días a varios excursionistas y observó con anhelo a una pareja cogida de la mano.

Lakewood era muy apuesto y robusto y de sonrisa fácil, pero el hecho de trabajar seis y siete días a la semana, y dormir a menudo en un catre en el laboratorio, no le permitía conocer a chicas. Y, por algún motivo, las sobrinas y las hijas que los ingenieros mayores le presentaban no le parecían atractivas. Normalmente eso no le molestaba. Estaba demasiado ocupado para sentirse solo, pero de vez en cuando, al ver a una pareja joven, pensaba que algún día también tendría suerte.

Se internó en el parque hasta que se encontró solo en un estrecho sendero que atravesaba un denso bosque. Se llevó una decepción al ver movimiento más adelante porque esperaba disfrutar del precipicio para él solo y concentrarse en la escalada tranquilamente.

La persona que tenía delante se detuvo y se sentó en un tronco caído. Al acercarse vio que era una chica —una chica menuda y muy guapa, además— vestida para escalar con unos pantalones y unas botas con cordones como las de él. Su cabello pelirrojo sobresalía por debajo de su sombrero de ala ancha. Cuando giró la cabeza bruscamente hacia él, su cabello brilló a la luz del sol, reluciente como la explosión de un obús.

Parecía irlandesa, con una piel muy pálida, una nariz respingona, una sonrisa alegre y unos centelleantes ojos azules, y de repente recordó haberla visto antes... El verano anterior... ¿Cómo se llamaba? A ver, ¿dónde se habían conocido...? ¡Sí! El «picnic de empresa» organizado por el capitán Lowell Falconer, el héroe de la guerra de 1898 al que Lakewood informó de sus progresos con el telémetro.

¿Cómo se llamaba?

Estaba lo bastante cerca de ella para saludarla con la mano y decirle «hola». Ella lo estaba mirando, con su sonrisa alegre, y sus ojos se iluminaron al reconocerlo. Pero parecía tan desconcertada como él.

—Qué casualidad encontrarlo aquí —dijo ella tímidamente.

—Hola —dijo Lakewood.

—¿Nos conocimos en la costa?

—En Fire Island —respondió Lakewood—. El picnic en la playa del capitán Falconer.

—Claro —dijo ella, mostrándose aliviada—. Sabía que lo había conocido en alguna parte.

Lakewood hizo memoria y se dijo: ¡Lakewood! Seres capaz de hacer caer un obús de treinta centímetros y doscientos veinte kilos sobre un acorazado que navega a dieciséis nudos desde un barco que se balancea en mares con olas de tres metros, deberías ser capaz de acordarte del nombre de esta preciosidad que te está mirando.

—Señorita Dee —dijo, chasqueando los dedos—. Katherine Dee. —Y a continuación, demostrando que su madre lo había educado bien, Lakewood se quitó el sombrero, le tendió la mano y dijo—: Grover Lakewood. Me alegro mucho de volver a verla.

La sonrisa de ella se ensanchó de gozo al reconocerlo, y la luz del sol de su brillante cabello pareció desplazarse a sus ojos, Lakewood creyó que había muerto y había ido al cielo.

—¡Qué maravillosa coincidencia! —añadió ella—. ¿Qué hace aquí?

—Escarar —contestó Lakewood—. Escalar las rocas.

Ella se lo quedó mirando con aparente incredulidad.

—Vaya, qué coincidencia.

—¿A qué se refiere?

—Bueno, yo estoy aquí por el mismo motivo. Subiendo por ese sendero hay un precipicio que voy a escalar. —Arqueó una ceja tan rubia que era casi invisible—. ¿Me ha seguido hasta aquí?

—¿Qué? —Lakewood se ruborizó y empezó a tartamudear—. No, yo...

Katherine Dee se echó a reír.

—Le estoy tomando el pelo. No quería decir que me hubiera seguido. ¿Cómo iba a saber siquiera dónde encontrarme? No, es una casualidad. —Una vez más, ladeó la cabeza—. Pero no del todo... ¿Recuerda cuando hablamos en el picnic?

Lakewood asintió con la cabeza. No habían hablado tanto como a él le hubiera gustado. Ella parecía conocer a todos los presentes en el yate del capitán y se había dedicado a revolotear de una persona a otra, charlando animadamente. Pero él no se había olvidado.

—Comentamos que a los dos nos gustaba el aire libre.

—Aunque yo tengo que llevar sombrero por el sol debido a mi piel pálida.

Aquel día de verano había dejado visible una extensión mayor de piel pálida. Lakewood recordaba sus brazos firmes y redondeados descubiertos casi hasta los hombros, su cuello bien formado y sus tobillos.

—¿Vamos? —preguntó ella.

—¿Qué?

—A escalar.

—¡Sí! Sí. Vamos.

Enfilaron el sendero, rozándose en las zonas donde el camino se estrechaba. Cada vez que se tocaban él notaba una descarga eléctrica, y estaba totalmente prendado cuando ella preguntó:

—¿Sigue trabajando para el capitán?

—Oh, sí.

—Me parece recordar que dijo algo sobre armas de barcos.

—En la Marina usan cañones, en concreto.

—Ah, ¿sí? No lo sabía. Habla en tercera persona del plural, ¿no está usted en la Marina?

—No, trabajo como civil, pero informo al capitán Falconer.

—Parecía hombre muy simpático.

Lakewood sonrió.

—«Simpático» no es la primera palabra que me viene a la cabeza al pensar en el capitán Falconer.

Impetuoso, exigente e intimidante se le acercaban más.

—Alguien me dijo que era una persona que estimulaba a la gente.

—Eso es verdad.

—Estoy intentando recordar quién fue —dijo—. Era muy guapo, y mayor que usted, creo.

Lakewood sintió una punzada de celos. Katherine Dee estaba hablando de Ron Wheeler, la figura principal de la estación de torpedos de Newport y del que se enamoraban todas las chicas.

—La mayoría de ellos son mayores que yo —contestó, con la esperanza de desviar el tema del atractivo Wheeler.

Katherine lo tranquilizó dedicándole una reconfortante sonrisa.

—Bueno, quienquiera que fuera, me acuerdo de que lo llamó a usted «niño prodigio».

Lakewood se rió.

—¿Por qué se está riendo? El capitán Falconer también lo dijo, y fue un héroe en la guerra entre España y Estados Unidos. ¿Es usted un niño prodigio?

—No. Solo empecé joven, nada más. Es un campo muy nuevo. Entré en él al principio.

—¿Cómo pueden ser nuevos los cañones? Los cañones llevan entre nosotros desde siempre.

Lakewood dejó de andar y se volvió para mirarla.

—Lo que ha dicho es muy interesante, pero no, los cañones no llevan entre nosotros desde siempre. No como son ahora. Los cañones estriados tienen un alcance tremendo con el que nadie soñaba antes. El otro día estuve a bordo de un acorazado a la altura de Sandy Hook y...

—¿Ha estado en un acorazado?

—Claro. Viajo en ellos continuamente.

—¿De verdad?

—En el Campo de Tiro del Atlántico. La semana pasada mismo el oficial de artillería me dijo que los nuevos acorazados podrían disparar a Yonkers desde aquí.

Los bonitos ojos de Katherine se volvieron enormes.

—¿Yonkers? No sé. La última vez que fui a Nueva York en el *Lusitania* hacía un día despejado, pero no podía ver Yonkers desde el mar.

¿El *Lusitania*?, pensó Lakewood. No solo es guapa sino también rica.

—Bueno, es difícil ver Yonkers, pero en el mar se puede divisar un barco a esa distancia. Lo difícil es darle.

Reemprendieron la marcha, entrechocando los brazos en el angosto sendero, mientras él le explicaba que la invención de la pólvora sin humo permitía a los observadores ver más lejos por que el barco no quedaba tan envuelto en el humo del cañón.

—Los observadores se distribuyen con los cañones. Juzgan a partir de las salpicaduras de los disparos si se han quedado cortos o si se han pasado de largo. Probablemente haya leído en el periódico que es la razón de ser de los barcos que tienen todos los cañones grandes (todos los cañones del mismo calibre), de modo que al disparar uno se apuntan todos.

Ella parecía mucho más interesada de lo que él esperaba de una chica guapa y

escuchaba con los ojos muy abiertos, deteniéndose repetidamente para dejar de andar y mirarlo fijamente como si estuviera hipnotizada.

Lakewood siguió hablando.

Nada secreto, se dijo. Nada sobre los últimos giroscopios telemétricos que ofrecían «puntería continua» para «dominar el balanceo». Nada sobre el control de tiro que ella no pudiera leer en los periódicos. Se jactó de haberse interesado por la escalada de rocas mientras subía por un «mástil de observación» que la Marina estaba desarrollando para ver las salpicaduras de los proyectiles a mayor distancia. Pero no le dijo que los constructores de los mástiles estaban experimentando con tuberías de acero ligero y flexible para hacerlos inmunes a los impactos de proyectiles. No le reveló que esos mástiles de observación también estaban concebidos como plataformas para las últimas máquinas telemétricas.

Tampoco mencionó los motores hidráulicos acoplados al giroscopio para elevar los cañones montados en torretas. Y desde luego, no dijo nunca palabra sobre el Buque 44.

—Estoy confundida —dijo ella sonriendo afablemente—. Tal vez usted pueda ayudarme a comprender. Un hombre me dijo que los transatlánticos son mucho más grandes que los acorazados. Dijo que el *Lusitania* y el *Mauritania* pesan cuarenta y cuatro mil toneladas, pero que el *Michigan* de la Marina solo pesará dieciséis mil.

—Los transatlánticos son hoteles flotantes —respondió Lakewood despectivamente—. Los acorazados son fortalezas.

—Pero el *Lusitania* y el *Mauritania* navegan más rápido que los acorazados. Él los llamaba «galgos».

—Bueno, si considera el *Lusitania* y el *Mauritania* galgos, imagínese un acorazado como un lobo.

Ella se echó a reír.

—Ahora lo entiendo. Y su trabajo consiste en darle dientes.

—Mi trabajo —la corrigió Lakewood con orgullo— consiste en afilarle los dientes.

Ella volvió a reírse. Y le tocó el brazo.

—Entonces ¿en qué consiste el trabajo del capitán Falconer?

Grover Lakewood meditó detenidamente antes de contestar. Cualquiera podía leer la verdad oficial. Todos los días se escribían artículos sobre cada aspecto de la carrera armamentística de los acorazados, desde los gastos a la gloria nacional, las botaduras de gala y los torpes espías extranjeros que fisgoneaban por el astillero naval de Brooklyn haciéndose pasar por periodistas.

—El capitán Falconer es el inspector especial de prácticas de tiro de la Marina. Se convirtió en un experto en artillería después de la batalla de Santiago. Aunque hundimos todos los barcos españoles en Cuba, nuestros cañones consiguieron un dos por ciento de aciertos. El capitán Falconer juró mejorar ese porcentaje.

La empinada pendiente de la ladera del monte Agar apareció delante de ellos.

—Oh, mire —dijo Katherine—. Lo tenemos todo para nosotros. Estamos solos. —Se detuvieron al pie del precipicio—. ¿No estaba relacionado con los acorazados ese loco que se suicidó volando su piano?

—¿Cómo se ha enterado de eso? —preguntó Lakewood.

La Marina había evitado que la tragedia apareciera en los periódicos y se había limitado a reconocer que se había producido una explosión en la fábrica de artillería.

—Todo el mundo en Washington habla del tema —respondió Katherine.

—¿Es allí donde vive?

—He estado visitando a una amiga. ¿Conocía a ese hombre?

—Sí, era un buen hombre —contestó Lakewood, mientras alzaba la vista por las rocas y hacía un reconocimiento de la ruta—. De hecho, estaba en el yate del capitán el día del picnic.

—Creo que no lo conocí.

—Ha sido una auténtica tragedia... Una pérdida terrible.

Katherine Dee resultó ser una enérgica alpinista. Lakewood apenas podía seguirle el ritmo. Era nuevo en aquel deporte, y su fijó en que los dedos de la joven eran tan fuertes que podía levantar todo su peso agarrándose solo con una mano. Cuando lo hacía, podía balancear su cuerpo para levantar la otra mano hasta el próximo asidero.

—Tropa usted como un mono.

—No es un cumplido muy bonito. —Ella fingió que hacía pucheros mientras esperaba a que él la alcanzara—. ¿Quién quiere parecerse a un mono?

Lakewood prefirió no gastar saliva. Cuando estaban a veinticinco metros del suelo y las copas de los árboles parecían plumas mucho más abajo, de repente ella tomó la delantera y se alejó de él.

—¿Dónde ha aprendido a escalar así?

—Las monjas de mi colegio nos llevaban a escalar al Mattehörn.

En ese momento, Grover Lakewood tenía las manos muy separadas, agarrándose a unas grietas a ambos lados, mientras buscaba a tientas su siguiente asidero. Katherine Dee había llegado a un lugar situado cuatro metros por encima de él. Sonrió.

—¿Señor Lakewood?

Él estiró el cuello para verla. Parecía que estuviera sujetando una gigantesca tortuga con sus fuertes manos blancas. Solo que no podía ser una tortuga en esa época del año. Era una roca grande.

—¡Tenga cuidado con eso! —gritó.

Demasiado tarde.

La roca se le resbaló de las manos. ¡No, no se le resbaló! Ella la soltó.

Isaac Bell no paraba de dar vueltas al suicidio de Langner.

Utilizó el pase del secretario de la Marina para volver a entrar en la fábrica de artillería, abrió de nuevo el candado Polhem de la puerta del estudio y buscó el escritorio de Langner. Encontró un montón de papel especial colocado manualmente que al parecer Langner reservaba para la correspondencia importante y que coincidía con el papel en el que estaba escrita la nota de suicidio. A su lado había una estilográfica Waterman.

Bell se guardó la pluma en el bolsillo y se detuvo en el laboratorio químico que colaboraba con la agencia Van Dorn. A continuación tomó un tranvía y subió por Capitol Hill hasta Lincoln Park, un barrio que estaba prosperando a medida que los ciudadanos de Washington se trasladaban a las zonas elevadas de la colina para escapar de las áreas abarrotadas y pantanosas que rodeaban el río Potomac, cada vez más hediondo con el calor del verano.

Bell encontró la casa de Langner justo enfrente del parque. Era una casa adosada de ladrillo de dos plantas con contraventanas verdes y una verja de hierro forjado alrededor de un pequeño jardín. El auditor de Van Dorn que estaba investigando los asuntos financieros de Arthur Langner no había descubierto ninguna evidencia de ingresos privados. Langner tenía que haber comprado su nueva casa con su salario de la fábrica de artillería, que según el auditor era igual que el de los directores de la industria privada.

La vivienda parecía recién construida —como prácticamente todos los edificios salvo un puñado de viejas estructuras de madera ubicadas en las calles laterales— y poseía altos ventanales. El enladrillado contaba con una ornamentación típica y se ensanchaba hacia el cielo hasta una recargada cornisa dentada. Pero una vez dentro, advirtió Bell de un vistazo, la casa era cualquier cosa menos típica. Estaba decorada con un estilo sobrio y moderno, con estanterías y armarios empotrados, y ventiladores de techo. Los muebles también eran actuales, y muy caros: piezas ligeras pero robustas fabricadas por Charles Rennie Mackintosh, de Glasgow. Bell no pudo por menos de preguntarse de dónde había sacado Langner el dinero para pagar los muebles de Mackintosh.

Dorothy ya no iba vestida de negro, sino de un color gris plateado que combinaba con sus ojos y su cabello negro. Un hombre la siguió hasta el recibidor. Ella lo presentó como «mi amigo Ted Whitmark».

Bell catalogó a Whitmark como una especie de vendedor campechano. Parecía la viva imagen del éxito, con una radiante sonrisa en su atractivo rostro, un traje caro y una corbata carmesí adornada con una insignia de la Universidad de Harvard.

—Yo diría que más que un amigo —tronó Whitmark mientras, estrechaba

efusivamente la mano de Bell—. Más bien su prometido, no sé si me entiende —añadió, apretándole la mano enfáticamente.

—Enhorabuena —dijo Bell, devolviéndole el apretón.

Whitmark lo soltó con una sonrisa fácil y bromeó:

—Menudo apretón. ¿Qué hace en su tiempo libre, herraduras?

—¿Nos disculpa un momento, señor Whitmark? —pregunto Bell—. Señorita Langner, el señor Van Dorn me ha pedido que hable con usted.

—Aquí no tenemos secretos —dijo Whitmark—. Por lo menos, ninguno que sea de la incumbencia de un detective.

—Tranquilo, Ted —dijo Dorothy, posando la mano en su hombro y dedicándole una sonrisa dulce—. Hay ginebra en la oficina. ¿Por qué no nos preparas unos cócteles mientras el señor Bell me informa?

A Ted Whitmark no le gustó la idea, pero no le quedó más remedio que marcharse, cosa que hizo diciendo seriamente:

—No la retenga demasiado, Bell. La pobrecilla todavía se está recuperando del golpe de la muerte de su padre.

—Solo nos llevará un minuto —le aseguró Bell.

Dorothy cerró la puerta corredera.

—Gracias. Ted se pone tan celoso que resulta halagador.

—Me imagino que tiene muchas cualidades para que usted le haya concedido su mano —dijo Bell.

Ella lo miró fijamente a la cara.

—No tengo ninguna prisa —le informó ella, en lo que el alto detective no pudo evitar interpretar como una directa y halagadora muestra de interés por parte de una mujer atractiva.

—¿A qué se dedica Ted? —preguntó Bell, cambiando diplomáticamente de tema.

—Vende comestibles a la Marina. De hecho, dentro de poco tiene que ir a San Francisco a prepararse para abastecer a la Gran Flota Blanca cuando llegue. ¿Está usted casado, señor Bell?

—Estoy prometido.

Una sonrisa indescifrable se dibujó en los hermosos labios de la joven.

—Qué lástima.

—Para ser del todo sincero —dijo Bell—, no es ninguna lástima. Soy un hombre muy afortunado.

—La sinceridad es una cualidad muy valiosa en un hombre. ¿Ha venido a visitarme por algún motivo más importante que negarse a coquetear conmigo?

Bell sacó la estilográfica.

—¿Reconoce esto?

El rostro de ella se ensombreció.

—Por supuesto. Es la pluma de mi padre. Se la regalé por su cumpleaños.

Bell se la dio.

—Entonces puede quedársela. La cogí de su escritorio.

—¿Por qué?

—Para confirmar que la había usado para escribir la carta.

—¿La supuesta carta de suicidio? Podría haberla escrito cualquiera.

—No cualquiera. O su padre o un diestro falsificador.

—Ya conoce mi postura al respecto. Es imposible que él se suicidara.

—Seguiré investigando.

—¿Qué hay del papel en el que estaba escrita la carta?

—Era de él.

—Entiendo... ¡Y la tinta! —dijo ella, con una repentina ansiedad—. ¿Cómo sabemos que fue escrita con la misma tinta de la pluma? Tal vez no era esta pluma. Se la compré en una papelería. La empresa Waterman debe de vender miles.

—He entregado muestras de la tinta de la pluma y de la carta a un laboratorio químico para determinar si la tinta es distinta.

—Gracias —dijo ella, con el rostro descompuesto—. No es posible, ¿verdad?

—Me temo que no, Dorothy.

—Pero aunque la tinta corresponda a la pluma, eso no demuestra que él escribiera la carta.

—No, sin lugar a dudas —convino Bell—. Pero debo decirle sinceramente que aunque hay que investigar todos esos datos, no es probable que nos den una respuesta definitiva.

—¿Qué podría dárnosla? —preguntó ella.

De repente parecía desconcertada. Las lágrimas centelleaban en sus ojos.

A Isaac Bell le conmovieron su sufrimiento y su confusión. Le cogió las manos.

—Sea lo que sea, si existe, debemos encontrarlo.

—¿Los detectives de Van Dorn no se rinden nunca? —Presumió ella con una sonrisa animosa.

—Nunca —prometió Bell, aunque en el fondo cada vez tenía, menos esperanzas de poder poner fin a su dolor.

Ella le aferró las manos. Cuando finalmente las soltó, se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Gracias. Es todo lo que puedo pedir.

—Seguiremos en contacto —dijo Bell.

—¿Quiere quedarse a tomar un cóctel?

—Me temo que no puedo, gracias. Me esperan en Nueva York. —Cuando ella lo acompañó a la puerta, Bell echó un vistazo al comedor y comentó—: Esa mesa es magnífica. ¿Es una Mackintosh?

—Desde luego —contestó ella orgullosamente—. Mi padre solía decir que si para comprar una obra de arte tenía que cenar alubias, cenaría alubias.

Bell no pudo evitar preguntarse si Langner se había hartado de comer alubias y había aceptado un soborno de la fundación, Miró atrás al cruzar la puerta. Dorothy

estaba de pie en el escalón, igual que una princesa de cuento encerrada en una torre.

El semidirecto real de la línea de Baltimore y Ohio era el tren más rápido y lujoso que cubría el trayecto de Washington a Nueva York. Mientras la noche oscurecía las ventanas de cristal y plomo, Isaac Bell aprovechó el viaje para repasar los progresos de la búsqueda de la banda de los Frye. Los atracadores de bancos, a los que los detectives de Van Dorn habían estado siguiendo la pista a través de Illinois, Indiana y Ohio, habían desaparecido en algún lugar del este de Pennsylvania. Al igual que el detective Scully.

La cena a bordo del tren, comparable a la de Delmonico's o el nuevo hotel Plaza, se servía en un vagón restaurante con paneles de caoba. Bell tomó pez de roca de Maryland y media botella de Mumm, y reflexionó sobre lo mucho que Dorothy Langner le recordaba a su prometida. Evidentemente, si no estuviera de luto por su padre, Dorothy sería una mujer perspicaz e interesante, como Marion Morgan. Las dos mujeres tenían un pasado similar: ambas habían perdido a su madre siendo muy jóvenes y habían recibido una educación superior a la de la mayoría de las mujeres, gracias a unos padres cariñosos que eran expertos en sus respectivos campos y deseaban que sus hijas desarrollaran plenamente su talento.

Físicamente, Marion y Dorothy no podían ser más distintas Dorothy tenía una brillante melena morena, mientras que Marion poseía un reluciente cabello bermejo; los ojos de Dorothy eran de un fascinante azul grisáceo y los de Marion, de un llamativo verde coral. Las dos eran altas, delgadas y ágiles. Y las dos pensó sonriendo, podían parar el tráfico con solo salir a la calle.

Bell consultó su reloj de oro de bolsillo cuando el tren entró en la estación de Jersey City. Las nueve en punto. Demasiado tarde para visitar a Marion en su hotel de Fort Lee si tenía que rodar al día siguiente. Tenía gracia. Marion estaba dirigiendo un mediometraje sobre unos atracadores de bancos imaginarios mientras él perseguía a unos auténticos. Pero, observándola trabajar, él había descubierto que un drama cinematográfico requería tanta planificación y minuciosidad como un atraco de verdad. Y para eso, una chica necesitaba dormir.

Cuando se apeó del tren, echó un vistazo a los quioscos y los periódicos que los niños pregonaban. Los titulares rivalizaban por la atención del lector. La mitad proclamaba una fantástica variedad de amenazas por parte de Japón contra la Gran Flota Blanca si, según se rumoreaba, el presidente Roosevelt ordenaba que los barcos se acercaran a las islas japonesas. La otra mitad culpaba del asesinato de un maestro de escuela de Nueva York unos tratantes de blancas chinos. Pero lo que Bell buscaba eran los titulares del tiempo, con la esperanza de encontrar un mal pronóstico.

—¡Excelente! —exclamó en voz alta.

El Instituto Meteorológico predecía que habría nubes y lluvia.

Marion tendría que levantarse al amanecer para aprovechar el más mínimo rayo

de sol disponible.

Se marchó a toda prisa de la estación. El trayecto de veinticinco kilómetros en tranvía hasta Fort Lee le llevaría como mínimo una hora, pero puede que hubiera un camino más rápido. La policía de Jersey City estaba experimentando con una patrulla motorizada como la de Nueva York a través del río y, tal como esperaba, uno de sus automóviles Ford de seis cilindros estaba preparado delante de la estación conducido por un sargento y por la guardia que había pertenecido a la División Montada.

—Detective de Van Dorn —dijo Bell al sargento, quien parecía un poco perdido sin su caballo—. Le daré veinte dólares si me lleva al hotel Cella's Park en Fort Lee.

Con diez habría bastado. Por veinte, el sargento encendió la sirena.

Empezó a llover cuando el Ford de la policía coronó las Palisades. Recorrió a toda velocidad la calle principal de Fort Lee salpicando barro, se deslizó a lo largo de las vías del tranvía y pasó volando por delante de un estudio de cine cuyos muros de cristal relucían a la débil luz de los faros. En las afueras del pueblo, se detuvieron delante del hotel Cella's Park, un gran edificio de madera de dos plantas situado en un merendero.

Bell cruzó a saltos el porche con una sonrisa de oreja a oreja en el rostro. El comedor, que se convertía en bar por la noche, seguía abierto y bullía de actividad mientras los actores, directores y cámaras comentaban que, si no había sol para rodar, el día siguiente sería un día perdido. Un grupo de cantantes con un oído perfecto se hallaba reunido alrededor de un piano cantando:

Puedes ir a donde quieras conmigo
en mi alegre Oldsmobile

Vio a Marion en una mesa en un rincón, y por poco se le paró el corazón. Estaba riéndose, entablando conversación con otras dos directoras a las que él ya conocía: Christina Bialobrzesky, quien afirmaba ser una condesa polaca pero cuyo acento a Bell le parecía de Nueva Orleans, y una mujer de cabello y ojos os euros, mademoiselle Duvall de Pathé Frères.

Marion alzó la vista. Lo vio en la puerta y se levantó de un brinco con una sonrisa radiante. Bell cruzó a toda prisa la estancia. Ella se juntó con él a medio camino, y él la estrechó entre sus brazos y la besó.

—¡Qué sorpresa más maravillosa! —exclamó ella.

Todavía tenía puesta la ropa de trabajo: blusa, falda larga y chaqueta ceñida. Llevaba el cabello rubio recogido, con su largo y elegante cuello descubierto.

—Estás preciosa.

—¡Mentiroso! Tengo pinta de llevar levantada desde las cinco de la mañana.

—Sabes que nunca miento. Estás guapísima.

—Tú también. Todavía más... ¿Has comido?

—He cenado en el tren.

—Ven. Acompáñanos. ¿O prefieres que nos sentemos solos?

—Pasaré primero a saludar.

El dueño del hotel se acercó, sonriendo al recordar la última visita de Bell y frotándose las manos.

—¿Champán otra vez, señor Bell?

—Por supuesto.

—¿Para la mesa?

—¡Para todo el comedor!

—¡Isaac! —dijo Marion—. Hay cincuenta personas.

—En el testamento de mi abuelo Isaiah no dice que no pueda gastar parte de sus cinco millones de dólares en un brindis por la belleza de la señorita Marion Morgan. Además, dicen que mi abuelo tenía buen ojo para las mujeres.

—Entonces no solo heredaste los cinco millones.

—Así, cuando se emborrachen, no se fijarán cuando nos escapemos a tu habitación.

Ella lo llevó de la mano. Christina y mademoiselle Duvall también tenían puesta todavía la ropa de trabajo, pero la extravagante francesa lucía sus habituales pantalones de montar. Besó a Bell en las mejillas y lo llamó *Ii-sahc*.

—Esta semana las tres estamos rodando películas sobre ladrones de bancos. Tienes que darme consejos de detective.

—Quiere algo más que consejos —susurró Marion sonriendo.

—¿Acaso los ladrones de bancos no son el símbolo de la libertad *américain*? —preguntó mademoiselle Duvall.

Bell sonrió forzosamente.

—Los atracadores de bancos son símbolos de muerte y terror. EL trío que estoy persiguiendo en este momento acostumbra a disparar a todos los que encuentra en el edificio.

—Porque temen ser reconocidos —dijo la directora francesa—. Mis ladrones de bancos no disparan a nadie porque son pobre y conocidos por los pobres.

Christina puso los ojos en blanco.

—¿Cómo Robin Hood? —preguntó mordazmente.

—Más vale que les hagas llevar máscaras para que el público sepa quién es quién —propuso Marion.

—Una máscara solo enmascara a un extraño —dijo mademoiselle Duvall—. Aunque yo llevara una máscara —hizo una demostración con su chal, tapándose su nariz gala y su sensual boca con la seda de forma que solo sus ojos quedaran visibles—. *Ii-sahc* me reconocería por la mirada.

—Eso es porque le estás haciendo ojitos —dijo Marion riéndose.

La expresión de Isaac Bell cambió bruscamente.

—¡No es culpa mía! *Ii-sahc* es tan guapo que no puedo con tenerme. También tendría que taparme los ojos.

Entonces se fijaron en que las facciones de él se endurecieron. Parecía distante y frío. Mademoiselle Duvall alargó la mano y le tocó el brazo.

—*Chéri* —dijo disculpándose—. Estás muy serio. Disculpa me si me he comportado de forma *inappropriée*.

—En absoluto —contestó Bell, dándole una palmada distraídamente en la mano mientras agarraba fuerte la de Marion por debajo de la mesa—. Pero me has dado una idea curiosa. Algo en lo que pensar.

—Basta de pensar esta noche —dijo Marion.

Bell se levantó.

—Disculpadme. Tengo que enviar un telegrama.

El hotel tenía un teléfono que usó para llamar a la oficina de Nueva York y para dictar un telegrama a fin de que lo enviaran a nombre de John Scully a todas las sedes de la agencia Van Dorit de la zona desde la que había informado por última vez.

CAMBIARON NOMBRE, LOS FRYE VAN A CASA.
CERCA PRIMER GOLPE EN NEW JERSEY.

Marion estaba sonriendo en el vestíbulo junto a la escalera.

—Les he dado las buenas noches de tu parte.

—Vete a Greenwich Village y trae al doctor Cruson —ordenó Isaac Bell a un aprendiz cuando entró a toda prisa en la oficina de Van Dorn en el hotel Knickerbocker a primera hora de la mañana siguiente—. Tienes autorización para coger un taxi para ir y volver. ¡Deprisa!

El doctor Daniel Cruson era un experto en escritura.

El aprendiz se marchó corriendo.

Bell leyó sus telegramas. El laboratorio de Washington confirmaba que la tinta de la nota de Arthur Langner era la misma que la de la pluma del diseñador. No le sorprendió.

Un telegrama de Pennsylvania puso de manifiesto los inconvenientes del solitario método en que John Scully ejercía la profesión de detective. Los sabuesos a los que Joe van Dorn había encargado para ayudar a Scully mientras Bell investigaba la muerte de Langner habían enviado lo siguiente:

NO ENCONTRAMOS A SCULLY.
 SEGUIMOS BUSCANDO.
 DEVOLVER ORDEN DE PAGO EN EFECTIVO
 DE OFICINAS DE WESTERN UNION
 EN SCRANTON Y FILADELFIA.

Bell gruñó una maldición entre dientes. Se habían separado para aumentar las posibilidades de encontrar a Scully. Sal mediodía no lo habían encontrado, le correspondería a él informar a su jefe que la banda de los Frye estaba siguiendo la pista a Scully.

Bell llamó al investigador al que había introducido en el caso. Grady Forrer era un hombre como un oso con un torso y una barriga enormes. Parecía un tipo al que convenía tener al lado en una pelea de taberna, pero sus puntos fuertes eran una feroz determinación para localizar los datos más nimios y una memoria prodigiosa.

—¿Has averiguado dónde estaba el hogar de esos malnacidos hidrófobos? —preguntó Bell—. ¿Dónde se criaron?

El investigador negó con la cabeza.

—He estado devanándome los sesos, Isaac. No encuentro ningún trío de hermanos Frye en ningún lugar de New Jersey. He probado con los primos, pero tampoco ha habido suerte.

—Tengo una idea al respecto —dijo Bell—. ¿Y si cambiaron de nombre en el momento de su primera retirada de fondos ilegal? El primer robo se produjo en mitad

del estado, si mal no recuerdo. En el banco Farmer's Mutual Savings de East Brunswick.

—Un banco de pueblo aproximadamente a mitad de camino de Princeton.

—Siempre hemos achacado el hecho de que mataran a tiros al cajero y al cliente a su crueldad. Pero ¿y esos tres eran tan tontos como para robar el banco que les quedaba más cerca de casa?

Grady Forrer se irguió.

—¿Y si asesinaron a los testigos porque los reconocieron... aunque llevaran máscaras? Tal vez los testigos sabían que eran unos chicos del pueblo. Unos vecinos que se hicieron mayores y se compraron pistolas. ¿Te acuerdas de su primera nota escrita con sangre? «Temed a la banda de los Frye».

—Entonces tal vez no eran tan tontos —comentó asombrado el investigador—. A partir de entonces todo el mundo los llamó «la banda de los Frye».

—Como querían que hiciéramos. Busca una familia cerca de ese banco de East Brunswick con tres hermanos o primos que hayan desaparecido de repente. O dos hermanos y un vecino.

Bell envió telegramas a los detectives destinados a ayudar a Scully y al propio Scully, mandándoles que se dirigieran a East Brunswick.

Merci, mademoiselle Duvall!

¿Quién sino había estado dirigiendo sus pensamientos?

Eso le llevó de nuevo a la fotografía que había hecho de la nota de suicidio de Arthur Langner. La dejó al lado de la instantánea de una de las solicitudes de patentes escritas a mano por Langner que había tomado la mañana anterior. Las escudriñó con una lupa, buscando incoherencias que hicieran pensar en una falsificación. No vio ninguna. Pero él no era un especialista, motivo por cual había llamado al experto en escritura de Greenwich Village.

El doctor Daniel Cruson prefería el altisonante título de «gragólogo». Su barba blanca y sus cejas pobladas encajaban con un hombre que expresaba incansablemente grandilocuentes teorías sobre el psicoanálisis de los doctores Freud y Jung. También era dado a afirmaciones como «El complejo priva el ego de luz y alimento», que era la razón por la que Bell lo evitaba siempre que podía. Pero Cruson poseía un buen ojo para la falsificación. Tan bueno que Bell sospechaba que el doctor Grafología llegaba a fin de mes amañando algún que otro cheque bancario.

Cruson inspeccionó la fotografía de la nota de suicidio con una lupa y acto seguido se colocó en el ojo una lupa como las que usaban los joyeros y repitió la operación. Finalmente se recostó en su silla negando con la cabeza.

—¿Ve alguna inconsistencia en la letra que haga pensar que fue escrita por un falsificador? —preguntó Bell.

—Usted es detective, señor —contestó Cruson.

—Sabe que sí —dijo Bell lacónicamente para atajar un farragoso discurso.

—¿Conoce la obra de sir William Herschel?

—Identificación de huellas dactilares.

—Pero sir William también creía que la letra revela el carácter de una persona.

—Me interesa menos el carácter que la falsificación.

Cruson no le hizo caso.

—A partir de esta simple muestra, puedo decir que el hombre que escribió esta carta era excéntrico, con una personalidad muy artística, y también muy dramático. Propenso a los gestos grandilocuentes. Profundamente sensible y con unas intensas emociones que podrían ser abrumadoras.

—En otras palabras —lo interrumpió Bell, reconociendo con desaliento que tendría que informar de lo peor a Dorothy Langner—, el tipo de persona emotiva que podría suicidarse.

—Es trágico que se quitara la vida tan joven.

—Langner no era joven.

—Con el tiempo y la ayuda del psicoanálisis, podría haber investigado las fuentes de su dolor y haber aprendido a controlar sus impulsos autodestructivos.

—Langner no era joven —repitió Bell.

—Era muy joven.

—Tenía sesenta años.

—¡Imposible! Fíjese en esta letra. Vea el trazo enérgico y relajado. Con los calambres en las manos de un hombre mayor, las letras se vuelven más pequeñas y se arrastran a medida que las manos se agarrotan con la edad. Esta es sin duda la letra de un hombre de veintitantos años.

—¿Veintitantos? —repitió Bell, súbitamente excitado.

—No pasa de los treinta, se lo garantizo.

Bell tenía una memoria fotográfica. Enseguida regresó mentalmente al despacho de Arthur Langner. Vio las estanterías llenas de volúmenes encuadernados de solicitudes de patentes, había tenido que abrir varios para hallar una muestra que fotografiar. Los archivados antes de 1885 estaban escritos a mano. Los más recientes estaban mecanografiados.

—Arthur Langner tocaba el piano. Sus dedos debían de ser más ágiles que los de un hombre normal de su edad.

Cruson se encogió de hombros.

—No soy músico ni psicólogo.

—Pero si sus dedos no fueran más ágiles, podría ser una falsificación.

—No me habrá traído aquí para analizar la personalidad de un falsificador, ¿verdad? Cuanto más hábil fuera la falsificación, menos información me daría de la personalidad del falsificador.

—No le he traído aquí para analizar su personalidad, sino para confirmar si se trata de una falsificación. Ahora me está diciendo que el falsificador cometió un error. Copió la letra de Langner de una muestra temprana de su escritura. Gracias, doctor Cruson. Ha abierto una nueva posibilidad. A menos que la práctica del piano no le

permitiera tener la letra de un joven, esto es una falsificación y Arthur Langner fue asesinado.

Un secretario de Van Dorn entró súbitamente agitando una hoja de papel amarillo.

—¡Scully!

El telegrama del solitario John Scully que el secretario metió en la mano de Isaac Bell era lacónico, como de costumbre.

RECIBÍ TU TELEGRAMA. PENSABA LO MISMO.
SUPUESTOS FRYE RODEADOS AL OESTE DE EAST BRUNSWICK.
PRIMOS POLICÍA LOCAL.
¿ME AYUDAS?

—¿«Rodeados»? —preguntó Bell—. ¿Lo han localizado Mike y Eddie?

—No, señor. Está solo, como siempre.

Parecía que Scully había averiguado los verdaderos nombres de los Frye y les había seguido la pista hasta su casa para acabar descubriendo que los atracadores de bancos eran parientes de un *sheriff* corrupto que les ayudaba a escapar. De ser así, el caso le venía grande incluso al formidable Scully.

Bell echó un vistazo al resto del telegrama en busca de señas.

GRANJA WILLIARD.
AUTOPISTA DE CRANBURY
DIECISÉIS KILÓMETROS OESTE DE STONE CHURCH.
DESVÍO IZQUIERDO SEÑALADO.
CAMIÓN DE LECHE A KILÓMETRO Y MEDIO.

En el quinto pino de New Jersey. Le llevaría todo el día llegar allí haciendo transbordo con los trenes locales.

—¡Llama al garaje de Weehawken y pide mi automóvil!

Bell cogió una pesada bolsa de golf, bajó corriendo por la escalera del hotel y salió a Broadway. Subió a un taxi y le pidió al conductor que lo llevara al muelle situado al principio de la calle Cuarenta y dos. Allí subió a bordo del transbordador de Weehawken a New Jersey, donde había aparcado su Locomobile rojo.

La taberna del comodoro Tommy en la calle Treinta y nueve Oeste se extendía como una fortaleza en la planta baja y el sótano de una ruinoso vivienda de ladrillo a cuatrocientos metros del lugar donde el transbordador de Isaac Bell soltó amarras. Tenía una puerta estrecha y las ventanas con rejas. Como una mezcla del Congreso, la Casa Blanca y el Departamento de Guerra, gobernaba el suburbio del West Side que los neoyorquinos llamaban Hell's Kitchen. Ningún policía lo había visto por dentro desde hacía años.

El comodoro Tommy Thompson, el dueño de la taberna con cabeza de bala y cuello de toro, era el jefe de la banda de los Gopher. Cobraba impuestos a los criminales que se dedicaban al tráfico de droga, la prostitución y el juego, los carteristas y los ladrones de casas, destinaba una parte a sobornar a la policía y ofrecía votos a la maquinaria política demócrata. También dominaba el lucrativo negocio del robo de vagones de mercancías en New York Central; su apodo daba fe de un éxito en su sector que rivalizaba con el del comodoro Cornelius Vanderbilt, el magnate ferroviario, en el suyo.

Sin embargo, el comodoro Tommy sospechaba que su negocio estaba a punto de tocar a su fin de forma sangrienta en cuanto el ferrocarril organizara un ejército privado para echar a sus Atracadores de trenes de Nueva York. De modo que él estaba haciendo planes con antelación. Ese era el motivo por el que, mientras el transbordador de Isaac Bell cruzaba a toda velocidad el río Hudson, el comodoro Thompson estaba firmando un nuevo trato con un par de chinos «sin cola»: chinos de aspecto solemne que se habían cortado la larga coleta que llevaban sus compatriotas inmigrantes.

Harry Wing y Louis Loh eran unos sicarios de la prometedora sociedad secreta china Hip Sing. Hablaban bien inglés, iban ataviados con elegantes trajes, y a Thompson no le cabía ninguna duda de que detrás de sus acicalados rostros se escondían unos individuos letales. Había reconocido en ellos unos espíritus afines en cuanto se habían acercado a él. Al igual que los Gopher, la sociedad Hip Sing controlaba los negocios turbios con firmeza, sobornos y disciplina. Y al igual que los Gopher de Tommy, la sociedad Hip Sing estaba expulsando a sus rivales y haciéndose fuerte.

El trato que le habían ofrecido era irresistible: la banda de los Gopher de Tommy Thompson permitiría a los gánsters chinos abrir fumaderos de opio en el West Side de Manhattan. A cambio de la mitad de las ganancias, el comodoro protegería los garitos, suministraría las chicas y pagaría a la policía. Harry Wing y Louis Loh conseguirían para la sociedad Hip Sing clientes blancos de clase media con dinero que gastar: los ocasionales «consumidores de helados» que no se atrevían a

aventurarse en los callejones de Chinatown. Un trato justo, como diría el presidente Teddy Roosevelt. Y hecho justamente, cantarían Sophie Tucker.

La patrulla móvil de Newark, New Jersey, trataba de alcanzar a Isaac Bell en un Packard.

El Locomobile, su coche de carreras a gasolina de 1906, estaba pintado del color rojo de los coches de bomberos. Había encargado ese tono a la fábrica para que los conductores más lentos lo vieran a tiempo para apartarse. Pero el color y el atronador tubo de escape acostumbraban a llamar la atención de la policía.

Antes de llegar a East Orange había dejado atrás a los policías de Newark.

En Elizabeth fueron a por él en motocicleta. Bell perdió de vista la máquina mucho antes de llegar a Roselle. Ahora el campo se extendía ante él.

El Locomobile había sido fabricado para las pistas de carreras y había conseguido muchos récords. La incorporación de guardabarros y faros para conducir por las calles no lo había amansado en absoluto. En manos de un hombre con nervios de acero, pasión por la velocidad y reflejos de felino, la gran máquina de dieciséis litros alcanzaba una increíble velocidad en las carreteras rurales de New Jersey y atravesaba pueblos dormidos como un meteorito.

Vestido de cuello para abajo con un largo guardapolvo, con los ojos protegidos con unos anteojos y la cabeza descubierta Bill poder oír el más mínimo matiz del estruendo del motor de cuatro cilindros, Bell manejaba simultáneamente la palanca de cambios, el embrague y el claxon, acelerando en las rectas, derrapando en las curvas y advirtiendo a los granjeros, el ganado y los vehículos más lentos de que se acercaba. Se lo habría pasado en grande de no haber estado tan preocupado por John Scully.

Había dejado al solitario detective en la estacada. El hecho de que Scully se lo hubiera buscado él solito carecía de importancia. Como jefe del caso, él era responsable de cuidar de su gente.

Conducía con sus grandes manos en la parte inferior del volante cruzado por un radio. Cuando tenía que reducir la velocidad en los pueblos, necesitaba las dos manos para manejar aquella enorme bestia en las curvas. Pero cuando aceleraba en las carreteras rurales, el vehículo respondía de maravilla. Con una mano bastaba, alargando el brazo repetidamente para aumentar la presión del combustible y tocar el claxon. Casi nunca tocaba los frenos. No tenía sentido. Los hombres de Bridgeport, Connecticut, que fabricaban el Locomobile habían incorporado un sistema de parada que se activaba apretando el árbol de la cadena: una media pobre que equivalía prácticamente a no llevar frenos. A Isaac Bell le daba igual.

Al salir con gran estruendo de Woodbridge, un descapotable Mercedes GP de ciento veinte caballos trató de adelantarlo. Bell pisó a fondo el acelerador y se quedó solo en la carretera.

—¿Qué es esto? —preguntó el comodoro Tommy Thompson.

—Dice que tiene una propuesta para usted.

Los matones de Tommy, dos boxeadores con la nariz rota que habían matado a sus numerosos rivales a lo largo de los años flanqueaban de cerca a un refinado caballero al que habían acompañado hasta su despacho.

Tommy Thompson evaluó en un frío silencio lo que parecía un auténtico petimetre de la Quinta Avenida. Se trataba de un hombre de constitución media aproximadamente de su edad, treinta años. Estatura media, un caro bastón con el puño de oro un caro y largo abrigo negro con el cuello de terciopelo, un costoso sombrero de piel y guantes de cabritilla. La estufa de carbón desprendía calor, y el hombre se quitó silenciosamente lo; guantes, dejó a la vista un grueso anillo con joyas engarzadas y se desabotonó el abrigo. Debajo de la prenda, el líder de la banda de los Gopher pudo ver la cadena de un reloj de oro puro tan gruesa que habría podido refrenar a un caballo, y un traje de velarte azul oscuro. Tommy podría haber invitado a tres coristas durante una semana en Atlantic City con lo que aquel petimetre había pagado por sus botas.

El extraño no dijo ni una sola palabra. Permaneció totalmente inmóvil después de quitarse los guantes y desabotonarse el abrigo, salvo cuando levantó la mano para alisar la punta de su fino bigote con el pulgar, que a continuación metió en el bolsillo de su chaleco.

Un cliente sofisticado, pensó el comodoro Tommy. También pensó que aunque todos los policías de Nueva York pusieran dinero, no podrían permitirse vestir a un detective con un conjunto como aquel. Y en el supuesto de que pudieran reunir la pasta, no había ningún policía en la ciudad capaz de lucir la expresión de haber nacido con un pan debajo del brazo que tenía aquel idiota. De modo que el jefe de la banda preguntó:

—¿Qué quiere?

—¿Debo suponer que usted es el líder de la banda de los Gopher?

El comodoro Tommy se puso de nuevo en guardia. El petimetre conocía Hell's Kitchen. Había pronunciado correctamente el nombre de la banda: «gufer», no como lo escribían en los periódicos para los lectores de la Quinta Avenida. ¿Dónde había aprendido a decirlo correctamente?

—Le he preguntado qué quiere.

—Quiero pagarle cinco mil dólares por los servicios de tres asesinos.

Tommy Thompson se enderezó en su silla. Cinco mil dólares era una fortuna. Tanto dinero que se olvidó por completo de la pronunciación de su banda y dejó a un lado la prudencia.

—¿A quién quiere que asesinen?

—Un escocés llamado Alasdair MacDonald tiene que morir en Camden, New Jersey. Los asesinos deben ser diestros con los cuchillos.

—Ah, ¿sí?

—Llevo el dinero encima —dijo el hombre—. Le pagaré por adelantado y confiaré en que cumpla su parte.

Tommy Thompson se volvió hacia sus matones. Los gorilas sonreían sin alegría. El petimetre acababa de cometer un error fatal reconociendo que llevaba la pasta encima.

—Quitadle los cinco mil dólares —ordenó Tommy—. Quitadle el reloj. Quitadle el anillo. Quitadle el bastón y el abrigo y el sombrero y el traje y las botas, y tirad a este hijo de puta al río.

Los matones se movieron a la vez, sorprendentemente rápido para unos hombres corpulentos.

El abrigo y el traje hecho a medida del petimetre escondían un cuerpo fuerte. La quietud de su pose ocultaba una velocidad de vértigo. En un abrir y cerrar de ojos, un matón estaba desplomado en el suelo, aturdido y manchado de sangre. El otro suplicaba piedad chillando con voz aguda. El presumido tenía su cabeza inmovilizada bajo el brazo, mientras apretaba el ojo del matón con el pulgar.

El comodoro Tommy se quedó boquiabierto al reconocerlo.

Encajada en la uña del pulgar del petimetre relucía una gubia afilada como una navaja. La punta presionaba el rabillo del ojo del matón, y a este no le cabía la menor duda —al igual que al comodoro Tommy— de que, con un movimiento rápido del pulgar, el petimetre podía arrancarle el ojo como si fuera una uva.

—Joder, joder, joder —dijo Tommy en voz baja—. Eres Brian O'Shay.

Al oír ese nombre, el matón, cuyo ojo estaba a un milímetro de ser extraído de su cuenca, rompió a llorar. El otro, que seguía respirando con dificultad en el suelo, dijo con voz entrecortada:

—No puede ser. Brian «Ojos» O'Shay está muerto.

—Si lo estaba —dijo el comodoro Tommy—, ha vuelto de la tumba.

El líder de la banda de los Gopher se quedó mirando asombrado.

Ojos O'Shay había desaparecido hacía quince años. No era de extrañar que supiera pronunciar el nombre de la banda. Si Ojos no hubiera desaparecido, todavía estarían luchando entre ellos por el control de Hell's Kitchen. Cuando O'Shay todavía era un crío, ya dominaba las armas de las bandas —honda, tubería de plomo, puño americano y hojas de hacha en las botas— e incluso había echado el guante al revólver de un policía. Pero O'Shay era temido sobre todo por arrancar los ojos de sus rivales con una uña de cobre especialmente adaptada.

—Has prosperado —dijo Tommy, recuperándose de la sorpresa—. Esa gubia parece de plata de ley.

—Acero inoxidable —contestó O'Shay—. Se puede afilar y no se corroe.

—Así que has vuelto. Y con suficiente dinero para pagar a la gente para que mate por ti.

—No repetiré la oferta.

—Acepto el trabajo.

Ojos O'Shay se movió rápido y rozó la mejilla del matón al soltarlo. El hombre lanzó un grito. Se llevó rápidamente las manos a la cara. Parpadeó, apartó las manos y se miró la sangre. A continuación volvió a parpadear y sonrió agradecido. La sangre chorreaba de un tajo que le atravesaba el pómulo hasta la mandíbula, pero tenía los ojos intactos.

—¡Levantaos! —ordenó el comodoro Tommy—. Los dos. Id a por el Témpano. Decidle que traiga a Kelly y a Butler.

Los matones salieron a toda prisa y dejaron a Tommy Thompson a solas con O'Shay.

—Esto debería poner fin a los rumores de que yo te maté.

—No habrías podido matarme nen sueños, Tommy.

El jefe de la banda de los Gopher protestó contra el insulto y el desprecio que subyacía bajo aquellas palabras.

—¿Por qué me hablas así? Éramos socios.

—A veces.

Se quedaron en silencio; dos viejos rivales evaluándose el uno al otro.

—Has vuelto —murmuró Tommy—. ¿De dónde, demonios?

O'Shay no contestó.

Pasaron cinco minutos. Diez.

Kelly y Butler entraron furtivamente en el despacho del comodoro, seguidos de Témpano Weeks.

Brian O'Shay les echó un vistazo.

Típicos Gopher de la nueva generación, pensó, hombres compactos más menudos. El progreso era algo maravilloso. Tommy era un atavismo de los viejos tiempos cuando la corpulencia y el músculo dominaban. Ahora las porras y las tuberías de plomo estaban dando paso a las armas de fuego. Kelly, Butler y Weeks tenían una constitución más parecida a la de él, pero iban vestidos a la última moda del hampa: trajes ceñidos, chalecos llamativos, corbatas floridas. Kelly y Butler lucían zapatos amarillos pulidos con calcetines color lavanda. Weeks, el Témpano, destacaba por sus calcetines azul celeste. Él era el tipo tranquilo que se quedaba atrás, el que dejaba que los impetuosos se arriesgaran y luego se lanzaba a por el premio. En sus sueños, el comodoro moriría de algo rápido, y Témpano Weeks se haría con el mando de los Gopher.

O'Shay sacó tres navajas de mariposa de su abrigo y le dio una a cada uno. Eran de fabricación alemana, estaban exquisitamente equilibradas, se abrían rápidamente y eran afiladas como cuchillas de afeitar. Kelly, Butler y Weeks las sopesaron con admiración.

—Dejádselas clavadas cuando hagáis el trabajo —ordenó O'Shay, lanzando una mirada al comodoro, quien secundó la orden con una amenaza directa.

—Si os vuelvo a ver con ellas, os partiré el pescuezo.

O'Shay abrió una abultada cartera y extrajo tres billetes de ida y vuelta a Camden, New Jersey.

—MacDonald estará en el salón de baile Del Rossi's poco después de que anochezca. Lo encontraréis en el distrito de Gloucester.

—¿Cómo es? —preguntó Weeks.

—Como una avalancha —dijo O'Shay—. No os pasará desapercibido.

—¡En marcha! —ordenó el comodoro Tommy—. No volváis hasta que la haya palmado.

—¿Cuándo nos pagará? —preguntó Weeks.

—Cuando esté muerto.

Los asesinos se dirigieron al transbordador del ferrocarril.

O'Shay sacó un grueso sobre de su abrigo y contó cincuenta billetes de cien dólares sobre la mesa de madera de Tomniy Thompson. Este volvió a contarlos y se metió el dinero en el pantalón.

—Es un placer hacer negocios contigo.

—También necesitaré a esos dos sicarios de la sociedad china.

El comodoro Tommy lo miró fijamente.

—¿De qué sicarios hablas, Brian O'Shay?

—De esos dos rufianes de la Hip Sing.

—¿Cómo demonios te has enterado?

—Que no te confunda la ropa elegante, Tommy. Te sigo dando sopas con honda, y siempre será así.

O'Shay dio media vuelta y salió con paso airado de la taberna.

Tommy Thompson chasqueó los dedos. Un muchacho llamado Paddy la Rata apareció en una puerta lateral. Era delgado y gris. En la calle, era casi tan invisible como el animal por el que era conocido.

—Sigue a O'Shay. Averigua dónde está y cómo se hace llamar.

Paddy la Rata siguió a O'Shay hacia el este a través de la calle Treinta y nueve. El elegante abrigo del hombre y el sombrero de piel parecían brillar a medida que se abría camino entre los pobres andrajosos que se agolpaban en los grasientos adoquines. Cruzó la Décima Avenida y luego la Novena, donde esquivó limpiamente a un borracho que se lanzó hacia él tambaleándose desde la sombra de las vías del ferrocarril elevado. Justo pasada la Séptima Avenida, se detuvo delante de un garaje de automóviles de alquiler y miró por la ventana de cristal.

Paddy se acercó sigilosamente a un grupo de caballos de carretas. Protegido por su volumen mientras acariciaba sus abultados torsos para que no se pusieran nerviosos, empezó a devanarse los sesos. ¿Cómo podría seguir a O'Shay si alquilaba un automóvil?

O'Shay se apartó bruscamente del cristal y siguió adelante a toda prisa.

Paddy se inquietó cuando el barrio cambió. Aparecieron nuevos edificios, altas oficinas y hoteles. La majestuosa Ópera Metropolitana se alzaba como un palacio. Si los polis lo veían, lo detendrían por invadir el barrio de la gente respetable. O'Shay se estaba acercando a Broadway. De repente, desapareció.

Paddy la Rata echó a correr desesperadamente. No podía volver a Hell's Kitchen sin informar del paradero de O'Shay.

¡Allí! Dejando escapar un suspiro de alivio, se metió en un callejón al lado de un teatro en construcción. Al final del callejón, vio la cola del largo abrigo negro arremolinándose alrededor de una esquina. Corrió detrás de ella y dobló la esquina patinando, y se topó de lleno con un puño que lo derribó al barro.

O'Shay se inclinó sobre él. Paddy la Rata vio un destello de acero. Una punzada de dolor estalló en su ojo derecho. Inmediatamente supo lo que O'Shay le había hecho y gritó de desesperación.

—¡Abre la mano! —dijo O'Shay.

Al ver que se negaba, le rozó con el acero el ojo que le que daba.

—Perderás este también si no abres la mano.

Paddy la Rata la abrió. Se estremeció cuando notó que O'Shay le apretaba algo redondo y terrible en la palma de la mano y le cerraba los dedos en torno al objeto casi con suavidad.

—Dale esto a Tommy.

O'Shay dejó al muchacho lloriqueando en el callejón y volvió sobre sus pasos hasta la calle Treinta y nueve. Permaneció entre las sombras, quieto como una estatua, hasta que estuvo seguro de que aquel pequeño bribón no tenía a ningún compañero vigilando. A continuación avanzó hacia el este por debajo del ferrocarril elevado de la Sexta Avenida, comprobó que no lo seguía nadie, se dirigió a la Quinta Avenida y giró hacia el centro, sin dejar de observar los reflejos en las ventanas.

Un policía irlandés con bigote que dirigía el tráfico gritó a un furgón que parara para que el caballero bien vestido pudiera cruzar la calle Treinta y cuatro. Los porteros —cuyos uniformes azules y dorados habrían enorgullecido al capitán de un acorazado con todos los cañones grandes— se apresuraron cuando lo vieron aparecer.

O'Shay les devolvió sus rápidos saludos y entró resueltamente en el hotel Waldorf-Astoria.

Isaac Bell vio el pañuelo rojo de John Scully atado a un seto. Viró con el Locomobile y se metió en la estrecha carretera señalizada, levantó el pie del acelerador por primera vez desde había salido de Weehawken y cerró la válvula de escape, que acalló el atronador tubo de escape hasta que emitió un murmullo hueco.

Enfiló una empinada cuesta y recorrió un kilómetro y medio a través de campos agrícolas en barbecho a la espera de ser plantados en primavera. El ingenioso Scully había conseguido un camión de recogida de leche en alguna parte, la clase de vehículo que no desentonaría en las carreteras rurales de New Jersey. Bell aparcó sin hacer ruido al lado de él de forma que el Locomobile se pudiera ver desde la carretera. Acto seguido levantó la bolsa de golf del asiento del pasajero y la llevó a la cima de de la colina en la que el detective de Van Dorn se hallaba tumbado sobre la hierba marrón.

El lacónico solitario era un hombre bajo y rollizo con una cara en forma de luna que podía pasar por un compinche de predicadores, tenderos, ladrones de cajas fuertes o asesinos. Trece kilos de grasa ocultaban unos músculos duros como una roca, y su sonrisa insegura escondía una mente más rápida que una trampa para osos. Estaba enfocando una casa situada colina abajo con unos prismáticos. De la chimenea de la cocina salía humo, en el exterior había aparcado un gran automóvil de turismo Marmon, una potente máquina cubierta de barro y polvo.

—¿Qué hay en la bolsa? —preguntó Scully a Bell a modo de saludo.

—Un par de armas automáticas. —Bell sonrió al tiempo que sacaba un par de metralletas Browning Auto-5 del calibre 12—. ¿Cuántos hay en la casa?

—Los tres.

—¿Vive alguien ahí?

—No había humo antes de que ellos pararan.

Bell asintió con la cabeza, convencido de que ningún inocente se vería atrapado en el fuego cruzado. Scully le pasó los prismáticos. Observó la casa y el automóvil.

—¿Es ese el Marmon que robaron en Ohio?

—Podría ser otro. Tienen debilidad por los Marmon.

—¿Cómo has dado con su pista?

—Seguí tu corazonada sobre su primer golpe. Su verdadero apellido es Williard, y si tú y yo fuéramos la mitad de listos de lo que nos creemos, habríamos caído en la cuenta hace un mes.

—Eso es indiscutible —reconoció Bell—. ¿Por qué no empezamos poniendo su automóvil fuera de circulación?

—No le alcanzaremos desde aquí con estas armas de juguete.

Bell sacó de la bolsa de golf un antiguo rifle Sharps del calibre 50 para matar

búfalos. Los ojos de John Scully brillaron de inmediato.

—¿De dónde has sacado ese arma?

—El detective del Knickerbocker se lo quitó a un vaquero del espectáculo de Pawnee Bill que se emborrachó en Times Square.

Bell abrió la recámara, colocó un cartucho de pólvora negra y apuntó al Marmon con el pesado rifle.

—Procura no prenderle fuego —le advirtió Scully—. El botín está dentro.

—Solo haré que le cueste arrancar.

—Espera, ¿qué es eso?

Un Ford K de seis cilindros avanzaba dando saltos por el camino que llevaba a la casa de labranza. Tenía un reflector fijado en el radiador.

—Válgame Dios —dijo Scully—. Es el primo *sheriff*.

Dos hombres con estrellas de *sheriff* en los abrigos bajaron del Ford con unas cestas. Scully los observó a través de los prismáticos.

—Les llevan la cena. Dos más tres suman cinco.

—¿Tienes espacio en el camión de la leche?

—Si los apretujamos bien.

—¿Qué te parece si les damos tiempo a que se distraigan llenándose la barriga?

—Es un buen plan —dijo Scully, quien siguió observando la casa.

Bell miró el camino que llevaba a la vivienda y se dio la vuelta súbitamente para asegurarse de que no venían más parientes por la carretera secundaria que él había tomado.

Estaba preguntándose de dónde había sacado Dorothy Langner el dinero para comprarle a su padre un piano cuando se acordó de que se lo había regalado hacía poco.

Scully estaba más hablador que de costumbre.

—¿Sabes una cosa, Isaac? —dijo, señalando la casa y los dos automóviles—, ¿a que estaría bien que alguien inventara una ametralladora tan ligera que se pudiera llevar encima para trabajos como este?

—¿Una metralleta?

—Exacto. Una metralleta. Pero ¿cómo cargarías con el agua necesaria para enfriar el cañón?

—No haría falta si disparara munición de pistola.

Scully asintió con la cabeza pensativamente.

—Con un tambor giratorio sería compacta.

—¿Damos comienzo al espectáculo? —preguntó Bell, levantando el rifle.

Los dos detectives echaron un vistazo al bosque situado cerca de la casa al que huiría la banda de los Frye cuando Bell inutiliza sus automóviles.

—Deja que los flanquee primero —dijo Scully.

Entró en acción bamboleándose colina abajo; a Bell le recordó un albañil apresurándose a trabajar. Hizo un gesto con la mano liando estuvo situado.

Bell apoyó los codos en la hierba, ajustó el percutor a la máxima potencia y apuntó a la cubierta del motor del Marmon con el rifle. Apretó suavemente el gatillo. La potente bala sacudió el Marmon. El tiro del rifle resonó como un disparo de artillería, y una nube de humo negro salió de la boca del arma y descendió por la colina. Bell recargó el rifle y volvió a disparar. Una vez más, el Marmon saltó, y un neumático delantero se desinfló. El detective centró su atención en el coche patrulla.

Los policías salieron inmediatamente de la casa con los ojos como platos y empuñando pistolas. Los atracadores de bancos se quedaron dentro. Unos cañones de rifles asomaron por la ventana. Una lluvia de disparos de rifles Winchester con mecanismo de palanca estalló hacia el humo de pólvora negra que salía del Sharps de Isaac Bell.

Bell hizo caso omiso de la bala que le pasó silbando junto a la cabeza, recargó metódicamente su rifle de un solo disparo y pegó un tiro a la cubierta del motor del Ford. Del radiador caliente brotó humo. Ahora sus presas tendrían que ir a pie.

Los tres ladrones de bancos salieron como flechas de la casa; sus rifles resplandecían.

Bell recargó y disparó, recargó y disparó. Un largo rifle saltó por los aires, y el hombre se tambaleó y se tocó el brazo herido. Otro se volvió y echó a correr hacia el bosque. El fuego racheado procedente de la escopeta de carga automática del calibre 12 de Scully le hizo cambiar de opinión. Patinó y se paró, miró a su alrededor frenéticamente, soltó su arma y levantó las manos. Los policías, que empuñaban sus pistolas, se quedaron completamente paralizados. Bell se levantó, apuntando con el Sharps a través del humo negro. Scully salió sin prisa del bosque apuntando con su escopeta.

—La mía es una escopeta de carga automática del calibre 12 —gritó Scully en tono informal—. Mi compañero tiene un rifle Sharps. Ya es hora de que espabiléis.

Los policías soltaron sus pistolas. El tercer miembro de la banda introdujo un cartucho nuevo en la recámara de su Winchester y apuntó. Bell lo tenía a tiro, pero Scully disparó primero, levantando el cañón de su escopeta para aumentar el alcance.

Las balas se dispersaron a esa distancia. La mayoría pasaron como un rayo junto al atracador. Dos que no lo hicieron le impactaron en el hombro.

Ninguno de los hombres abatidos resultó herido de muerte. Bell se aseguró de que no murieran desangrados y los esposó con los otros en el camión de leche de Scully. Partieron colina abajo; Scully iba al volante del camión y Bell detrás en su Locomobile.

Justo al llegar a la autopista de peaje de Cranbury, Mike y Eddie, los detectives de la agencia destinados a ayudar a Scully, aparecieron en un Oldsmobile, y la caravana se dirigió a Trenton para entregar a los ladrones de bancos y los policías corruptos al fiscal del estado.

Dos horas más tarde, cuando se acercaban a Trenton, Bell vio una señal de tráfico que activó su memoria fotográfica. Constaba de un montón de nombres de pueblos y

de carreteras indicados con flechas blancas que apuntaban al sur: la autopista de peaje de Hamilton, la carretera de Bordentown, la carretera de peaje de Burlington y la autopista de peaje de Westfield a Camden.

Arthur Langner había apuntado unas citas en un calendario de pared. Dos días antes de su muerte, se había reunido con Alasdair MacDonald, el especialista en propulsión por turbinas que había sido contratado por el Departamento de Ingeniería de Vapor de la Marina. La fábrica de MacDonald estaba en Camden.

A su padre le encantaban sus cañones, había confesado Dorothy Langner. Del mismo modo que a Farley Kent le encantaban sus vascos. Y a Alasdair MacDonald, sus turbinas. Había llamado «mago» a MacDonald, situándolo al nivel de su padre. Bell se preguntó qué más cosas tenían los dos hombres en común.

Tocó la bocina del Locomobile. El Oldsmobile y el camión de leche patinaron y pararon levantando polvo.

—Tengo que ver a un tipo en Camden —dijo Bell a Scully.

—¿Necesitas una mano?

—¡Sí! En cuanto entreguéis a esta panda, ¿puedes ir al astillero naval de Brooklyn? En el estudio de diseño hay un arquitecto llamado Farley Kent. Ve a ver si juega limpio.

Bell giró el Locomobile hacia el sur.

DE LOS SUMINISTROS DE CAMDEN PUEDE FIARSE

Este cartel recibió a Isaac Bell cuando entró en la ciudad industrial, que ocupaba la orilla este del río Delaware enfrente de Filadelfia. Pasó por delante de fábricas que producían de todo, de puros a especialidades farmacéuticas, linóleo, terracota y sopa. Pero el astillero era el edificio el que dominaba el lugar. La Compañía de Construcción Naval New York, con su incongruente nombre, bordeaba el arroyo de Delaware y Newton con modernos canales cubiertos y gigantescos andamios que se alzaban hacia el cielo lleno de humo. Al otro lado del río se extendían la Constructora de Buques Cramp y el astillero naval de Filadelfia.

Atardeció antes de que Bell encontrara la Compañía de Turbinas de Vapor MacDonald hacia el interior, en un laberinto de fábricas más pequeñas que suministraban artículos especiales al astillero. Aparcó el Locomobile en la entrada y solicitó ver a Alasdair MacDonald. MacDonald no estaba dentro. Un cordial empleado dijo:

—Encontrará al profesor en Gloucester City... a solo unas manzanas de aquí.

—¿Por qué lo llama profesor?

—Porque es muy listo. Fue aprendiz del inventor de la turbina naval, Charles Parsons, que revolucionó la propulsión naval a alta velocidad. Cuando el profesor emigró a Estados Unidos, sabía más sobre las turbinas que el propio Parsons.

—¿En qué sitio de Gloucester City está?

—En el salón de baile Del Rossi's. No es que esté bailando. Es más taberna que sala de baile, ya sabe.

—He encontrado establecimientos parecidos al oeste —dijo Bell lacónicamente.

—Ataje por King Street. No tiene pérdida.

Gloucester City estaba a poca distancia de Camden río abajo; las dos ciudades se fundían a la perfección. King Street se encontraba cerca de la orilla. Las tabernas, los figones y las casas de huéspedes albergaban a los trabajadores de los astilleros y el animado puerto fluvial. Del Rossi's era tan difícil de pasar por alto como había prometido el empleado, luciendo una falsa fachada que imitaba la embocadura de un teatro de Broadway.

Dentro había un gran alboroto, con el piano más ruidoso que Bell había oído en su vida, mujeres que se reían a carcajadas, camareros sudorosos que golpeaban los cuellos de las botellas para servir más deprisa, porteros agotados y montones de marineros y obreros del astillero —quinientos hombres como mínimo— decididos a emborracharse antes que el resto. Bell observó la sala por encima de un mar de caras coloradas bajo nubes de humo azul. Los únicos presentes en el salón que no iban en mangas de camisa eran él mismo, con su traje blanco, un atractivo caballero de pelo plateado con una levita roja que supuso era el dueño y un trío de gánsters peripuestos ataviados con bombines marrones, camisas moradas, chalecos llenos de colorido y corbatas a rayas. Bell no les veía los zapatos pero sospechaba que eran amarillos.

Se abrió camino entre las anchas espaldas hacia la levita.

—¡Señor Del Rossi! —gritó por encima del alboroto, alargando la mano.

—Buenas noches, señor. Llámeme Angelo.

—Isaac.

Se estrecharon las manos. La de Del Rossera suave pero tenía las quemaduras y cortes curados de haber realizado trabajo naval en su juventud.

—Una noche ajetreada.

—Dios bendiga a nuestra nueva Marina. Todas las noches es así. La Compañía de Construcción Naval New York botará el *Michigan* el mes que viene y acaba de colocar la quilla a un destructor que navega a veintiocho nudos. Al otro lado del río, astillero naval de Filadelfia está construyendo un nuevo dique seco, Cramp botará el *South Carolina* en verano, y ya han firmado un contrato por seis destructores de setecientas toneladas seis, como lo oye. ¿En qué puedo servirle, señor?

—Estoy buscando a un hombre llamado Alasdair MacDonald.

Del Rossi frunció el entrecejo.

—¿El profesor? Siga el sonido de los puñetazos —contestó señalando con la cabeza al rincón más apartado de la puerta.

—Discúlpeme. Será mejor que vaya antes de que alguien lo derribe.

Bell evaluó a MacDonald a medida que atravesaba la sala enseguida tomó

simpatía al corpulento escocés. Aparentaba cuarenta y tantos años, era alto, con un rostro franco y unos músculos que abultaban bajo una camisa empapada en sudor. Tenía varias cicatrices de boxear sobre las cejas —pero ni una sola man en el resto de la cara, advirtió Bell— y unas manos enormes con anchos nudillos. Sujetaba un vaso con una de ellas y una botella de *whisky* con la otra, y a medida que Bell se acercaba llenó vaso y dejó la botella en la barra detrás de él, con la mirada fija e el gentío. La multitud se separó de repente, y un matón de ciento treinta kilos avanzó hacia MacDonald con una mirada asesina.

MacDonald lo siguió con la mirada sonriendo sardónicamente, como si los dos supieran un buen chiste privado. Bebió un trago del vaso y a continuación, sin aparente prisa, cerró u enorme puño y lanzó un golpe tan rápido que Bell casi no lo vio.

El matón se desplomó en el suelo cubierto de serrín. MacDonald lo miró afablemente. Tenía un marcado acento escoces.

—Jake, amigo mío, eres un tipo de lo más legal hasta que bebida se te sube a la cabeza. —Acto seguido preguntó al grupo que lo rodeaba—: ¿Alguien quiere acompañar a Jake a casa?

Los amigos de Jake lo sacaron del local. Bell se presentó a Alasdair MacDonald, quien, sospechaba, estaba más borracho de que parecía.

—¿Te conozco, muchacho?

—Isaac Bell —repitió él—. Dorothy Langner me dijo que usted era muy amigo de su padre.

—Lo era. Pobre Artie. Cuando fabricaron el acorazado rompieron el molde. ¡Bebe un trago!

Pidió un vaso, lo llenó hasta el borde y se lo pasó a Bell pronunciando el brindis escocés:

—*Slanj*.

—*Slanj-uh-va* —dijo Bell, y bebió el licor abrasador de la misma forma que MacDonald.

—¿Cómo lo lleva la muchacha?

—Dorothy se aferra a la esperanza de que su padre no se suicidara ni aceptara un soborno.

—No sé acerca del suicidio (las montañas oscurecen las cañadas), pero sí sé una cosa: el Artillero habría metido la mano en una prensa antes de aceptar un soborno.

—¿Trabajaron codo con codo?

—Digamos que nos admirábamos mutuamente.

—Me imagino que compartían objetivos parecidos.

—Los dos adorábamos los acorazados, si es a lo que se refiere. Tanto si uno lo ama como si lo odia, el acorazado es la maravilla de nuestra era.

Bell se fijó en que, borracho o no, MacDonald estaba esquivando hábilmente sus preguntas. Dio marcha atrás diciendo:

—Me imagino que debe de estar siguiendo los progresos de la Gran Flota Blanca con mucho interés.

Alasdair resopló burlonamente.

—La victoria en el mar depende de la artillería, el blindaje y la velocidad. Tienes que disparar más lejos que el enemigo, sobrevivir a más castigos y navegar más deprisa. Según esos criterios, la Gran Flota Blanca está totalmente desfasada.

Sirvió más licor en el vaso de Bell y rellenó el suyo.

—El barco inglés *Dreadnought* y las imitaciones de acorazados alemanas tienen más alcance, blindaje más fuerte y una velocidad de vértigo. Nuestra «flota», que no es más que el viejo escuadrón Atlántico remodelado, es una armada de barcos de guerra anteriores a los acorazados.

—¿Cuál es la diferencia?

—Un barco de guerra anterior al acorazado es como un peso medio que ha aprendido a boxear en la universidad. No tiene nada que hacer en el *ring* con un peso pesado como Jack Johnson.

MacDonald sonrió en actitud desafiante a Bell, a quien superaba en peso por veinte kilos.

—A menos que cursara estudios superiores en el West Side de Chicago —contestó Bell, desafiándolo a su vez.

—Y aumentara unos cuantos kilos en músculo —reconoció MacDonald con aprobación.

Parecía imposible, pero de repente el piano sonó más fuerte. Alguien tocó un tambor. La multitud dejó pasar a Angelo Del Rossi para que subiera a un pequeño escenario situado enfrente de la barra. Sacó una batuta de director de orquesta de su levita.

Camareros y matones dejaron sus bandejas y sus cartas y cogieron banjos, guitarras y acordeones. Las camareras subieron al escenario de un salto y se quitaron los delantales, dejando a la vista unas faldas tan cortas que la policía de cualquier ciudad con más de una iglesia habría hecho una redada en el local. Del Rossi levantó la batuta. Los músicos empezaron a tocar ruidosamente «Come On Down», de George M. Cohan, y las mujeres se pusieron a bailar lo que a Bell le pareció una excelente imitación del cancan parisino.

—¿Qué estaba diciendo? —gritó.

—¿Yo?

—Sobre los acorazados que usted y el Artillero...

—Por ejemplo, el *Michigan*. Cuando por fin lo pongan en servicio, nuestro barco de guerra más nuevo tendrá la mejor instalación de artillería del mundo: cañones grandes en torretas superpuestas. Pero el finísimo blindaje y los destartados motores de pistones lo condenarán a ser un semiacorazado a lo sumo: una práctica de tiro para los acorazados alemanes e ingleses.

MacDonald vació su vaso.

—Es terrible que el Departamento de Artillería haya perdido a un gran fabricante de cañones como Artie Langner. El departamento técnico odia los cambios. Artie introdujo cambios... No me des cuerda, muchacho. Ha sido un mes espantoso para los buques de guerra de este país.

—¿Aparte de la muerte de Artie Langner? —preguntó Bell.

—El Artillero solo fue el primero en morir. Una semana más tarde, perdimos a Chad Gordon, nuestro principal armero en la fundición de Bethlehem. Un accidente horrible. Seis hombres quemados vivos: Chad y todos sus obreros. Y la semana pasada el insensato de Grover Lakewood se cayó de una montaña. El mejor experto en control de tiro del sector. Y un joven formidable. Qué futuro nos habría ofrecido... muerto en un estúpido accidente de montañismo.

—¡Espere! —dijo Bell—. ¿Me está diciendo que tres ingenieros especializados en barcos de guerra acorazados han muerto en el último mes?

—Parece una maldición, ¿verdad? —MacDonald se pasó su manaza por el pecho persignándose—. Yo no diría que nuestros acorazados están malditos, pero por el bien de la Marina de Estados Unidos, espero por Dios que Farley Kent y Ron Wheeler no sean los siguientes.

—Casco en el astillero naval de Brooklyn —dijo Bell—. Y torpedos en Newport. MacDonald lo miró fijamente.

—Estás informado.

—Dorothy Langner mencionó a Kent y Wheeler. Deduje que eran colegas de Langner.

—¿Colegas? —dijo MacDonald riéndose—. Es la cruz de los que se dedican a los acorazados, ¿no lo ves?

—No. ¿A qué se refiere?

—Es como un juego de trileros en el que hubiera un guisante debajo de cada cubilete y cada guisante estuviera cargado de dinamita. Farley Kent diseña compartimentos estancos para proteger sus cascos de los torpedos. Pero, en Newport, Ron Wheeler mejora los torpedos: fabrica un torpedo de mayor alcance cargado con explosivos más potentes, tal vez incluso descubre como armarlo con TNT. De modo que Artie tiene que... tenía que... mejorar el alcance de los cañones para que el barco pudiera disparar más lejos, y Chad Gordon tenía que fundir un blindaje más fuerte para recibir los impactos. Le entran ganas de darse a la bebida... —MacDonald rellenó los vasos—. Sabe Dios cómo nos las apañaremos sin esos hombres.

—Pero usted dice que la velocidad también es crucial. ¿Qué hay de usted, especialista en ingeniería de vapor? —preguntó Bell—. Dicen que es un mago con las turbinas. ¿No sería la pérdida de Alasdair MacDonald igual de devastadora para el programa de acorazados?

MacDonald se echó a reír.

—Yo soy indestructible.

Al otro lado del salón de baile estalló otra pelea.

—Discúlpame, Isaac —dijo MacDonald, y se enzarzó alegremente en ella.

Bell lo siguió abriéndose paso a empujones. Los gánsters vestidos de manera llamativa que había visto al entrar rondaban el corro improvisado de hombres que daban vótores. MacDonald estaba intercambiando puñetazos con un joven peso pesado que tenía los brazos de un herrero y un admirable juego de piernas. El escocés parecía más lento que el joven, pero Bell se fijó en que Alasdair MacDonald estaba dejando que su adversario le lanzara puñetazos para juzgar su técnica. Era tan sutil que ninguno de los golpes le hizo daño. De repente, Alasdair pareció haber descubierto lo que necesitaba saber. De buenas a primeras se volvió rápido y letal, lanzando combinaciones de golpes. Bell no pudo por menos de reconocer que superaban de largo los mejores golpes que él había asestado cuando boxeaba en Yale, y recordó con una sonrisa de gratitud que Joe van Dorn lo había encaminado hacia los «estudios superiores» en los salones de Chicago.

El herrero zigzagueaba. MacDonald lo remató propinándole un gancho con la fuerza justa para lograr su cometido y a continuación lo ayudó a levantarse, le dio una palmada en la espalda y gritó para que todos le oyeran:

—Has peleado bien, muchacho. He tenido suerte... Isaac, ¿te has fijado en el juego de piernas de este tipo? ¿No te parece que tiene futuro en el *ring*?

—Habría derribado a Jim Corbett en su mejor momento de forma.

El herrero aceptó el cumplido sonriendo con la mirada vidriosa.

MacDonald, cuyos ojos seguían escudriñando sin descanso a la multitud, se fijó en que los gánsters se dirigían con paso resuelto a él.

—Oh, por ahí viene otro contendiente... no, dos. Está bien, muchachos, sois unos enanos, pero sois dos. Venid a por mí.

No eran tan enanos, aunque MacDonald pesaba mucho más que ellos, pero se movían con seguridad y manejaban bien las manos. Y cuando atacaban, saltaba a la vista que no era la primera vez que habían formado equipo. Unos boxeadores callejeros con talento, pensó Bell, unos chicos duros de los suburbios que habían llegado a lo más alto de una banda. Ahora, unos gánsters hechos y derechos que habían salido a divertirse por la noche. Bell se acercó por si las cosas se salían de madre.

Los dos gánsters atacaron simultáneamente a Alasdair MacDonald por ambos lados dedicándole groseros improperios. En el ataque coordinado había una crueldad que pareció enfurecer al escocés. El ingeniero fingió retirarse con el rostro encendido, lo que los animó a avanzar, pero se toparon con un potente golpe rápido de izquierda y un devastador derechazo. Uno de los gánsters se cayó de espaldas, mientras le salía sangre a chorros de la nariz. El otro se desplomó tras palparse la oreja para ver si estaba herido.

Bell vio un acero brillar detrás de Alasdair MacDonald.

Isaac Bell sacó a toda velocidad su pistola de dos disparos de su sombrero e hirió al tercer gángster, que se abalanzaba sobre la espalda de Alasdair MacDonald con una navaja. Fue un disparo a muy poca distancia, casi bocajarro. La potente bala del calibre 44 lo detuvo en seco, y el cuchillo se le cayó de la mano. Pero mientras el rugido del disparo lanzaba a los clientes en desbandada para ponerse a cubierto, el dandi con la nariz sangrante atacó con otra navaja al escocés en la barriga.

MacDonald se quedó boquiabierto, como si le sorprendiera, que una pelea amistosa se hubiera vuelto mortal.

Isaac Bell se dio cuenta de que estaba presenciando un intento de asesinato premeditado. Un espectador que huía le tapó la vista. Bell lo apartó de golpe y volvió a disparar. Por encima de la nariz sangrante de MacDonald, un agujero rojo se abrió entre los ojos del hombre que empuñaba la navaja. El cuchillo se quedó a escasos centímetros del cinturón de Alasdair MacDonald.

La pistola de Bell estaba vacía.

El asesino que quedaba, el que había sido derribado, se levantó detrás de MacDonald con una fluida soltura que demostraba que no había resultado herido ni se había visto entorpecido por el golpe que había recibido en la oreja. Una navaja de larga hoja se abría en su mano. Bell ya estaba sacando su semiautomática Browning modelo 2 de debajo del abrigo. El asesino lanzó una estocada a MacDonald por la espalda. Pegando la pistola a su cuerpo para protegerla de los hombres que corrían, Bell disparó. Sabía que tenía que detener al asesino matándolo de un disparo al cerebro. Pero alguien se chocó contra él justo cuando apretó el gatillo.

Falló por poco. La bala perforó el hombro derecho del *dandy*, pero la Browning ofrecía una mayor precisión a costa de una mayor rapidez entre disparos, y el asesino era zurdo. Aunque la bala de calibre 380 le hizo tambalearse, el asesino contaba con el impulso a su favor y consiguió clavar la hoja de la navaja en la un la espalda de Alasdair MacDonald.

MacDonald todavía tenía cara de sorpresa. Miró a Bell a los ojos cuando el detective lo cogió entre sus brazos.

—Han intentado matarme —dijo asombrado.

Bell posó con cuidado el peso súbitamente muerto en el serrín y se arrodilló junto a él.

—Que alguien llame a un médico —gritó Bell—. Que alguien llame a una ambulancia.

—¡Muchacho!

—No hable —dijo Bell.

La sangre se estaba extendiendo tan deprisa que el serrín flotaba en ella en lugar

de absorberla.

—Dame la mano, Isaac.

Bell tomó la enorme mano abierta.

—Por favor, dame la mano.

—Lo tengo bien cogido, Alasdair... ¡Que alguien llame a un médico!

Angelo Del Rossi se arrodilló al lado de ellos.

—Ya viene el médico. Es un buen médico. Se pondrá bien, profesor. ¿A que sí, Bell?

—Por supuesto —mintió Bell.

MacDonald agarró la mano de Bell entre convulsiones y susurró que Bell no oyó. El detective se inclinó.

—¿Qué ha dicho, Alasdair?

—Escucha.

—No le oigo.

Pero el corpulento escocés no dijo nada.

—Han venido a por usted, Alasdair —le susurró Bell al oído—. ¿Por qué?

MacDonald abrió mucho los ojos al caer en la cuenta y susurró:

—Buque 44.

—¿Qué?

MacDonald cerró los ojos como si se estuviera durmiendo.

—Soy médico. Apártense.

Bell se hizo a un lado. El médico, joven, enérgico y aparentemente competente, tomó el pulso a MacDonald.

—El corazón le late como un reloj. Una ambulancia viene de camino. Ayúdenme a llevarlo.

—Yo lo haré —dijo Bell.

—Pesa noventa kilos.

—Apártese.

Isaac Bell cogió al boxeador abatido en brazos, se levantó y sacó a MacDonald por la puerta hasta la acera, donde lo sostuvo mientras esperaban a la ambulancia. Los policías de Camden estaban reteniendo a la multitud. Un detective preguntó a Bell su nombre.

—Isaac Bell. Detective privado de Van Dorn.

—Bonito tiroteo, señor Bell.

—¿Ha reconocido a los muertos?

—Es la primera vez que los veo.

—¿Venían de fuera de la ciudad? ¿De Filadelfia?

—Tenían billetes de tren de Nueva York en los bolsillos. ¿Le importa decirme cómo se mezcló en todo esto?

—Le contaré todo lo que sé, que no es mucho, en cuanto lleve a este hombre al hospital.

—Estaré esperándolo en la jefatura. Dígale al sargento del mostrador que quiere ver a Barney George.

Una ambulancia montada sobre el chasis del nuevo Ford T paró delante del salón de baile. Cuando Bell colocó dentro a MacDonald, el boxeador volvió a cogerle la mano. Bell subió al vehículo con él, se sentó al lado del médico, y fueron al hospital. Mientras un cirujano intervenía al escocés en el quirófano, Bell llamó por teléfono a Nueva York y dio órdenes de que avisaran a John Scully, que estaba vigilando al diseñador de cascos Farley Kent, y de que enviaran detectives a la estación de torpedos de Newport para proteger a Ron Wheeler.

Tres hombres cruciales para el programa de acorazados estadounidense habían muerto, y un cuarto estaba en el umbral de la muerte. Pero si él no hubiera presenciado el ataque sufrido por Alasdair MacDonald, lo habrían considerado un incidente probable en la vida de un camorrista de taberna y no un intento de asesinato.

Cabía la posibilidad de que Langner hubiera sido asesinado. ¿Y si la explosión en la fundición de Bethlehem de la que le había hablado MacDonald no había sido un accidente? ¿Había sido también un asesinato el accidente de montañismo en Westchester?

Bell permaneció junto a la cama del hombre herido toda la noche hasta la mañana siguiente.

De repente, al mediodía, Alasdair MacDonald llenó temblorosamente su enorme pecho de aire y lo dejó escapar poco a poco. Bell llamó a gritos al médico, pero sabía que era inútil. Apenado y profundamente furioso, fue a la jefatura de policía de Camden e informó al detective George de que no había podido impedir la presión.

—¿Han recuperado alguna navaja? —preguntó Bell cuando hubo terminado.

—Las tres. —George se las enseñó. La sangre de Alasdair MacDonald se había secado en la hoja que lo había matado—. Tienen un aspecto muy raro, ¿verdad?

Bell cogió una de las dos que no estaban manchadas y la examinó.

—Es una *butterflymesser*.

—¿Una qué?

—Una navaja plegable alemana inspirada en una navaja de mariposa. Es muy poco común fuera de las islas Filipinas.

—Ya lo creo. Es la primera vez que la veo. ¿Alemana, dice?

Bell le enseñó la marca del fabricante grabada en la espiga de la hoja.

—Bontgen y Sabin, de Solingen. Pero ¿de dónde las sacaron...? —Miró directamente a la cara al detective de Camden—. ¿Cuánto dinero encontraron en los bolsillos de los muertos?

El detective George apartó la vista. A continuación hojeó sus notas del caso escritas a mano.

—Ahí, sí, aquí está: menos de diez pavos cada uno.

—No tengo ningún interés en recuperar lo que pueda haberse extraviado antes de

que fuera registrado como prueba —dijo Bell, con una mirada fría y tono serio—. Pero la cifra correcta, la cantidad real de dinero que había en sus bolsillos, indicará si les pagaron para cometer el asesinato. Esa cantidad, entre usted y yo, sería una pista importante en mi investigación.

El policía de Camden hizo ver que volvía a leer sus notas.

—Uno tenía ocho dólares y dos centavos. El otro tenía siete pавos, una moneda de diez centavos y una de cinco.

La mirada sombría de Isaac Bell descendió a la navaja de mariposa que estaba sujetando. Con un peculiar movimiento de muñeca, abrió la hoja, que brilló como el hielo. Pareció examinarla, como si estuviera preguntándose qué uso darle. Pese a encontrarse dentro de los límites de su distrito, el detective George se humedeció los labios con nerviosismo.

—Un obrero gana unos quinientos dólares al año —dijo Bell—. Un hombre malvado capaz de cometer ese acto por dinero podría considerar el sueldo de un año la cantidad adecuada. Por consiguiente, me resultaría de ayuda saber si los dos asesinos que no escaparon llevaban encima una suma tan grande.

El detective George dejó escapar un suspiro de alivio.

—Le aseguro que ninguno de los dos llevaba tanto dinero.

Bell lo miró fijamente. El detective George parecía contento de no haber mentido.

—¿Le importa si me quedo una de estas navajas? —pregunto finalmente Bell.

—Tendré que pedirle que firme el recibo del arma... pero no la que usaron en el crimen. Necesitaremos esa para el juicio si pillamos a ese hijo de puta... cosa poco probable si no vuelve a Camden.

—Volverá —prometió Isaac Bell—. Esposado.

—Dave Kelly, alias Agallas, al que le hiciste un agujero en la cabeza, y Dick Butler, el Cubo de sangre, recibieron órdenes de un cerebro llamado Irv Weeks: el Témpano, por sus fríos ojos azules como el hielo, y un corazón igual de helado. Como Weeks es mucho más listo de lo que eran Kelly y Butler, y en vista de que se quedó atrás esperando su oportunidad, apostaría a que Weeks fue el que escapó.

—Con mi bala en el hombro.

—El Témpano es un tipo duro. Si la bala no lo mató, puedes tener por seguro que ha subido a un tren de mercancías hacia Nueva York y ha pagado a una comadrona para que se la saque.

Harry Warren, el especialista en bandas de la agencia Van Dorn de Nueva York, había venido en tren en respuesta a la llamada telefónica de Bell y había ido directamente al depósito de cadáveres de Camden, donde identificó a los asesinos a los que Bell había disparado como miembros de la banda de los Gopher de Hell's Kitchen. Warren había dado con Bell en la comisaría de policía. Los dos compañeros charlaban en un rincón de la sala de los detectives.

—Harry, ¿quién mandaría a esos canallas de Nueva York a Camden?

—Tommy Thompson, el «comodoro», es el jefe de los Gopher.

—¿Negocia con asesinatos por encargo?

—Tommy hace todo lo que se te ocurra. Pero nada impedía a esos tipos contratar a otros por su cuenta... mientras pagaran a Tommy su tajada. ¿Ha encontrado la policía de Camden mucho dinero en los cadáveres? O, debería preguntar, ¿reconocen haber encontrado mucho dinero en los cadáveres?

—Dicen que no —contestó Bell—. He dejado claro que estamos buscando a alguien más importante que unos polis con las manos demasiado largas, pero, por la respuesta que he obtenido, estoy bastante seguro de que las cantidades eran pequeñas. Tal vez fueran a pagarles después. Posiblemente su jefe se quedó la mayor parte del dinero.

—Las dos cosas —dijo Harry Warren. Acto seguido pensó detenidamente—. Pero es muy raro, Isaac. Los pandilleros normalmente no se alejan de casa. Como ya he dicho, Tommy haría cualquier cosa por dinero, pero los Gopher y los de su calaña no acostumbran a aventurarse fuera de sus barrios. La mitad de ellos no sería capaz de llegar a Brooklyn, y no digamos ya de cruzar estados.

—Averigua por qué esta vez sí que lo han hecho.

—Trataré de pillarlo cuando me entere de dónde se está recuperando y...

—No lo pilles. Mándamelo.

—Está bien, Isaac. Pero no esperes gran cosa. Nadie lleva las cuentas en un asunto así. Que nosotros sepamos, podría haber sido algo personal. Tal vez

MacDonald les partió la cara a demasiados tipos.

—¿Te suena algún gángster de Nueva York que use una *butterflymesser*?

—¿Te refieres a una navaja filipina?

Bell le enseñó el arma blanca.

—Sí, hubo un miembro de la banda de los Hudson Duster que se alistó en el ejército para escapar de la policía y acabó luchando en la insurrección filipina. Se trajo de allí una navaja y mató con ella a un jugador que le debía dinero. Al menos eso dicen, pero apuesto a que fue la cocaína. Ya sabes que el «polvo» los vuelve paranoicos.

—O sea, que la *butterflymesser* no es habitual en Nueva York.

—La del Duster que te he dicho es la única de la que tengo noticia.

Bell partió hacia Nueva York.

Contrató a un conductor y mecánico para que llevara de vuelta su Locomobile mientras él tomaba el tren. Una lancha de la policía, proporcionada por el detective George, encantado de ayudarlo a largarse de Camden, lo llevó a través del río Delaware hasta Filadelfia, donde tomó un expreso a Pennsylvania. Cuando llegó al hotel Knickerbocker, la luz del cielo vespertino todavía brillaba en el tejado de cobre verde, pero, más cerca de la valle, la fachada de ladrillo rojo de estilo Renacimiento francés se estaba oscureciendo.

Telefonó a Joseph van Dorn a Washington.

—Excelente trabajo con la banda de los Frye —dijo Van Dorn a modo de saludo —. Acabo de comer con el secretario de Justicia y está encantado.

—Ha sido gracias a John Scully. Yo solo le he sujetado la chaqueta.

—¿Cuánto te falta para resolver lo del suicidio de Langner?

—La cosa no se limita a Langner —contestó Bell, y le contó a Van Dorn lo que había ocurrido.

—¿Cuatro asesinatos? —preguntó Van Dorn con total incredulidad.

—Uno con seguridad: el que presencié. Otro probable: el de Langner.

—Depende de la credibilidad que le des al chalado de Cruson.

—Y los otros dos los tenemos que investigar.

—¿Todos relacionados con los buques de guerra? —pregunto Van Dorn, quien aún parecía incrédulo.

—Todas las víctimas estaban trabajando en el programa de acorazados.

—Si todos son víctimas, ¿quién está detrás?

—No lo sé.

—Supongo que tampoco sabes por qué.

—Todavía no.

Van Dorn suspiró.

—¿Qué necesitas, Isaac?

—El servicio de seguridad de Van Dorn para velar por Farley y Wheeler.

—¿A quién le paso la factura por los servicios?

—Póngalo en una cuenta hasta que averigüemos quién es el cliente —respondió Bell secamente.

—Muy gracioso. ¿Qué más necesitas?

Bell dio instrucciones al equipo de detectives que Van Dorn puso a su disposición... temporalmente, como había puesto de manifiesto la llamada telefónica a su jefe. A continuación tomó el metro hasta el centro y un tranvía para cruzar el puente de Brooklyn. John Scully se reunió con él en un pequeño restaurante de Sand Street a un tiro de piedra de la verja digna de una fortaleza del astillero naval de Brooklyn.

El barato restaurante estaba empezando a llenarse a medida que los turnos del astillero y las fábricas de los alrededores terminaban, y caldereros, forjadores, evaluadores de depósitos, escariadores y carpinteros modelistas, operarios, cobreros, montadores de tuberías y fontaneros entraban a toda prisa a cenar.

—Hasta donde he podido averiguar, Kent es honrado. Vive por y para su trabajo. Es abnegado como un misionero. Me han dicho que apenas se separa de su mesa de dibujo. Tiene un dormitorio contiguo a su estudio de diseño donde pasa la mayoría de las noches.

—¿Dónde se queda el resto de las noches?

—En el hotel St. George cuando cierta mujer de Washington viene a la ciudad.

—¿Quién es ella?

—Eso es lo curioso. Es la hija del tipo del piano que explotó.

—¿Dorothy Langner?

—¿Qué opinas?

—Opino que Farley Kent es un hombre con suerte.

El astillero naval de Brooklyn rodeaba una gran zona de la bahía del East River entre el puente de Brooklyn y el puente de Williamsburg. Declarado «astillero de barcos de guerra» y bautizado oficialmente astillero naval de Nueva York, sus fábricas, fundiciones, diques secos y canales navegables daban trabajo a seis mil trabajadores. Altos muros de ladrillo y verjas de hierro cercaban el doble de superficie del astillero naval de Washington. Isaac Bell enseñó su pase en la puerta de Sand Street, que estaba flanqueada por estatuas de águilas.

Encontró el estudio de Farley Kent en un edificio empujado por las enormes naves de los barcos y las grúas de pórtico. La noche había oscurecido los altos ventanales, y los dibujantes trabajaban bajo lámparas eléctricas. Kent era joven, apenas había cumplido los treinta, y le había afectado profundamente el asesinato de Alasdair MacDonald. Se lamentaba de que la muerte de MacDonald paralizaría el

desarrollo de las grandes turbinas para barcos.

—Pasaré mucho tiempo hasta que la Marina de Estados Unidos pueda instalar turbinas avanzadas en nuestros acorazados.

—¿Qué es el Buque 44? —preguntó Bell.

Kent apartó la vista.

—¿El Buque 44?

—Alasdair MacDonald insinuó que era importante.

—Me temo que no sé de qué me está hablando.

—Habló con toda libertad de Arthur Langner, Ron Wheeler y Chad Gordon. Y de usted, señor Kent. Es evidente que ustedes cinco trabajaron estrechamente. Estoy seguro de que sabe lo que significa el Buque 44.

—Ya se lo he dicho. No sé de qué me está hablando.

Bell lo observó fríamente. Kent apartó la vista de su rostro nevero.

—«Buque 44» —dijo el detective— fueron las últimas palabras de su amigo. Me habría dicho lo que significaba si no se hubiera muerto. Ahora todo depende de usted.

—No puedo... No lo sé.

Las facciones de Bell se endurecieron hasta que parecieron talladas en piedra.

—Ese hombre tan fuerte me cogió la mano como un niño y trató de decirme por qué lo habían asesinado. No pudo pronunciar las palabras. Usted sí. ¡Dígamelo!

Kent salió corriendo al pasillo y llamó a voz en grito a los guardias.

Seis marines escoltaron a Bell hasta el exterior del astillero; su sargento se mostró educado pero impasible ante el pase de Bell.

—Le recomiendo que pida por teléfono una cita con el comandante del astillero.

Scully estaba esperando en el restaurante.

—Cena algo. Es una cafetería estupenda. Yo estaré atento a cuando llegue Kent.

—Te sustituiré dentro de quince minutos.

Bell no recordaba la última vez que había comido. Acababa de levantar el sándwich que había pedido de su plato cuando Scully volvió corriendo y le hizo señas para que fuera a la puerta.

—Kent ha salido por la puerta como el caballo favorito en el *derby* de Kentucky. Se dirige al este por Sand Street. Lleva un bombín negro de copa alta y un abrigo color canela.

—Ya lo veo.

—Es la dirección del hotel St. George. Parece que esa mujer ha vuelto a la ciudad. Tomaré un atajo al hotel por Nassau por si lo pierdes.

Sin esperar a que Bell respondiera, el independiente Scully desapareció doblando la esquina.

Bell siguió a Kent. Permaneció media manzana por detrás, protegido por las multitudes que entraban y salían en tropel de las tabernas y restaurantes, y los

pasajeros que subían y bajaban de los taxis. El alto bombín del arquitecto naval era fácil de seguir en un barrio donde la mayoría de los hombres llevaba gorras de tela. Su abrigo color canela destacaba entre los abrigos y los chaquetones oscuros.

Sand Street atravesaba un distrito de fábricas y almacenes en la ruta entre el astillero naval y el puente de Brooklyn. El aire frío de la húmeda tarde arrastraba olores a chocolate, café tostado, humo de carbón, sal del puerto y el penetrante aroma de los cortocircuitos eléctricos que provocaban chispas en los cables de los tranvías. Había tantas tabernas y casas de juego que rivalizaban con la «Costa Bárbara» de San Francisco.

Kent sorprendió a Bell en la enorme estación de Sand Street, donde los tranvías, los ferrocarriles elevados y una línea de metro en construcción confluían en el puente de Brooklyn. En lugar de pasar por debajo de la estación y seguir hasta Heights y el hotel St. George, el arquitecto naval se metió súbitamente por una abertura en el muro de piedra que soportaba una rampa del puente de Brooklyn y subió apresuradamente la escalera. Bell esquivó un trolebús y echó a correr detrás de él. Multitud de gente bajaba en tropel por la escalera. Se abrió paso a empujones hasta lo alto. Allí vio a Farley Kent andando hacia Manhattan por el paseo de madera en el centro del puente. La hipótesis de la mujer en el hotel St. George se fue al traste.

La pasarela de madera estaba flanqueada por vías de ferrocarril elevado y de tranvía, y llena del ajetreo vespertino de los hombres que volvían a casa de trabajar en Manhattan. Trenes y tranvías pasaban volando. Iban atestados de humanidad, y Bell —que había pasado muchos años siguiendo a criminales a caballo en los espacios abiertos del oeste— entendía a los que preferían andar con el frío, pese a la molestia del continuo chirrido y estruendo de las ruedas de ferrocarril.

Kent echó un vistazo por encima del hombro. Bell se quitó su característico sombrero de ala ancha blanco y se movió de un lado a otro para que el gentío lo resguardara. Su presa corría contra el tráfico de peatones, con la cabeza gacha, mirando las tablas y haciendo caso omiso del espectacular paisaje de las luces de los rascacielos de Nueva York y el centelleante manto de los faros lujos, verdes y blancos de los remolcadores, las goletas, los vapores y los transbordadores que surcaban el East River sesenta metros por debajo del puente.

La escalera del lado de Manhattan descendía al distrito de City Hall. Tan pronto como Kent llegó a la acera, se dio media vuelta y regresó a toda prisa hacia el río que acababa de cruzar. Bell lo siguió, preguntándose qué tramaba Kent a medida que se acercaban al puerto. South Street, que pasaba por debajo del puente y avanzaba en paralelo al East River, estaba bordeada por un bosque de mástiles y baupreses de barcos. Los muelles de penetración y los almacenes se adentraban en el riachuelo, formando gradas en las que se hallaban amarrados veleros de tres mástiles, vapores de altas chimeneas y barcazas ferroviarias.

Kent siguió avanzando hacia las afueras, lejos del puente de Brooklyn. Recorrió a toda prisa varias manzanas, andando rápido, sin molestarse en mirar atrás. Cuando

llegó a Catherine Slip, se volvió hacia el agua. Bell vio embarcaciones comerciales, unas al lado de las otras. Las grúas de cubierta balanceaban paletas de carga de los barcos a la orilla. Los estibadores las metían en almacenes. Kent dejó atrás los barcos y se dirigió a un yate de vapor largo y extraordinariamente estrecho que no resultaba visible desde South Street.

Bell observó desde la esquina de un almacén. El estrecho yate, que medía por lo menos treinta metros de eslora, tenía un casco de acero pintado de blanco como la lustrosa hoja de una navaja, un alto puente de mando en medio del barco y una alta chimenea en popa. A pesar de su aspecto práctico, estaba lujosamente acabado con accesorios de latón y caoba barnizada. Amarrado de manera incongruente entre las sucias embarcaciones comerciales, quedaba bien escondido.

Farley Kent cruzó como una exhalación una pasarela. Unas portillas iluminadas brillaban en la cabina inferior. Farley Kent llamó a la puerta. Esta se abrió derramando luz al exterior, y Kent entró y la cerró de un portazo. Bell lo siguió inmediatamente. Se puso el sombrero y cruzó el muelle con firmes y rápidas zancadas. Un marinero de cubierta de una de las embarcaciones comerciales lo vio. Bell le lanzó una mirada severa y le hizo un gesto desdeñoso con la cabeza, y el hombre apartó la vista. Bell confirmó que en las cubiertas del yate no hubiera marineros, cruzó la pasarela sin hacer ruido y pegó la espalda al mamparo que formaba la cabina.

Se quitó de nuevo el sombrero y miró por una portilla, que estaba entreabierta para la ventilación.

La cabina era pequeña pero lujosa. Unas lámparas de latón arrojaban una luz cálida sobre los paneles de caoba. De un vistazo, Bell reparó en un aparador con vasos y licoreras de cristal guardados en estantes, una mesa situada dentro de una banqueta con forma de herradura con tapicería de cuero verde y un tubo acústico para comunicarse con el exterior de la embarcación. Sobre la mesa había colgado un cuadro al óleo de la Gran Flota Blanca pintado por Henry Reuterdahl.

Kent se estaba quitando el abrigo. Le observaba un oficial de la Marina bajo, fornido y de aspecto atlético con una postura erguida, el pecho hinchado y unas insignias de capitán en las hombreras. Bell no le veía la cara, pero oyó a Kent gritar:

—Maldito detective. Sabía exactamente lo que tenía que preguntar.

—¿Qué le has dicho? —preguntó con voz serena el capitán.

—Nada. Mandé que lo echaran del astillero. Era un entrometido de lo más impertinente.

—¿Se te pasó por la cabeza que su visita estuviera relacionada con Alasdair MacDonald?

—No sabía qué demonios pensar. Me puse muy nervioso.

El capitán cogió una botella del aparador y sirvió un generoso vaso. Cuando se lo ofreció a Kent, Bell le vio por fin la cara: una cara juvenil y vigorosa que diez años antes había aparecido reverentemente en todos los periódicos y revistas del país. Sus

hazañas en la guerra de 1898 entre España y Estados Unidos habían rivalizado con las del Regimiento de Caballería Voluntaria de Teddy Roosevelt.

—Caramba... —dijo Bell, medio en voz alta.

Abrió de un empujón la puerta de la cabina y entró resueltamente.

Farley Kent se sobresaltó. El capitán de la Marina, no; se limitó a observar al alto detective con una mirada expectante.

—Bienvenido a bordo, señor Bell. Cuando me enteré de la terrible noticia ocurrida en Camden, confié en que sabría llegar hasta aquí.

—¿Qué es el Buque 44?

—Es mejor preguntar por qué —contestó el capitán Lowell Falconer, el héroe de Santiago.

Le ofreció la mano de la que había perdido dos dedos por culpa de la metralla.

Bell se la estrechó.

—Es un honor conocerlo, señor.

El capitán Falconer habló por el tubo acústico.

—Soltad amarras.

Unos pasos pesados sonaron en la cubierta. Un teniente apareció en la puerta, y Falconer entabló con él una urgente conversación.

—Farley —dijo—, es mejor que vuelvas a tu estudio.

El arquitecto se marchó sin pronunciar palabra.

—Por favor, siéntese aquí, Bell —añadió Falconer—. Enseguida vuelvo.

Y salió con su teniente.

Bell había visto el cuadro dedicado a la Gran Flota Blanca pintado por Reuter Dahl en la portada de la revista *Collier's* en la portada del mes de enero. La flota estaba anclada en el puerto de Río de Janeiro. Una barca nativa remaba hacia el radiante casco blanco del buque insignia *Connecticut* anclado, luciendo un anuncio que rezaba: BEBIDAS ESTADOUNIDENSES, TRATO JUSTO EN JS GUIVIDOR.

El humo y las sombras en un lóbrego rincón de la soleada escena portuaria oscurecían el casco gris de un crucero alemán.

La cubierta se movió bajo los pies de Bell. El yate empezó a salir marcha atrás de su atracadero en el East River. Cuando encendieron las hélices y giró río abajo, Bell no notó ninguna vibración, ni el más mínimo zumbido de los motores. El capitán Falconer regresó a la cabina, y Bell lanzó a su anfitrión una mirada de curiosidad.

—Nunca había estado en un yate a vapor que navegara tan suavemente.

Falconer sonrió orgullosamente.

—Las turbinas —dijo—. Tres, conectadas a nueve hélices.

Señaló otro cuadro, que Bell no había visto desde la portilla, Representaba el *Turbinia*, el famoso barco impulsado con turbinas con el que el mentor de Alasdair MacDonald había pasado por en medio de una congregación internacional de flotas navales en Spitshead, Inglaterra, para exagerar la velocidad de las turbinas.

—Charles Parsons no dejó nada al azar. En el supuesto de que algo le pasara al *Turbinia*, construyó dos embarcaciones con turbinas. Esta se llamaba *Dyname*. ¿Cómo anda de griego?

—El resultado de fuerzas que actúan conjuntamente.

—¡Muy bien! En realidad, el *Dyname* es el hermano mayor del *Turbinia*, con una manga un poco más ancha, inspirado en los torpederos de los noventa. Lo reparé y lo convertí en yate y adapté sus calderas al combustible, lo que dejó mucho espacio libre en las antiguas carboneras. El pobre Alasdair lo usó como embarcación de pruebas y le modificó las turbinas. Gracias a él, pese a tener una manga más ancha que el *Turbinia*, quema menos combustible y navega más rápido.

—¿Cuánto más?

Falconer posó la mano afectuosamente en la caoba barnizada del *Dyname* y sonrió.

—No me creería si se lo dijera.

El alto detective sonrió a su vez.

—No me importaría ver una demostración.

—Espere a que salgamos de estas aguas con tanto tráfico. No me atrevo a mostrarlo en el puerto.

El yate navegó por el East River hasta la parte norte de la bahía y ganó velocidad de forma espectacular.

—Menuda rapidez —dijo Bell.

—Lo refrenaremos hasta que llegemos a mar abierto —dijo Falconer, riéndose entre dientes.

Las luces de la isla de Manhattan se atenuaron a popa. Un camarero apareció con unos platos cubiertos y los colocó sobre la mesa. El capitán Falconer pidió a Bell que se sentara enfrente de él.

Bell se quedó donde estaba y preguntó:

—¿Qué es el Buque 44?

—Por favor, acompáñeme en la cena, y mientras nos dirigimos al mar le contaré el porqué del Buque 44.

Falconer empezó repitiendo el mismo lamento de Alasdair McDonald.

—Han pasado diez años desde que los alemanes empezaron a construir una Marina moderna. El mismo año que conquistaron las islas Filipinas y anexionamos el reino de Haway. Hoy día, los alemanes tienen barcos de guerra acorazados. Los británicos tienen barcos de guerra acorazados, y los japoneses están construyendo, y comprando, barcos de guerra acorazados. De modo que cuando la Marina de Estados Unidos zarpe lejos para defender los nuevos territorios en el Pacífico, los alemanes, los británicos y el Imperio de Japón nos aventajarán y nos superarán en armamento.

Embargado por tal celo que no tocó su bistec, el capitán Falconer obsequió a Isaac Bell con el sueño que se escondía detrás del Buque 44.

—La carrera armamentística nos enseña que los cambios siempre vienen precedidos de la convicción general de que no hay nada más bajo el sol. Antes de que los británicos botaran el *Dreadnought*, dos acontecimientos relacionados con los acorazados quedaron grabados en piedra. Necesitaban muchos años de fabricación y tenían que estar armados con una gran variedad de armas para defenderse. El *Dreadnought* es un barco con todos los cañones grandes, y lo construyeron en un solo año, y que cambió el mundo para siempre.

»El Buque 44 es mi respuesta. La respuesta de Estados Unidos.

»Recluté a los mejores cerebros del sector de los barcos de guerra. ¡Les dije que hicieran lo imposible! Hombres como Artie Langner, el Artillero, y Alasdair, al que usted conoció.

—Y al que vi morir —lo interrumpió Bell con seriedad.

—Todos eran auténticos artistas. Pero como todos los artistas, eran unos inadaptados. Bohemios, excéntricos, cuando no directamente chiflados. No son el

tipo de gente que se las apaña en la Marina. Pero gracias a las nuevas ideas de mis inadaptados y a las viejas que han perfeccionado, el Buque 44 será un acorazado como jamás ha surcado los mares: una maravilla de la ingeniería estadounidense que aplastará al *Dreadnought* británico, el *Nassau* y el *Posen* alemanes, y lo peor que Japón le lance... ¿Por qué mueve la cabeza, señor Bell?

—Es demasiado importante para mantenerlo en secreto. Es evidente que usted es un hombre rico, pero ningún individuo es lo bastante rico para lanzar su propio acorazado. ¿De dónde saca la financiación para el Buque 44? Seguro que algún pez gordo lo sabe.

El capitán Falconer contestó indirectamente:

—Hace once años tuve el privilegio de asesorar a un subsecretario de la Marina.

—¡Estupendo!

Bell sonrió al comprender. Eso explicaba la independencia de Lowell Falconer. Actualmente, ese subsecretario de la Marina era nada más y nada menos que el más firme defensor de una fuerte Marina: el presidente Theodore Roosevelt.

—El presidente cree que nuestra Marina debe tener libertad. Que el ejército defienda los puertos y muelles; nosotros incluso fabricaremos las armas. Pero la Marina debe luchar en el mar.

—Por lo que yo he visto de la Marina —dijo Bell—, primero tendrán que luchar contra la Marina. Y para ganar esa batalla tendrían que ser listos como Maquiavelo.

—Yo lo soy. —Falconer sonrió—. Pero prefiero la palabra «taimado» a «listo».

—¿Sigue usted en servicio?

—Soy, oficialmente, inspector especial de prácticas de tiro.

—Un título maravillosamente impreciso —observó Bell.

—Sé tener más astucia que los burócratas —replicó Falconer—. Sé manejar en el Congreso —continuó con una sonrisa cínica y levantó su mano mutilada para que Bell la viera—. ¿Qué político se atreve a decir que no a un héroe de guerra?

Entonces explicó en detalle cómo había infiltrado a un cuadro de oficiales más jóvenes que pensaban igual que él en los cruciales departamentos de Artillería y Construcción. Juntos pretendían replantear todo el sistema de fabricación de acorazados.

—¿Estamos tan atrasados como decía Alasdair MacDonald?

—Sí. El mes que viene botaremos el *Michigan*, pero no es ninguna maravilla. El *Delaware*, el *North Dakota*, el *Utah*, el *Florida*, el *Arkansas* y el *Wyoming*, acorazados de primera, no han pasado de las mesas de dibujo. Pero eso no es del todo malo. Los progresos en guerra naval se producen tan rápido que, cuanto más tarde botemos nuestros barcos de guerra, más modernos serán. Hemos descubierto los defectos de la Gran Flota Blanca mucho antes de que llegue a San Francisco. Lo primero que haremos cuando vuelva a casa será pintarla de gris para que los artilleros enemigos no puedan verla fácilmente.

»La pintura será la parte fácil. Antes de que podamos convertir nuestros

conocimientos en barcos de guerra, tenemos que convencer a la Junta de Construcción de la Marina y al Congreso. La Junta de Construcción de la Marina odia los cambios, y el Congreso odia los gastos. —Falconer señaló con la cabeza el cuadro de Reuter Dahl—. Mi amigo Henry está atrapado. La Marina lo invitó a pintar cuadros de la Gran Flota Blanca. No esperaban que también enviara encendidos artículos a la revista *McClure* informando al mundo de sus defectos. Henry tendrá suerte si vuelve a casa en un vapor volandero, pero tiene razón, y yo también: es bueno aprender de la experiencia. Incluso es bueno aprender de los fallos. Pero no es bueno negarse a mejorar. Ese es el porqué de que lo construya en secreto.

—Me ha contado por qué, pero no me ha contado qué.

—No sea impaciente, señor Bell.

—Un hombre fue asesinado —respondió Isaac Bell con seriedad—. No soy paciente cuando asesinan a hombres.

—Acaba de decir «hombres». —El capitán dejó de bromear y preguntó—: ¿Está insinuando que Langner también fue asesinado?

—Su asesinato me parece cada vez más probable.

—¿Y Grover Lakewood?

—Los detectives de Van Dorn en Westchester están estudiando su muerte. Y en Bethlehem, Pennsylvania, están investigando el accidente que le costó la vida a Chad Gordon. Y ahora, ¿va a hablarme del Buque 44?

—Vamos a la parte de arriba. Ya verá a lo que me refiero.

El *Dyname* había continuado ganando velocidad. Seguía sin notarse ningún temblor de los motores, pese al fuerte rugido del mar y el viento. El camarero y un marinero aparecieron con unas botas de mar y unos chubasqueros.

—Más vale que se los ponga, señor. Cuando se pone en movimiento no es un yate, sino más bien un torpedero.

—Y un cuerno, un torpedero —murmuró el marinero—. Es un submarino.

Falconer le dio unos anteojos con los cristales ahumados tan oscuros que parecían opacos y se colocó otros por encima de la cabeza.

—¿Para qué es esto?

—Se alegrará de llevarlos cuando los necesite —contestó el capitán de manera enigmática—. ¿Todo listo? Vamos al puente de mando mientras aún podemos.

El marinero y el camarero abrieron la puerta, y salieron a la cubierta.

La corriente que levantaban las hélices impactó a Bell como un puñetazo en la cara.

Avanzó por la estrecha cubierta lateral a menos de un metro y medio por encima del agua.

—Debe de ir a treinta nudos.

—Todavía está cogiendo carrerilla —gritó Falconer por encima del rugido—. Nos pondremos en movimiento cuando pasemos por Sandy Hook.

Bell miró atrás. El fuego crepitaba en la chimenea, y la estela tenía tantas

burbujas que brillaba en la oscuridad. Subieron al puente de mando descubierto, donde había unas gruesas lámparas de cristal que protegían al timonel, que agarraba un pequeño timón con radios. El capitán Falconer lo apartó de un empujón.

Delante, en la oscuridad, una luz blanca intermitente parpadeaba cada quince segundos.

—El buque faro de Sandy Hook —dijo el capitán Falconer—. Es el último año que lo veremos. Van a mover la luz para señalar el canal de Ambrose.

El *Dyname* se echó encima de la luz intermitente. Con la luz trasera, Bell vislumbró las palabras «Sandy Hook» y «Nº 51» pintadas en letras blancas en el costado de la embarcación negra a medida que se quedaba atrás rápidamente.

—¡Agárrese! —dijo el capitán Falconer.

Posó la mano de los dedos amputados en una alta palanca.

—Cables conectados directamente con las turbinas. Son como cables flexibles de los frenos de bicicleta. Puedo incrementar el vapor desde el timón sin tener que llamar a la sala de máquinas. Como el acelerador de un automóvil.

—¿Fue idea de Alasdair? —preguntó Bell.

—No, esta es mía. Está a punto de experimentar la de Alasdair.

Bell se agarró a un asidero cuando la proa del *Dyname* se elevó del agua. El zumbido del mar y del viento se volvió explosivo, El agua rociada azotaba la pantalla de cristal. El capitán Falconer encendió el reflector montado en la parte delantera, y la estrechez con forma de navaja de la embarcación enseguida se hizo patente. La luz descubrió un mar con olas de dos metros y me dio de altura extendiéndose bajo ellos a cincuenta nudos. Un casco con otra forma se habría estrellado tan fuerte contra el agua que se habría hundido.

—¿Alguna vez ha conducido algo tan rápido? —gritó Falconer.

—Solo mi Locomobile.

—¿Quiere probarlo? —preguntó Falconer despreocupadamente.

Isaac Bell cogió el timón.

—Esquive las olas más grandes —recomendó Falconer—. Si hunde la proa, las nueve hélices nos llevarán directos al fondo.

El timón era extraordinariamente sensible, pensó Bell, capaz de girar rápidamente el yate de treinta metros a la izquierda y a la derecha con un tirón de los radios. Sorteó grandes olas de forma reiterada, familiarizándose con el manejo de la embarcación. Al cabo de media hora se encontraban a más de cuarenta kilómetros de tierra.

Bell vio un parpadeo a lo lejos. Un profundo estruendo empezó a resonar en la noche.

—¿Son cañones?

—De treinta centímetros —contestó Falconer—. ¿Ve el fogonazo?

Delante de ellos, llamas de color naranja y rojo hendían la oscuridad.

—Los sonidos más agudos son cañones de quince y veinte milímetros. Estamos dentro del Campo de Pruebas del Atlántico, en Sandy Hook.

—¿Dentro? ¿Por qué disparan?

—Los ratones juegan cuando el gato no está. Los capitanes de mayor categoría están circunnavegando el mundo con la flota. Mis muchachos están allí, aprendiendo el oficio.

Unos potentes haces de luz se erizaron en el cielo.

—Ejercicios de reflectores —informó Falconer—. Acorazados atacando destructores y destructores cazando acorazados.

Después de recorrer el cielo y el agua, los reflectores confluyeron de repente en un acorazado, antes invisible en la oscuridad, e iluminaron con una luz radiante como el mediodía un casco bajo y blanco que arrojaba espuma.

—¡Mire! Es exactamente lo que le he estado explicando. Es el *New Hampshire*. Todavía no estaba puesto en servicio cuando la Flota zarpó. Acaban de terminar su

travesía de prueba. Fíjese en su cubierta de proa.

El reflector mostró cómo las olas rompían sobre la proa del acorazado y anegaban sus cañones delanteros.

—¡Cubiertas inundadas de mares de luz! ¡Cañones sumergidos bajo el agua! Le dije que la pintura sería la parte más fácil. Necesitamos francobordos más altos y proas con amuras abiertas. Nuestro acorazado más moderno tiene un *rostrum*, por el amor de Dios. ¡Como si fuéramos a luchar contra fenicios!

Bell vio que una ola chocaba contra el soporte del ancla y se diluía en reflejos cegadores.

—Ahora fíjese en cómo se balancea. ¿Ve la cintura acorazada...? Observe cómo desaparece cuando se balancea hacia atrás y se sumerge. Si no ampliamos el blindaje para proteger la parte inferior de los barcos cuando se balancean, el enemigo reclutará a niños para hundirlos con cerbatanas.

Un reflector giró en dirección a ellos, sondeando la oscuridad como un furioso dedo blanco.

—¡Los anteojos!

Bell se tapó los ojos con los anteojos negros justo a tiempo. Un instante más tarde, la luz que iluminó el *Dyname* lo habría cegado. A través del cristal ennegrecido podía ver claro como el agua.

—Los reflectores son tan potentes como los grandes cañones —gritó Falconer—. Pueden desorientar por completo a todos los hombres del puente de mando y cegar a los observadores.

—¿Por qué están enfocándonos?

—Es un juego. Intentan pillarme. Un buen ejercicio de práctica. Aunque una vez que te alcanzan es imposible quitártelos de encima.

—Ah, ¿sí? ¡Agárrese, capitán!

Bell tiró hacia atrás del regulador. El *Dyname* se paró como si hubiera chocado contra un muro. El haz del reflector siguió avanzando en la dirección en la que habían estado navegando, Bell giró el timón con las dos manos. La luz volvía a por él. Empujó la palanca del regulador mientras giraba el yate en ángulo recto, esperó a que las hélices arrancaran y acto seguido avanzó violentamente.

Del cañón de la chimenea salió fuego. El *Dyname* despegó como un cohete del día de la Independencia, y el haz del reflector se alejó deslizándose sobre el agua en la dirección contraria.

—Está bien, capitán. Me ha explicado y me ha enseñado el porqué, pero todavía no me ha enseñado el qué.

—Fijaré el rumbo al astillero naval de Brooklyn.

El nuevo día estaba iluminando la parte superior de las torres del puente de Brooklyn cuando el *Dyname* se introdujo en el East River. Bell seguía al timón. Pasó

por debajo del puente y giró a la derecha, hacia el astillero naval. Desde el agua podía ver numerosos barcos en construcción en los canales y los diques secos. Falconer señaló el cañón situado más al norte, que estaba separado de los demás. Se comunicó con la sala de máquinas a través del tubo acústico para que desconectarán las hélices. La marea era floja. El *Dyname* avanzó a la deriva movido por el impulso hasta el principio del canal, donde sus raíles se hundían en el agua. Por encima de él, se elevaba un gigantesco armazón revestido parcialmente de planchas de acero.

—El Buque 44, señor Bell.

Isaac Bell se empapó de la noble imagen. Incluso con el armazón sin blindar, había una majestuosidad en su proa saliente, una impaciencia por hacerse a la mar y un augurio de potencia jamás desatada.

—Tenga en cuenta que todavía no existe oficialmente.

—¿Cómo pueden esconder un barco de doscientos metros?

—Se parece a un buque que el Congreso autorizó —respondió el capitán, guiñando el ojo de forma casi imperceptible—. Pero, en realidad, de la quilla a lo alto del mástil de observación, estará repleto de ideas totalmente nuevas. Contará con lo último en turbinas, cañones, protección antitorpedos y control de tiro. Y lo más importante, está excepcionalmente diseñado para seguir perfeccionándose con la sustitución de las nuevas innovaciones por las viejas. El Buque 44 es mucho más que un barco. Es el modelo a partir del cual se construirán clases enteras de embarcaciones y fuente de inspiración para superacorazados cada vez más innovadores y potentes.

Falconer hizo una pausa dramática. A continuación entonó con voz dura y severa:

—Y por eso el Buque 44 es el objetivo de los espías extranjeros.

Isaac Bell escrutó al capitán Falconer lanzándole una mirada fría.

—¿Le sorprende? —preguntó secamente.

Isaac Bell estaba harto de los intentos de Falconer por hacerle dar vueltas sobre lo mismo. El gran barco era impresionante, y había disfrutado enormemente pilotando un yate a cincuenta nudos, pero habría hecho mejor dedicando la noche a buscar al hombre que había asesinado a Alasdair MacDonald en Hell's Kitchen.

Falconer se echó atrás cuando oyó la fría réplica de Bell.

—Claro que todo el mundo espía —reconoció el capitán—. Cada país con un astillero naval o una hacienda pública para comprar un buque de guerra practica el espionaje. ¿Qué ventaja le llevan sus amigos y enemigos en materia de cañones, blindaje y propulsión? ¿Qué nuevo invento hará vulnerable nuestro acorazado? ¿De quién es el cañón con más largo alcance? ¿De quién es el torpedo que llega más lejos? ¿De quién son los motores más rápidos y de quién el blindaje más fuerte?

—Unas preguntas vitales —convino Bell—. Y es normal, incluso para los países en paz, buscar las respuestas.

—No es normal —replicó Falconer—. Y desde luego no está bien que los países en paz cometan sabotaje.

—¡Alto ahí! ¿Sabotaje? No hay ninguna evidencia de sabotaje en esos asesinatos: no ha habido destrozos, con la posible excepción del accidente en la fundición de Bethlehem.

—Ya lo creo que ha habido destrozos. Terribles destrozos. He dicho sabotaje y quiero decir sabotaje.

—¿Por qué iba a matar un espía cuando haciéndolo llamaría sin duda la atención sobre su actividad?

—A mí también me engañaron —dijo el capitán Falconer—. Temí que Artie Langner hubiera aceptado sobornos y se hubiera suicidado al sentirse culpable. Luego pensé en la mala suerte que había tenido el pobre y joven Grover Lakewood al despejarse. Pero cuando mataron a Alasdair MacDonald, supe que tenía que ser sabotaje. ¿Acaso él no lo sabía también? ¿No le susurró: «Buque 44»?

—Ya se lo he dicho —reconoció Bell.

—¿No lo ve, Bell? Están saboteando el Buque 44 asesinando cerebros. Están atacando a quienes imaginan las entrañas de del acorazado: cañones, blindaje, propulsión. Mire debajo de las planchas de acero y el blindaje. El Buque 44 no es más que el resultado de los cerebros de los hombres que siguen trabajando en él y el ingenio de los que han muerto. Cuando los saboteadores matan nuestros talentos, matan los pensamientos y las ideas del futuro. Cuando matan nuestros cerebros, sabotean nuestra tecnología, nuestros barcos.

—Lo entiendo. —Bell asintió con la cabeza pensativamente—. Sabotean nuestros barcos que todavía no han sido botados.

—¡O Incluso los que no han sido soñados!

—¿De qué enemigo sospecha?

—Del Imperio de Japón.

Bell recordó inmediatamente que el viejo John Eddison había afirmado haber visto a un intruso japonés en el astillero naval de Washington, pero preguntó:

—¿Por qué los japoneses?

—Conozco a los japoneses —respondió Falconer—. Los conozco bien. Serví como observador oficial a bordo del *Mikasa*, el buque insignia del almirante Togo, cuando destruyó la flota rusa en la batalla de Tsushima: la batalla naval más decisiva desde que el almirante Nelson venció a los franceses en Trafalgar. Sus barcos estaban en excelentes condiciones y sus tripulaciones estaban adiestradas como máquinas. Me gustan los japoneses, y desde luego los admiro. Pero son ambiciosos. Acuérdesse bien de lo que le digo: lucharemos contra ellos por el Pacífico.

—Los asesinos que atacaron a Alasdair MacDonald estaban armados con *butterflymessers* fabricadas por Bontgen y Sabin de Solingen, Alemania. ¿No es Alemania uno de los principales rivales en la carrera armamentística de los acorazados?

—Alemania sufre el acoso de la Marina británica. Lucharán a brazo partido por el mar del Norte, y Gran Bretaña no les dejará acercarse al Atlántico. El Pacífico es

nuestro océano. Los japoneses también lo quieren. Están diseñando barcos para realizar misiones lejanas a través del ancho Pacífico, al igual que nosotros. Llegará el día en que lucharemos contra ellos desde California a Tokio. Los japoneses podrían atacarnos este verano cuando la Gran Flota Blanca se acerque a sus islas.

—He visto los titulares —dijo Bell sonriendo irónicamente—. En los mismos periódicos que avivaron la guerra contra España.

—¡Lo de España fue pan comido! —replicó Falconer—. Una reliquia tambaleante del Viejo Mundo. Los japoneses son nuevos, como nosotros. Ya han colocado la quilla del *Satsuma*, el acorazado más grande del mundo. Están fabricando sus propias turbinas Brown-Curtis. Están comprando los últimos submarinos holandeses de la compañía Electric Boat.

—No obstante, al iniciar una investigación conviene tener la mente abierta. Los saboteadores podrían servir a cualquier país participante en la carrera armamentística.

—La investigación no es mi especialidad, señor Bell. Lo único que sé es que el Buque 44 necesita a un hombre con iniciativa para protegerlo.

—Seguro que la Marina está investigando...

Falconer interrumpió a Bell con un bufido sarcástico.

—La Marina sigue investigando los informes que sostienen que el acorazado *Maine* se hundió en el puerto de la Habana en 1898.

—Entonces el Servicio Secreto...

—El Servicio Secreto está ocupado protegiendo la moneda y al presidente Roosevelt de amigos como el que disparó a McKinley. Y el Departamento de Justicia tardará años en fundar una agencia de investigación nacional. ¡Nuestro barco no puede esperar! Maldita sea, Bell, el Buque 44 requiere un equipo que este listo y dispuesto a ponerse en marcha.

Para entonces, Bell sabía que el inspector especial de prácticas de tiro era manipulador, por no decir solapado, y taimado, según había reconocido él mismo. Pero era un auténtico creyente.

—Como evangelista —le dijo Bell—, el héroe de Santiago haría sudar la gota gorda al predicador Billy Sunday.

—Reconozco mi culpa —admitió Falconer con una sonrisa ensayada—. ¿Cree que Joe van Dorn le permitiría aceptar el trabajo?

Isaac Bell fijó la vista en los huesos del Buque 44 que se elevaban en los canales. Mientras lo hacía, un silbato dio comienzo al día de trabajo con un profundo bramido. Las grúas de vapor empezaron a entonar un sonoro canto. Cientos, y luego miles, de hombres subieron en tropel al barco en construcción. Al cabo de unos minutos, los remaches al rojo vivo brillaban como luciérnagas entre «pasantes» y «portadores», y pronto el estruendo de los martillos resonaba en el barco. Esas imágenes y sonidos trajeron a Bell a la memoria el lamento de Alasdair MacDonald por su querido amigo Chad Gordon. «Un accidente horrible. Seis hombres quemados vivos: Chad y todos sus obreros».

Como si una estrella fugaz hubiera barrido los últimos vestigios de oscuridad del cielo de la mañana, Isaac Bell contempló el imponente barco como lo que podía ser: una elevada visión de los vivos y un monumento a los inocentes que habían muerto.

—Me sorprendería que Joe van Dorn no me ordenara que aceptase el trabajo. Y si no lo hace él, lo haré yo mismo.

Ataúdes blindados

21 de abril de 1908

Nueva York

El espía había convocado al alemán Hans en Nueva York, en una bodega debajo de un *Biergarten* entre la Segunda Avenida y la calle Cincuenta. Había toneles de vino del Rin medio sumergidos en un frío arroyo submarino que fluía a través de la bodegas. El sonido musical del agua al correr resonaba en las paredes de piedra. Se hallaban sentados cara a cara ante una mesa de madera redonda iluminada por una sola bombilla.

—Planeamos el futuro junto a un vestigio enterrado del Manhattan pastoral —dijo el espía, evaluando la respuesta de Hans.

El alemán, que parecía haber dado buena cuenta de la reserva de vino del Rin, se mostraba más taciturno que nunca. La pregunta era: ¿había embotado el vino lo suficiente el cerebro de Hans para que resultara útil?

—*Mein Freund!* —El espía clavó a Hans una mirada autoritaria—. ¿Seguirás sirviendo a la patria?

El alemán se enderezó visiblemente.

—¡Por supuesto!

El espía ocultó una sonrisa de alivio. Si se escuchaba atentamente, casi se podía oír taconear a Hans como si fuera una marioneta.

—Tengo entendido que entre tu vasta experiencia se encuentra el haber trabajado en un astillero.

—Neptun Schiffswerft und Maschinenfabrik —contestó orgullosamente Hans, claramente halagado de que el espía se acordara—. En Rostock. Un astillero moderno.

—El «astillero más moderno» de los estadounidenses está en Camden, New Jersey. Creo que deberías ir a Camden. Deberías establecerte rápidamente en la ciudad. Puedes recurrir a mí para lo que necesites, ya sean fondos para gastos, explosivos, identificaciones falsas o pases del astillero falsificados.

—¿Con qué fin, *mein Herr*?

—Enviar un mensaje al Congreso de Estados Unidos. Hacer que se pregunten si su Marina es incompetente.

—No lo entiendo.

—Los estadounidenses están a punto de botar su primer acorazado con todos los cañones grandes.

—El *Michigan*. Sí, lo he leído en los periódicos.

—Con tu experiencia, sabes que para botar con éxito un buque de dieciséis mil

toneladas al agua hacen falta tres poderosas fuerzas: la gravedad, la resistencia en las gradas y el empuje descendente de la flotabilidad de la popa. ¿Es correcto?

—Sí, *mein Herr*.

—Durante unos segundos de tensión, al comenzar la botadura (cuando se retiran los últimos bloques de la quilla y el pantoque y los soportes se desprenden), la cubierta se sostiene únicamente con la basada.

—Correcto.

—Lo que quiero preguntarte es si unos cartuchos de dinamita estratégicamente colocados y sincronizados de forma exquisita para detonar en el instante en que empiece a deslizarse por los canales podrían hacer descarrilar la basada y derribar el *Michigan* en tierra firme y no en el río.

Los ojos de Hans se iluminaron ante la posibilidad.

El espía dejó que el alemán se imaginara el accidente demoledor de un buque de acero de dieciséis mil toneladas cayéndose de costado. A continuación dijo:

—La imagen del casco de un acorazado de ciento cincuenta metros derribado en el suelo convertiría la «nueva Marina» de Estados Unidos en el hazmerreír. Y sin duda destruiría la reputación de la Marina, teniendo en cuenta que el Congreso ya es reacio a destinar dinero para fabricar más barcos.

—Sí, *mein Herr*.

—Haz que así sea.

El comodoro Tommy Thompson estaba escuchando, en actitud calculadora, el plan de Ojos O'Shay de enviar a sus socios de la sociedad Hip Sing a San Francisco cuando un muchacho entró corriendo en su taberna de la calle Treinta y nueve con una nota de Témpano Weeks.

El comodoro la leyó.

—Se ofrece a matar al detective de Van Dorn.

—¿Por casualidad dice cómo?

—Probablemente todavía lo esté planeando.

Tommy se rió y le pasó la nota a Ojos.

Habían reanudado su antigua asociación de una extraña manera, pensó. No es que Ojos se dejase caer con regularidad. Esa era solo su tercera visita desde el día de los cinco mil dólares. Tampoco es que Ojos quisiera parte del pastel, lo cual era una gran sorpresa. Más bien lo contrario. Ojos le había dejado dinero para que abriera un nuevo garito de juego debajo de El Connector, en la calle Cincuenta y tres, un negocio que ya estaba dando pasta. Si a eso le sumaba el trato con la Hip Sing, se encontraba en una situación estupenda. Además, cuando él y Ojos hablaban, Tommy descubrió que confiaba en él. No le confiaría su vida, bien lo sabía Dios. Ni siquiera su pasta. Pero creía en el sentido común de Ojos, como cuando eran críos.

—¿Qué opinas? —preguntó—. ¿Crees que debemos aceptar su oferta?

O'Shay se alisó la punta de su fino bigote y metió el pulgar en el bolsillo del chaleco. Acto seguido, permaneció quieto como una estatua, con las piernas estiradas y los talones en el serrín, y cuando por fin habló, se quedó mirando sus pies como si se dirigiera a sus elegantes botas.

—Weeks está harto de mantenerse escondido. Quiere volver a casa dondequiera que esté, probablemente, Brooklyn. Pero tiene miedo de que lo mates.

—Tiene miedo de que lo mate con tu permiso —le corrigió Tommy ásperamente—. Y me lo darás.

—Ya lo he hecho —contestó Ojos O'Shay—. Tu supuesto Témpano...

—¡Mi supuesto Témpano! —le espetó el comodoro Tommy en tono de indignación airada.

—Tu supuesto Témpano, al que mandaste a Camden cuando te pagué cinco mil dólares, permitió que el único testigo creíble del salón de baile (un detective de la agencia Van Dorn, para más inri) presenciara cómo cometía el asesinato. Cuando esos detectives den con él (y sabemos que lo harán) o la policía lo pille por otro delito, los detectives de Van Dorn le preguntarán: «¿Quién te encargó el asesinato?». Y Weeks contestan «Tommy Thompson y su viejo colega Ojos O'Shay, que creíamos que estaba muerto pero seguía vivo». —O'Shay alzó la vista de sus botas con expresión esquiva y añadió—: Sinceramente, yo no hubiera insistido, estarías chiflado si no lo mataras por tu cuenta. Tú tienes más que temer que yo. Yo puedo desaparecer, como hice antes. Tú no te puedes mover de aquí. Todo mundo sabe dónde encontrar al comodoro (en la calle Treinta y nueve, en la taberna del comodoro Tommy), y dentro de muy poco correrá la voz de que tienes un nuevo garito en la calle Cincuenta y tres. No lo olvides, los detectives de Van Dorn no son como la poli. No puedes pagar a uno de esos detectives para que haga la vista gorda. Esos tipos te apuntan con la pistola.

—Entonces ¿qué opinas de la oferta que nos ha hecho Weeks de matar al testigo?

Ojos O'Shay hizo ver que meditaba la pregunta.

—Creo que Weeks es valiente. Sensato. Práctico. Tal vez se guarda un as en la manga. Si no es así, tiene serios delirios de grandeza.

El jefe de la banda de los Gopher parpadeó.

—¿Qué quiere decir eso?

—¿Delirios de grandeza? Quiere decir que Weeks tendrá que tener mucha suerte para lograrlo. Pero si consigue matar al detective, tus problemas habrán acabado.

—El Témpano es duro —dijo Tommy esperanzado—. Y es listo.

O'Shay se encogió de hombros.

—Con un poco de suerte, ¿quién sabe?

—Con un poco de suerte, el detective de Van Dorn lo mata, y el problema del testigo se habrá acabado.

—De un modo u otro, no puedes salir perdiendo. Dile que lo intente.

Thompson garabateó una crítica respuesta en el dorso de la nota de Weeks y llamó gritando al muchacho.

—¡Entra, desgraciado! Lleva esto a donde esté escondido ese cabronazo.

Brian O'Shay se asombró de la profunda estupidez de Tommy. Si Weeks conseguía matar al detective —y no era uno cualquiera, sino el investigador Isaac Bell, famoso por lo peligroso que era—, Témpano Weeks se convertiría en el héroe de Hell's Kitchen, lo que haría de él un serio candidato a sustituir a los Gopher. Menuda sorpresa se llevaría Tommy cuando Weeks le diera un navajazo en las costillas.

La particular estupidez de Tommy recordó a O'Shay la Marina tusa en la guerra ruso-japonesa. No se enteraba de nada, como la Flota del Báltico cuando sus anticuados barcos y sus vetustas ideas chocaron contra la moderna Marina japonesa. ¡Hola, fondo del estrecho de Tsushima, allá vamos!

—¿Podemos volver al asunto que nos ocupa, Tommy: el viaje de tus chinos a San Francisco?

—No, te equivocas, no son exactamente mis chinos. Son de la Hip Sing.

—Averigua cuánto dinero piden para convertirse en tus chinos.

—¿Qué te hace pensar que querrán ir a San Francisco? —preguntó Tommy.

El jefe de la banda de los Gopher no sabía qué estaba tramando O'Shay.

—Son chinos —contestó O'Shay—. Harán cualquier cosa por dinero.

—¿Te importa que te pregunte cuánto podemos permitirnos pagar?

—Puedo permitirme pagar mucho. Pero si me pides más de lo que una cosa vale, lo consideraré una declaración de guerra.

El comodoro Tommy cambió de tema.

—Me pregunto qué as se guarda en la manga el Témpano.

SERPIENTE MORTAL

SUERO ÚTIL PARA LA LOCURA

LA MORDEDURA DE LA SERPIENTE

DE CASCABEL MUDA

MATA A UN BUEY EN CINCO MINUTOS

Lachesis muta, llamada la «Muerte Súbita»

por los indígenas de Brasil

El viento arrancó la hoja de periódico de la tribuna justo cuando Brooklyn salió a batear en la octava entrada. Témpano Weeks observó cómo la página flotaba a través del campo interior, dejaba atrás a Wiltse en el montículo y a Seymour en el centro, directa hacia donde él estaba escondido —vestido de franela apagada, sin cuello ni puños, disfrazado de un ayudante de fontanero de aspecto lamentable— en la hierba situada detrás del centro del campo, donde era poco probable que se tropezara con aficionados de Nueva York.

Si al Témpano le gustaba algo, era el béisbol. Pero no podía arriesgarse a que lo vieran en Nueva York en el primer partido de la temporada en el Polo Grounds, de modo que se las estaba apañando en Brooklyn, donde nadie lo conocía. Los Giants, sus favoritos, estaban dando una paliza a los penosos Superbas. Los Giants estaban pegando fuerte, y el viento frío hacía volar cenizas, sombreros y periódicos que no afectaban para nada al brazo con el que Hooks Wiltse lanzaba. Sus lanzamientos de izquierda con efecto habían deslumbrado a los bateadores de Brooklyn durante todo el partido, y al final de la novena entrada Nueva York llevaba una ventaja de 4 a 1.

Los ojos de color azul claro de Weeks se fijaron en el titular cuando la página del periódico pasó volando por lo alto:

LA MORDEDURA DE LA SERPIENTE DE CASCABEL MUDA MATA A UN BUEY EN CINCO MINUTOS

Saltó de la hierba y atrapó la hoja con las dos manos.

Olvidándose del partido, se puso a leer ávidamente, recorriendo cada palabra con una uña sucia. El hecho de que supiera leer lo situaba muy por delante de la mayoría de los miembros de la banda de los Gopher. Los diarios de Nueva York estaban llenos de oportunidades. Las páginas de sociedad informaban de cuándo los ricos salían de la ciudad para irse a Newport o Europa, dejando sus mansiones vacías. Las noticias de envíos avisaban de cuándo se podía saquear un cargamento en los muelles y los apartaderos de la Undécima Avenida. Las reseñas teatrales eran una guía para carteristas, y los obituarios una oferta de pisos vacíos.

Leyó hasta la última palabra del artículo de la serpiente, alentado por la esperanza, y luego volvió a empezar. Su suerte había dado un vuelco. La serpiente le resarciría de sus pérdidas en la peor mano que le habían repartido en la vida: la aparición del detective Isaac Bell en Camden la noche que mataron al escocés.

Una serpiente de cascabel muda de Brasil, el más peligroso de los reptiles conocidos, será expuesta mañana por la noche ante la Academia de Ciencias Patológicas en su reunión mensual en el hotel Cumberland, entre la Cincuenta y cuatro y Broadway.

El periódico decía que los matasanos estaban interesados en el animal porque un suero obtenido a partir del veneno mortal de la serpiente de cascabel muda se usaba para tratar enfermedades nerviosas y cerebrales.

El Tempano conocía el Cumberland.

Era un hotel de primera con doce plantas anunciado como la «sede de los universitarios». Eso y el precio por habitación de dos dólares y medio por noche debía disuadir a la chusma. Pero Weeks estaba convencido de que podía vestirse

como un universitario, gracias a su segunda ventaja sobre los gánsters corrientes. Él era medio estadounidense. A diferencia de los irlandeses de pura cepa que había en los Gopher, solo su madre era irlandesa. Cuando había conocido a su padre, el viejo le había dicho que los Weeks eran ingleses que habían llegado a Estados Unidos antes que el *Mayflower*. Vestido con la ropa adecuada, ¿por qué no iba a poder entrar en el vestíbulo del hotel Cumberland como si aquel fuera su sitio?

Pensó que podría convencer a los detectives del Cumberland apretando las tuercas a un botones para que intercediera por él, Weeks tenía uno en mente: Jimmy Clark, quien se sacaba un sobresueldo distribuyendo cocaína para un farmacéutico de la calle Cuarenta y nueve, un negocio que se había vuelto más arriesgado desde la entrada en vigor de una nueva ley que solo permitía adquirir el polvo con receta médica.

>Un humano vive solo uno o dos minutos después de que el veneno entra en el organismo. El veneno de la cascabel muda paraliza la actividad del corazón, y la víctima se agarrota y se pone negra.

Tenía un plan. No había estado escondido cruzado de brazos. En cuanto había descubierto dónde dormía Isaac Bell cuando estaba en la ciudad, había convencido a una lavandera que conocía para que hiciera un trabajito en el club Yale de Nueva York, desafiándola a que se colara en la habitación del detective.

Jenny Sullivan acababa de llegar en barco de Irlanda y estaba muy endeudada por culpa del pasaje. Weeks había saldado su deuda, con la intención de ponerla a trabajar encima de las sábanas en lugar de planchándolas. Pero, después de lo ocurrido en Camden, había convencido a ciertas personas que le debían favores de que le consiguieran a Jenny un trabajo en el club de Bell. Fue entonces cuando escribió al comodoro Tommy, ofreciéndose a matar al detective. Pero todavía no había conseguido armarse del valor para esconderse debajo de la cama de Bell con la pistola y enfrentarse a él de hombre a hombre.

Weeks era lo bastante duro para haberse sacado del hombro la bala del calibre 380, que le había disparado Bell, con un cuchillo para deshuesar. Eso antes que permitir que un médico borracho o una comadrona informaran de su paradero a Tommy Thompson. Lo bastante duro para echarse alcohol etílico en la herida para evitar la infección. Pero ya había visto a Bell en acción. Bell era más duro —más grande, más rápido y mejor armado—, y solo un idiota se metía en una pelea que no podía ganar.

Era mejor enfrentarse a Bell con «la Muerte Súbita», periódico decía que el conservador del terrario del zoo del Bronx entregaría el animal en una caja de cristal grueso.

«No puede escapar», aseguró el director a los médicos de la Sociedad de Patología invitados a contemplar el reptil.

Weeks creía que, con un balazo en el hombro, una caja de cristal grueso lo bastante grande para contener a una serpiente venenosa de un metro veinte sería demasiado pesada para trasladarla él solo. Y si se le caía al tratar de llevarla debajo del brazo y el cristal se rompía, ¡cuidado! El hombro herido sería el menor de sus problemas. Necesitaba ayuda. Pero los dos chicos de los que podía fiarse para que le echaran una mano habían muerto a balazos a manos del rapidísimo detective de Van Dorn.

Si intentaba reclutar a alguien para que llevara la caja de cristal, Tommy Thompson se enteraría de que Témpano Weeks había vuelto a la ciudad. Más le valía atarse las manos a la espalda saltar al río. Así ahorraría problemas a Tommy. Porque no hacía falta ser un genio para saber que Ojos O'Shay ordenaría al comodoro que matara al hombre que había sido visto por un detective cometiendo el asesinato encargado por Ojos. Weeks podía jurar y perjurar que jamás cantarían. O'Shay y Tommy lo matarían de todas formas. Por si acaso.

Al menos Tommy había contestado que aprobaba su oferta de malar a Isaac Bell. Por supuesto, no le ofrecía ayuda. Y holgaba decir que si Tommy y Ojos veían la más mínima oportunidad de matarlo antes, no esperarían a que él liquidara a Bell.

Wiltse bateó suavemente la pelota en la novena entrada, Bridwell llegó a la segunda base. Cuando la entrada terminó, Nueva York hizo dos carreras más y Brooklyn, ninguna. Weeks se puso a la cabeza del tropel hacia el ferrocarril elevado de la Quinta Avenida con una idea clara de cómo transportar la serpiente al club Yale.

Necesitaba ropa de universitario, un baúl, un cristal, un botones con un carrito para el equipaje y las indicaciones para llegar a la caja de fusibles.

—¿Quién es ese oficial? —preguntó Isaac Bell acerca del empleado de seguridad encargado de vigilar el estudio de Farley Kent en el astillero naval de Brooklyn.

—No lo sé, señor Bell.

—¿Cómo ha entrado ahí?

—Sabía la contraseña.

El Servicio de Seguridad Van Dorn había facilitado contraseñas a cada uno de los hombres relacionados con el Buque 44 a los que estaba protegiendo. Después de vérselas con los marines que vigilaban la verja, el visitante también tenía que demostrar que lo esperaba el individuo a quien afirmaba ir a visitar.

—¿Dónde está el señor Kent?

—Están todos en la cámara de pruebas trabajando en el modelo de mástil de observación —contestó el empleado de seguridad, señalando a través del estudio una puerta cerrada que daba al laboratorio—. ¿Ocurre algo, señor Bell?

—Tres cosas —respondió Bell secamente—. Farley Kent no está aquí, así que no parece que esperara la visita de ese oficial. El oficial ha estado estudiando la mesa de dibujo de Kent desde que yo he entrado. Y por si no se ha fijado, lleva el uniforme de la Marina del zar.

—Los uniformes azules parecen todos iguales —contestó el empleado, y Bell recordó que pocos muchachos de seguridad poseían la inteligencia y las agallas para ascender a detectives—. Además, lleva dibujos enrollados como todo el mundo. ¿Quiere que lo interroge, señor Bell?

—Yo me encargaré. La próxima vez que entre alguien inesperado, piense siempre que es un intruso hasta que averigüe lo contrario.

Bell atravesó a zancadas el gran estudio por delante de hileras de mesas de dibujo normalmente ocupadas por los arquitectos navales que sometían a pruebas el mástil de observación. El hombre con el uniforme de oficial ruso estaba tan absorto en los dibujos de Farley Kent que saltó sobresaltado y se le cayeron los rollos que tenía metidos debajo del brazo cuando Bell dijo:

—Buenos días, señor.

—Oh, no le he oído acercar —dijo con marcado acento ruso, apresurándose a recoger los planos.

—¿Puede decirme su nombre, por favor?

—Soy subteniente Vladimir Ivanovich Yourkevitch, de la Marina rusa imperial de su majestad el zar Nicolás. ¿Con quién tengo honor de...?

—¿Ha solicitado cita, subteniente Yourkevitch?

El ruso, que apenas parecía tener edad para afeitarse, agachó la cabeza.

—Lamentablemente, no. Esperaba reunir con el señor Farley Kent.

—¿Lo conoce el señor Farley Kent?

—Todavía no, señor.

—Entonces ¿cómo ha entrado?

Yourkevitch sonrió de manera encantadora.

—Con actitud de quien tiene derecho a ello, uniforme impecable y saludo enérgico.

Isaac Bell no le devolvió la sonrisa.

—Con eso podría engañar a los marines que vigilan la veja Pero ¿de dónde ha sacado la contraseña para ir al estudio de Kent?

—En un bar conocer un oficial de la Marina. Él decirme contraseña.

Bell llamó por señas al empleado de seguridad.

—El subteniente Yourkevitch esperará sentado en ese taburete, lejos de esta mesa de dibujo, hasta que yo vuelva. —Y dirigiéndose al subteniente Yourkevitch, añadió —: Este caballero es perfectamente capaz de derribarlo. Haga lo que le diga.

A continuación Bell cruzó el estudio y abrió la puerta de la cámara de pruebas.

Una docena de ayudantes de Kent se encontraba alrededor de la maqueta de tres metros de altura del mástil de observación experimental de un acorazado. Los jóvenes arquitectos navales sostenían alicates, micrómetros, reglas de cálculo, papel de notas y cintas métricas. La estructura redonda e independiente, que reposaba sobre una carretilla, estaba hecha de alambres rígidos que giraban en espiral de la base a la parte superior en el sentido contrario de las agujas del reloj y se hallaban reforzados a intervalos con aros horizontales. Representaba, en miniatura, un mástil de treinta y seis metros de alto hecho de tubos ligeros y era exacto en cada detalle, hasta las plataformas de tela metálica que había dentro de algunos aros, los cables eléctricos y los tubos acústicos que iban desde arriba donde se situaban los observadores, hasta la torre del director de tiro, y las diminutas escaleras de mano que ascendían por el interior.

Dos de los arquitectos de Kent sostenían unas cuerdas atadas a los lados opuestos de la base redonda. Una cinta métrica sujeta entre las paredes pasaba junto a la parte superior. Un arquitecto subido en una escalera de mano observaba detenidamente la cinta.

—Salva a babor. ¡Fuego!

El arquitecto situado a la izquierda sacudió la cuerda, y el hombre que observaba la cinta gritó la distancia que se había inclinado la torre.

—¡Quince centímetros! —se registró.

—¡A escala doce uno, es un metro y ochenta y dos centímetros! —dijo Kent—. Más vale que los observadores que estén en lo alto se agarren fuerte cuando el barco dispare con las torretas principales. Por otra parte, un palo trípode pesa cien toneladas, mientras que nuestro mástil de barras superfluas pesará menos de veinte: un enorme ahorro. Está bien, midamos cómo se inclina al ser alcanzado por varios proyectiles.

Cortó al azar con unos alicates dos de los alambres en espiral y uno de los aros.

—¡Preparados!

—¡Espere!

Un arquitecto subió de un salto por la escalera y colocó un muñeco de un marinero con las mejillas coloradas y un sombrero de paja en la cofa de observación.

Las risas resonaron en la cámara de pruebas; la de Kent, más alto que ninguna.

—Salva a estribor. ¡Fuego!

La cuerda se sacudió, la cofa del mástil se inclinó bruscamente y el muñeco salió volando a través de la sala.

Bell lo atrapó.

—Señor Kent, ¿puedo hablar con usted un momento?

—¿Qué ocurre? —preguntó Kent mientras cortaba otro alambre vertical y sus ayudantes observaban detenidamente para ver el efecto sobre el mástil.

—Puede que hayamos pillado a nuestro primer espía —contestó Bell en voz baja—. ¿Puede venir conmigo, por favor?

El subcomandante Yourkevitch se levantó del taburete de un salto antes de que el empleado de seguridad de Van Dorn pudiera detenerlo y cogió la mano de Kent.

—Es honor conocer, es gran honor.

—¿Quién es usted?

—Yourkevitch. De San Petersburgo.

—¿Del cuartel general de la Marina?

—Por supuesto, señor. Astillero del Báltico.

—¿Es cierto que Rusia está construyendo cinco acorazados más grandes que el *Dreadnought* inglés? —preguntó Kent.

Yourkevitch se encogió de hombros.

—Hay esperanzas para los superacorazados, pero la duma tal vez diga que no. Demasiado caro.

—¿Qué hace aquí?

—La idea es que conozca al legendario Farley Kent.

—¿Ha venido hasta aquí solo para conocerme?

—Para enseñar. ¿Ve? —Yourkevitch desenrolló sus planos y los extendió sobre la mesa de Kent—. ¿Qué opina de mejora de forma para casco del barco?

Mientras Farley Kent estudiaba los dibujos de Yourkevitch, Bell se llevó al oficial ruso a un lado y dijo:

—Describame al oficial de la Marina que le dio la contraseña.

—Era hombre de tamaño medio con traje oscuro. De su edad, unos treinta años. Muy pulcro, muy arreglado. Bigote como lápiz. Muy... ¿cómo se dice?... ¡meticuloso!

—Traje oscuro. ¿No llevaba uniforme?

—De paisano.

—Entonces, ¿cómo supo que era un oficial de la Marina?

—Él me lo dijo.

La expresión severa de Isaac Bell se tornó siniestra. Habló con frialdad.

—¿Cuándo y dónde tenía que informarle usted?

—No entiendo.

—Usted debió de aceptar informarle de lo que veía aquí.

—No. No lo conozco. ¿Cómo iba a encontrarlo?

—Subteniente Yourkevitch, me cuesta creer su historia. Y no creo que su carrera en la Marina del zar se vea beneficiada si lo entrego a la Marina de Estados Unidos por espía.

—¿Espía? —repitió el ruso—. No soy espía.

Antes de que Bell pudiera responder, Farley Kent intervino.

—No necesita espiarnos.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que somos nosotros los que deberíamos espiarlo a él.

—¿De qué está hablando, señor Kent?

—La «mejora de forma para el casco del barco» del subteniente Yourkevitch es mucho mejor de lo que aparenta. —Señaló varios elementos del preciso dibujo—. A primera vista, parece abultado en el centro del barco, grueso incluso y extrañamente fino en proa y popa. Se podría decir que se asemeja a una vaca. Pero en realidad es brillante. Permitirá a un acorazado reforzar su protección a los torpedos alrededor de la maquinaria y la santabárbara, y aumentar la capacidad de armamento y de carbón al mismo tiempo que alcanza mayor velocidad con menos combustible.

Estrechó la mano de Yourkevitch.

—Brillante, señor. Se lo robaría, pero los dinosaurios de la Junta de Construcción no lo aprobarían. Se adelanta veinte años a su época.

—Gracias, señor, gracias. Viniendo de Farley Kent, es gran honor.

—Y le diré más —dijo Kent—, aunque sospecho que usted ya lo habrá pensado. Su buque sería un magnífico transatlántico de pasajeros: una embarcación del Atlántico Norte capaz de dar mil vueltas al *Lusitania* y el *Mauritania*.

—Algún día. —Yourkevitch sonrió—. Cuando no haya más guerras.

Kent invitó a Yourkevitch a comer con su equipo, y los dos entablaron una conversación sobre la recién anunciada fabricación de los transatlánticos *Olympic* y *Titanic* de la compañía White Star.

—¡Doscientos cincuenta metros! —exclamó Kent maravillado, a lo que el ruso contestó:

—Yo estoy desarrollando idea para uno de trescientos.

Bell creía que el serio arquitecto naval ruso solo había buscado la oportunidad de ponerse en contacto con el famoso Farley Kent. No creía que el individuo que había abordado a Yourkevitch en un bar de Sand Street y se había proclamado a si mismo oficial fuera un marine.

¿Por qué le había dado al ruso la contraseña sin pedirle que le informara de los

dibujos de Kent? ¿Cómo había sabido siquiera que debía abordar al ruso? La respuesta era escalofriante. El espía —el «saboteador de mentes», como Falconer lo llamaba— sabía a quién elegir como objetivo en la carrera armamentística de los acorazados.

—Este asunto del espía extranjero es nuevo para nosotros —dijo Joseph van Dorn.

El jefe de Bell chupaba agitadamente el puro de después de comer en el salón principal del club Railroad, en el piso veintiuno de la terminal de Hudson Tunnels, antes de tomar un tren a Washington.

—Aun así, tendremos que tomar decisiones sobre la marcha.

—He pedido a los chicos de investigación que preparen una lista de diplomáticos extranjeros, agregados militares y periodistas de prensa que podrían hacer de espías para Inglaterra, Alemania, Francia, Italia, Rusia, Japón y China.

—El secretario de la Marina me acaba de mandar una lista de extranjeros que la Marina sospecha que podrían dedicarse al espionaje.

—La añadiré a la mía —dijo Bell—. Pero quiero que un experto les eche un vistazo y nos ahorre buscar inútilmente. ¿No tiene usted un viejo amigo en los marines que maneja los hilos en el Departamento de Asuntos Exteriores?

—Eso es quedarse corto. Canning es el oficial que se encarga de que los Regimientos Expedicionarios de Infantería de la Marina desembarquen a petición del departamento.

—Es el hombre que necesitamos: en contacto con nuestros agregados en el extranjero. En cuanto él haya repasado a conciencia las listas de extranjeros, recomiendo que busquemos en Washington y Nueva York, y en los astilleros navales y fábricas que construyen acorazados.

—Eso necesitará un cuerpo de detectives muy caro —dijo Van Dorn sin rodeos.

Bell tenía la respuesta preparada.

—El gasto se puede desgravar como inversión en amistades forjadas en Washington. No nos vendrá mal que el gobierno confíe en la agencia Van Dorn como una organización nacional con oficinas locales eficientes por todo el continente.

Van Dorn sonrió con agrado, y su bigote pelirrojo se ensanchó y brilló como el fuego ante la feliz idea.

—Además —insistió Bell—, recomiendo que los especialistas de la agencia Van Dorn hagan escuchas en los distintos barrios de inmigrantes de las ciudades que tienen astilleros navales (alemanes, irlandeses, italianos, chinos) y estén atentos por si oyen hablar de espías, rumores sobre gobiernos extranjeros que pagan a cambio de información y sabotaje. La carrera armamentística tiene dimensión internacional.

Van Dorn consideró sus palabras soltando una risita apagada.

—Podríamos estar buscando a más de un espía. Ya te he dicho que esto se sale de lo habitual.

—Si no lo hacemos nosotros —replicó Isaac Bell—, entonces ¿quién?

Esa tarde, Témpano Weeks administró dos palizas extraordinarias por su crueldad y por que ninguna dejó marcas que la ropa no tapara. Era un experto ejercitando unas técnicas que había perfeccionado desde niño sacando dinero a vendedores ambulantes y cobrando deudas para usureros. Comparado con los estibadores y los carreteros, un botones flacucho y una pequeña lavandera asustada eran pan comido. El dolor se intensificaba conforme avanzaba el día. Y el miedo también.

Jimmy Clark, el botones del hotel Cumberland, recibió la primera tanda aparentemente interminable de puñetazos en el callejón detrás de la farmacia adonde fue a canjear los ingresos de la noche anterior por la cocaína de esa noche. Weeks subrayó que sus problemas no serían nada comparados con los de Jimmy si el botones no hacía exactamente lo que él le dijera. Cualquier intento de traición convertiría ese incidente en un feliz recuerdo.

Jenny Sullivan, la aprendiz de lavandera del club Yale, recibió la suya en un callejón a media manzana de la iglesia de la Asunción, adonde había ido a rezar por el alivio de su deuda.

Weeks la dejó vomitando de miedo. Pero su papel en el plan era tan importante que, cuando Weeks dejó de pegar a la chica, prometió que, si hacía lo que le ordenara, toda su deuda quedaría saldada. Cuando la joven arrastró su achacoso cuerpo al trabajo, el dolor y el miedo se fundían inesperadamente con la esperanza. Lo único que tenía que hacer era estar atenta a la puerta de servicio del club a última hora de la noche, cuando ya no hubiera nadie, y robar una llave para abrir una habitación del tercer piso.

Isaac Bell y Marion Morgan se citaron para cenar en Rector's. La marisquería era tan famosa por su interior verde y dorado con espejos, sus lujosas mantelerías y cuberterías, su puerta giratoria —la primera de Nueva York— y sus deslumbrantes clientes como por sus crustáceos. Situada en Broadway, se encontraba a dos manzanas del despacho de Bell en el Knickerbocker. Esperó enfrente del restaurante bajo una gigantesca estatua de un grifo iluminado con luces eléctricas y recibió a Marion con un beso en los labios.

—Siento llegar tarde. He tenido que cambiarme de ropa.

—Yo también. Acabo de reunirme con Van Dorn.

—Tengo que intentar competir al menos con las actrices de Broadway que cenan aquí.

—Cuando te vean con ese traje —le aseguró Bell—, volverán acorriendo a sus camerinos y se pegarán un tiro.

Empujaron la puerta giratoria y entraron en una radiante sala que albergaba un centenar de mesas. Charles Rector se puso a hacer gestos frenéticamente a la orquesta al tiempo que con corría a recibir a Marion.

Los músicos empezaron a tocar «A Hot Time in the Old Town Tonight», el título del primer medietraje de Marion sobre la novia de un detective que impedía que el villano incendiara una ciudad. Al oír la música, todas las mujeres que lucían sus diamantes y todos los caballeros vestidos de punta en blanco alzaron la vista para mirar a Marion. Bell sonrió cuando un rumor de admiración recorrió el restaurante.

—Señorita Morgan —gritó Rector, tomando las manos de ella entre las suyas—. La última vez que honró a Rector's con su presencia hacía noticiarios. Ahora todo el mundo habla de su película.

—Gracias, señor Rector. Creía que el acompañamiento musical estaba reservado para las actrices guapas.

—Actrices guapas las hay a montones en Broadway. Una directora de cine guapa es tan poco común como las ostras en agosto.

—Le presento al señor Bell, mi prometido.

El dueño del restaurante estrechó la mano de Bell y la sacudió cordialmente.

—Enhorabuena, señor. No me imagino a un caballero más afortunado en Broadway. ¿Desea una mesa tranquila, señorita Morgan, o una en la que todos puedan verla?

—Una tranquila —contestó Marion firmemente, y cuando intimaron y pidieron champán Mumm, le dijo a Bell—: Me sorprende que se acuerde de mí.

—Tal vez leyó el *New York Times* de ayer.

Bell sonrió. Ella estaba encantada con la recepción que le habían deparado, y se le

habían subido los colores de forma adorable.

—¿El *times*? ¿A qué te refieres?

—El domingo pasado mandaron a una reportera de moda a la procesión de Semana Santa.

Sacó un recorte de su cartera, lo desdobló y leyó en voz alta:

—«Una joven que paseó después del té desde Times Square a la procesión de la Quinta Avenida causó sensación. Iba vestida de satén lavanda y llevaba un sombrero negro lleno de plumas, el tamaño del cual hacía que los hombres se apartaran para dejarla pasar. La despampanante criatura anduvo hasta el hotel St. Regis y luego partió hacia el norte en un vehículo Locomobile rojo».

—Hablando de rojo, tienes las orejas como un tomate.

—¡Me muero de vergüenza! Parece que me hubiera paseado por la Quinta Avenida buscando atención. Todas las mujeres que había iban vestidas para la procesión. Si me puse ese sombrero fue porque mademoiselle Duvall y Christina apostaron diez dólares a que no me atrevía a llevarlo.

—La reportera no entendió nada. Estabas llamando la atención. Si hubieras estado buscándola, no habrías salido pitando en el Locomobile rojo, sino que te habrías paseado arriba y abajo por la avenida hasta que se hubiera hecho de noche.

Marion alargó la mano a través de la mesa.

—¿Has visto el curioso artículo de la otra cara?

Bell dio la vuelta al recorte.

—¿La *Lachesis muta*? Oh, sí. Es una serpiente única. Segrega un veneno mortal y es más mala que la tiña. El hotel Cumberland está a solo diez manzanas más arriba, ¿sabes? Apuesto a que puedo colarme en la reunión de la Sociedad Patológica del brazo de una chica guapa, si te interesa verla.

Marion se estremeció.

Cuando el champán llegó, Bell alzó su copa hacia ella.

—Me temo que no puedo expresarlo mejor que el señor Rector. Gracias por convertirme en el caballero con más suerte de Broadway.

—Oh, Isaac, cuánto me alegro de verte.

Bebieron el champán a sorbos y hablaron del menú. Marion pidió codorniz egipcia, declarando que era la primera vez que oía hablar del ave en cuestión, y Bell pidió langosta. Empezarían por ostras. «Son de Lynnhaven, Maryland —les aseguró el camarero—, unas muy grandes enviadas especialmente para el señor Jim Brady Diamante. Si me permite la recomendación, señor Bell el señor Brady suele tomar pato y bistec después de la langosta».

Bell se opuso.

Marion le cogió la mano a través de la mesa.

—Háblame de tu trabajo. ¿Te podrás quedar en Nueva York?

—Hemos conseguido un caso de espionaje —contestó Bel en una voz muy queda que nadie más podía oír por encima de alboroto de las risas y la música—. Está

relacionado con la carrera armamentística internacional de los acorazados.

Marion, acostumbrada a que le revelara datos de sus casos para pulir sus propias ideas, contestó en el mismo tono discreto:

—Es bastante distinto de los atracadores de bancos.

—Se lo he dicho a Joe van Dorn: tanto si trabajan a nivel internacional como si no, desde el momento en que matan a gente, son, ante todo, asesinos. De todos modos, Joe buscará apoyo en Washington, y me ha ofrecido la oficina de Nueva York y carta blanca para enviar detectives por todo el país.

—Supongo que está relacionado con el diseñador de cañones cuyo piano explotó.

—Cada vez parece menos un suicidio y más un diabólico asesinato presentado a propósito para que parezca un suicidio. Y de forma tan rara como para desacreditar al pobre hombre y todo el sistema de cañones que había desarrollado. Por supuesto, la insinuación de soborno mancha todo lo que él había tocado.

Bell le expresó sus dudas sobre la nota de suicidio de Langner y su firme creencia en que el merodeador del astillero naval de Washington visto por el anciano John Eddison era realmente japonés. Le explicó que, en un principio, las muertes del experto en blindaje y el experto en control de tiro habían sido consideradas accidentes.

—¿Alguien vio a un japonés en la fundición de Bethlehem? —preguntó Marion.

—Los hombres que mandé han informado de que alguien fue visto huyendo. Pero era un tipo grande. Medía más de un metro ochenta. Pálido. Rubio. Se cree que alemán.

—¿Por qué alemán?

—Aparecer, mientras huía le oyeron murmurar: *Gott in Himmel!*

Marion arqueó una ceja con exquisito escepticismo.

—Lo sé —dijo Bell—. Es un argumento muy pobre.

—¿Fue un alemán pálido y rubio o un japonés a quien vieron en Grover Lakewood, el que se cayó del precipicio?

—El forense del condado de Westchester le dijo a mi investigador que ningún testigo vio a Lakewood caer al suelo. Lakewood les había dicho a unos amigos que iba a pasar el fin de semana escalando, y las lesiones fatales que sufrió en la cabeza concordaban con un accidente de escalada. El pobre diablo se cayó a treinta metros de altura. Lo enterraron en un ataúd cerrado.

—¿Estaba escalando solo?

—Una anciana dijo que lo vio poco antes del accidente con una chica guapa.

—¿Ni alemana ni japonesa? —preguntó Marion sonriendo.

—Pelirroja. —Bell sonrió a su vez—. Es de suponer que irlandesa.

—¿Por qué irlandesa?

Bell negó con la cabeza.

—A la anciana, sus facciones le recordaron las de una chica irlandesa.

—Tres sospechosos distintos —comentó Marion—. Tres nacionalidades

distintas... Claro que, ¿puede haber algo más internacional que la carrera armamentística?

—El capitán Falconer se inclina a culpar a Japón.

—¿Y tú?

—Es indudable que los japoneses son expertos en espionaje. Me he enterado de que antes de la guerra ruso-japonesa se infiltraron a la perfección en la armada rusa del Lejano Oriente a través de unos espías que se hicieron pasar por criados y jornaleros de Manchuria. Cuando se iniciaron los enfrentamientos, los japoneses sabían más de las tácticas de la Marina rusa que los propios rusos. Pero mantengo una mentalidad abierta. Podría ser cualquiera de ellos.

—Un detective alto y guapo me dijo una vez que el escepticismo era su cualidad más valiosa —convino Marion.

—Es un caso complicado que no deja de complicarse. Y, como el programa de los acorazados es tan amplio y extenso, el alcance del caso (las conexiones) podría haber pasado desapercibido si la hija de Langner no hubiera insistido en que su padre no se había suicidado. Incluso entonces, si ella no hubiera conseguido acceder a Joe van Dorn a través de un viejo amigo de escuela yo no habría presenciado personalmente el asesinato del pobre Alasdair. Su muerte habría sido descartada como una reyerta de taberna, y quién sabe a cuántas personas más podrían haber matado antes de que alguien hubiera caído en la cuenta. —Bell negó con la cabeza—. Basta de cháchara. Ahí vienen las ostras, y los dos tenemos que levantarnos temprano mañana.

—¡Mira qué tamaño tienen! —Marion sacó una ostra enorme de la concha y se la metió en la boca, dejó que se deslizara por la garganta y preguntó sonriendo—: La señorita Langner, ¿es tan hermosa como dicen?

—¿Quién lo dice?

—Mademoiselle Duvall la conoció en Washington. Por lo visto, en la Costa Este no hay un solo hombre de más de diecinueve años que no se haya enamorado de ella.

—Es hermosa —dijo Bell—. Tiene unos ojos extraordinarios. Y un imagino que, si no estuviera de luto, sería todavía más bonita.

—No me digas que tú también te has enamorado de ella.

—Mis días de enamoramiento han pasado.

Bell sonrió.

—¿Los echas de menos?

—Si el amor fuera la gravedad, estaría en caída libre. ¿Qué hacía mademoiselle Duvall en Washington?

—Seduciendo a un subsecretario de la Marina para que la contratara para rodar una película de la Gran Flota Blanca entrando en San Francisco a través del Golden Gate. Por lo menos, así es como consiguió el encargo de filmar la salida de la flota de Hampton Koads el invierno pasado, así que me imagino que está usando la misma táctica. ¿Por qué lo preguntas?

—Que quede entre nosotros —contestó Bell con seriedad—. Mademoiselle

Duvall ha tenido una larga aventura con un capitán de la Marina francesa.

—¡Ah, claro! A veces, cuando se hace la misteriosa, habla de *Mon Capitaine*.

—Pues da la casualidad de que *Mon Capitaine* está especializado en la investigación de acorazados: es decir, que el francés es un espía, y es probable que ella trabaje para él.

—¿Una espía? Pero si es una frívola.

—El secretario de la Marina le ha dado a Joe van Dorn una lista de veinte extranjeros que han estado fisgando en Washington y Nueva York en nombre de Francia, Inglaterra, Alemania, Italia y Rusia. La mayoría parecen frívolos, pero tenemos que investigarlos a todos.

—¿No hay ningún japonés?

—Muchos. Dos de la embajada: un oficial naval y un agregado militar. Y un importador de té que vive en San Francisco.

—Pero ¿qué podría filmar mademoiselle Duvall para la Marina francesa que el resto de nosotros no podamos?

—Filmar podría ser su excusa para acercarse a los oficiales de la Marina estadounidenses dispuestos a irse de la lengua con una mujer atractiva. ¿A qué te referías con «el resto de nosotros»? ¿Tú también estás filmando la flota?

—Preston Whiteway acaba de ponerse en contacto conmigo.

Los ojos de Bell se entornaron ligeramente. El acaudalado Whiteway había heredado varios periódicos de California, había ampliado el negocio y los había convertido en una poderosa cadena de la prensa más amarilla y una compañía de noticiarios cinematográficos que Marion había montado para él antes de irse al este a rodar películas.

—Preston me ha pedido que filme a la flota llegando a San Francisco para *Picture World*.

—Los periódicos de Preston prevén que la guerra con estallará antes de que acabe la semana.

—Publica cualquier cosa con tal de vender un periódico, Marion. ¿Es un único encargo?

—No trabajaría para él como empleada, puedes estar seguro, sino como contratista bien pagada. Podría hacer un hueco para filmarlo entre las películas que estoy rodando aquí. ¿Qué opinas?

—Hay que reconocérselo. Desde luego Whiteway no se da por vencido.

—No creo que siga pensando en mí de esa forma... ¿Por qué te ríes?

—Creo que todavía es hombre y no ha perdido la vista.

—Me refiero a que Preston sabe que no estoy disponible

—A estas alturas debería ya haberlo captado —convino Bell—. Si la memoria no me falla, la última vez que estuvo delante de ti, amenazaste con matarlo. ¿Cuándo te marchas?

—Después del 1 de mayo.

—Bien. La semana que viene van a botar el *Michigan*. El capitán Falconer dará una gran fiesta. Confiaba en que pudieras venir conmigo.

—Me encantaría.

—Es mi oportunidad de observar a los frívolos extranjeros en una sala llena de estadounidenses que podrían irse de la lengua. Tú me servirás de tapadera y me proporcionarás otro par de ojos y de oídos.

—¿Cómo crees que visten las mujeres en la botadura de un acorazado?

—¿Qué tal ese sombrero que hacía apartarse a los hombres? —Bell sonrió—. O puedes preguntarle a mademoiselle Duvall. Seguro que ella también asiste.

—No me gusta que sepa que eres detective. Podría ponerte en peligro si realmente es una espía.

Diez manzanas más arriba, también en Broadway, las cosas funcionaban como un reloj para Témpano Weeks.

En primer lugar, consiguió recorrer las cuatro manzanas desde el metro hasta el hotel Cumberland sin que lo viera nadie que pudiera chivarse a Tommy Thompson. Al cruzar Broadway, pasó por delante de las narices de Daley y Boyle, unos detectives especializados en carteristas de la oficina central que se dirigían a toda prisa a su puesto habitual en la Ópera Metropolitana, y ni siquiera se fijaron en él, vestido con el traje holgado que había encontrado aireándose en una escalera de incendios de Brookklyn.

Luego, en el vestíbulo del hotel Cumberland, los detectives que estaban en nómina andaban distraídos mientras cambiaban de turno. Ninguno de ellos miró dos veces la ropa de Weeks. Aunque sus botas no eran comparables a los zapatos pulidos de los universitarios, los doctores de la Academia de Ciencias Patológicas que corrían a la reunión no le miraban los pies.

Jimmy Clark, vestido como el mono bailarín de un organillero con su uniforme de botones morado, lo miró sin verlo, comportándose como si no hubiera mantenido una «conversación» con él antes.

—¡Muchacho!

Jimmy se acercó a toda prisa, agachando la cabeza para ocultar el miedo y el odio de su mirada.

—Sí, señor.

Weeks le dio un billete de equipaje correspondiente al viejo y maltrecho baúl que había mandado entregar antes al hotel y lo dio una moneda de cinco centavos de propina.

—Pon el baúl en tu carretilla y espérame al lado de la puerta lateral de la reunión. Tengo que tomar un barco y no quiero molestar a los miembros cuando salga antes de que acabe el acto.

—Sí, señor —dijo Jimmy Clark.

Weeks tuvo más suerte de lo que era consciente. Entre los huéspedes de fuera de la ciudad que salían pavoneándose a pasar la noche en Broadway y los doctores de la Academia Patológica que entraban en tropel para ver a la serpiente de cascabel muda, el vestíbulo del hotel estaba demasiado concurrido para que alguien reparara en un extraño acento. Pese a ir vestido como un universitario, Weeks hablaba como alguien que había pasado toda la vida en Hell's Kitchen, y cualquiera que lo hubiera oído habría notado su forma de hablar poco refinada.

El otro golpe de suerte —y de ese sí que era consciente— fue que la caja de fusibles del hotel situada en el sótano estaba al pía de la misma escalera que subía a la puerta lateral del salón de baile ubicado al nivel del vestíbulo donde los doctores iban a contemplar a la serpiente. Weeks colocó su sombrero en la silla más cercana a la puerta para reservarla y se paseó un poco para no tener que hablar con nadie antes de que empezara la reunión. Cuando empezó, ocupó su asiento y vislumbró por última vez el baúl lleno de pegatinas en la carretilla de Jimmy mientras la puerta se cerraba.

Escuchó impacientemente mientras el orador daba la bienvenida a los miembros y parloteaba sobre lo innecesario de leer las actas. A continuación el director de la academia explicó cómo extraerían el veneno mortal de la serpiente y lo convertirían en suero para curar a los locos. Y lo bueno de esa especie de serpiente concreta era que tenía mucho más veneno que la mayoría. Sabía Dios a cuántos chalados curaría, pero, en lo que a Isaac Bell respectaba, eso significaba que, aunque la serpiente fallara al primer intento, le acabaría picando totalmente llena de veneno.

Los guardas del zoológico entraron con la serpiente. Un gran silencio se hizo en la sala.

La caja de cristal, advirtió Weeks, cabría en el baúl. Era un alivio. No había tenido forma de saberlo con seguridad hasta ese momento. Dos hombres la llevaban, y la dejaron sobre una mesa situada en la parte de delante.

Incluso desde la mitad del salón de baile, la serpiente parecía peligrosa. Se estaba moviendo, enroscándose y desenroscándose, su cuerpo con dibujos de rombos sorprendentemente grueso brillando bajo las luces. Parecía que fluyera, moviéndose por la caja como un largo y fuerte músculo, sacando su lengua bífida y examinando las juntas donde los lados de cristal se unían a la parte superior. Se interesó especialmente por la parte donde estaban sujetas las bisagras, y Weeks supuso que debía de entrar un poco de aire por allí y que la serpiente percibía movimiento. Los doctores estaban murmurando, pero ninguno parecía muy inclinado a mirarla más de cerca.

—No se preocupen, caballeros —dijo el médico que presentaba la sesión—. El cristal es resistente. —Despachó a los hombres que habían llevado la caja. Témpano Weeks se alegró de ver que se marchaban porque podrían darle más problemas que los doctores—. Y gracias, señor —dijo al conservador, quien también se marchó.

Esto se pone cada vez mejor, pensó Weeks. Solo yo y la serpiente y un puñado de gallinas. Miró la puerta. Jimmy Clark la había abierto un poquito. Weeks asintió con

la cabeza. Ahora.

No tardó mucho. Justo cuando la primera fila se levantó y se acercó tímidamente a la caja de cristal, las luces se apagaron, y de repente la sala se quedó totalmente a oscuras. Cincuenta hombres gritaron al unísono. Weeks corrió a la puerta, la abrió y buscó a tientas el baúl en la oscuridad. Oyó que Jimmy subía pesadamente la escalera, sirviéndose del pasamanos para guiarse. Weeks abrió el baúl, buscó a tientas la lámina de cristal, se la colocó debajo del brazo y entró de nuevo en el salón de baile donde los gritos estaban subiendo de volumen.

—¡Mantengan la calma!

—¡No se asusten!

Un par de hombres avispados encendieron cerillas, que proyectaron unas extrañas y agitadas sombras.

Weeks no tenía ni un instante que perder. Avanzó a toda prisa por un lado del salón de baile, agarrándose a la pared, y a continuación atajó por la parte delantera. Cuando estaba a menos de dos metros de la serpiente, gritó a pleno pulmón: «¡Cuidado! ¡Dios mío, no la suelte!», y rompió la lámina de cristal en el suelo de madera.

Los gritos se tornaron en chillidos, seguidos inmediatamente de los pasos de cientos de pies. Antes de que Weeks pudiera gritar: «Está suelta. Ha escapado. ¡Huyan! ¡Huyan! ¡Huyan!» numerosas voces de pánico lo hicieron por él.

Jimmy Clark se ganó un sitio en el cielo por la rapidez con que trasladó el baúl.

—Ten cuidado —murmuró Weeks—. Que no se caiga.

Palpando en la oscuridad, levantaron la caja de cristal y la introdujeron en el baúl, lo cerraron, lo colocaron de nuevo en la carretilla y lo sacaron por la puerta lateral del salón de baile. Estaban casi en el callejón cuando las luces se encendieron.

—¡El detective del hotel! —advirtió Clark susurrando.

—Sigue andando —dijo Weeks con sangre fría—. Yo me ocuparé de él.

—¡Eh! ¿Adónde van con eso?

Vestido como un universitario, Weeks cerró el paso al hombre para que Jimmy pudiera sacar la carretilla y contestó:

—Me voy antes de que pierda mi barco.

El detective del hotel oyó su ruda forma de hablar y sacó la pistola.

Para entonces, Weeks tenía los dedos firmemente introducidos en un puño americano. Derribó al corpulento hombre asestándole un golpe veloz y demoledor entre los ojos. Cogió la pistola que se había caído, se la metió en el bolsillo y encontró a Jimmy en el callejón. El botones parecía muerto de miedo.

—No te me pongas nervioso ahora —le advirtió Weeks—. Todavía tenemos que cruzar la ciudad.

Cuando Isaac Bell y Marion Morgan salieron de Rector's parecía que hubiera un gran alboroto más arriba. Oyeron sonar alarmas de incendios y silbatos de policía y vieron multitudes de gente arremolinadas en todas direcciones, y decidieron que la mejor forma de llegar al transbordador de Marion era tomar el metro.

Llegaron a las afueras en veinte minutos y fueron andando al muelle cogidos de la mano. Bell la acompañó hasta que subió a bordo de la embarcación y se quedó en la pasarela. Sonó el silbato.

—Gracias por la cena, cariño. Me ha alegrado mucho verte.

—¿Te acompañó?

—Tengo que levantarme muy temprano. Y tú también. Dame un beso.

Al cabo de un rato, un marinero de cubierta gritó:

—Se acabó, tortolitos. Todos los que se queden en tierra, a tierra.

Bell bajó de la pasarela y gritó mientras el agua se extendía entre la embarcación y el muelle:

—Dicen que es posible que el viernes caiga un chaparrón.

—Bailaré la danza de la lluvia.

Tomó el metro al centro y se detuvo en el hotel Knickerbocker para consultar al vigilante nocturno de la agencia, quien preguntó:

—¿Te has enterado de lo de la serpiente?

—¿La *Lachesis muta*?

—Ha escapado.

—¿Del hotel Cumberland?

—Creen que puede haber huido por el alcantarillado.

—¿Ha mordido a alguien?

—Todavía no —contestó el vigilante.

—¿Cómo se ha soltado?

—He oído catorce versiones de la historia desde que he empezado el turno esta noche. La mejor es la que dice que dejaron en la caja. Estaba hecha de cristal. —Movi6 la cabeza con gesto de incredulidad y se ech6 a reír—. Estas cosas solo pasan en Nueva York.

—¿Hay algo que deba saber antes de mañana?

El vigilante le dio un mont6n de mensajes.

Encima había un cablegrama del mejor amigo de Bell, el detective Archie Abbott, quien, a cambio de un permiso ampliado para irse de viaje de luna de miel por Europa, estaba haciendo contactos en Londres, París y Berlín a fin de establecer oficinas locales de la agencia Van Dorn en el extranjero. Poseedor de un lugar destacado en la sociedad y casado con una de las herederas más ricas de Estados

Unidos, el aristocrático Archibald Angell Abbott IV era bien recibido en todas las embajadas y fincas de Europa. Bell le había enviado un cable dándole instrucciones de que aprovechara su acceso exclusivo para adquirir una perspectiva privilegiada de la carrera armamentística. Ahora Archie iba a volver a casa. ¿Prefería Bell que tomara el *Lusitania* británico o el *Kaiser Wilhem der Grosse* alemán?

El *Rolling Billy*, contestó Bell, empleando el nombre popular para referirse al imponente pero torpe transatlántico alemán. Archie y su hermosa novia pasarían su travesía atlántica en los salones de primera clase, utilizando su encanto para tirar de la lengua a oficiales de alto rango, diplomáticos e industriales sobre temas de guerra, espionaje y carrera armamentística naval, Ni el oficial prusiano más rígido ni el cortesano del káiser más sofisticado tendrían la más mínima oportunidad cuando Lillian empezara a pestañear. Por su parte, Archie, un soltero empedernido hasta que se había enamorado perdidamente de Lillian, era ningún principiante en el arte de seducir a mujeres casadas.

John Scully había dejado una enigmática nota: «Los chicos de seguridad están cuidando de Kent. Estoy pensando en ir a figonear por Chinatown».

Bell la lanzó a la papelera. En otras palabras, tendría noticias del detective cuando a Scully le viniera en gana.

Los informes de los detectives de Van Dorn en Werchester y Bethlehem no contenían noticias nuevas acerca del accidente de montañismo y la explosión en la fundición. Ninguno de los dos había conseguido pistas sobre la chica «irlandesa» o el trabajador «alemán» de la fundición. Pero el detective de Bethlehem aconsejaba no sacar conclusiones precipitadas. Parecía que a ninguno de los conocidos de Chad Gordon le sorprendiera accidente. La víctima era un hombre impaciente y ajetreado que descuidaba las normas de seguridad y era conocido por correr terribles riesgos.

Había noticias preocupantes de Newport, Rhode Island. El agente de seguridad asignado a Wheeler en la estación de torpedos informaba de que había perseguido a dos hombres que intentaban entrar por la fuerza en la casa del experto en torpedos, pero había conseguido atraparlos. Bell ordenó que aumentaran el número de agentes de seguridad, temiendo que no hubiera sido un intento de robo corriente. También telegrafió al capitán Falconer recomendándole que mandaran a Wheeler que durmiera en cuartel protegido de la estación de torpedos y no en su vivienda.

El teléfono del medio, el que tenía marcas de colorete de corista, sonó, y el vigilante nocturno lo cogió de golpe.

—¡Sí, señor Van Dorn...! De hecho, está aquí mismo.

El vigilante le pasó a Bell el teléfono, esbozando con los labios las palabras: «conferencia de Washington».

Bell se llevó el auricular al oído y se inclinó sobre el teléfono.

—Veo que trabaja hasta tarde.

—Hay que dar ejemplo —gruñó Van Dorn—. ¿Algo que deba saber antes de acostarme?

—Archie vuelve a casa.

—Ya era hora. Es la luna de miel más larga de la historia.

Bell le informó del resto de las noticias. Luego le preguntó:

—¿Qué tal le ha ido con su amigo del Ministerio de Asuntos Exteriores?

—Por eso llamo —dijo Van Dorn—. Canning ha tachado a mayoría de los extranjeros de nuestra lista y ha añadido un par de los que desconfía. Me ha llamado la atención una especie de conservador de arte que está de visita en la Smithsonian Institution. Se llama Yamamoto Kenta. Japonés, como dice Falconer. Puede que valga la pena conseguir información acerca de él.

—¿Tiene a alguien en la zona que pueda mandar a la Smithsonian?

Van Dorn contestó que sí, y colgaron.

Bell contuvo un bostezo mientras se ponía el abrigo. Era bien entrada la medianoche.

—Ten cuidado al pasar por las alcantarillas —dijo el vigilante.

—Me imagino que a estas alturas la señora Serpiente estará nadando en el Hudson.

El club de caballeros de la calle Cuarenta y cuatro Oeste compartía manzana entre las avenidas Sexta y Quinta con cuadras y aparcamientos, e Isaac Bell estaba demasiado ocupado esquivando estiércol y sorteando coches para preocuparse por las serpientes. Sin embargo, cuando llegó al edificio de once pisos de piedra caliza y ladrillo del club Yale en Nueva York, encontró la entrada bloqueada por tres hombres de mediana edad con la cara colorada, considerablemente borrachos después de una noche en la ciudad, que se tambaleaban cogidos del brazo en los felones de la entrada.

Vestidos con sudadera de una reunión de la promoción del 83, los antiguos alumnos estaban cantando a voz en grito «Bright College Years». Isaac Bell añadió una soñolienta voz de barítono al coro y trató de evitarlos.

—Somos más altos que el club Harvard —gritaron, señalando despectivamente la baja sede del club situado al otro lado de la calle.

—¡Venga a la azotea con nosotros!

—Les lanzaremos ramos de flores a los equipos de atletismo.

El portero salió y despejó el camino al alto detective.

—Son miembros de fuera de la ciudad —dijo asombrado.

—Gracias por escoltarme, Matthew. No lo habría conseguido sin ti.

—Buenas noches, señor Bell.

En el asador situado en la parte de atrás se oían más cánticos de miembros del club, pero no tan altos como los de los juerguistas de enfrente del edificio. Bell tomó la escalera en lugar del ascensor. El imponente salón de dos plantas solía estar vacío a tan altas horas de la noche. Él vivía en el tercer piso, que albergaba doce espartanas habitaciones de soltero, seis a cada lado del pasillo, y el cuarto de baño al fondo. En

el pasillo había un baúl que tapaba parcialmente su puerta.

Por lo visto, un miembro del club acababa de desembarcar de Europa.

Bostezando soñoliento, Bell alargó la mano para apartar el baúl al tiempo que lo rodeaba. Le sorprendió que pesara poco; estaba casi vacío. El personal del edificio normalmente recogía los baúles tan pronto como se vaciaban. Le echó otro vistazo más de cerca. Era un baúl viejo y gastado, con las etiquetas descoloridas del hotel Ritz de Barcelona, el Brown de Londres y el transatlántico *Servia* de la compañía naviera Cunard. No recordaba la última vez que había visto ese nombre; el barco debía de llevar fuera de servicio desde el cambio de siglo. Entre las descoloridas etiquetas de control, una flamante le llamó la atención. El hotel Cumberland, Nueva York.

Curiosa coincidencia, la última residencia conocida de la señora Serpiente. Se preguntó por qué un miembro del club Yale de Nueva York se hospedaría en el Cumberland antes de trasladarse a sus privadas pero austeras dependencias de soltero, más probable es que respondiera a la decisión de alargar la estancia en Nueva York, pues las tarifas eran considerablemente más baratas en el club, incluyendo las cuotas.

Abrió con llave la puerta y dio un paso dentro de la habitación. Notó un extraño olor en las fosas nasales. Era tan débil que resultaba casi imperceptible. Se detuvo, con la mano estirada, buscando a tientas el interruptor de la pared para encender la luz. Trató de identificar el fuerte aroma. Parecía de un sudoroso traje de esgrima hecho con piel de cerdo. Pero el suyo estaba a la vuelta de la esquina, en la calle Cuarenta y cinco, colgado de su taquilla con sus floretes y su sable en el club de esgrima.

La luz del pasillo se derramaba sobre su hombro. Algo brillaba en la cama.

De repente Isaac Bell se despejó por completo. Avanzó en la habitación dando saltos de lado como si no quisiera que su silueta resultara visible en la puerta abierta. Apoyado en la pared con todos sus sentidos en alerta, sacó su pistola Browning de la pistolera del hombro y encendió el interruptor de la luz.

En la estrecha cama había una caja de cristal tan pesada que estaba muy hundida en el cubrecama de felpilla. Tenía forma de cubo y medía unos sesenta centímetros en cada lado. Incluso la tapa era de cristal. Estaba abierta. Colgaba de las bisagras como si quien la hubiera abierto hubiera soltado apresuradamente la pesada lámina y hubiera corrido como alma que lleva el diablo.

Bell notó que se le erizaba el vello de la nuca.

Echó un vistazo a la pequeña habitación. En la superficie de la cómoda solo había una caja con sus gemelos. En la mesita de noche había una lámpara para leer, una *Guía de bolsillo de Nueva York*, la *Influencia del poder naval en la historia*, de Mahan y *Subarine Navigation*, de Burgoyne. La puerta del armario estaba cerrada, y la pequeña caja fuerte del rincón en la que guardaba sus armas estaba cerrada con combinación. Sin separarse de la pared, Bell miró de nuevo la caja de cristal. Casi todo el interior estaba oscurecido por los reflejos del cristal. Movié la cabeza

despacio para verla desde otros ángulos.

La caja estaba vacía.

Bell permaneció inmóvil como un cazador. Solo había un lugar donde la serpiente podía estar escondida y era debajo de la cama, en el espacio oscuro tapado por el cubrecama que colgaba. De repente vio un movimiento. Una larga lengua bífida salió de debajo del cubrecama, comprobando el aire en busca de un movimiento contra el que atacar. Apoyado con fuerza contra la pared, moviéndose en intervalos de un minuto, Bell se dirigió muy lentamente a la puerta para salir de la habitación y encerrar al reptil dentro. Lo dejaría fuera de juego echando cloroformo por debajo de la puerta.

Pero antes de que hubiera recorrido treinta centímetros, la lengua de la víbora empezó a moverse más deprisa, como si tuviera a punto de entrar en acción. Bell se preparó para alcanzar la puerta de un salto. Justo cuando se disponía a saltar, oyó que la puerta del pasillo se abría. Los miembros del club entraron en tropel en el pasillo gritando:

—«Adondequiera que naveguemos sobre el mar de la vida por Dios, por nuestro país y...».

Isaac Bell sabía que no tenía alternativa. Si gritaba a los graduados que huyeran, los antiguos alumnos no le entenderían aunque le oyeran, pues no estaban lo bastante sobrios. Al mismo tiempo, la advertencia asustaría al animal y lo impulsaría a atacar o le haría salir reptando, directo hacia ellos.

Alargó el cañón de la pistola hacia un lado y lo usó para cerrar la puerta. El aire que se agitó activó a la serpiente. En un súbito movimiento, cambió de posición bajo la cama y arremetió contra la pierna del agente.

Bell nunca había visto algo moverse tan deprisa. Lanzó patada a la puntiaguda cabeza que brillaba hacia él. La serpiente chocó contra su tobillo con un impacto increíblemente musculoso y le salpicó la vuelta de los pantalones de veneno amarillo. Sus reflejos de animal y la protección de la bota, que le tapaba el tobillo, salvaron la vida del detective. En un abrir y cerrar de ojos, el animal se enroscó con fuerza y volvió a atacar. Para entonces Bell había saltado en el aire. Se lanzó hacia la cama, cogió la almohada y se la arrojó a la serpiente. El reptil atacó, salpicó la almohada de amarillo y dejó dos profundos agujeros en la tela. Bell retiró el cubrecama, lo hizo girar como un torero y lo lanzó sobre la serpiente para atraparla con la tela.

La serpiente salió reptando de debajo, volvió a enroscarse y siguió a Bell con sus malévolos ojos. Bell levantó la pistola, apuntando con cuidado a su cabeza y disparó. La serpiente atacó en el preciso instante en que la pistola retumbó, embistiendo tan rápidamente que la bala de Bell no le acertó y dio en el espejo de la cómoda. Mientras los cristales salían volando, los puntiagudos colmillos de la serpiente atacaron a Bell en el pecho, justo encima del corazón.

Bell soltó la pistola y cerró la mano en torno al pescuezo de la serpiente.

El animal era terriblemente fuerte. Cada centímetro de su cuerpo de un metro veinte de largo se retorció con una energía espasmódica y nervuda mientras se contorsionaba para soltarse y volver a atacar a Bell. Sus colmillos sobresalían de su cabeza con forma de flecha. De sus fauces muy abiertas goteaba veneno amarillo. A Bell le pareció ver un brillo triunfal en sus ojos, como si la serpiente estuviera segura de que su veneno mortal ya había surtido efecto y su presa moriría dentro de unos minutos respirando con dificultad, el detective estiró la mano libre para coger la navaja que llevaba metida en la bota.

—Lamento decepcionarla, señora Serpiente, pero ha cometido el error de clavar sus colmillos en mi pistolera.

Un miembro del club abrió la puerta.

—¿Se puede saber quién está disparando aquí?

Al ver la serpiente sin cabeza que todavía se meneaba en el puño de Bell, palideció y se llevó las dos manos a la boca.

Bell le apuntó imperiosamente con su navaja manchada de sangre.

—Si vas a vomitar, los servicios están al final del pasillo.

Matthew, el portero, asomó la cabeza en la habitación.

—¿Se encuentra...?

—¿De dónde ha salido este baúl? —preguntó Bell.

—No lo sé. Debió de llegar antes de que yo empezara el turno.

—¡Ve a buscar al director!

El director del club llegó minutos más tarde con la ropa de dormir. Abrió los ojos como platos al ver el espejo roto, la serpiente decapitada meneándose en el suelo, la cabeza posada sobre la cómoda y a Isaac Bell limpiando su navaja con la funda destrozada de la almohada.

—Reúna a sus empleados —le dijo Bell—. O el comité de admisión del club no prohibió la entrada a la *Lachesis muta* o uno de sus trabajadores la ayudó a entrar en mi habitación.

Después de haberse quedado observando desde un establo hasta que Isaac Bell había entrado en el club Yale, y de haber esperado para asegurarse de que no volvía a salir, Témpano Weeks atravesó a pie la ciudad. En la Octava Avenida, giró y recorrió varias manzanas, anduvo bajo la vía de enlace que unía el ferrocarril de la Novena Avenida y la Sexta, y llamó a una puerta sin número de una casa situada justo al principio de la Cincuenta y tres, donde Tommy Thompson había abierto una casa de

juego en el segundo piso.

—¿Qué haces aquí? —preguntó uno de los Gopher, que vigilaba la puerta.

—Dile a Tommy que tengo buenas noticias para él.

—Díselo tú. Está en el tercer piso.

—Me lo imaginaba.

Weeks subió la escalera, pasó por la casa de juego, vigilada por otro tipo que puso cara de sorpresa al verlo, y se dirigió al tercer piso. Uno de los escalones se hundió un poco bajo su peso, y supuso que estaba amañado de forma que atenuara la luz eléctrica de la habitación de Tommy encima de la casa de juego para avisarle de que alguien se acercaba.

Weeks esperó desplazando el peso de una pierna a la otra mientras lo examinaban a través de la mirilla. Tommy en persona abrió la puerta.

—Supongo que lo has hecho —dijo—. O no estarías aquí.

—¿Estamos en paz?

—Pasa. Toma una copa.

Tommy estaba bebiendo un *highball*. Weeks estaba tan entusiasmado que el alcohol se le subió directamente a la cabeza.

—¿Quieres saber cómo lo he hecho?

—Claro. Pero espera a que acabemos. Apaga esa luz.

El gorila de Tommy le dio al interruptor, y la habitación quedó en una oscuridad casi absoluta. Abrió una trampilla, y Weeks vio que habían hecho un agujero cuadrado en suelo a través del techo del piso de abajo y lo habían cubierto de cristal ahumado.

—Es lo último —dijo Tommy riéndose entre dientes—. Un falso espejo. Nosotros podemos ver lo que hay abajo lo que ellos ven en el techo son sus caretos.

Weeks miró la casa de juego, donde había seis hombres sentados alrededor de una mesa de póquer de apuestas elevadas. Reconoció a uno de ellos: el mejor tahúr de trucos de cartas de Nueva York. Otro, Willy el Señuelo, estaba especializado en captar jugadores para desplumarlos.

—¿Quién es el primo?

—El tío fino de la corbata roja.

—¿Es rico?

—Ojos O'Shay dice que la corbata significa que es del club Harvard.

—¿A qué se dedica?

—Vende comida a la Marina.

A Témpano Weeks le pareció una buena forma de hacerse rico. El sector de la Marina estaba en auge. Que el comodoro Tommy se dedicara a quitarle el dinero a un tipo tan distinguido amañando una partida de póquer hacía pensar que Tomm había dejado de robar vagones de mercancías y había escalado varios peldaños.

—¿Cuánto vas a sacarle a ese tipo? —preguntó despreocupadamente.

—Ojos ha dicho que le saquemos todo lo que tiene y lo prestemos pasta para que

siga perdiendo.

—Parece que Ojos quiere tener algo que usar contra él.

—No será difícil. Ted Whitmark es un negado en el juego.

—¿Qué sacas tú de esto? —preguntó Weeks, sirviéndose otro *highball*.

—Es parte de nuestro acuerdo —respondió Tommy—. Ojos ha sido muy generoso. Si quiere que el señor Whitmark pierda al póquer y se endeude para perder más, le ayudaré encantado.

Mientras Weeks se servía su tercera copa, reparó en que el comodoro Tommy Thompson era normalmente más reservado. Se preguntaba por qué de repente hablaba tanto. ¡Joder! ¿Lo estaba invitando Tommy a participar en la banda de los Gopher?

—¿Quieres saber cómo me he cargado a Bell?

Tommy cerró la trampilla e indicó con un gesto a su gorila que encendiera la luz.

—¿Ves aquello que hay en la mesa? ¿Ves lo que es?

—Un teléfono —contestó Weeks. Parecía completamente nuevo, muy reluciente, como los que se veían en los mejores garitos—; Te estás poniendo al día, Tommy. No sabía que te habías espabilado tanto.

Tommy Thompson cogió a Weeks por las solapas, levantó sin esfuerzo del suelo al hombre menudo y lo lanzó con fuerza contra la pared. Weeks acabó en la alfombra; tenía la cabeza como un bombo y le dolía mucho el cerebro.

—¿Qué pasa?

Tommy le dio una patada en la cara.

—¡No has matado a Bell! —rugió—. Ese teléfono me ha dicho que ahora mismo Bell está interrogando a todos los que trabajan en el club.

—¿Qué?

—Ese teléfono me ha dicho que el detective está vivo. No lo has matado.

Témpano Weeks sacó la pistola que le había quitado al detective del hotel Cumberland. El gorila de Tommy le pisó la mano y se la arrebató.

El director del club Yale despertó a sus empleados y los reunió en la gran cocina de la planta superior. Conocían a Isaac Bell, sabían que era un cliente que se acordaba de sus nombres y que se mostraba generoso en Navidad cuando levantaban la prohibición de dar propinas. Estaba claro que todos, director, gobernanta, camarero, camareras, porteros y recepcionista, querían ayudar cuando Bell preguntó:

—¿De dónde salió el baúl que había delante de la puerta de mi habitación en el tercer piso?

Nadie contestó. El baúl no estaba allí a las seis, cuando acababa el turno de día. Un camarero del turno de noche había reparado en él al pasar por delante a las ocho con el servicio de habitaciones. El operador del montacargas no lo había visto, pero reconoció haber cenado parsimoniosamente entre las seis y ocho. Entonces apareció

súbitamente Matthew, quien había permanecido en la puerta principal después de ser interrogado Bell en privado, diciendo:

—¿La nueva lavandera? Señor Bell, la he encontrado al otro lado de la calle llorando.

Bell se volvió hacia el ama de llaves.

—¿Quién es la lavandera, señora Pierce?

—La chica nueva, Jenny Sullivan. Ya no vive en el club.

—Matthew, ¿puedes hacerla pasar?

Jenny Sullivan era menuda y morena y temblaba de miedo.

—Siéntese, señorita —dijo Bell.

Ella se mantuvo rígida en la silla.

—No quería hacer daño a nadie.

—No tema...

Bell alargó la mano para consolarla posándole suavemente la mano en el brazo. Jenny gritó de dolor y se echó atrás.

—¿Qué ocurre? —dijo Bell—. Lo siento, no quería hacerle daño... Señora Pierce, ¿puede cuidar de Jenny?

La cariñosa gobernanta se llevó a la chica, hablándole en voz baja.

—Creo que ya pueden volver todos a la cama —anunció Bell—. Buenas noches. Gracias por su ayuda.

Cuando la señora Pierce regresó tenía lágrimas en los ojos.

—La chica tiene el cuerpo lleno de moratones de los hombros a las rodillas.

—¿Ha dicho quién se lo ha hecho?

—Un hombre llamado Weeks.

—Gracias, señora Pierce. Llévela al hospital... no al del distrito donde ella vive, sino al mejor de la ciudad. Yo pagaré los gastos. No escatime en nada. Tome este dinero para las necesidades inmediatas.

Bell se lo entregó y se dirigió a toda prisa a su habitación.

Limpió rápida y metódicamente su Browning y sustituyó la bala gastada. Preguntándose una vez más si un arma más potente habría detenido a Weeks antes de apuñalar a Alasdair MacDonald, sacó un revólver automático Colt del calibre 45 de su caja fuerte. Comprobó que su pistola de cañón doble estaba cargada y se puso el sombrero. Se metió el Colt y la munición de sobra para las dos pistolas en los bolsillos de la chaqueta y bajó los escalones de la escalera de tres en tres.

Matthew retrocedió al ver la expresión de su cara.

—¿Se encuentra bien, señor Bell?

—No es que piense que frecuentes ese garito, Matthew, pero ¿sabes la dirección de la taberna del comodoro Tommy?

—Creo que está al otro lado de la calle Treinta y nueve Oeste, casi a la orilla del río. Pero si alguna vez «frecuentara ese garito» —añadió sin ambages—, no iría solo.

Isaac Bell salió a toda velocidad del club Yale. Los hombres que lo veían acercarse se apartaban. Cruzó la Sexta Avenida y la Séptima haciendo oídos sordos al estruendo de los cláxones de los automóviles y giró hacia el centro por la Octava Avenida. Apretó el paso en la acera casi desierta, pero no consiguió sofocar la atronadora ira que bullía en su cabeza. En la calle Treinta y nueve Oeste echó a correr.

Un agente de policía que se cruzó con él, un hombre corpulento que patrullaba la calle con una porra de casi setenta centímetros y un revólver, lo vio acercarse y cruzó la calle sin decir nada. En la Novena Avenida, grupos de hombres y unas cuantas mujeres, la mayoría mayores y vestidos desaliñadamente, con facciones desesperadas de las personas sin hogar, se habían reunido en las vías del tranvía bajo el ferrocarril elevado. Estaban contemplando la oscura estructura de columnas rematadas en abanicos que soportaban las vías del tren que pasaba por encima. Bell se abrió paso a empujones. Acto seguido se paró en seco. Un hombre vestido con un traje holgado colgaba por el cuello de una viga atada a una viga transversal.

Un tren expreso pasó con gran estruendo por la vía central. Cuando se alejó y se hizo el silencio, alguien murmuró:

—Parece que los Gopher querían que el Témpano muriera despacio.

Bell vio a lo que se refería. No habían atado las manos del muerto. Sus dedos se habían quedado atrapados debajo del lazo como si todavía estuvieran tirando de su garganta. Los ojos le salían de las órbitas, y su boca lucía una terrible mueca. Pero, incluso con la máscara de la muerte, era sin duda el mismo hombre que había matado a Alasdair MacDonald en Camden.

—A lo mejor el Témpano se ha suicidado —dijo un borracho en tono burlón.

—Sí —contestó sarcásticamente su compañero—. Y a lo mejor el Papa se pasa por la taberna del comodoro Tommy a tomar cerveza.

Se echaron a reír. Entonces una vieja desdentada arremetió contra ellos.

—¿Cómo podéis burlaros de los muertos?

—Él se lo buscó. Ese idiota era más malo que la tiña.

—Ningún Gopher ha matado a otro porque sea malo, tontos del culo —gruñó un viejo con un sombrero flexible—. Han matado al Témpano porque se le estaban subiendo los humos.

Isaac Bell los empujó al pasar y siguió hacia el oeste.

Los dos estaban equivocados. Los Gopher habían matado a Weeks para romper la cadena de evidencias que conectaban a su jefe con el asesinato de Camden. Era una forma de justicia, de justicia violenta. Pero no lo había hecho por ese motivo, sino solo para protegerse. ¿Qué eslabón quedaba entre el asesinato de Alasdair y el espía que lo había ordenado?

Ahora podía notar el aire frío del río y oía las sirenas de los barcos y los pitidos de los remolcadores. Con la muerte de Témpano Wecks, volvía a estar lejos del espía que planeaba matar a los cerebros que habían imaginado el Buque 44.

Aceleró el paso y se detuvo bruscamente bajo un letrero situado en el primer piso de una vivienda ruinoso de ladrillo tan vieja que no tenía escalera de incendios. Unas descoloridas letras blancas sobre un fondo gris rezaban TABERNA DEL COMODORO TOMMY.

El edificio parecía más un fuerte que una taberna. Una tenue luz brillaba a través de las ventanas enrejadas. Oyó voces en el interior. Sin embargo, cuando intentó abrir la puerta principal, descubrió que estaba cerrada. Bell sacó el Colt de la chaqueta con un movimiento rápido, disparó cuatro tiros en círculo alrededor del pomo y abrió la puerta de una patada.

La cruzó rápido, entró por un costado en el bar tenuemente iluminado y apoyó la espalda en la pared. Una docena de Gopher se dispersaron volcando mesas y agachándose detrás de ellas.

—Dispararé al primer hombre que saque una pistola —dijo Isaac Bell.

Los presentes se quedaron mirándolo boquiabiertos. Desplazaban la vista rápidamente a la puerta, otra vez a él y vuelta a la puerta. Cruzándose miradas de sorpresa, los gánsters de la banda de los Gopher comprendieron que Bell estaba solo y se levantaron en actitud amenazante.

Bell se pasó el Colt a la mano izquierda y cogió la Browning con la derecha.

—Que todo el mundo ponga las manos donde pueda verlas ¡Vamos!

Al ver al enfurecido detective contra la pared rastreando el bar con dos pistolas, la mayoría soltó sus armas y mostró las manos vacías. Bell apuntó a dos que se habían resistido.

—¡Vamos! —repitió—. O limpio este sitio.

De repente apareció una antigua pistola de arzón con el cañón muy ancho. Bell se la arrebató de la mano al gánster de un disparo. El hombre gritó de dolor y asombro. El otro empuñaba una pesada escopeta, una recortada con doble cañón de gran calibre que podía partirlo por la mitad. Bell se lanzó hacia un lado al tiempo que volvía a apretar el gatillo de la Browning. La bala emitió un sonido estridente a través del aire. Al mismo tiempo, una bala errante le abrió un surco en el brazo izquierdo al detective, y notó un impacto demoledor que estuvo a punto de arrancarle el Colt del puño. Rodó por el suelo y se levanta un brinco, con las pistolas en ristre. El gánster que hábil disparado la escopeta estaba tumbado boca arriba, agarrándose el hombro.

—¿Cuál de vosotros es Tommy Thompson, canallas?

—No está aquí, señor.

Bell tenía la impresión de que la misma ira que le estaba crispando el rostro en una expresión que acobardaba a los gánsters pero también podía estar impidiéndole pensar con un poco más de claridad. Le daba igual.

—¿Dónde está? —gritó.

—En uno de sus nuevos garitos.

—¿Dónde?

En plano situado muy por debajo de la superficie de su conciencia, una voz advirtió a Isaac Bell de que así se buscaría la muerte. Pero la voz luchadora de Bell, siempre más cerca de la superficie, respondió que nadie en aquella taberna pobremente iluminada podía matarlo. En un instante, evaluó la contradicción: el luchador veía algo que el aprensivo no. Era demasiado fácil. Doce Gopher, y solo dos habían sacado sus armas. El resto de la banda todavía debería estar friéndolo a balazos. En cambio, lo miraban con la boca abierta y los ojos como platos.

—¿Dónde?

—No lo sé, señor.

—En uno de los nuevos garitos.

El miedo y la confusión en el tono de los gánsters impulsó a mirar más atentamente. En ese momento reparó en que las armas que habían soltado eran puños americanos, porras y navajas. Ninguna pistola. Entonces cayó en la cuenta. Casi todos eran viejos, desdentados, encorvados y llenos de cicatrices: los habitantes desvalidos de Hell's Kitchen, donde a los cuarenta años uno era viejo y a los cincuenta, senil.

«Nuevos garitos». Eso era. El comodoro Tommy Thompson había prosperado y los había dejado atrás. Aquellos pobres diablos habían sido abandonados por su jefe y se habían llevado un susto de muerte cuando un detective iracundo había abierto la puerta tiros y había abatido a plomo a los dos únicos a los que les quedaba energía para luchar.

Bell sintió que una fría serenidad invadía su mente, acompañada de una claridad eléctrica.

Los Gopher de Hell's Kitchen estaban experimentando cambios, y tenía el intenso presentimiento de cuál era el motivo. Los viejos advirtieron que su rostro se suavizaba.

—¿Podemos bajar las manos, señor? —dijo uno con voz de pito.

El alto detective seguía demasiado furioso para sonreír, se acercó.

—No —contestó—. Dejadlas donde pueda verlas.

El claxon de un taxi resonó en la calle.

Bell echó un vistazo por la puerta. El taxi se deslizó hasta parar. Cinco veteranos de la agencia Van Dorn de rostro adusto y un joven prometedor salieron empuñando armas de fuego. Les seguía a cierta distancia una brigada de la policía de Nueva York que iba a pie. Harry Warren, el especialista en bandas, encabezaba el grupo de detectives. Tenía una recortada ajustada a la pierna y un revólver metido por dentro de la cintura. Le pasó al joven un fajo de dinero y le indicó con la mano que tratara con los policías, y examinó la fachada del local del comodoro Tommy con vistas a asaltarlo.

Bell salió de la taberna.

—Buenas noches, chicos.

—¡Isaac! ¿Estás bien?

—En plena forma. ¿Qué hacéis aquí?

—El portero del club Yale ha llamado por teléfono al Knickerbocker. Parecía muy preocupado, y ha dicho que necesitabas ayuda.

—El viejo Matthew está hecho una madraza.

—¿Qué demonios haces aquí?

—He salido a dar un paseo.

—¿Un paseo? —Miraron a un lado y otro de la oscura y mugrienta calle—. ¿Un paseo? —Y se quedaron mirando a Bell—. ¿Y supongo que un mosquito te ha hecho ese agujero en la manga de la chaqueta? —comentó un detective.

—¿El mismo que disparó a la cerradura de esta puerta? —preguntó otro.

—¿Y que hizo levantar las manos a los Gopher de ahí dentro? —dijo un tercero.

Harry Warren llamó por señas al chico que acababa de regresar.

—Eddie, ve a decirles a los polis que manden una ambulancia.

Isaac Bell sonrió.

—Ya está bien por hoy, chicos. Gracias por venir. Harry, si me acompañas a casa, me gustaría hacerte unas preguntas.

Harry le dio la escopeta a los muchachos, se guardó el revólver en el bolsillo de la chaqueta y le pasó a Bell un pañuelo.

—Estás sangrando.

Bell se lo metió por la manga.

Fueron andando a la Novena Avenida. La policía había acordonado la zona debajo del ferrocarril elevado donde estaba colgado Weeks. Los bomberos sostenían escaleras de mano mientras los empleados del depósito intentaban soltar el cadáver.

—La conexión entre el Témpano, Tommy y tu espía extranjero se ha ido al garete —dijo Harry.

—De esa conexión es exactamente de lo que quiero hablarte —contestó Isaac Bell—. Me parece que Tommy Thompson está medrando.

Harry asintió con la cabeza.

—Si, he oído en el barrio que los Gopher están dándose muchos aires.

—Quiero que averigües quiénes son sus nuevos amigos. Estoy seguro de que ellos serán la conexión.

—Puede que sea una buena pista. Me pondré manos a la obra. Ah, toma, me han dado esto cuando me marchaba. —Harry buscó en sus bolsillos—. Ha llegado un telegrama para ti de la oficina de Filadelfia.

Habían llegado a la esquina de la calle Cuarenta y dos. Bell se detuvo bajo una farola para leer el telegrama.

—¿Malas noticias?

—Tienen una pista sobre un alemán que se ha colado en Camden.

—¿No fue un alemán el que hizo lo de Bethlehem?

—Posiblemente.

—¿Qué pasa en Camden?

—Van a botar el acorazado *Michigan*.

El espía convocó a su agente alemán con una críptica nota dejada en su pensión de Camden. Se reunieron en Filadelfia, en una garita sobre una barcaza amarrada a la orilla oeste del río Delaware, justo al otro lado del concurrido río, enfrente del astillero naval. A través de un manto de remolcadores, gabarras, barcos, transbordadores y humo de carbón en constante movimiento, podían ver la popa del *Michigan* asomando sus hélices por la parte de atrás del cobertizo que cubría sus canales. El río medía solo unos ochocientos metros de ancho, y podían oír el continuo redoble de los carpinteros martilleando cuñas madera.

Los trabajadores del barco habían construido una gigantesca basada de madera lo bastante grande para llevar el barco de dieciséis mil toneladas por los raíles engrasados desde el lugar de construcción en tierra hasta su destino en el agua. Ahora estaban elevando la basada hasta la embarcación introduciendo cuñas debajo. Cuando estas estuvieran bien presionadas contra el casco, seguirían dándoles martillazos hasta que la basada levantara el barco de los muelles de construcción.

El alemán estaba apesadumbrado.

—Escucha —dijo el espía—. ¿Qué oyes?

—Están metiendo las cuñas.

Previamente, el espía se había acercado a bordo de una lancha a vapor para observar la escena que tenía lugar debajo del casco pintado con una primera mano de color rojo apagado. Los «martillos» eran en realidad arietes, largos postes con pesadas cabezas en el extremo.

—Las cuñas son finas —dijo—. ¿Cuánto se levanta la basada con cada golpe?

—Necesitaría un micrómetro para medirlo.

—¿Cuántas hay?

—*Gott in Himmel*, ¿quién sabe? Cientos.

—¿Mil?

—Tal vez.

—¿Podría elevar una cuña cualquiera la basada situada debajo del barco?

—Imposible.

—¿Podría separar una cuña cualquiera la basada y el barco de los bloques?

—Imposible.

—Cada alemán debe poner de su parte, Hans. Si uno fracasa, todos fracasamos.

Hans se lo quedó mirando con un extraño gesto de indiferencia.

—No soy bobo, *mein Herr*. Entiendo ese principio. No es el acto lo que me preocupa, sino las consecuencias.

—Ya sé que no eres bobo —contestó el espía—. Solo intento ayudar.

—Gracias, *mein Herr*.

—¿Te dan miedo los detectives? —preguntó, aunque dudaba de que así fuera.

—No. Puedo evitarlos hasta el último momento. Me los quitaré de encima gracias al pase que me ha proporcionado. Cuando alguna descubra lo que voy a hacer, será demasiado tarde para detenerme.

—¿Temes no escapar con vida?

—Me sorprendería no conseguirlo. Afortunadamente, ya me he hecho a la idea. No es eso lo que me preocupa.

—Entonces volvemos a la misma pregunta del principio, Hans, ¿quieres que los buques estadounidenses hundan los buques alemanes?

—Tal vez sea la espera lo que me está matando. Allí donde voy les oigo martillar las cuñas. Como el tictac de un reloj. Tic, tac. Tic, tac. Sonando por los inocentes que todavía no saben que morirán. Me está volviendo loco... ¿Qué es esto?

El espía le estaba metiendo dinero en la mano. Hans trató de sacudirse hacia atrás.

—No quiero dinero.

El espía le agarró el puño con una fuerza asombrosa.

—Diviértete. Busca a una chica. Te ayudará a que se te pase la noche más rápido.

El alemán se levantó bruscamente.

—¿Te marchas?

De repente, Hans parecía tener miedo... miedo de quedarse a solas con su conciencia.

—Estaré cerca. Estaré observando.

El espía sonrió en actitud tranquilizadora y le dio una palmada en el hombro.

—Ve a buscar una chica. Disfruta de la noche. Antes de que te des cuenta, se habrá hecho de día.

Unos marineros engalanados con pajaritas rojas, blancas y azules repartían sándwiches de berros y vino de hielo en el pabellón de los dignatarios. Los barman, a quienes habían repartido unos brazaletes igual de patrióticos para las mangas, metían barriles de cerveza y carretillas con huevos duros en las tiendas de los trabajadores navales en la orilla del río. Una brisa cálida soplab a través del enorme cobertizo que cubría el canal, la luz se filtraba por los paneles de cristal del tejado, y parecía que la mitad de la población de Camden, New Jersey, hubiera aparecido para celebrar la botadura del acorazado *Michigan*, cuyas dieciséis mil toneladas se mantenían en equilibrio en el extremo superior de una vía de raíles engrasados que se hundían en el río.

Los golpes del acero sobre la madera todavía resonaban en el cobertizo, pero el ritmo de los martilleos había disminuido. Las cuñas habían levantado el acorazado de casi todos los bloques de construcción. Pero a pesar de unas cuantas situadas bajo la quilla y el pantoque, reposaba sobre la basada que lo llevaría por los canales.

La plataforma de botadura ceremonial que rodeaba la proa de acero del barco estaba cubierta de banderitas rojas, blancas y azules. Una botella de champán, envuelta en una malla para impedir que los cristales salieran volando y mancharan los colores de la bandera, aguardaba en un cuenco con rosas.

La madrina del acorazado, la guapa chica morena que lo iba a bautizar, permanecía a la espera ataviada con un traje de paseo de franela a rayas y un sombrero de ala ancha decorado con peonías de seda. No hacía caso a las febriles instrucciones del subsecretario de la Marina —su padre—, quien le aconsejaba que no vacilara en el momento crucial: «Golpea con todas tus fuerzas en cuanto el barco empiece a moverse o luego será demasiado tarde».

La chica tenía la mirada fija en el alto detective de cabello dorado vestido con un traje blanco, cuyos inquietos ojos observaban a todas partes menos a ella.

Isaac Bell no había dormido en una cama desde que había llegado a Camden hacía dos días. En un principio tenía intención de ir a cenar con Marion a Filadelfia la noche antes de la ceremonia, pero la oficina de Filadelfia había enviado el telegrama urgente a Nueva York. Habían empezado a circular inquietantes rumores relacionados con un alemán decidido a impedir la botadura. Los detectives destinados a la comunidad inmigrante alemana se enteraron de la reciente llegada de un hombre que afirmaba ser de Bremen pero hablaba con acento de Rostock. Preguntaba continuamente cómo encontrar trabajo en la Compañía de Construcción Naval New York, pero en ningún momento se había presentado en la empresa. Varios trabajadores habían perdido inexplicablemente las tarjetas que los identificaba como empleados.

Esa mañana, al amanecer, Angelo Del Rossi, el dueño vestido de frac del salón de baile de King Street donde Alasdair MacDonald había sido asesinado, buscó a Bell. Le informó de que una mujer había acudido a él afligida y asustada. Un alemán que coincidía con la descripción del hombre de Rostock —alto y rubio, con cara de preocupación— se había confesado a la mujer, quien a su vez se había confesado a Del Rossi.

—La chica trabaja a tiempo parcial, Isaac, no sé si sabe A que me refiero.

—He oído hablar de esos arreglos —afirmó Bell—. ¿Qué le dijo exactamente?

—El alemán con el que estaba dejó escapar que los inocentes no debían morir. Ella le preguntó a qué se refería. Habían esta hablando. Él se quedó callado, dejó escapar un poco más, como hacen siempre los bebedores, diciendo que la causa era justa pero que los métodos no eran los adecuados. Ella volvió a preguntar a qué se refería. Entonces el hombre se vino abajo y se echó a llorar, y dijo (según ella, textualmente): «El acorazado se vendrá abajo, pero morirán hombres».

—¿Usted la cree?

—No tenía nada que ganar acudiendo a mí, salvo descargar su conciencia. Conoce a hombres que trabajan en el astillero. No quiere que resulten heridos. Ha tenido el valor de confiar en mí.

—Debo hablar con ella —dijo Bell.

—No quiere hablar con usted. Para ella los detectives privados y los policías son lo mismo, y no le gustan los policías.

Bell sacó una moneda de oro del interior de su cinturón y se la dio al dueño del salón.

—Ningún policía le ha pagado veinte dólares por hablar. Désela a ella. Dígale que admiro su valor y que no haré nada que la ponga en peligro. —Centró bruscamente su mirada en Del Rossi—. Usted sí que me cree, Angelo, ¿verdad?

—¿Por qué cree que he venido a verle? —dijo Del Rossi—. Veré lo que puedo hacer.

—¿Es suficiente dinero?

—Más de lo que ella saca en una semana.

Bell le dio más monedas.

—Ahí va otra semana. Es de vital importancia, Angelo. Gracias.

Se llamaba Rose. No le había dicho a Del Rossi apellido cuando este había concertado el encuentro en la parte trasera de su salón de baile, y Bell no se lo preguntó. Atrevida y dueña de sí misma, la joven repitió todo lo que había contado a Del Rossi. Bell la hizo hablar, sondeándola con delicadeza, y al final ella añadió que las palabras de despedida del alemán, mientras salía tambaleándose del reservado que habían alquilado en un bar del puerto, habían sido: «Se hará».

—¿Lo reconocería si lo volviera a ver?

—Creo que sí.

—¿Qué le parecería ser una empleada temporal de la agencia de detectives Van Dorn?

Ahora ella recorría el astillero con un vestido blanco veraniego y un sombrero de flores, fingiendo ser la hermana pequeña de dos fornidos detectives de la agencia Van Dorn disfrazados de marineros de un buque de vapor en plena celebración. Otra docena de detectives merodeaban por el astillero y comprobaban y volvían a comprobar la identidad de todos los que trabajaban cerca del *Michigan*, sobre todo los carpinteros que introducían las cuñas debajo del casco. Se exigió que esos hombres llevaran pases rojos especiales facilitados por la agencia Van Dorn —en lugar de por la Compañía de Construcción Naval New York— por si se habían infiltrado espías en las oficinas de la empresa.

Los mensajeros que informaban a Bell en la plataforma fueron escogidos por su aspecto juvenil. Bell les había ordenado que se vistieran como universitarios inofensivos, con sombrero de paja, trajes de verano, cuellos redondos y corbatas, para no asustar innecesariamente a la multitud que había acudido a recibir el nuevo barco.

El detective había abogado firmemente por un aplazamiento, pero no era posible cancelar la ceremonia. Había demasiado en juego en la botadura, había explicado el capitán Falconer, y todas las partes implicadas protestarían. La Compañía de Construcción Naval New York se enorgullecía de botar el *Michigan* poco antes de que lo hiciera el *South Carolina* en el astillero de Camp, acontecimiento que tendría lugar solo unas semanas más tarde. La Marina quería que el buque estuviera enseguida a flote para completarlo. Y ningún miembro del gabinete del presidente Roosevelt osaba informarlo de algún retraso.

Estaba previsto que la ceremonia empezara exactamente a once. El capitán Falconer había advertido a Bell que la botadura se haría puntualmente. Al cabo de menos de una hora, o bien el acorazado se deslizaría sin contratiempos por los canales o bien el saboteador alemán atacaría y causaría un número terrible de víctimas inocentes.

Una banda militar de la Marina empezó a tocar un popurrí de Sousa, y la plataforma de botadura se llenó de cientos de invitados especiales convocados a presenciar el acto lo bastante cerca para poder ver la botella de champán romperse en la proa. Bell vio al secretario de Interior, a tres senadores, al gobernador de Michigan y a varios miembros del vigoroso «gabinete de tenis» del presidente Roosevelt.

Los directivos de la Compañía de Construcción Naval New York subieron atropelladamente la escalera acompañados de cerca del almirante Capps, el constructor naval jefe. Capps parecía menos interesado en hablar con constructores navales que con lady Fiona Abbington-Westlake, la esposa del agregado naval británico, una hermosa mujer con una reluciente melena de cabello castaño. Isaac

Bell la observó discretamente. Los investigadores de Van Dorn destinados al caso del espía del Buque 44 habían informado de que lady Fiona gastaba más de lo que le permitía el sueldo de su marido. Y lo que era peor, estaba siendo chantajeada por un francés llamado Raymond Colbert. Nadie sabía lo que Colbert tenía contra ella, ni si implicaba el robo de sellos navales franceses por parte de su marido.

El emperador alemán, el káiser Guillermo II, estaba representado por un agregado militar marcado con cicatrices de sable, el teniente Julián von Stroem, que había regresado hacía poco del África Oriental alemana, quien estaba casado con una amiga estadounidense de Dorothy Langner. De repente, la propia Dorothy se abrió paso entre el gentío vestida con su ropa de luto oscura. La chica pelirroja de ojos brillantes en la que Bell se había fijado en el hotel Willard estaba a su lado. Katherine Dee, había informado el departamento de investigación, era la hija de un inmigrante irlandés que había vuelto a Irlanda después de hacer fortuna construyendo escuelas católicas en Baltimore. Poco después, Katherine había quedado huérfana y había sido educada en colegios de monjas en Suiza.

El atractivo Ted Whitmark iba rezagado con respecto a ellos, estrechando manos, dando palmadas en la espalda y declarando con una voz que llegaba al techo de cristal: «El *Michigan* va a ser uno de los mejores buques de guerra del tío Sam». Aunque de vez en cuando Whitmark cometía insensateces en su vida privada con el juego y el alcohol, al menos antes de conocer a Dorothy, el departamento de investigación había dejado claro que era muy hábil consiguiendo contratos del gobierno.

Él y Dorothy Langner se habían conocido en una fiesta que había sido anfitrión el capitán Falconer, algo típico en las relaciones incestuosas de la multitud de industriales, políticos y diplomáticos que giraban en torno a la «nueva Marina». Como había comentado cínicamente Grady Forrer, del departamento de investigación de Van Dorn: «La parte fácil ha sido descubrir quién se acuesta con quién; la difícil consiste en averiguar por qué, considerando que puede ir del lucro al ascenso, el espionaje y el simple escándalo».

Bell vio que se dibujaba un asomo de sonrisa en los labios de Dorothy. Echó un vistazo en la dirección en la que ella casi llorando y vio al arquitecto naval Farley Kent saludarla con la cabeza. A continuación Kent rodeó con el brazo a su invitado —el teniente Yourkevitch, el arquitecto de acorazados del zar— y se metió entre el gentío como para apartarse de Ted y Dorothy. Ajeno a ello, Ted estrechó la mano de un anciano almirante y gritó:

—Un gran día para la Marina, señor. Un gran día para la Marina.

La mirada de Dorothy giró en dirección a Bell y coincidió con la de él. Bell le devolvió la mirada en actitud valorativa. No la había visto desde el día que la había visitado en Washington aunque, a instancias de Van Dorn, le había comunicado por teléfono que había motivos de peso para confiar en que pronto la reputación de su padre quedaría limpia. Ella le había dado gracias cordialmente y le había dicho que

esperaba verlo en Camden, en la fiesta que se celebraría después de la botadura. A Bell le pasó por la cabeza que ni a Ted Whitmark ni a Farley Kent les haría gracia la mirada que ella le estaba lanzando entonces.

Un aliento cálido le susurró al oído:

—Una mirada llamativa para una dama vestida de luto.

Marion Morgan pasó por detrás de él y fue derecha al capitán Falconer. A los ojos de ella, lucía un heroico esplendor con su uniforme blanco de gala, o un espléndido heroísmo, con la cabeza erguida en un cuello alto, las medallas dispuestas a través de su ancho pecho y la espada en su esbelta cintura.

—Buenos días, señorita Morgan —dijo Lowell Falconer, saludando a Marion Morgan afectuosamente—. ¿Se lo está pasando bien?

Ella e Isaac habían cenado a bordo del yate de Falconer la noche anterior. Cuando Bell había prometido al capitán que Arthur Langner quedaría totalmente libre de sospecha de haber aceptado sobornos, el orgullo de ella por su prometido había sido muy revelador del amor que le profesaba. Aun así, reconocía Falconer con arrepentimiento, él no había lamentado que Bell tuviera que excusarse antes de tiempo para supervisar otra inspección de los canales debajo del barco. Después de la partida del detective, su conversación había discurrido sin interrupciones del diseño de acorazados al cine, la guerra naval, los cuadros de Henry Reuterdaahl, la política de Washington y la carrera de Falconer. El capitán dio cuenta *a posteriori* de que le había hablado de sí mismo más de lo que pretendía.

El héroe de Santiago se conocía a sí mismo lo bastante bien como para admitir que se había medio enamorado de ella. Sin embargo, ignoraba por completo que la hermosa señorita Morgan lo estaba utilizando como tapadera mientras seguía el progreso de un japonés elegantemente vestido que inclinaba la cabeza y saludaba con el sombrero.

—¿Por qué se llama Compañía de Construcción Naval New York cuando está en Camden, New Jersey? —preguntó a Falconer, haciendo tiempo.

—Es algo que confunde a todo el mundo —explicó Falconer con su sonrisa más cordial y un brillo pícaro en los ojos—. En un principio, el señor Morse tenía pensado construir su astillero en Staten Island, pero Camden ofrecía mejores instalaciones ferroviarias y acceso a trabajadores de los astilleros con experiencia de Filadelfia. ¿Por qué sonrío de esa forma, señorita Morgan?

—Por la forma en que me está mirando, me alegro de que Isaac esté cerca y vaya armado —contestó ella.

—Debería estarlo —replicó él bruscamente—. En fin, Camden, en New Jersey, tiene el astillero más moderno del mundo. En materia de construcción de astilleros, es nuestra instalación naval más importante, aparte del astillero naval de Brooklyn.

—¿Y eso por qué, capitán?

La presa de Marion se estaba acercando.

—Han adoptado un sistema totalmente moderno. Las principales partes son prefabricadas. Las grúas puente las mueven por el astillero con la facilidad con que usted mezclaría los ingredientes para preparar un pastel. Esos cobertizos protegen los canales para que el mal tiempo no retrase la producción.

—Me recuerdan los estudios de cristal que utilizamos para rodar en interiores, aunque los nuestros son mucho más pequeños.

—Los accesorios que solían montarse después de la botadura se instalan en la comodidad de esos canales cubiertos. El acorazado será botado con todos los cañones colocados.

—Fascinante. —El hombre al que ella estaba observando se había detenido para mirar a través de una abertura en los andamios que permitía ver la larga cintura acorazada del barco—. Capitán Falconer, ¿cuántos hombres tripularán el *Michigan*?

—Cincuenta oficiales y ochocientos cincuenta soldados rasos.

Entonces ella expresó una idea tan desalentadora que ensombreció su rostro.

—Es un número enorme de marineros en un espacio pequeño si ocurre lo peor y el barco se hunde.

—Los buques de guerra modernos son ataúdes acorazados —respondió Falconer con mucha más franqueza de la que emplearía con un civil, pero la conversación de la noche anterior había forjado una confianza natural entre ellos y no le había dejado la más mínima duda sobre la inteligencia superior de ella—. He visto a los rusos ahogarse a miles luchando contra los japoneses en el estrecho de Tsushima. Los acorazados se hundieron en cuestión de minutos. Todos menos los observadores en las cofas militares y unos cuantos hombres en el puente de mando quedaron atrapados bajo cubierta.

—¿Debo suponer que nuestro objetivo es construir buques de guerra que se hundan despacio y den a los hombres tiempo a desembarcar?

—El objetivo de los acorazados es seguir luchando. Eso significa proteger a los hombres, la maquinaria y los cañones dentro de una ciudadela blindada al mismo tiempo que se mantiene el barco a flote. Los marineros que ganan siguen con vida.

—De modo que hoy es un día feliz, pues se bota un barco muy moderno.

El capitán Falconer fulminó a Marion con la mirada bajo sus gruesas cejas.

—Entre usted y yo, señorita, debido a que el Congreso ha limitado su peso a dieciséis mil toneladas, el *Michigan* tiene dos metros y medio menos de francobordo de popa que el viejo *Connecticut*. Se mojará más que una ballena, y si consigue alcanzar dieciocho nudos en mares gruesos, me comeré mi sombrero.

—¿Está obsoleto antes incluso de ser botado?

—Condenado a escoltar buques de transporte lentos. Pero, si alguna vez se enfrenta a un acorazado de verdad, más vale que sea en aguas tranquilas. ¡Demonios! —dijo bufando—. Deberíamos anclarlo en la bahía de San Francisco para recibir a los japoneses.

Una chica menuda que llevaba un sombrero muy caro sujeto a su cabello pelirrojo con alfileres de la campaña presidencial de Taft se acercó.

—Discúlpeme, capitán Falconer. Seguro que no se acuerda de mi, pero me lo pasé estupendamente en un picnic que celebró en su yate.

Falconer cogió la mano que ella le ofreció tímidamente.

—Ya lo creo que me acuerdo de usted, señorita Dee. —Sonrió—. Si el sol no hubiera brillado ese día, su sonrisa nos habría iluminado. Marion, esta joven dama es la señorita Katherine Dee. Katherine, salude a mi buena amiga Marion Morgan.

Los grandes ojos azules de Katherine Dee se volvieron todavía más grandes.

—¿Es usted la directora de cine? —preguntó con voz entrecortada.

—Sí, la misma.

—¡Me encanta *Noche movida en la vieja ciudad!* Ya la he visto cuatro veces.

—Vaya, muchas gracias.

—¿Alguna vez actúa en sus películas?

Marion se echó a reír.

—¡Dios mío, no!

—¿Por qué no? —La interrumpió el capitán Falconer—. Es usted una mujer muy atractiva.

—Gracias, capitán —dijo Marion, dedicando una rápida sonrisa a Katherine Dee—. Pero la belleza no necesariamente se refleja en una película. La cámara tiene sus propias exigencias. Prefiere un determinado tipo de rasgos.

Como los de Katherine Dee, pensó para sus adentros. Por algún motivo mágico, el objetivo y la luz tendían a favorecer el tipo de mujeres como Katherine Dee, con su figura menuda, su cabello largo y sus grandes ojos.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Katherine dijo:

—Ojalá pudiera ver cómo se hace una película.

Marion Morgan miró más detenidamente a la chica. Parecía físicamente fuerte para ser tan menuda. Extrañamente fuerte. De hecho, tras la actitud atónita e infantil de Katherine, Marion percibía algo ligeramente peculiar. Pero ¿no solía transformar la cámara las peculiaridades en características que seducían al público? Sentía la tentación de confirmar si aquella chica tendría realmente cualidades que la cámara apreciara, y estaba a punto de ofrecerle una invitación, pero había algo en ella que incomodaba a Marion.

A su lado, Marion notó que Lowell Falconer se estaba hinchado de nuevo como hacía cada vez que veía a una chica guapa. La mujer que se acercaba era la alta morena que antes había estado haciendo ojitos a Isaac.

Lowell se adelantó y extendió su mano.

Dorothy Langner le pareció todavía más deslumbrante en persona que en las descripciones que había oído de ella. Le vino a la cabeza una expresión pronunciada por su padre viudo, que estaba entrando en la tercera edad: «Un bombón».

—Me alegro mucho de que haya venido, Dorothy —dijo Falconer—. Su padre

estaría muy orgulloso de verla aquí.

—Estoy orgullosa de ver sus cañones. Y montados. Este astillero es magnífico. ¿Se acuerda de Ted Whitmark?

—Por supuesto —contestó Falconer, estrechando la mano de Whitmark—. Me imagino que estará muy ocupado cuando la flota se reabastezca en San Francisco. Dorothy, le presento a Marion Morgan.

Cuando las dos intercambiaron saludos, Marion fue consciente de estar siendo detenidamente evaluada.

—Y por supuesto, ya conoce a Katherine —dijo Falconer, poniendo fin a las presentaciones.

—Vinimos juntos en el tren —dijo Whitmark—. Alquilé un vagón privado.

—Disculpe, capitán Falconer, pero he visto a un caballero al que Isaac me ha pedido que conozca. Encantada de conocerlos, señorita Langner, señor Whitmark, señorita Dee.

Los golpes de las cuñas cesaron de repente. El barco estaba totalmente posado en la basada. Isaac Bell se dirigió a la escalera a echar un último vistazo debajo.

Dorothy Langner lo interceptó en lo alto de la escalera.

—Señor Bell, esperaba verlo.

La joven extendió su mano enguantada, y Bell la tomó educadamente.

—¿Qué tal está, señorita Langner?

—Mucho mejor desde nuestra conversación. Despejar las sospechas que pesan sobre mi padre no me lo devolverá, pero es un consuelo, y se lo agradezco mucho.

—Confío en que dentro de poco tengamos pruebas definitivas, pero, como le dije, personalmente no tengo ninguna duda de que su padre fue asesinado, y llevaremos al culpable a los tribunales.

—¿De quién sospecha?

—Todavía no estoy preparado para hablar de ello. El señor Van Dorn la mantendrá informada.

—Isaac... ¿Puedo llamarle Isaac?

—Claro, si lo desea.

—Hay algo que le dije en una ocasión. Me gustaría dejarlo claro.

—Si tiene que ver con el señor Whitmark —dijo Bell, sonriendo—, sepa que viene en esta dirección.

—Se lo repetiré —dijo ella en voz baja—. No tengo ninguna prisa. Y él se va a marchar a San Francisco.

Bell pensó que la principal diferencia entre Marion y Dorothy era su forma de ver a los hombres. Dorothy se planteaba si podía añadir uno más a su lista de conquistas, mientras que Marion Morgan no le cabía ninguna duda de su capacidad de conquista y por consiguiente prefería no molestarse. Se notaba en sus sonrisas. La sonrisa de

Marion era contagiosa como un abrazo. La de Dorothy era desafiante. Pero Bell no podía pasar por alto su desesperada fragilidad, a pesar de su actitud osada. Era como si estuviera pidiendo que la salvaran de la pérdida de su padre. Y no creía que Ted Whitmark fuera el hombre indicado para ello.

—Bell, ¿verdad? —gritó Whitmark en voz alta mientras se acercaba afanosamente.

—Isaac Bell.

Vio cómo los remolcadores se reunían en el río para hacerse cargo del buque cuando cayera al agua.

—Disculpe. Me esperan en los canales.

Yamamoto Kenta había estudiado fotografías de botaduras de buques de guerra estadounidenses para elegir su disfraz. No podía ocultar que era japonés, pero cuanto menos extraña fuera su ropa, más lejos podría rondar por el astillero y más podría acercarse a los distinguidos invitados. Al observar a sus compañeros de viaje en el tren desde Washington, comprobó con orgullo que se había vestido perfectamente para la ocasión, con un traje de sirsaca azul claro y blanco y una corbata verde claro con mulo simple, a juego con el color de la cinta de su sombrero de paja.

En el astillero de Camden, se quitó el sombrero repetidamente saludando educadamente a las damas, a los personajes importantes y a los caballeros mayores. La primera persona con la que se había tropezado al llegar al extraordinariamente moderno astillero de Candem era el capitán Lowell Falconer, el héroe de Santiago. Habían hablado a finales del otoño pasado en la colocación de una placa conmemorativa dedicada al comodoro Thomas Tingey, el primer comandante del astillero naval de Washington. Yamamoto había hecho creer a Falconer que se había retirado de Marina japonesa con el rango de teniente antes de volver a dedicarse a su primera pasión: el arte japonés. El capitán Falconer le había enseñado someramente el arsenal con la notable excepción de la fábrica de artillería.

Esa mañana, cuando Yamamoto había felicitado a Falconer por la inminente botadura del primer acorazado estadounidense, el capitán había contestado con un irónico «casi acorazado» suponiendo —de un lobo de mar a otro— que un antiguo oficial de la Marina japonesa reconocería sus defectos.

Yamamoto se tocó el ala del sombrero una vez más, en esta ocasión ante una alta e imponente rubia.

A diferencia de las otras damas estadounidenses que pasaban en tropel y dedicaban frías inclinaciones de cabeza a «ese enclenque japonés», como había oído murmurarle a una dama a su hija, aquella le sorprendió con una sonrisa cordial y un comentario acerca del buen tiempo que hacía para la botadura.

—Y para que las flores se abran —dijo el espía japonés, que se sentía cómodo con las mujeres estadounidenses, habiendo coqueteado en secreto con varias esposas

de altos cargos de Washington convencidas de que un conservador de arte asiático había de ser un individuo con entrañables dotes artísticas además de su exótico origen asiático.

Después del insinuante comentario que había hecho, podría esperar que o la mujer se marchara enfadada o que se acercara.

Se sintió profundamente halagado cuando ella optó por lo último.

Sus ojos eran de un llamativo verde coral.

Su actitud era franca.

—Ninguno de los dos vamos vestidos de oficial naval —dijo—. ¿Qué le trae por aquí?

—Trabajo en la Smithsonian Institution y hoy es día libre —contestó Yamamoto. No vio el bulto de ninguna alianza bajo el guante de algodón de la dama. Probablemente era la hija de un oficial importante—. Un colega del departamento de arte un dio su billete y una carta de presentación que hace que parezca más importante de lo que soy. ¿Qué la trae a usted?

—¿Arte? ¿Es usted artista?

—Un simple conservador. La institución recibió una gran colección y me pidieron que catalogara una pequeña parte... una parte muy pequeña —añadió con una sonrisa modesta.

—¿Se refiere a la Colección Freer?

—¡Sí! ¿La conoce?

—Mi padre me llevó a la casa del señor Freer en Detroit cuando era niña.

A Yamamoto no le sorprendió que hubiera visitado al acaudalado fabricante de vagones de ferrocarril. En el círculo social que giraba en torno a la nueva Marina de los estadounidenses se contaban los privilegiados, los bien relacionados y los nuevos ricos. La joven dama parecía ser de los últimos. Sin duda, actitud relajada y sentido de la elegancia la hacían destacar de las a menudo estridentes advenedizas.

—¿Qué recuerda de esa visita? —preguntó.

Sus atractivos ojos verdes parecían estallar de luz.

—No he olvidado los colores de los grabados en madera de Ashiyuki Utamaro.

—¿Las obras dramáticas?

—¡Sí! Los colores eran muy vivos pero al mismo tiempo estaban combinados muy sutilmente. Hacían sus manuscritos todavía más extraordinarios.

—¿Sus manuscritos?

—El simple blanco y negro de su caligrafía era tan... tan... ¿cómo se dice...? Preciso como si diera a entender que el color era en realidad accesorio.

—Pero Ashiyuki Utamaro no hizo ningún manuscrito.

—La sonrisa de ella se desvaneció.

—¿Me falla la memoria? —Soltó una risita, un sonido incómodo que alertó a Yamamoto Kenta de que algo no iba bien—. Solo tenía diez años —dijo ella apresuradamente—. Pero estoy segura de que recuerdo... no, supongo que me

equivoco. Qué tonta soy. Me siento terriblemente avergonzada. Debo de parecerle una auténtica boba.

—En absoluto —contestó Yamamoto con delicadeza, mientras miraba a su alrededor subrepticamente para ver quién los estaba mirando en la atestada plataforma.

Nadie que él pudiera ver. Los pensamientos se agolpaban en su cabeza. ¿Había intentado la mujer engañarlo para que pusiera de manifiesto las lagunas de sus conocimientos artísticos apretadamente adquiridos? ¿O había cometido un auténtico error? Menos mal que sabía que Ashiyuki Utamaro había regentado un gran taller de impresión y que no había sido el tipo de artista monacal que trabajaba en soledad con unos cuantos pinceles, tinta y papel de arroz.

Ella estaba mirando a su alrededor como si buscara desesperadamente una excusa para escapar.

—Me temo que debo marcharme —dijo—. Voy a reunirme con una amiga.

Yamamoto se despidió de ella ladeando su sombrero de paja. En lugar de huir enseguida, ella extendió su larga y fina mano enfundada en un guante de algodón y dijo:

—No nos han presentado. Ha sido un placer hablar con usted. Soy Marion Morgan.

Yamamoto se inclinó, totalmente confundido por su franqueza. Tal vez estaba paranoico.

—Yamamoto Kenta —dijo, estrechando la mano de ella—. A su servicio, señorita Morgan. Si alguna vez visita la Smithsonian Institution, pregunte por mí, por favor.

—Lo haré —contestó ella, y se alejó sin prisa.

El desconcertado espía japonés observó cómo Marion Morgan se marchaba majestuosamente como un transatlántico a través de un mar ondeante de sombreros floreados. Su trayecto coincidió con la de una mujer con un sombrero escarlata lleno de rosas de seda. Las alas de sus sombreros se inclinaron a la izquierda y a la derecha, formando un arco bajo el cual se tocar las mejillas.

Yamamoto notó que se le desencajaba la mandíbula. Reconoció a la mujer que saludó a Marion Morgan: era la querida de un desleal capitán de la Marina francesa capaz de vender a su propia madre a cambio de ver los planos del motor de un giroscopio hidráulico. Sintió un intenso deseo de quitarse el sombrero y rascarse la cabeza. ¿Era una casualidad que Marion Morgan conociera a Dominique Duvall? ¿O estaba haciendo de espía la hermosa estadounidense para el pérfido francés?

Antes de que pudiera seguir cavilando, tuvo que quitarse sombrero de paja ante una hermosa dama vestida de negro de la cabeza a los pies.

—La acompaño en el sentimiento —dijo a Dorothy Langner, a la que había conocido en la ceremonia de inauguración de la placa de bronce en el astillero naval de Washington poco antes de asesinar a su padre.

Un maestro carpintero con un mono a rayas azules hizo de guía a Isaac Bell cuando realizó la última inspección debajo del casco. Recorrieron la embarcación a lo largo dos veces, yendo por un lado y volviendo por el otro.

Las últimas abrazaderas de madera que rodeaban el barco habían sido retiradas, así como las cunas: las largas tablas que sostenían la proa y la popa. Donde había habido un denso bosque de maderos ahora había un panorama despejado junto a la basada de la parte delantera a la trasera. Lo único que quedaba apoyado contra el barco eran los soportes: pesados maderos diseñados para desprenderse cuando empezara a deslizarse por los raíles planos, que estaban generosamente engrasados con sebo amarillo.

Casi todos los bloques de la quilla que soportaban la embarcación habían sido retirados. Los últimos bloques fueron extraídos de cuatro triángulos sujetos con tornillos a unos solitarios cubos de madera. Los carpinteros los desmontaron desenroscando los tornillos que los mantenían unidos. Cuando los triángulo desprendieron, el acorazado se asentó con más fuerza en potada. Rápidamente quitaron los bloques del pantoque, los últimos que lo sostenían, y entonces todo el peso del *Michigan* se posó sobre la basada con un susurro audible de planchas y remaches moviéndose mínimamente.

—Lo único que lo sujeta ahora son los gatillos —le dijo el carpintero a Bell—. Si tira de ellos, el barco se va.

—¿Ve algo raro? —preguntó el detective.

El carpintero se metió los pulgares en el mono y miró a su alrededor atentamente. Los capataces se estaban llevando a los obreros de los canales y del cobertizo. Acabado por fin el martilleo de las cuñas, se respiraba un inquietante silencio. Bell oyó la señales que hacían los remolcadores con las sirenas y el murmullo de la multitud expectante situada por encima de él en la plataforma.

—Todo parece en perfecto estado, señor Bell.

—¿Está seguro?

—Lo único que queda por hacer es romper la botella.

—¿Quién es ese hombre del ariete para las cuñas?

Bell señaló con el dedo a un hombre que apareció de repente cargado con un largo poste sobre el hombro.

—Es un tipo muy valiente al que le pagan más para que empuje el gatillo si se atasca.

—¿Lo conoce?

—Se llama Billy Strong. Es el sobrino político del hermano de mi mujer.

Un silbato emitió un largo y sonoro pitido.

—Tendríamos que marcharnos de aquí, señor Bell. Cuando el barco se mueva caerán montones de trastos. Si da la casualidad de que el barco nos parte la crisma, la gente dirá que está gafado, que lo botaron a sangre.

Se retiraron hacia la escalera que subía a la plataforma. Cuando se separaron en la

juntura donde el carpintero se uniría a sus compañeros en la orilla del río y Bell seguiría subiendo hasta la ceremonia de inauguración, el alto detective echó un último vistazo a los canales, la grúa y el casco de color rojo apagado. En el fondo de los canales, donde los raíles se hundían en el agua, se amontonaban enormes cadenas de hierro en lazos con forma de herradura. Sujetas al barco con cables de arrastre, las cadenas ayudarían a reducir la marcha al deslizarse al agua.

—¿Qué está haciendo ese hombre de la carretilla?

—Lleva más sebo para engrasar los canales.

—¿Lo conoce?

—No puedo decir que lo conozca, pero uno de sus hombres va a preguntarle.

Bell observó cómo el detective lo interceptaba. El hombre de la carretilla le enseñó el pase de vivo color rojo necesario para trabajar bajo el barco. Justo cuando el detective se apartó, haciendo señas al hombre para que siguiera, alguien silbó, y el detective echó a correr en esa dirección. El hombre levantó los brazos de la carretilla y la empujó hacia los raíles.

—Un auténtico patriota —dijo el carpintero.

—¿A qué se refiere?

—Lleva una pajarita roja, blanca y azul. Un auténtico tío Sam. Hasta luego, señor Bell. Pásese por el puesto de los obreros. Le invitaré a una cerveza. —Se marchó a toda prisa, riéndose entre dientes—. Me estoy planteando comprarme una de esas pajaritas para el día de la Independencia. Los camareros las llevaban en la tienda del jefe.

Bell se detuvo, observando al hombre que empujaba la carretilla hacia la parte trasera del barco. Un hombre alto, delgado, pálido, con el cabello oculto bajo la gorra. Era el único hombre que quedaba en los canales salvo Bill Strong, que se hallaba agachado con su ariete a considerable distancia de la proa. ¿Era una casualidad que llevara una pajarita como la de los camareros? ¿Había conseguido entrar fingiendo ser un camarero hasta que los canales se vaciaron y pudo actuar sin estorbos? Pero su pase había convencido al detective. Incluso a esa distancia, Bell había visto que era del color adecuado.

Empezó a sacar apresuradamente paladas de sebo de la carretilla y a echarlo sobre el raíl plano. Lo hacía con tanta prisa, advirtió Bell, que parecía que estuviera vaciando la carretilla antes que esparciendo la grasa.

Isaac Bell se lanzó escalera abajo. Echó a correr desesperadamente a lo largo del barco al tiempo que sacaba su Browning.

—¡Levántese! —gritó—. Manos arriba.

El hombre giró sobre sus talones. Tenía los ojos muy abiertos. Parecía asustado.

—Suelte la pala. Las manos en alto.

—¿Qué pasa? Ya he enseñado el pase rojo.

Tenía acento alemán.

—¡Suelte la pala!

La tenía agarrada tan fuerte que los tendones sobresalían como cuerdas en el dorso de sus manos.

Unos gritos roncros brotaron en lo alto. El alemán alzó la vista. El barco estaba temblando. De repente, la embarcación se movió. Bell también levantó la vista, percibiendo una ráfaga de aire encima de él. Con el rabillo del ojo vislumbró que un madero grueso como la traviesa de una vía de ferrocarril se soltaba del casco y se desplomaba hacia él. El madero cayó con estruendo en el espacio que había ocupado él momentos antes, le arrancó el sombrero de ala ancha de la cabeza y le rozó el hombro con la fuerza de un caballo desbocado.

Antes de que Bell pudiera recobrar el equilibrio, el alemán blandió la pala con la intensa concentración de un bateador decidido a hacer de un lanzamiento suave un *home run*.

La plataforma de botadura había empezado a sacudirse sin previo aviso.

La multitud se quedó callada.

De repente, era como si después de tres años de construcción, en los que su peso había aumentado a diario a medida que sujetaban con tornillos y remaches toneladas de acero a otras tantas toneladas de acero, el acorazado *Michigan* se negara a esperar un momento más. Nadie había tocado el botón eléctrico que activaría los arietes que soltarían los gatillos. Pero se había movido de todas formas. Un centímetro. Y luego otro.

—¡Ahora! —gritó de manera estridente el subsecretario de la Marina a su hija.

La chica, más avispada que él, ya estaba balanceando la botella.

El cristal se hizo añicos. El champán burbujeó a través de la rejilla, y la chica voceó en tono alegre:

—¡He bautizado el *Michigan*!

Los cientos de espectadores situados en la plataforma de botadura prorrumpieron en vítores. A los miles más que había en la orilla, demasiado lejos para ver la botella partirse o el lento movimiento del casco, les alertaron las voces de los presentes en la plataforma y también prorrumpieron en vítores. Remolcadores y buques de vapor tocaron la bocina en el río. En las vías de ferrocarril situadas detrás del cobertizo, un maquinista de tren tocó el silbato. Y lentamente, muy lentamente, el acorazado empezó a ganar velocidad.

Debajo del barco, la pala del alemán arrebató a Bell la pistola de la mano y le rebotó en el hombro. Bell ya había perdido el equilibrio por culpa del madero caído. La pala lo dejó aturdido.

El alemán retrocedió hasta la carretilla y hundió las manos en su gelatinosa carga, y confirmó lo que Bell había visto desde la escalera. Había estado echando sebo con la pala en los canales no solo para que pareciera que estaba haciendo inocentemente su trabajo, sino también para descubrir lo que había escondido debajo del sebo. Lanzando un grito de alegría, extrajo un montón de cartuchos de dinamita bien prietos.

Bell se levantó de un salto. No vio ninguna espoleta para detonar los explosivos, ni ninguna mecha para encenderlos, eso significaba que el alemán debía de haber instalado una cápsula fulminante para hacerla detonar al contacto cuando el saboteador golpeará contra la basada. La cara del alemán se estaba tornando en una máscara de triunfo demencial mientras corría hacia la basada sujetando la dinamita en alto, e Isaac Bell reconoció la fría temeridad de un fanático dispuesto a morir para hacer estallar su bomba.

Retirados todos los soportes y los bloques, el *Michigan* se mantenía en un

precario equilibrio al enfilear los canales. Una explosión haría descarrilar la basada, volcaría de lado el acorazado de dieciséis mil toneladas, aplastaría la plataforma de botadura y arrastraría a la muerte a cientos de personas.

Bell embistió contra el alemán y lo derribó. Pero la locura que impulsaba al hombre a afrontar temerariamente la muerte le dio fuerzas para soltarse. El barco, que se deslizaba lentamente, todavía no había llegado a la orilla del agua. El alemán se levanto y echó a correr a toda velocidad hacia la basada.

Bell no sabía dónde se le había caído la Browning. Su sombrero había desaparecido y, con él, la pistola. Sacó su navaja de la bota, se irguió apoyándose en una rodilla y la lanzó con un fluido movimiento por encima de la cabeza. El afilado acero atravesó la nuca del alemán. El hombre se paró en seco y alargó la mano hacia atrás como si quisiera aplastar una mosca. Herido de gravedad, las rodillas le flaquearon. Aun así, se dirigió tambaleándose hacia el barco levantando la bomba. Pero la navaja Isaac Bell le había costado algo más que unos segundos precisos. Al pararse un instante, se situó justo en medio de trayectoria descendente de otro madero que caía. El madero golpeó alemán de lleno y le aplastó la cabeza.

La dinamita se le cayó de la mano extendida hacia arriba Isaac Bell ya se había lanzado a por ella. La atrapó con las dos manos antes de que la cápsula fulminante tocara el suelo y llevó con cuidado al pecho mientras el largo casco rojo pasaba como un rayo.

El suelo vibraba. Las cadenas de arrastre retumbaban. De la basada salía humo. El *Michigan* salió acelerando de la basada y cayó al agua iluminada por el sol. Dejó a su paso el aroma del sebo ardiente encendido por la fricción y levantó en el río nubes de rocío irisadas por la luz solar.

Mientras todos los ojos de Camden se hallaban puestos en el barco flotante, Isaac Bell agarró al alemán muerto y lo metió en carretilla. El detective que había comprobado el pase del saboteador se acercó corriendo, seguido de otros.

—Meted a este hombre por la puerta trasera del depósito de cadáveres antes de que alguien lo vea —dijo Bell—. Los constructores de barcos son supersticiosos. No queremos amargarles la fiesta.

Mientras ellos cubrían el cadáver con restos de madera, Bell encontró la pistola y se puso el sombrero. Un detective le dio su navaja, que se enfundó en la bota.

—Tengo que llevar a mi chica a la comida. ¿Qué tal estoy?

—Como si alguien te hubiera planchado el traje con una pala.

Se sacaron los pañuelos y le limpiaron la chaqueta y los pantalones.

—¿Alguna vez te has planteado llevar un traje más oscuro para días como este?

Marion lanzó una mirada a Bell cuando entró en el pabellón y preguntó en voz baja:

—¿Estás bien?

—Estupendamente.

—Te has perdido la botadura.

—No del todo —dijo Bell—. ¿Qué tal te ha ido con Yamamoto Kenta?

—El señor Yamamoto —contestó Marion Morgan— es un farsante.

—Le he tendido una trampa, y ha caído de lleno... ¡Isaac, no conocía los manuscritos del exilio de Ashiyuki Utamaro!

—Ahí sí que me has pillado. ¿Qué son los manuscritos del exilio de Ashiyuki Utamaro?

—Ashiyuki Utamaro fue un famoso grabador de madera japonés durante el período Edo tardío. Los artistas del grabado en madera regentan grandes y complejos talleres en los que los empleados y discípulos hacen gran parte del trabajo calcando, tallando y entintando una vez que el maestro ha dibujado la imagen. Ellos no hacen manuscritos de caligrafía.

—¿Por qué es tan importante que el señor Yamamoto no supiera acerca de algo que no existe?

—Porque los pergaminos del exilio de Ashiyuki Utamaro sí que existen. Pero fueron hechos en secreto, así que solo los auténticos eruditos saben de su existencia.

—¡Y también tú! No me extraña que consiguieras el primer título de derecho concedido a una mujer por la Universidad de Stanford.

—Yo tampoco lo sabría si mi padre no hubiera comprado de vez en cuando algún manuscrito japonés, y me acordaba de una extraña historia que me contó. Le he mandado un telegrama a San Francisco para pedirle los detalles, y me ha contestado con un telegrama muy caro.

»Ashiyuki Utamaro estaba en la cima de su carrera de grabador cuando tuvo problemas con el emperador, al parecer por hacer ojitos o algo más grave a la geisha favorita del emperador. Lo que le salvó la vida fue que al emperador le gustaban sus grabados en madera.

»En lugar de cortarle la cabeza, o lo que les hicieran a los libertinos japoneses, el emperador lo desterró al cabo situado más al norte de la isla de Japón: Hokkaido. Para un artista que necesitaba su taller y sus empleados, era peor que la cárcel. Entonces su querida le pasó papel, tinta y un pincel de contrabando. Y hasta que murió, solo en su diminuta choza, hizo manuscritos de caligrafía. Sin embargo, nadie podía reconocer su existencia. Su querida y todos los que la ayudaron a visitarlo habrían sido ejecutados. Los manuscritos no se podían exhibir. No se podían vender. De alguna forma acabaron en manos de un comerciante de San Francisco, quien le vendió uno a mi padre.

—Disculpa mi escepticismo, pero parece una historia inventada por un comerciante de arte.

—Solo que esta es verdad. Yamamoto Kenta no sabe de la existencia de los manuscritos del exilio. Por lo tanto, no es ni un erudito ni un conservador de arte japonés.

—Lo que lo convierte en un espía —dijo Bell con seriedad—. Y un asesino. Bien hecho, cariño. Con esa información no se nos escapará.

Afortunadamente, los discursos que acompañaron los brindis de la comida fueron breves, y la conmovedora presentación ofrecida por el capitán Lowell Falconer, inspector especial de prácticas de tiro, fue, en palabras de Ted Whitmark, «una perorata de primera».

Empleando un vigoroso lenguaje y unos enérgicos gestos, el Héroe de Santiago alabó el moderno astillero de Camden, ensalzó a los trabajadores, dio las gracias al Congreso, encomió al constructor jefe y aclamó al arquitecto naval.

Durante uno de los estallidos de aplausos, Bell susurró a Manon:

—Lo único que no ha elogiado ha sido el *Michigan*.

—Deberías haber oído lo que dijo en privado del *Michigan* —contestó Marion en un susurro—. Lo comparó con un ballena. Y no creo que lo dijera como un cumplido.

—Dijo que apenas es la mitad de grande que el Buque 44.

Haciendo una reverencia cortés en dirección a Dorothy, Falconer puso fin al brindis con un emocionante homenaje a Arthur Langner.

—El héroe que construyó los cañones del *Michigan*. Los mejores cañones de treinta centímetros que existen actualmente en el mundo. Y un precursor de los que están por venir. Todos los hombres de la Marina lo echarán de menos.

Bell lanzó una mirada a Dorothy. Tenía la cara resplandeciente de alegría porque un oficial inconformista como Falconer había dicho delante de todos que su padre era un héroe.

—Descanse en paz Arthur Langner —concluyó el capitán Falconer— sabiendo que su país duerme tranquilo protegido por sus potentes cañones.

La última parte del acto fue la presentación del colgante adornado con joyas que el presidente de la Compañía de Construcción Naval New York ofreció a la rápida hija del subsecretario de Marina, quien había roto la botella de champán en la proa del *Michigan* antes de que el barco saliera. Al dirigirse al estrado, el astuto industrial estrechó calurosamente la mano de un hombre con una elegante levita europea, quien le entregó el colgante. Y, antes de colocárselo a la joven alrededor del cuello, aprovechó la ocasión para hacer publicidad de la floreciente industria joyera de Newark, la ciudad gemela de Camden.

Adelantándose a la multitud que volvería a Nueva York, Bell había sobornado al detective de Camden Barney George para que preparara una lancha de la policía que los llevara a él y a Marion a través del río hasta Filadelfia, donde un coche patrulla los trasladó a toda velocidad a la estación de Broad Street. Subieron al expreso de Nueva York y se instalaron en el vagón restaurante con una botella de champán para

celebrar la botadura sin contratiempos, el intento frustrado del saboteador y la inminente captura del espía japonés.

Bell sabía que ese día había estado demasiado visible para arriesgarse a seguir a Yamamoto a Washington. En lugar de ello, puso al japonés bajo la estricta vigilancia de los dos mejores perseguidores que Van Dorn pudo localizar con tan poca antelación, unos profesionales muy buenos en su especialidad.

—¿Qué opinas de Falconer? —preguntó Bell a Marion.

—Lowell es un hombre fascinante —contestó ella, y añadió de manera enigmática—: Se debate entre lo que quiere, lo que teme, y lo que ve.

—Que misterioso. ¿Y qué es lo que quiere?

—Los acorazados.

—Es evidente. ¿Qué teme?

—A Japón.

—No es ninguna sorpresa. ¿Qué ve?

—El futuro. Los torpedos y los submarinos que dejarán fuera de combate a sus acorazados.

—Pues para ser un hombre que se debate, está muy seguro mismo.

—No está tan seguro. Estuvo hablando sin parar de sus acorazados y luego, de repente, la cara le cambió y dijo: «Hubo un tiempo en la época de la caballería en el que las armaduras se habían vuelto tan pesadas que los caballeros tenían que ser subidos a caballo en grúa. Entonces apareció la ballesta, que disparaba flechas capaces de atravesar las armaduras. En una sola tarde se podía enseñar a un campesino ignorante a matar a un caballero. Y eso —dijo, dándome una palmada en la rodilla para enfatizarlo—, podría decirse en nuestra época del torpedo o el submarino».

—¿Por casualidad mencionó los vuelos en avión de Kitty Hawk?

—Ohi, sí. Ha estado siguiéndolos de cerca. La Marina es consciente de su potencial para reconocer el terreno. Le pregunté qué pasaría si en lugar de un pasajero el avión llevara un torpedo. Lowell se puso pálido.

—Pues en su discurso no había nada pálido. ¿Viste cómo sonreían los senadores?

—He conocido a tu querida señorita Langner.

Bell le devolvió su repentina mirada intensa.

—¿Qué te ha parecido?

—Se ha propuesto conquistarte.

—Aplaudo su buen gusto en materia de hombres. ¿Qué más opinas de ella?

—Creo que debajo de toda esa belleza es frágil y necesita que la rescaten.

—Eso le corresponde a Ted Whitmark. Si está a la altura.

Dos vagones más adelante en el mismo expreso de la línea de ferrocarriles de Pennsylvania, el espía también se dirigía a Nueva York. Lo que algunos llamarían

venganza él lo consideraba un contraataque necesario. Hasta ese día, la agencia de detectives Van Dorn había sido más una molestia que una amenaza. Hasta ese día se había conformado con vigilarla. Pero después de frustrar el detallado plan para destruir el *Michigan*, había que ocuparse de ella. Nada podía hacer fracasar su ataque contra la Gran Flota Blanca.

Cuando el tren llegó a New Jersey, siguió a Bell y su prometida al exterior de la terminal de Exchange Place y observó cómo se marchaban en el Locomobile rojo que un guarda del garaje les tenía preparado con el motor en marcha. Volvió al interior de la terminal, fue corriendo a la parada del transbordador, cruzó el río hasta Cortland Street en el *St. Louis* de la línea de ferrocarriles de Pennsylvania, fue andando hasta Greenwich Village y subió al ferrocarril elevado de la Novena Avenida. Se apeó en Kitchen y se dirigió a la taberna del comodoro Tommy, donde su dueño prefería pasar el rato antes que en sus elegantes nuevos locales en las afueras.

—¡Brian O'Shay! —El líder de la banda lo saludó cortesmente—. ¿Un *highball*?

—¿Qué pistas tienes sobre los detectives de Van Dorn?

—Ese canalla de Harry Warren y sus muchachos están figoneando como te dije.

—Es hora de que partas unas cuantas cabezas.

—Un momento. Las cosas van muy bien. ¿Qué necesidad hay de empezar una guerra con los detectives de Van Dorn?

—¿Muy bien? —preguntó O'Shay sarcásticamente—. ¿Cómo de bien? ¿Cómo tener que esperar al ferrocarril para que te lleve fuera de la Undécima Avenida?

—Lo veía venir —contestó Tommy, metiendo los pulgares en el chaleco o y mostrándose orgulloso como un tendero—. Por un eso me asociado con la Hip Sing.

Brian O'Shay ocultó una sonrisa. ¿Quién creía Tommy Thompson que le había enviado a la sociedad Hip Sing?

—No recuerdo que en la Hip Sing sean famosos por su amor a los detectives. ¿Cuánto tiempo van a aguantar tus chinos a esos detectives que se comportan como si fueran los dueños de tu territorio?

—¿Por qué tienes que hacer eso, Brian?

—Quiero enviar un mensaje.

—Pues manda un telegrama —replicó Tommy. Acto seguido se echó a reír—. Tiene gracia: «Manda un telegrama». Me gusta.

O'Shay sacó su gubia para vaciar ojos del bolsillo del chaleco. La risa de Tommy se interrumpió.

—El objetivo de un mensaje, Tommy, es hacer que el otro hombre se pregunte lo que puedes hacerle.

O'Shay levantó la gubia a la luz, observó cómo relucían sus bordes afilados y la deslizó sobre su pulgar. Lanzó una mirada a Tommy. El jefe de la banda apartó la vista.

—Al pensar lo que puedes hacerle, duda. Al dudar, se vuelve más lento. Es el poder de la duda, Tommy: haz que alguien dude y saldrás ganando.

—Vale, vale. Romperemos unas cuantas cabezas, pero no pienso matar a ningún detective. No quiero una guerra.

—¿A quién más tienen figoneando aparte de los muchachos de Harry Warren?

—Los de la Hip Sing han visto a un nuevo detective figoneando en Chinatown.

—¿Nuevo? ¿A qué te refieres con «nuevo»? ¿Joven?

—No, no, no es un crío. Es un tipo de fuera de la ciudad.

—¿Nuevo en Nueva York? ¿Por qué iban a traer a un tipo de fuera? No tiene sentido.

—Es amigo de ese hijo de puta de Bell.

—¿Cómo lo sabes?

—Uno de los chicos los vieron trabajando juntos en el astillero naval de Brooklyn. No es de Nueva York. Parece que lo ha traído especialmente.

—Es él. Tommy, lo quiero vigilado muy de cerca.

—¿Por qué?

—Voy a mandarle un mensaje a Bell. Voy a darle algo para que dude.

—No pienso mandar a los Gopher que maten a ningún detective de Van Dorn — repitió Tommy obstinadamente.

—Dejaste que Weeks atacara a Bell.

—Lo del Témpano era distinto. Los detectives lo habrían visto como algo personal entre Weeks y Bell.

Brian Ojos O'Shay observó a Tommy Thompson con desprecio.

—No te preocupes, dejaré una nota en el cadáver que ponga: «No echéis la culpa a Tommy Thompson».

—Venga ya, Brian.

—Te estoy pidiendo que lo vigiles.

Tommy Thompson bebió otro trago de su vaso. Echo un y tazó a la gubia del pulgar de O'Shay y apartó la vista rápidamente.

—No creo que saque nada —dijo en tono petulante.

—Síguelo. Pero no te delates.

—Muy bien. Si eso es lo que quieres, lo tendrás. Utilizaré a los mejores perseguidores que tengo. Chicos y polis. Siempre están ahí, como barriles de cerveza vacíos en la acera.

—Y dile a tus polis y a tus chicos que vigilen también a Bell.

John Scully recorrió el Bowery hasta las estrechas y sinuosas calles de Chinatown. Miraba fijamente las largas coletas de los hombres y contemplaba boquiabierto la maraña de escaleras de incendios y cuerdas para tender la ropa que había en lo alto y los letreros de restaurantes y salones de té chinos, disfrazado de forastero deambulaba por la gran ciudad en busca de diversión. Acababa de encontrarla en los brazos de una flaca mujer de la calle que también se había aventurado hasta allí desde el

Bowery cuando un par de holgazanes del mismo barrio que estaban de visita sacaron una navaja oxidada y una cachiporra y le pidieron el dinero.

Scully vació los bolsillos. Un rollo de billetes cayó a la calzada. Los holgazanes lo cogieron y echaron a correr, sin saber la suerte que tenían de que el imperturbable detective no se hubiera sentido lo suficientemente amenazado para echar a perder su disfraz abriendo fuego con la Browning de bolsillo que llevaba metida en la zona lumbar.

La mujer que había observado el atraco dijo:

—No esperes nada de mí con los bolsillos vacíos.

Scully abrió de un tirón unas puntadas del forro de su chaqueta y sacó un sobre. Lo miró y dijo:

—Tienes suerte. Me queda suficiente para solucionarnos la noche a los dos.

Ella se alegró al ver el dinero.

—¿Qué te parece si primero vamos a beber algo? —dijo Scully, ofreciéndole una amabilidad a la que ella no estaba acostumbrada.

Se habían instalado en un reservado en la parte de atrás de Mike Callahan's, un garito situado a la vuelta de la esquina en Chatham Square, y la mujer ya se había echado entre pecho y espalda una ronda de *whisky* y estaba esperando a que sirvieran otra, cuando Scully preguntó despreocupadamente:

—¿Crees que esos tipos eran de los Gopher?

—¿Qué? ¿Qué demonios son los Gopher?

—Los hombres que me han robado. ¿Gopher? Parecidos a gánsters.

—¿Gopher? ¡Ah, *Goofer!* —La mujer se rió—. Madre de Dios, ¿de dónde has salido?

—Bueno, ¿crees que lo eran?

—Tal vez —dijo ella—. Hace un par de meses que vienen de Hell's Kitchen.

Scully había oído rumores de esa extraña noticia de boca de otras personas.

—¿Cómo que un par de meses? ¿Es algo fuera de lo normal?

—Antes los Five Pointers les habrían partido la cabeza. O la Hip Sing los habría hecho picadillo. Ahora se pasean como si fueran los dueños del cotarro.

—¿Qué es la Hip Sing? —preguntó Scully inocentemente.

—Isaac —protestó Joseph van Dorn irritado—. Tienes a japoneses y alemanes pillados casi con las manos en la masa, al francés que espía la Gran Flota Blanca y aun ruso que prácticamente vive en el estudio de Farley Kent. ¿Por qué lanzas un ataque contra el Imperio británico? En mi opinión, parecen los más inocentes en esta telaraña enmarañada.

—Aparentemente inocentes —replicó Isaac Bell.

Una vez que tuvo a unos detectives de la oficina de la agencia en Whashington siguiendo a Yamamoto Kenta para determinar el alcance de la organización del espía japonés y a los chicos de Harry Warren peinando Hell's Kitchen para conseguir una pista de los ambiciosos nuevos contactos del comodoro Tommy Thomson, Bell decidió que era hora de enfrentarse a la Marina real.

—Los británicos no han creado la Marina más poderosa del mundo sin vigilar de cerca a sus rivales. Considerando los éxitos de Abbington-Westlake contra los franceses, apuesto a que se les dará muy bien.

—Pero ya tienes al japonés en el saco. ¿Te has planteado detener a Yamamoto?

—¿Antes de que escape o cause más daño? ¡Por supuesto! Pero entonces ¿cómo podremos descubrir con quién más está relacionado?

—¿Socios?

—Tal vez socios. Tal vez subordinados. Tal vez un jefe. —Bell negó con la cabeza—. Lo que no sabemos es lo que me preocupa. Supongamos que Yamamoto es el espía que sospechamos. ¿Cómo convenció a ese alemán para que atacara el *Michigan*? ¿Cómo consiguió que él u otro alemán atacara en la fundición de Bethlehem? Según la Smithsonian Institution, sabemos que estaba en Washington el día que ese pobre chico se cayó por el precipicio. ¿A quien mandó Yamamoto que lo empujara? ¿A quién envió a Newport que estuvo a punto de pillar a Wheeler en su casa?

—Supongo que Wheeler está ahora a salvo en el cuartel de la estación de torpedos.

—A regañadientes. Y sus novias están que echan chispas. Esta lista sigue y sigue, Joe. Tenemos que descubrir las conexiones. ¿Cómo se asoció Yamamoto con un gángster como Weeks en Hell's Kitchen?

—Se lo pidió prestado al comodoro Tommy Thompson.

—Ses así, ¿cómo se juntó un espía japonés con el jefe de los Gopher? No lo sabemos.

—Por lo visto, sabías lo bastante para barrer a tiros su taberna —observó Van Dorn.

—Me provocaron —contestó Bell débilmente—. Pero usted me entiende. ¿De

quién más no sabemos aún?

—Lo entiendo. No me gusta, pero lo entiendo.

Van Dorn sacudió su gran cabeza, se acarició su bigote pelirrojo y se frotó su nariz romana. Por último, el fundador de la agencia esbozó una sonrisa a su investigador jefe.

—Así que ahora quieres enfrentarte al Imperio británico.

—No a todo el Imperio. —Bell le devolvió la sonrisa—. Empezaré por la Marina real.

—¿Qué buscas?

—Un empujón.

Los ojos de párpados caídos de Joseph van Dorn brillaron con un repentino interés.

—¿Presión?

—Yamamoto y su pandilla se consideran espías, pero se comportan como criminales, Joe. Y nosotros sabemos cómo pillar a los criminales.

—Está bien. ¡Manos a la obra!

Isaac Bell fue directamente al puente de Brooklyn y se juntó con Scudder Smith en la pasarela para los peatones. Era una mañana radiante y soleada. Smith había elegido para su guardia la relativa oscuridad de la sombra del paseo marítimo de Manhattan. Smith era uno de los mejores perseguidores de la agencia en Nueva York. Un periodista despedido —dependiendo de quién contara la historia— por escribir la verdad o por adornarla en exceso, o por emborracharse antes de mediodía; conocía todos los distritos de la ciudad. Le pasó a Bell sus prismáticos.

—Han estado cruzando el puente de un lado a otro haciéndose pasar por turistas aficionados a la fotografía, pero siempre están enfocando el astillero naval con las cámaras. Y no creo que dentro de esas carcasas haya unas cámaras Brownie de verdad, sino alguna otra cosa con un objetivo especial. El tipo corpulento y redondo es Abbington-Westlake. La mujer espectacular es su esposa, lady Fiona.

—La he visto. ¿Quién es el tipo menudo?

—Peter Sutherland, comandante del ejército británico jubilado. Asegura que viaja a Canadá para inspeccionar los campos petrolíferos.

La primavera extrañamente fría de aquel año había durado hasta mayo, y el frío viento soplaba con fuerza muy por encima del East River. Los tres llevaban abrigos. El de la mujer tenía un cuello de marta cibelina a juego con su sombrero, que sujetaba con una mano para protegerse de las ráfagas.

—¿Inspeccionar los campos petrolíferos para qué?

—Anoche, en la cena, Sutherland dijo: «El petróleo es el futuro combustible del transporte por agua». Y siendo Abbington-Westlake agregado naval, puedes apostar a que «transporte por agua» significa acorazados.

—¿Cómo lo oíste?

—Creyeron que era el camarero.

—Intervendré antes de que pidan más faisán.

—¿Quieres los prismáticos?

—No, voy a entrar en acción.

Scudder Smith desapareció entre los peatones que cruzaban el puente hasta Manhattan.

Bell se dirigió a los falsos turistas.

Al acercarse al centro de la luz, obtuvo una vista clara del astillero naval de Brooklyn al norte del puente. Podía ver todos los canales, incluso una sección de la parte situada más al norte que soportaba los cimientos del Buque 44. Todos estaban a la intemperie, una diferencia notable con respecto a los cobertizos cerrados del astillero de la Compañía de Construcción Naval New York en Camden. Los puentes grúa se desplazaban por raíles elevados que les permitían suspenderse encima de los barcos en construcción. Las locomotoras de maniobras transportaban vagones de mercancías cargados de planchas de acero por el astillero.

Lejos de la zona de construcción, carros tirados por caballos y camiones entregaban las raciones diarias a los buques de guerra amarrados en las gradas junto al río. Largas hileras de marineros de blanco cargaban sacos por las pasarelas. Bell vio un dique seco de casi doscientos cincuenta metros de largo y más de treinta de ancho. En el medio de la bahía había una isla artificial que tenía muelles, canales y gradas. Un transbordador iba y venía de ella a tierra firme, y barcos de pesca y gabarras a vapor navegaban despacio de un lado a otro por un concurrido canal ubicado entre la isla artificial y un mercado en la orilla.

El trío seguía haciendo fotos cuando Bell se acercó a ellos. Salió de repente de la hilera de peatones que se dirigían a Brooklyn, blandió su Kodak de bolsillo plegable 3A y gritó:

—¿Quieren que les haga una foto a los tres juntos?

—No hace falta, amigo —contestó Abbington-Westlake en un engolado tono aristocrático—. Además, ¿cómo conseguiríamos la película?

Bell les hizo la foto de todas formas.

—¿Quieren que use una de sus cámaras? Tienen muchas —dijo Bell afablemente.

La desconfianza endureció las atractivas facciones de Fiona Abbington-Westlake.

—¡Anda! —exclamó con un acento que sonó al mismo tiempo entrecortado y cansino—. Yo le he visto antes en alguna parte. Hace muy poco, de hecho. Nunca olvido una cara.

—Y en un marco parecido —contestó Isaac Bell—. La semana pasada en el astillero de la Compañía de Construcción Naval New York en Camden, New Jersey.

Lady Fiona y su marido se cruzaron una mirada. El comandante se puso alerta.

—Y hoy «observamos» el astillero de Nueva York en Brooklyn —dijo Bell—. Estos nombres al revés deben de confundir a los turistas. —Volvió a levantar la cámara—. A ver si puedo sacarlos a todos en la foto con el astillero detrás... como lo estaban fotografiando.

Esta vez fue Abbington-Westlake el que soltó: «¡Anda!», y lo hizo con arrogancia.

—¿Quién demonios se cree que es? Circule. ¡Circule!

Bell lanzó una dura mirada al «comandante jubilado» Sutherland.

—¿Buscando petróleo en Brooklyn?

Sutherland esbozó la sonrisa tímida de un hombre al que han pillado, pero Abbington-Westlake no. El agregado naval pasó junto a sus compañeros dándoles un empujón y dijo coléricamente a Bell:

—Circule si sabe lo que le conviene. O llamaré a un agente policía.

—Un agente de policía es la última persona que desea ver en este momento, comandante —contestó Bell en voz baja—. Reúnase conmigo en el bar que hay en el sótano del hotel Knickerbocker a las seis. Tome la entrada desde el metro.

Confundido por el uso que Bell hizo de su rango, Abbington-Westlake dejó de actuar como un oficial naval arrogante y aristocrático y se transformó en un tipo de hombre que Bell había conocido en la universidad: el joven deseoso de hacerse el maduro y el remilgado antes de tiempo.

—Me temo que no uso el metro, amigo. Es un medio de transporte bastante plebeyo, ¿no cree?

—La entrada del metro le permitirá reunirse conmigo para tomar un cóctel sin que la alta sociedad se entere, «amigo», seis en punto. Deje a su esposa y a Sutherland. Venga solo.

—¿Y si no aparezco? —preguntó Abbington-Westlake resoplando.

—Entonces iré a buscarlo a la embajada británica.

El agregado naval palideció. El departamento de investigación había asegurado a Bell que reaccionaría de esa forma, pues el Ministerio de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña, el Departamento de Inteligencia Militar y el Departamento de Inteligencia Naval desconfiaban mucho unos de otros.

—¡Un momento, señor! —susurró—. Las cosas no se hacen así. Uno no se mete en la embajada de un adversario pregonando secretos.

—No sabía que hubiera reglas.

—Reglas de caballeros —contestó Abbington-Westlake guiñando el ojo cordialmente de forma estudiada—. Ya sane lo que hay que hacer. Obre como le plazca. Pero dé ejemplo a los criados y no asuste a los caballos.

Isaac Bell le dio su tarjeta.

—Yo no sigo reglas de espías. Soy detective privado.

—¿Detective? —repitió Abbington-Westlake despectivamente.

—Tenemos nuestras reglas. Acorralamos a los criminales y los entregamos a la policía...

—¿Qué demonios...?

—Casi nunca damos tregua a los criminales; solo cuando nos ayudan a acorralar a criminales mucho peores que ellos. A las seis. Y no se olvide de traerme algo.

—¿Qué?

—Un espía que sea peor que usted. —Isaac Bell sonrió con frialdad—. Mucho peor.

Dio media vuelta y regresó andando hacia Manhattan, convencido de que Abbingdon-Westlake se presentaría a las seis. Al bajar la escalera de la pasarela del puente de Brooklyn no se fijó en un pilluelo tuerto disfrazado de repartidor de periódicos que pregonaba el *Herald* de la tarde.

Bell llegó a la escalera del metro cuando su sexto sentido le dijo que lo estaban siguiendo.

Pasó por delante de la entrada del metro, cruzó Broadway y se metió en una vía pública repleta de camiones de reparto y carros, autobuses y tranvías. Se detuvo en repetidas ocasiones, observó los reflejos en los escaparates, esquivó los vehículos en movimiento y entró y salió de tiendas. ¿Tenía Abbingdon-Westlake hombres siguiéndolo que habían dado con él? ¿O el supuesto comandante? No le extrañaría del comandante. Sutherland parecía competente, como hombre que había participado en guerras. Y el comportamiento rimbombante y ligeramente ridículo que fingía Westlake no debía ocultar sus éxitos en el espionaje.

Bell subió a un tranvía en la concurrida Fulton Street y miró atrás. Nadie. Fue en el tranvía hasta el río, se bajó como si se dirigiera al transbordador, pero de repente cambió de rumbo y subió al tranvía que se dirigía al oeste. Se apeó igual de rápido, viró bruscamente y se metió en Gold Street. No vio a nadie. Pero seguía sintiendo la intensa sensación de que lo estaban acechando.

Entró en una abarrotada marisquería y le dio un dólar a un camarero para que le dejara salir por la puerta de la cocina a un callejón que lo llevó a Platt Street. Como seguía percibiendo que lo seguían pese a no ver a nadie, se internó en las antiguas callejuelas del sur de Manhattan: Pearl, Fletcher, Pine y Nassau.

Por mucho que lo intentaba, Bell no veía a nadie siguiéndolo.

Después de entrar por la parte delantera del café Nassau y de salir por la trasera, estaba observando los reflejos en el escaparate de la sala de exposiciones de un fabricante de pesas y balanzas de diamantes cuando se encontró en Maiden Lane: el distrito de las joyerías de Nueva York. Las plantas superiores de los edificios de cuatro y cinco pisos con fachadas de hierro fundido que oscurecían el cielo formaban una colmena de talladores de piedras preciosas, importadores, joyeros, orfebres y relojeros. Debajo de las fábricas y los talleres, la acera estaba llena de joyerías de venta al detalle cuyas ventanas relucían como cofres de piratas.

Mientras Bell permanecía atento a un lado y al otro de la estrecha calle, su semblante severo se suavizó y una sonrisa burlona empezó a tirar de las comisuras de su boca. La mayoría de los hombres que llenaban la acera eran aproximadamente de su edad, elegantemente vestidos con sobretodos y bombines, pero entraban y salían de las joyerías con los hombros caídos y cara de desconcierto. Solteros a punto de proponer matrimonio, supuso Bell, tratando de sellar una decisión crucial con la

compra de una valiosa piedra preciosa sobre la que temían no saber nada.

La sonrisa de Bell se ensanchó. Era una agradable casualidad. Tal vez nadie lo había seguido. Tal vez un «ser superior» con sentido del humor había nublado su sexto sentido normalmente fiable para hacerle deambular por el sur de Manhattan con el expreso propósito de que le comprara a su hermosa prometida un anillo de compromiso.

La sonrisa de Isaac Bell se volvió menos segura al unirse al desfile de hombres que paseaban por la acera y meditaban acerca de las docenas de relucientes escaparates con innumerables posibilidades e infinitas opciones. Al final, el alto detective cogió el toro por los cuernos. Se puso derecho y entró con paso resuelto en la tienda que parecía más cara.

El niño que vio entrar a Isaac Bell en la joyería —un muchacho lo bastante limpio para que no lo echaran del distrito de las joyerías, equipado con una caja de limpiabotas sujeta con una correa al hombro a modo de disfraz— esperó hasta estar seguro que el investigador no se había metido en el establecimiento para darle esquinazo otra vez. Era el cuarto que lo había seguido en su sinuoso paseo. Observó las sombras vagas de Bell y el joyero a través del escaparate, hizo una señal a otro muchacho y le pasó la caja.

—Sustitúyeme. Tengo que informar.

Recorrió a toda velocidad las pocas y breves manzanas que había hasta el distrito de viviendas y almacenes que lindaba con el North River, entró como una flecha en la taberna de Hudson situada a un lado del paseo marítimo y se abalanzó sobre el almuerzo de cortesía.

—¡Largo de aquí! —rugió un camarero.

—¡El comodoro! —contestó gruñendo el limpiabotas, al tiempo que metía sin miramientos embutido de hígado entre unas rebanadas de pan duro—. ¡Deprisa!

—Perdona, chico. No te había reconocido. Por aquí.

El camarero le hizo pasar al despacho privado del dueño de la taberna, quien tenía el único teléfono del barrio. El propietario observó con recelo.

—Fuera —dijo el muchacho—. Esto no es asunto suyo.

El dueño cerró con llave su escritorio y salió sacudiendo la cabeza. Hubo un tiempo en que si un Gopher de Hell's Kitchen se aventuraba en aquel barrio, acababa colgado de una farola, pero ese tiempo había tocado a su fin demasiado rápido.

El muchacho llamó por teléfono a la taberna del comodoro Tommy. Le dijeron que Tommy no estaba, pero que él le llamaría. Que raro. El jefe estaba siempre en su taberna. La gente decía que hacía años que Tommy no salía a la calle de día. Salió del despacho y fue a prepararse otro sándwich, y cuando regresó al teléfono estaba sonando. El comodoro Tommy estaba cabreadísimo porque le había hecho esperar. Cuando terminó de gritar, el muchacho le habló del paseo de Isaac Bell por la ciudad

desde el entro del puente de Brooklyn.

—¿Dónde está ahora?

—En Maiden Lane.

Isaac Bell salió totalmente confundido de la cuarta joyería en la que había entrado en una hora. Le daba tiempo a visitar una o dos más antes de ir a las afueras a interrogar a Abbington-Westlake en el hotel Knickerbocker.

—¿Betún, señor? ¿Le limpio los zapatos?

—No es mala idea.

Apoyó la espalda contra la pared y ofreció la bota izquierda a los dedos manchados de betún del flacucho limpiabotas con la caja de madera. Le daba vueltas la cabeza. Le habían dicho al mismo tiempo que un diamante engastado en platino era «la única piedra adecuada para hacer sentir a una chica verdaderamente comprometida» y que una gran piedra semipreciosa montada en oro se «consideraba más elegante», sobre todo comparada un diamante pequeño. Sin embargo, incluso un diamante pequeño era «una prenda de compromiso aceptable».

—El otro zapato, señor.

Bell sacó su navaja arrojadiza, sujetándola con la palma, y dejó que el chico le limpiara la bota derecha.

—¿Esto está siempre tan lleno?

—Mayo y junio son los meses de las bodas —contestó el chico, sin levantar la vista del trapo, que agitaba tan rápido que se veía más que una forma borrosa.

—¿Cuánto es? —preguntó Bell cuando el muchacho terminó y sus botas estuvieron relucientes como un espejo.

—Cinco centavos.

—Toma un dólar.

—No tengo cambio de un dólar, señor.

—Quédatelo. Has hecho un buen trabajo.

El chico se lo quedó mirando. Parecía a punto de decir algo.

—¿Qué pasa? —preguntó Bell—. ¿Estás bien, hijo?

El muchacho abrió la boca. Miró a su alrededor y de repente cogió la caja y echó a correr esquivando a los tenderos hasta desaparecer doblando la esquina. Bell se encogió de hombros, entró la joyería, la de Solomon Barlowe, un pequeño establecimiento en la planta baja de un edificio revestido de hierro fundido de estilo italiano con cinco pisos. Barlow lo evaluó con sus penetrantes ojos marrones, perspicaces como los de un juez de paz.

—Quiero comprar un anillo de compromiso. Creo que debería ser un diamante.

—¿Había pensado en una pieza con una sola piedra o con varias?

—¿Cuál me recomienda?

—Si el dinero es un problema...

—Supongamos que no —gruñó Bell.

—¡Ah! Bien, veo que es usted un hombre con buen gusto, señor. Vamos a echar un vistazo a unas piedras a ver si son de su agrado.

EL joyero abrió una vitrina con llave y colocó una bandeja de terciopelo negro sobre el mostrador entre los dos.

Bell silbó asombrado.

—He visto a niños jugar con canicas más pequeñas.

—Tenemos suerte de contar con nuestro proveedor, señor. Importamos nuestro propio género. Normalmente tengo más existencias para enseñar, pero los meses de las bodas ya están encima, y las piedras de primera calidad se están agotando.

—E otras palabras, ¿que compre ahora antes de que sea demasiado tarde?

—Solo si lo necesita enseguida. ¿La boda es inminente?

—No creo —contestó Bell—. No somos unos críos y los dos estamos bastante ocupados. Por otra parte, me gustaría concretar las cosas.

—Un anillo con un diamante de un tono exclusivo es buena forma de conseguirlo, señor. Este, por ejemplo...

La puerta se abrió y un caballero bien vestido de la edad de Bell entró en la tienda de Barlowe blandiendo un bastón con el puño de oro salpicado de piedras preciosas. Tenía una apariencia vagamente familiar, pero el detective no acababa de identificarlo. Su memoria para las caras no solía fallarle, y sospechó que esta vez se debía a que el sujeto estaba totalmente fuera de contexto, como si se hubieran visto por última vez en una taberna de Wyoming o hubieran estado sentados uno al lado del otro en un combate de boxeo en Chicago. Saltaba a la vista que no era un soltero desesperado. Su actitud no delataba ningún rasgo de un comprador tímido y se hallaba reforzada por una sonrisa segura.

—¡Señor Riker! —exclamó Barlowe—. Qué sorpresa más maravillosa. —Y dirigiéndose a Bell, añadió—: Disculpe, señor. Solo será un momento.

—No, no —dijo Riker—. No quiero interrumpir una compra.

—Casualmente estaba hablando de usted con mi cliente. Quiere comprar algo especial y dispone de poco tiempo para buscarlo.

Se volvió hacia Bell.

—Este es el caballero que le he mencionado, nuestro proveedor de piedras preciosas. El señor Erhard Riker, de Riker & Riker. Estamos de suerte, señor. Sel señor Riker no puede encontrar su piedra es que no existe. Es el principal proveedor de las piedras preciosas más selectas del mundo.

—Dios santo, Barlowe. —Riker sonrió—. Su bondad de espíritu hará creer a su cliente que soy alguien capaz de hacer milagros en lugar de un simple comerciante.

Riker hablaba con un acento inglés parecido al tono aristocrático de Abbington-Westlake, pero el color de su abrigo hizo pensar a Bell que era alemán. Se trataba de un sobretodo, con el tradicional cuello de terciopelo negro. Un sobretodo inglés o estadounidense habría estado confeccionado con tejido azul marino o gris marengo. El de Riker era de tela impermeable verde oscuro.

Riker se quitó los guantes, se pasó el bastón a la mano izquierda y extendió la derecha.

—Buenos días, señor. Como acaba de oír, soy Erhard Riker.

—Isaac Bell.

Se echaron la mano. El apretón de Riker era fuerte y firme.

—Si me concede el honor, buscaré la piedra preciosa perfecta para su prometida. ¿De qué color son los ojos de esa afortunada dama?

—Verde coral.

—¿Y el cabello?

—Rubio. Color pajizo.

—Por la sonrisa de su rostro, me imagino su belleza.

—Multiplíquela por diez.

Riker hizo una reverencia al estilo europeo.

—En ese caso, le buscaré una piedra preciosa que sea casi igual de bella.

—Gracias —dijo Bell—. Es usted muy amable. ¿Nos hemos visto antes? Su cara me suena.

—No nos han presentado antes —contestó Riker—. Pero yo también le reconozco. Creo que fue en Camden, New Jersey, a principios de esta semana.

—¡En la botadura del *Michigan*! Claro. Ahora me acuerdo, usted le dio al dueño del astillero el regalo que le hizo a la joven que patrocinó el acorazado.

—Sustituí a uno de mis clientes de Newark, que decoró el colgante con mis piedras preciosas.

—Vaya, es una maravillosa coincidencia —exclamó Solomon Barlowe.

—Dos coincidencias —le corrigió Isaac Bell—. Primero, el señor Riker ha aparecido cuando yo estaba buscando un diamante especial. Y segundo, resulta que los dos asistimos a la botadura del mismo barco en Camden el lunes pasado.

—¡Cómo si estuviera escrito en las estrellas! —dijo Riker riéndose—. ¿O debería decir en los diamantes? ¿Qué son los diamantes sino estrellas de tamaño humano? ¡Mi búsqueda empieza en este instante! No dude en ponerse en contacto conmigo, señor Bell. En Nueva York, me hospedo en el Waldorf-Astoria. El hotel me remite la correspondencia cuando viajo.

—Usted puede encontrarme en el club Yale —dijo Bell, y se intercambiaron sus tarjetas.

Todos los detectives de la agencia Van Dorn, del aprendiz al investigador jefe, tenían claro desde el primer día que entraban a trabajar que las coincidencias se consideraban culpables hasta que se demostrase su inocencia. Bell pidió al departamento de investigación que indagara sobre los importadores de piedras preciosas Riker & Riker. A continuación entregó su cámara, mandó que revelaran la película y que se la llevaran enseguida, y bajó al vestíbulo en el sótano del hotel, en

un rincón del cual había un tranquilo bar tenuemente iluminado.

Abbington-Westlake había llegado antes que él, señal de que el detective había dado un buen susto al agregado naval con su amenaza de acudir a la embajada británica.

Bell decidió que le sacaría más información si adoptaba un enfoque más moderado y dijo:

—Gracias por venir.

Inmediatamente vio que era un error. Abbington-Westlake se puso a echar chispas por los ojos coléricamente y le espetó:

—No recuerdo que me dejaran elegir.

—Las fotos que hizo le costarían un arresto si yo fuera agente de policía —replicó Bell.

—No pueden detenerme. Tengo inmunidad diplomática.

—¿Le evitará problemas con sus superiores en Londres su inmunidad diplomática?

Abbington-Westlake apretó los labios.

—Por supuesto que no —dijo Bell—. Yo no soy agente de policía, pero desde luego sé dónde encontrar uno. Y lo último que a usted le interesa es que sus rivales del Ministerio de Asuntos Exteriores se enteren de que lo han pillado con las manos en la masa.

—Bueno, no nos precipitemos, amigo.

—¿Qué me ha traído?

—¿Perdón? —dijo Abbington-Westlake, andándose con rodeos.

—¿A quién me ha traído? Deme un nombre. Un espía extranjero que pueda detener en lugar de a usted.

—Amigo, tiene usted un concepto excesivo de mi paciencia.

Bell miró a su alrededor inquisitivamente. Había parejas bebiendo en las mesas oscuras situadas cerca de ellos. Varios hombres se hallaban de pie solos en la barra.

—¿Ve al caballero de la derecha? —dijo Bell—. ¿El que lleva un bombín?

—¿Qué pasa con él?

—Es del Servicio Secreto. ¿Le pido que nos acompañe?

El inglés se humedeció los labios.

—Está bien, Bell. Le contaré lo que pueda, pero le advierto que es muy poco.

—Empiece por las cosas pequeñas —dijo Bell fríamente—. Ya iremos avanzando.

—Está bien. Está bien.

El agregado naval se humedeció los labios de nuevo y miró alrededor. Bell sospechaba que se estaba inventando una mentira. Dejó que el inglés hablara sin interrupciones. Cuando se enredara, sería más vulnerable a la presión.

—Hay un francés llamado Colbert —empezó a decir Abbington-Westlake—. Comercia con armas.

—¿Ha dicho Colbert? Benditos sean los chicos de investigación de la agencia.

—Raymond Colbert. Y aunque comerciar con armas no es precisamente un negocio respetable, en realidad es un subterfugio para sus actividades siniestras... ¿Ha oído hablar del submarino de Holanda?

Bell asintió con la cabeza. Le había pedido a Falconer que lo pusiera al día y había tomado prestado un libro.

Mientras el agregado naval contaba su historia, Isaac Bell ocultó la admiración que le despertó la sangre fría de Abbington-Westlake. Ante la amenaza de ser desenmascarado, estaba convirtiendo esa amenaza en una oportunidad para destruir al hombre que chantajeaba a su mujer. Parloteó un rato sobre unos planos robados y un giroscopio especial para mantener la embarcación en rumbo bajo el agua. Bell le dejó hablar hasta que la puerta se abrió y entró un aprendiz de la agencia Van Dorn con un sobre de papel manila. Bell observó con aprobación que el chico no acercó hasta que él le hizo un gesto con la cabeza y se retiró en silencio después de entregarle el sobre.

—Mientras nosotros hablamos, amigo, Colbert se dirige a Nueva York en un barco correo de la Compagnie Générale Transatlantique. Puede pescarlo cuando ataque en el muelle cuarenta y dos. ¿No lo ve?

Bell abrió el sobre y rebuscó entre las copias.

—¿Le aburro, señor Bell? —preguntó ásperamente Abbington-Westlake.

—En absoluto, comandante. No recuerdo una invención más apasionante.

—¿Invención? Pero...

Bell le pasó una copia sobre la mesa.

—Aquí hay una fotografía de usted y *lady* Fiona en el astillero naval de Brooklyn. Cuidado, el papel todavía está húmedo.

El inglés suspiró sonoramente.

—Ha dejado meridianamente claro que estoy a su merced.

—¿Quién es Yamamoto Kenta?

Bell confiaba en que, al igual que los atracadores de bancos y los timadores, los espías de la carrera naval internacional conocieran a sus rivales y compañeros de actividad. Comprobó que era cierto. Incluso a la tenue luz del lugar, los ojos de Abbington-Westlake brillaban como si de repente viera una forma de salir del embrollo en el que estaba metido.

—¡Tenga cuidado! —le advirtió Bell—. En cuanto oiga la más mínima invención, esta fotografía irá a parar al caballero del Servicio Secreto, junto con unas copias para la embajada británica y el Departamento de Inteligencia Naval de Estados Unidos. ¿Nos entendemos?

—Sí.

—¿Qué sabe de él?

—Yamamoto Kenta es un espía japonés muy condecorado. Lleva en la profesión muchísimos años. Y es el número uno de la Sociedad del Océano Negro, que actúa de acuerdo con los intereses de Japón en el extranjero. Fue uno de los principales

instigadores de la infiltración japonesa en la flota asiática de Rusia y uno de los principales motivos de que Japón ocupe ahora Port Arthur desde la guerra, ha operado en Europa y ha puesto en evidencia los intentos de Gran Bretaña y Alemania por mantener el secreto sus trabajos navales. Sabe más de Krupp que el *kaiser* y más del *Dreadnought* británico que su propio capitán.

—¿Qué está haciendo aquí?

—No lo sé.

—Comandante —dijo Bell a modo de advertencia.

—No lo sé. Le juro que no lo sé. Pero le diré una cosa.

—Más vale que sea interesante.

—Es interesante —replicó Abbington-Westlake con seguridad muy interesante porque no tiene ningún sentido que un espía japonés de la talla de Yamamoto esté operando aquí, en Estados Unidos.

—¿Por qué?

—Los japoneses no quieren luchar contra ustedes. No ahora. No están preparados, aunque saben que ustedes lo están. No hace falta ser un genio naval para darse cuenta de que la Gran Flota Blanca es un chiste. Pero saben perfectamente que su flota tampoco está preparada y que no lo estará durante muchísimos años.

—Entonces ¿por qué ha venido Yamamoto?

—Sospecho que está jugando a una especie de doble juego.

Bell miró al inglés. Había en su expresión cierto desconcierto que parecía totalmente sincero.

—¿Que quiere decir?

—Yamamoto está trabajando para otra persona.

—¿Aparte de la Sociedad del Océano Negro?

—Exacto.

—¿Para quién?

—No tengo ni la más remota idea. Pero no es para Japón.

—Si no sabe para quién está trabajando, ¿qué le hace pensar que no son los japoneses?

—Porque Yamamoto se ha ofrecido a comprarme información.

—¿Qué información?

—Creía que yo tenía información relacionada con el nuevo acorazado francés. Me ofreció una buena suma. Es evidente que el dinero no es problema para él.

—¿Disponía usted de esa información?

—Eso no viene al caso —contestó Abbington-Westlake de forma crítica—. Lo importante es que a los japoneses les importan un bledo los gabachos, amigo. La Marina francesa no puede luchar en el Pacífico. Apenas pueden defender la bahía de Vizcaya.

—Entonces ¿para qué la quería?

—De eso se trata. Eso es lo que intento decirle. Yamamoto tenía intención de

vendérsela a alguien a quien sí le importan los franceses.

—¿Quién?

—Los alemanes. ¿Quién si no?

Bell escrutó la cara del inglés durante un minuto entero. Entonces se inclinó y dijo:

—Comandante, ahora no me cabe la menor duda de bajo esa fachada de afable arrogancia, está usted muy bien informado sobre sus compañeros de espionaje. De hecho, sospecho que sabe más acerca de ellos que de los barcos que se supone que está espiando.

—Bienvenido al mundo del espionaje, señor Bell —contestó el inglés cínicamente—. Le felicito por su reciente llegada.

—¿Qué alemanes? —preguntó Bell bruscamente.

—Bueno, no puedo decírselo con exactitud, pero...

—Usted no cree en lo más mínimo que los alemanes están pagando a Yamamoto Kenta para que espíe por ellos —lo interrumpió Bell—. ¿De quién sospecha realmente?

Abbington-Westlake sacudió la cabeza, visiblemente consternado.

—Nadie que yo conozca... ninguno de los habituales... Es como si el Caballero Negro hubiera salido galopando del aire y hubiera lanzado su guantelete sobre la mesa redonda del rey Arturo.

—Es independiente —reflexionó Bell.

—Desde luego es alguien independiente, señor Bell. Ha dado el en el clavo. Pero la posibilidad de que sea alguien que trabaja por su cuenta no hace más que plantear una pregunta más amplia. —La cara redonda de Abbington-Westlake estaba radiante de alivio, convencido de haber intrigado lo bastante a Bell para que el detective lo soltara—. ¿A quién presta sus servicios un espía independiente?

—¿En el mundo del espionaje se usan a menudo agentes independientes? —preguntó Bell.

—Se emplean todos los recursos disponibles.

—¿Alguna vez ha trabajado usted de forma independiente?

Abbington-Westlake sonrió despectivamente.

—La Marina real contrata a espías independientes. Nosotros no trabajamos para ellos.

—Me refería a usted personalmente... en caso de necesidad.

—Trabajo para la Marina de Su Majestad. No soy un mercenario. —Se levantó—. Y ahora, señor Bell, si me disculpa, creo que ya he correspondido por la fotografía. ¿Conforme?

—Conforme —dijo Bell.

—Buenas tardes, señor.

—Antes de que se marche, comandante...

—¿De qué se trata?

—He estado hablando con usted en condición de investigador privado. Sin embargo, como estadounidense, déjeme advertirle que si vuelvo a verle o me entero de que ha estado haciendo fotografías del astillero naval de Brooklyn, o de cualquier otro astillero de mi país, tiraré la cámara por el puente y a usted detrás.

Isaac Bell subió a toda prisa la escalera de la oficina de la agencia Van Dorn. El caso se complicaba cada vez más. Si Abbington-Westlake le había dicho la verdad —y Bell apostaba a que así era—. Yamamoto Kenta no era el líder de la red de espionaje que estaba atacando el Buque 44, sino uno más de sus muchos agentes. Como el alemán y Weeks, el asesino a sueldo, y quienquiera hubiera arrojado al joven experto en control de tiro por el precipicio. ¿Quién era el espía independiente? ¿Y a quién prestaba sus servicios?

Bell sabía que estaba en una encrucijada. Tenía que decidir si detener a Yamamoto y sacarle toda la información que pudiera o continuar siguiéndolo con la esperanza de que el espía japonés los llevara más alto en la cadena de engaños. Esperar conllevaba un riesgo. ¿Cuánto tardaría un profesional curtido comi

Yamamoto en descubrir a sus perseguidores y en esconderse?

Cuando Bell entró con paso resuelto en la oficina de investigación, el hombre que atendía los teléfonos dijo:

—Está aquí, señor. Acaba de entrar. —Le dio a Bell el auricular del medio—. El jefe.

—¿Dónde está?

—En Washington.

—Yamamoto acaba de subir al tren en dirección a Nueva York —dijo Van Dorn sin más preámbulos—. Va para allá.

—¿Solo?

—No si contamos a los tres hombres que lleva en el mismo vagón. Y otros que vigilan cada estación en la que para el semidirecto del Congreso.

—Vigilaré el transbordador del ferrocarril. Averiguaré a quien ha venido a ver.

Yamamoto Kenta podía elegir entre tres transbordadores distintos para cruzar el río desde la terminal de Exchange Place, en New Jersey, a la isla de Manhattan. Después de bajar del semidirecto del Congreso en la enorme estación de ferrocarriles con techo de cristal, podía tomar un barco a la calle Veintitrés, otro a Desbrosses Street cerca del Greenwich Village, o uno que llegaba hasta el centro, a Cortland Street. Incluso había un barco a Brooklyn y otro que subía por el East River hasta el Bronx. El transbordador que eligiera dependería de lo que hicieran los detectives de la agencia Van Dorn que lo seguían.

Había visto a dos detectives en su vagón. Y sospechaba que un hombre mayor vestido de pastor anglicano lo había seguido varios días antes disfrazado con un uniforme de revisor de tranvía de Washington. Había considerado bajarse del tren en Filadelfia y esquivar a los detectives que vigilaban el andén, pero, como en Nueva York le aguardaban tantas alternativas, no vio la necesidad de molestarlo interrumpiendo el viaje.

Era pasada medianoche, y la multitud que salía corriendo de la estación era poco numerosa, lo que le ofrecía menos amparo de lo que le habría gustado. Aun así, contaba con ventaja. Los detectives no eran conscientes de que sabía que habían estado siguiéndolo durante una semana. Una sonrisa se dibujó en sus labios. ¿Una aptitud natural para el espionaje? ¿O simple experiencia? Llevaba en el negocio desde antes de que muchos de los perseguidores que le pisaban los talones hubieran nacido.

Como siempre, viajaba con poco equipaje y solo llevaba una pequeña maleta. La Sociedad del Océano Negro contaba con ilimitadas reservas económicas; podría comprarse ropa nueva cuando necesitara en lugar de llevarla encima en una situación como esa, que requería moverse con rapidez. Su gabardina era de color canela, tan clara que casi era blanca. Su sombrero era de un tono distintivo parecido: un panamá

delicadamente tejido con una cinta oscura.

En el punto donde se unían el andén del tren y la sala de llegadas, vio al pastor anglicano avanzando a grandes pasos y haciendo señas a un hombre alto al que había visto por última vez en Camden, New Jersey. La frenética investigación que llevado a cabo en Washington —a raíz del descubrimiento de que lo estaban siguiendo— le había llevado a creer que el detective en cuestión era el legendario Isaac Bell. Bell había llevado un traje blanco y un sombrero de ala ancha en la botadura del *Michigan*. Esa noche iba vestido como un marinero con un suéter ceñido y un gorro de punto que tapaba su llamativo cabello dorado. Yamamoto sonrió para sus adentros. A ese juego podían jugar dos.

Arrastrado por el torrente de pasajeros y mozos de estación cargados con baúles, Yamamoto siguió los indicadores desde la sala de llegadas hasta la parada del transbordador. Una hilera de transbordadores esperaban en sus gradas: espléndidos gigantes de color rojo vino con los extremos iguales y dos cubiertas, imponentes como acorazados y bautizados con nombres de grandes ciudades estadounidenses: *Cincinnati*, *St. Louis*, *Pittsburg*, *Chicago*. Con los motores en marcha y las hélices empujándolos junto a sus embarcaderos, ofrecían al espía japonés opciones adicionales a la hora de decidir en qué cubierta viajar.

Unos grupos de caballos de tiro que hacían sonar las herraduras subían vagones de mercancías a bordo de las cubiertas para vehículos de gama baja, enormes espacios que compartían con automóviles y camiones. Los pasajeros de a pie podían viajar al lado de ellos, separados por los mamparos de los camarotes de pasajeros situados en los flancos de la embarcación. Los camarotes principales estaban arriba. Al ser pasajero de primera, Yamamoto podía disfrutar de la breve travesía por el río en un camarote privado. Había uno reservado a los caballeros y otro a las damas. O podía quedarse al aire libre, donde el viento salado del puerto dispersaría el humo y las cenizas.

Elegió un transbordador no por su destino sino por el hecho de que sus marineros de cubierta estuvieran cerrando la persiana, impidiendo subir a bordo a más pasajeros.

—¡No tan deprisa, chinito! —le gritó a la cara un fornido marinero.

Yamamoto ya tenía diez dólares en la mano. Los ojos del hombre se abrieron mucho al percatarse de su buena suerte, y alargó la mano para cogerlos gritando:

—Apúrese, señor. Apúrese.

Yamamoto pasó por delante de él y se internó en el barco, dirigiéndose a la escalera que subía a la cubierta superior con paso ligero.

El silbato emitió una brusca nota de tenor. La cubierta dejó de vibrar cuando las hélices que la sostenían dejaron de girar. Entonces el enorme barco se sacudió de proa a popa, y las hélices dieron marcha atrás para sacarlo de la grada.

Yamamoto llegó a la escalera de madera tallada de forma ornamental que ascendía formando una elegante curva. Por primera vez, miró atrás echando una

rápida ojeada por encima del hombro. Vio a Isaac Bell corriendo a toda velocidad al borde de la grada. Al llegar al borde, el detective se lanzó al aire en un intento por cubrir de un salto el hueco que se ensanchaba rápidamente. El espía japonés esperó para confirmar que Bell se había caído en el agua revuelta.

Isaac Bell aterrizó grácilmente como una gaviota, se dirigió a grandes zancadas a la persiana y entabló conversación con los marineros de cubierta.

Yamamoto subió corriendo la escalera. Enseñó el billete de tren para entrar en el salón de caballeros de primera clase, se dirigió a la sala, entró en un compartimento y cerró la puerta. Dio la vuelta a su gabardina y dejó al descubierto el forro negro. La cinta de su sombrero estaba formada por múltiples capas de seda. La desenrolló hasta tener un largo pañuelo, dobló el ala de su panamá hacia abajo y se lo ató a la cabeza con el pañuelo. El toque final estaba guardado en su maleta. Lo único que tenía que luego era esperar a que todos los hombres hubieran salido del camarote de primera cuando el transbordador atracara. Acababa de abrir su maleta cuando el rugido de las hélices cesó repente bajo sus pies.

El impulso hacia delante disminuyó tan rápido que tuvo que apoyarse en la pared. El silbato emitió tres breves toques. Las hélices rugieron de nuevo y sacudieron la cubierta. Y para gran horror e incredulidad de Yamamoto, el gigantesco transbordador entró en la grada del muelle de la que acababa de salir.

El más ruidoso de los cientos de pasajeros molestos del transbordador de la línea de ferrocarriles de Pennsylvania fue un senador de Estados Unidos. Se puso a gritar como un león furioso al capitán del transbordador:

—¿Qué demonios pasa? Llevo todo el día de viaje desde Washington y llego tarde a una reunión en Nueva York.

Nadie se atrevió a preguntar a un senador que viajaba sin su esposa con quién iba a reunirse a medianoche. Ni siquiera el capitán del transbordador, un veterano barquero de North River, tuvo el valor de explicarle que un detective de la agencia Van Dorn vestido de marinero de cubierta había irrumpido en la timonera y había sacado de su cartera un pase de ferrocarril que él no había visto en su vida. El documento exigía que todos los empleados le concedieran una serie de privilegios que superaba a los reservados incluso a un senador que votaba religiosamente a favor de la legislación que aprobaban los ferrocarriles. Escrito a mano, firmado y sellado por el presidente de la compañía, y con la veracidad que atestiguaba un juez federal, el documento invalidaba a todos los controladores de transportes. Sus únicos límites eran el sentido común y las normas de seguridad.

—¿Qué ha hecho para conseguir ese pase? —había preguntado el capitán al tiempo que comunicaba apresuradamente señales a la sala de máquinas que detuvieran los motores.

—El presidente me ha devuelto un favor —había contestado el detective—. Y

siempre le digo al presidente si sus empleados me han tratado amablemente.

De modo que el capitán le dijo al legislador:

—Tenemos una avería mecánica, senador.

—Demonios, ¿cuánto vamos a tener que esperar aquí?

—Todos los pasajeros están desembarcando para tomar el siguiente barco, señor. Deje que le lleve el equipaje.

El capitán cogió la maleta del senador, lo condujo a la cubierta principal y a la pasarela, donde unos detectives de rostro impassible le observaban cómo los pasajeros se marchaban atropelladamente.

Isaac Bell permanecía detrás de los otros detectives, observando por encima de sus cabezas todas y cada una de las caras. La forma en que Yamamoto había decidido marcharse —subiendo en el último instante— dejaba claro que los rastreadores habían metido la pata, y el espía japonés sabía que lo estaban siguiendo. Ahora era una persecución en toda regla.

Trescientos ochenta pasajeros, hombres, mujeres y niños soñolientos pasaron arrastrando los pies. Menos mal, pensó Bell, que había ocurrido en mitad de la noche. Los barcos transportaban a miles de pasajeros en hora punta.

—Ese es el último.

—Muy bien. Ahora registraremos hasta el último rincón del barco. Está escondido en alguna parte.

Una anciana menuda ataviada con un largo vestido negro, un chal y un sombrero de paja atado a la cabeza con un pañuelo oscuro subió a un tranvía delante de la terminal de Exchange Place, en New Jersey. El trayecto a la ciudad de Hoboken era lento y estaba lleno de paradas. El tranvía rodeó la plaza entre las calles *Ferry* y *River*, y entonces la anciana aceleró el viaje bajando al primero de los metros completados que conectaban Manhattan con New Jersey. Por cinco centavos, subió a un tren eléctrico de ocho vagones tan nuevo que olía a pintura.

El tren la llevó volando por debajo del río Hudson. Diez minutos después de haber subido, salió del metro en la primera estación de Nueva York. Los revisores que manejaban las puertas neumáticas se cruzaron una mirada. El barrio situado entre las calles Christopher y Greenwich, encima del techo aboveda perfectamente iluminado del metro, no era ni de lejos tan agradable como la estación subterránea, sobre todo a esas horas la noche. Antes de que pudieran advertirla a gritos, la mujer pasó a toda prisa por delante de una bonita floristería al pie de la escalera —que estaba cerrada, con las luces todavía encendidas iluminando las flores— y desapareció.

Al salir a la calle encontró una oscura plaza de sucios adoquines. Los almacenes asomaban por encima de residencias antaño elegantes que habían sido divididas hacía mucho tiempo en pensiones. Llamó la atención de un gamberro, quien la siguió y se acercó a ella a medida que se aproximaba a un callejón. Ella se volvió de repente, le

encañonó la frente con una pequeña pistola y dijo con una suave voz de hombre con un leve acento que el gamberro no había oído antes:

—Si me llevas a un sitio con una habitación limpia donde pueda pasar la noche, puedo pagarte generosamente. O puedo apretar el gatillo. Lo dejaré a tu elección.

—Tengo un trabajito para Harry Wing y Louis Loh —dijo Ojos O'Shay.

—¿Para quién? —preguntó Tommy Thompson, quien empezaba a pensar que estaba viendo a Ojos más a menudo de lo que deseaba.

—Tus miembros de la Hip Sing —dijo impacientemente Ojos—. Aquellos chinos elegantes de la sociedad secreta con los que te asociaste el mismo día que yo volví de entre los muertos. Deja de hacerte el tonto conmigo. Ya hemos hablado de esto antes.

—Te he dicho que no tienen nada que ver conmigo. Yo solo hice un trato con ellos para abrir unos garitos.

—Tengo un trabajo para ellos.

—¿Para qué me necesitas?

—No quiero reunirme con ellos. Quiero que tú trates con ellos por mí. ¿Lo entiendes?

—No quieres que te vean el careto.

—Ni que sepan nada de mí. Ni una palabra, Tommy. A menos que quieras pasar el resto de tu vida ciego.

Tommy Thompson ya estaba harto. Se recostó en su silla, inclinándola sobre las dos patas traseras y dijo con frialdad:

—Me están entrando ganas de coger una pistola y volarte los sesos, O'Shay.

Brian O'Shay se levantó en un abrir y cerrar de ojos. Dio una patada a una pata de la silla y la hizo astillas. El jefe de la banda se cayó al suelo. Al oír el ruido, que recorrió el edificio, los gorilas de Tommy entraron corriendo en la habitación. Se pararon en seco. O'Shay había hecho una llave de cabeza a su jefe y lo tenía inmovilizado con una rodilla en el suelo y la cara vuelta hacia el techo, rozándole el ojo izquierdo con su gubia.

—Habla con tus hombres.

—Largaos —dijo Tommy con la voz estrangulada.

Los matones salieron de la estancia andando hacia atrás. O'Shay lo soltó bruscamente, dejó caer al corpulento hombre boca arriba y se levantó para limpiarse el serrín de los pantalones.

—Esto es lo que quiero —dijo en tono familiar—: quiero que mandes a Harry Wing y Louis Loh a San Francisco.

—¿Qué hay en San Francisco? —preguntó Tommy hoscamente, mientras se ponía en pie y cogía una botella de su escritorio.

—El arsenal naval de Mare Island.

—¿Qué coño es eso?

—Un astillero naval. Como el astillero naval de Brooklyn. Es donde reabastecerán y pintarán la quilla a los barcos de la Gran Flota Blanca antes de zarpar

hacia Honolulu, Auckland y Japón.

—Ojos, ¿en qué demonios andas metido?

—En el arsenal naval de Mare Island hay un almacén de munición. Quiero que Harry Wing y Louis Loh lo vuelen.

—¿Volar un astillero? —A Thompson se le cayó la botella y se levantó de un brinco—. ¿Estás loco?

—No.

Tommy miró a su alrededor frenéticamente como si de repente hubiera policías con las orejas apoyadas en los muros bien protegidos.

—¿Por qué me cuentas eso?

—Porque, cuando el almacén de Mare Island explote, tienes la posibilidad de ganar más pasta de la que has visto en tu vida.

—¿Cuánto?

Ojos se lo dijo, y el comodoro Tommy se sentó, sonriendo.

El detective John Scully siguió peinando Chinatown ataviado con varios disfraces. Un día fue un vendedor ambulante, al día siguiente un trapero, después un borracho durmiendo al raso en condición de soldado del «ejército de bancos de parques» y un funcionario del departamento de sanidad de la ciudad que acumulaba suficientes sobornos para reducir gastos. Continuamente recibía pistas sobre la banda de los Gopher al dirigirse hacia el centro. Las prostitutas hablaban tristemente de una selecta casa de juego fumadero de opio donde eran muy quisquillosos con las chicas a las que contrataban. Pero la novia de un jefe de la sociedad Hip Sing regentaba personalmente el local, y te trataba honradamente.

—¿Chicas chinas? —preguntó Scully con los ojos muy abiertos, lo que hizo reír a las mujeres con las que estaba bebiendo en Canal Street.

—En Chinatown no hay chicas chinas.

—¿No hay chicas chinas?

—No se les permite traerlas al país.

—¿Y de dónde sacan a las chicas?

—Son irlandesas. ¿Qué te parece?

—¿La novia de un chino es irlandesa? —preguntó Scully como si semejante combinación le resultara inimaginable.

Una de las mujeres bajó la voz y miró a su alrededor antes de susurrar furtivamente:

—Tengo entendido que es una Gopher.

Al oír eso, Scully no tuvo que fingir el asombro de un pueblerino. Se trataba de algo tan insólito que o era imposible o era una prueba de una extraña y peligrosa nueva alianza entre Hell's Kitchen y Chinatown.

Scully sabía que debía informar al cuartel general del más mínimo indicio de

coalición entre la sociedad secreta china y los Gopher. O como mínimo confiárselo a Isaac Bell. Pero su instinto y sus años de experiencia le decían que estaba apunto de hacer un avance muy importante que permitiría resolver el caso del Buque 44. Sentía que le faltaba tan poco para enterarse de lo que tramaban que decidió no informar hasta pasados uno o dos días.

¿Habían ofrecido los Gopher a la chica como premio para sellar el trato? ¿O lo había iniciado ella? Según Harry Warren, las Gopher solían ser unas criminales más peligrosas que los hombres: mucho más listas y más retorcidas. Fuera cual fuese la relación existente, el detective John Scully consideraba una cuestión de honor personal entrar en el hotel Knickerbocker con el caso resuelto en lugar de con un miserable rumor.

Días más tarde dio con un filón.

Llevaba otra vez el disfraz de paletto. Un traje torpemente confeccionado que le quedaba muy holgado sobre su ancho cuerpo. La vuelta del pantalón apenas le cubría la parte de arriba de las botas pasadas de moda. Sin embargo, el caro sombrero de paja nuevo comprado en la tienda de Brooks Brothers en Broadway oscurecía su cara redonda, y la cadena del reloj de bolsillo que relucía en el bulto de su chaleco constituía una señal clara de que era un próspero candidato a ser estafado.

Entró en una ópera china de Doyers Street, que los periódicos habían bautizado poco antes como la «Esquina sangrienta» debido a la breve y deshonesta reputación de la calle como campo de batalla de las sociedades secretas enfrentadas Hip Sing y On Leong. En algún lugar de Doyers, había oído, se encontraba local de la Hip Sing que ofrecía chicas hermosas, el opio más puro y una ruleta manejada por un crupier que conocía su oficio.

El detective había probado suficiente opio y ruletas para evitar la ruleta. No tenía nada en contra de las chicas hermosas, pero por algún motivo que no acababa de entender solían tomarle simpatía. Y cuando eso ocurría, el opio no hacía más que mejorar lo que ya era bueno.

Cuando volvió a la calle después de observar el espectáculo durante un rato, un paletto auténtico estaba contemplando una bandera de Estados Unidos en un asta que asomaba de una buhardilla en el tercer piso del edificio de la ópera.

—¿La ópera china? —preguntó a Scully—. ¿Cómo es?

—No he oído ópera —contestó Scully—. Gritan como condenados. Pero los disfraces y el maquillaje son harina de otro costal. Le dejarán pasmado.

—¿Hay chicas?

—Es difícil saberlo.

El paletto le tendió la mano.

—Tim Holland. Latonería de Waterbury.

—Jasper Smith. Artículos de confección de Schenectady —respondió Scully, y entonces oyó la pesadilla de todo detective.

—¿Schenectady? Entonces seguro que conoce a mi primo Ed Keheller. Es el

presidente de la Sociedad Rotaria en Schenectady.

—No desde que se escapó con la sobrina de mi mujer.

—¿Qué? No, debe de haber un error. Ed es un hombre casado.

—Solo con pensarlo me hierva la sangre. La pobre chica apenas tiene quince años.

Holland se retiró aturdido hacia Mott Street. Scully siguió merodeando entre la entrada de la ópera y una ventana salediza protegida con tela metálica. No tardó en descubrirlo un maleante que se dedicaba a captar clientes.

—¿Quieres pasarlo bien, hermano?

Scully lo miró. De mediana edad, con muy pocos dientes y ropa andrajosa, un antiguo chico del Bowery, alguien que ya no era violento pero que estaba totalmente dispuesto a entregarlo a los que sí lo eran a juzgar por la mirada fija en la cadena del reloj de Scully.

—¿Quieres conocer chicas?

Scully señaló hacia Mott Street.

—Se acaba de marchar un tipo con un sombrero de paja que estaba buscando chicas.

—¿Y tú? ¿Quieres ver adictas majaretas en un fumadero de opio?

—Lárgate.

El individuo interpretó su expresión como una advertencia y se fue a por el hombre de Waterbury. Scully siguió merodeando.

Sin embargo, hasta el momento, había sido inútil. No había descubierto nada desde que se había plantado delante de la ópera. Ni rastro de clientes que fueran y vinieran. Tal vez era demasiado pronto. Pero en esos sitios solían mantener las cortinas echadas y el juego en marcha las veinticuatro horas del día. Se quedó a esperar otra hora, pero tenía la sensación de que no estaba consiguiendo nada. Los tipos que captaban clientes como al que había echado con cajas destempladas nunca lo llevarían a lugar tan selecto. De modo que siguió rechazándolos mientras observaba, con la esperanza de que los clientes que llegaban le señalaran el camino.

Entonces presenció una imagen fuera de lo normal. Andando con paso ligero y lanzando miradas de inquietud a un policía que parecía estar siguiéndola, se acercaba una chica irlandesa de tez blanca con un bebé chino en brazos. Era fornida como un albañil y tenía el tipo de mirada risueña y pizpireta que Scully apreciaba. La saludó con el sombrero e hizo sitio en la estrecha acera cuando la mujer pasó a toda prisa hacia Mott. De cerca, el bebé no parecía del todo chino, pues tenía la cabeza coronada por un mechón de pelo rubio.

El policía rozó a Scully al pasar y alcanzó a la mujer en la esquina de Doyers. El agente escudriñó con recelo su manta. Scully se acercó sin prisa, sospechando lo que ocurriría.

—Voy a tener que llevármela.

—¿Por qué? —preguntó la madre.

—Es por su propia seguridad. Todas las mujeres blancas casadas con chinos tienen que demostrar que no han sido secuestradas y hechas prisioneras.

—¿Secuestrada? No me han secuestrado. Voy a comprar para prepararle la cena a mi marido.

—Tendrá que enseñarme su permiso de matrimonio si quiere que me lo crea.

—Por el amor de Dios, no lo llevo encima. Usted sabe que estoy casada. Solo me está haciendo pasar un mal trago porque espera que le pague.

El policía se ruborizó enojado.

—Usted se viene conmigo —dijo, y la cogió del brazo.

John Scully se acercó a él.

—Agente, ¿podemos hablar en privado?

—¿Quién es usted? Largo de aquí.

—En el sitio del que vengo, el dinero lo puede todo —dijo Scully, dándole los billetes que tenía en la mano.

El policía se dio media vuelta y regresó pesadamente hacia el Bowery.

—¿Por qué ha hecho eso?

La mujer tenía lágrimas de ira en los ojos.

—Me ha parecido buena idea —contestó Scully—. ¿La molestan mucho?

—A todas las que nos casamos con chinos nos molestan. Como si una chica no pudiera decidir con quién quiere casarse. No soportan que una mujer blanca se case con un chino, así que dicen que lo hicimos porque somos adictas al opio. ¿Qué hay de malo en casarse con un chino? El mío se desloma trabajando. Vuelve a casa de noche. No bebe. No me pega. Claro que lo tumbaría si lo intentara. Es un tipo menudo.

—¿No bebe? —preguntó Scully—. ¿Fuma opio?

—Vuelve a casa para la cena. —La madre sonrió—. Yo soy su opio.

Scully respiró hondo, miró a su alrededor sintiéndose culpable y susurró:

—¿Y si alguien quisiera fumar un poco para ver cómo es?

—Le diría que está jugando con fuego.

—Bueno, digamos que esa persona quisiera arriesgarse. No soy de por aquí. ¿Hay algún sitio seguro para probarlo?

La mujer puso los brazos en jarras y lo miró fijamente a la cara.

—He visto el dineral que le ha dado a ese poli. ¿Tiene mucho dinero?

—Sí, señora. Me han ido muy bien las cosas, pero ha llegado el momento de soltarme un poco. Tengo muchas ganas de probar algo nuevo.

—Con su pan se lo coma.

—Sí, señora. Así lo veo yo. Pero pagaría de más para ir a un sitio donde no me pegaran en la cabeza.

—Pues lo tiene justo delante.

Señaló la ópera sacudiendo la cabeza. Scully alzó la vista a las altas ventanas del segundo piso.

—¿Ahí dentro? Acabo de salir de oír la ópera.

—Arriba hay un sitio para jugadores empedernidos. Allí puede probar el opio. Y otras cosas.

—¿Aquí mismo?

Scully se rascó la cabeza y fingió quedarse boquiabierto. Se había acercado mucho con sus pesquisas, pero sin ella habría estado buscando toda la semana. Eso demostraba que las buenas obras tenían su recompensa.

—Vaya a la galería como si quisiera oír la ópera. Suba hasta la parte de atrás y verá una puerta pequeña. Llame, y le harán pasar.

—¿Así de fácil?

—Para los chinos solo hay dos clases de personas: los extraños de fuera, y la familia y los amigos de dentro.

—Pero yo soy un extraño.

—Dígales que Sadie le manda y no será un extraño.

Scully sonrió.

—¿Así que usted ha jugado con fuego?

—No. —Ella se rió y le dio una palmada en el hombro—. No diga bobadas. Conozco a algunas de las chicas.

Scully compró otra entrada, subió a la galería, volvió la espalda a los gritos procedentes del escenario, ascendió a la parte de arriba y llamó a la puerta que la mujer le había indicado. Oyó que abrían una mirilla, y esbozó la sonrisa de inseguridad de un hombre que está fuera de su territorio. La puerta se entreabrió, protegida por una fuerte cadena.

—¿Qué quiere? —preguntó un chino robusto.

Scully vislumbró el mango de un hacha de mano que sobresalía bajo su túnica.

—Me manda Sadie.

—Ah.

El guardia soltó la cadena, abrió la puerta y dijo solamente:

—Pase.

Señaló a lo alto de una escalera alfombrada, y Scully subió hasta penetrar en un ambiente cargado de un humo de olor dulzón.

A primera vista, el detective no tuvo que fingir el asombro de un pueblerino al contemplar el vasto espacio bañado de luz dorada. Tenía un techo entoldado de tela roja, y hasta el último centímetro de las paredes estaba cubierto de cortinas, tapices y paños de seda pintados que representaban dragones, montañas y chicas bailando. Decorado con recargados muebles de madera tallada e iluminado con farolillos de colores, parecía, pensó Scully, su concepto de la sala del trono de un palacio pekinés, exiliando los guardias eunucos.

Sicarios de la sociedad Hip Sing de aspecto peligroso vestidos con trajes de oficina oscuros vigilaban la ruleta, las mesas de *fan-tan* y las chicas guapas que llevaban pipas de opio a los clientes arrellanados en sofás. Las chicas, vestidas con faldas ajustadas con raja hasta las rodillas, eran blancas, pero las que tenían el pelo

moreno estaban maquilladas para que parecieran chinas. Tal como habían dicho las prostitutas, en Chinatown las mujeres chinas de verdad escaseaban más que los dientes de gallina.

Los clientes que se hallaban repantigados semiconscientes en medio del humo eran una mezcla de hombres amarillos y blancos. Vio a prósperos comerciantes chinos, algunos con chaquetas mandarinas tradicionales, otros con trajes holgados y bombines o sombreros de paja. Entre los blancos había petimetres de la Quinta Avenida y universitarios ricos, la clase de jóvenes que echaban mano de los talonarios de cheques de sus padres para saldar sus deudas de juego. Los más interesantes eran una pareja gángsters feísimos con trajes ceñidos y corbatas chillonas; Scully habría apostado el sueldo de un mes a que eran miembros los Gopher de Hell's Kitchen.

¿Cuánto tiempo llevaban todos allí? Él había estado horas fuera y no había visto a ninguno de ellos entrar. Era evidente que el local tenía otra entrada en otra calle aparte de la de Doyers. Había estado esperando delante de la puerta trasera mientras ellos entraban por la principal.

Un hombre blanco se incorporó en su sofá, se puso su bombín en la cabeza y bajó los pies al suelo de forma inestable. Cuando se levantó, las miradas de ambos coincidieron. Scully se quedó pasmado. ¿Qué demonios hacía allí Harry Warren?

Los dos detectives apartaron la vista bruscamente.

¿Había oído Harry los mismos rumores que había descubierto él? No, calculó de nuevo Scully. Harry Warren debía haber estado siguiendo a los Gopher. Así es como había llegado allí. El especialista en bandas todavía no estaba al tanto de la alianza entre la Hip Sing y los Gopher. Había seguido a un miembro de los Gopher y había acabado dentro, sin pararse a atar cabos. Scully llevaba mucha ventaja a Harry y sus supuestos expertos, pensó orgullosamente. Antes de acabar vencería a los detectives de la oficina de Van Dorn en Nueva York en su propia ciudad.

Dos chicas se cruzaron en su camino.

Una era una irlandesa morena con una bonita figura maquillada como una china. La otra era una pelirroja menuda, un auténtico bombón, con los ojos azules tan brillantes que lanzaban destellos a la tenue luz de los farolillos. A Scully le recordó a Lillian Russell en sus años de esbeltez, aunque podía ser el efecto del enorme sombrero que llevaba, con el ala vuelta hacia arriba, o una reacción natural a las embriagadoras nubes de humo penetrante, o la capa de pintura y polvos aplicada en abundancia como el maquillaje de una actriz en una cara que no necesitaba el más mínimo aderezo.

La pelirroja despachó a la chica morena con un brusco gesto de cabeza.

A Scully se le aceleró el pulso. Pese a lo joven que era, la chica se comportaba como si fuera la *madame* del local. La novia del jefe de la Hip Sing a la que él había estado buscando.

—Bienvenido a nuestro humilde establecimiento —dijo, y Scully le recordó una

princesa china de un teatro de vodevil. Salvo que ella tenía un genuino acento de Hell's Kitchen—. ¿Cómo nos ha encontrado?

—Me manda Sadie.

—Sadie nos ha concedido un gran honor. ¿En qué puedo servirle, señor?

Scully se quedó boquiabierto cual paleta, como si estuviera abrumado ante las distintas posibilidades. De hecho, estaba un poco abrumado. Ella hablaba de negocios como cualquier madama que se precie, pero lo miraba fijamente a los ojos como si se tuviera ofreciendo a sí misma. Y ella, tenía que reconocer el deslumbrado Scully, estaba muy por encima de la media.

—¿En qué puedo servirle?

—Siempre he querido probar un poco de opio.

Ella puso cara de decepción.

—Lo puede conseguir en la botica. ¿De dónde es usted?

—De Schenectady.

—¿No puede conseguir opio en una farmacia un hombre con sus medios?

—Me daba un poco de miedo hacerlo en casa, no sé si sabe a lo que me refiero.

—Claro. Lo entiendo. Bueno, que sea opio. Acompañeme.

Le tomó las manos en las suyas, que eran pequeñas, fuertes y cálidas. Lo llevó hasta un sofá medio oculto con cortinas y le ayudó a ponerse cómodo, con la cabeza apoyada sobre unos suaves cojines. Una de las chicas «chinas» maquilladas le trajo una pipa.

—Que lo pase bien —dijo la pelirroja—. Volveré más tarde.

—Los Gopher han cogido a uno de mis chicos —dijo Harry Warren por teléfono a Isaac Bell, que estaba en el Knickerbocker.

—¿A quién?

—Al pequeño Eddie Tobin, el joven.

Bell corrió al hospital Roosevelt entre la calle Cincuenta y nueve y la Novena Avenida.

Harry lo interceptó en el pasillo.

—Lo pondré en una habitación propia. Si el jefe no la paga, la pagaré yo.

—Le patearon la cara con unas hojas de hacha en las botas, le rompieron el cráneo con una tubería, le partieron el brazo derecho y las dos piernas.

—¿Sobrevivirá?

—Los Tobin son gabarreros de Staten Island (ostras, remolcadores, contrabando), así que es un chico duro. O lo era. Es difícil saber cómo puede sobrevivir un hombre a una paliza o esa. Que yo sepa, fueron cuatro. No pudo hacer nada.

Bell entró en la habitación y permaneció con los puños apretados delante del detective inconsciente. Tenía la cabeza entera envuelta en gruesas vendas blancas que rezumaban sangre. Un doctor estaba deslizándose poco a poco un estetoscopio sobre su pecho. Una enfermera permanecía a la espera vestida de lino almidonado.

—No escatime en gastos —dijo Bell—. Quiero que haya una enfermera con él día y noche.

Se reunió con Harry Warren en el pasillo.

—Esta es tu ciudad, Harry. ¿Qué vamos a hacer?

El experto en bandas vaciló; era evidente que no estaba contento con la respuesta que tenía que darle.

—No se atreven a enfrentarse a nosotros de uno en uno. Pero los Gopher son muchos más que nosotros, y, si estalla una guerra, la librarán en su propio territorio.

—Ya ha estallado la guerra —dijo Isaac Bell.

—La policía no nos ayudará. Tal como funciona la ciudad, los políticos, los constructores, la iglesia, la policía y los gánsters se la reparten. Mientras nadie se vuelva tan avaricioso que los reformistas se hagan con el control de la situación, no se molestarán entre ellos porque un detective privado haya recibido una paliza. Así que estamos solos. Mira, Isaac, esto es muy raro. No es propio de Tommy Thompson tomarse unas molestias que no tiene por qué tomarse. ¿Un mensaje para decirnos que los dejemos en paz? Algo así se hace a una banda rival: los Duster o los Five Pointer. Él sabe que esto no se le hace a los detectives. Es como admitir que está recibiendo órdenes del espía.

—Quiero que le devuelvas el mensaje.

—Puedo hacer que el recado llegue a unas personas que se lo transmitirán, si es lo que quieres.

—Diles que Isaac Bell está enviando un telegrama a su viejo amigo Jethro Watt, jefe de la Policía Ferroviaria de la Southern Pacific en el que le pide que mande doscientos agentes a Nueva York para vigilar los apartaderos de mercancías de la Undécima Avenida.

—¿Puedes hacer eso?

—Jethro siempre tiene ganas de pelea, y sé a ciencia cierta que las compañías de ferrocarriles están hartándose de que les roben los trenes de mercancías. Tommy Thompson se lo pensará dos veces antes de volver a atacar a un detective. Puede que los agentes de la policía ferroviaria no sean muchos, pero son muy duros, y solo le temen a Jethro. Hasta que lleguen aquí, que ninguno de tus hombres vaya solo. Dos detectives o más por caso, y que tengan cuidado cuando estén fuera de servicio.

—Hablando de estar solo, me tropecé con tu amigo John Scully.

—¿Dónde? Hace semanas que no sé nada de él.

—Seguí a un teniente de los Gopher hasta Chinatown. Un punto muerto. Se pasó el día fumando opio. Scully entró en el garito engatusado como un turista.

—¿Qué estaba haciendo Scully?

—La última vez que lo vi, encendiendo una pipa.

—¿De tabaco? —preguntó Bell, dudando que lo fuera.

—Me temo que no.

Bell miró a Harry Warden.

—Bueno, si tú pudiste sobrevivir, Scully también sobrevivirá.

Cuatro altas chimeneas negras y dos mástiles todavía más altos sobresalían del transatlántico de vapor *Kaiser Wilhem der Grosse II* en el cielo lleno de humo a las afueras del Greenwich Village. Su proa recta descollaba sobre los remolcadores, el muelle y las flotas de cabriolés tirados por caballos y taxis motorizados.

—Aquí está bien, Dave —dijo Isaac Bell por el tubo acústico de una limusina Packard verde oscuro proporcionada por padre de Lillian, la mujer de Archie Abbott.

El magnate ferroviario no podía ir a recibir el barco de su querida hija, pues estaba recorriendo el continente en su tren privado: detrás de alguna línea de ferrocarril que añadir a su imperio, suponía Bell. El detective, que tenía motivos urgentes para hablar con Archie, se había ofrecido a sustituirlo.

—Recógeme en Jane Street cuando ellos hayan subido.

Salió a los adoquines y observó la pasarela. Como era esperar, los recién casados fueron los primeros en salir del barco acompañados a tierra por unos atentos ayudantes del comisario y seguidos de cerca por un grupo de reporteros de periódicos, quienes habían subido a bordo del barco en Sandy Hook para recibir a la pareja joven más estimulante de Nueva York. En el muelle había más reporteros

esperando. Algunos tenían cámaras. Otros estaban acompañados de dibujantes.

Bell, que prefería no ver su cara en los quioscos mientras investigaba de incógnito, se retiró del muelle y esperó en la calle con casas bajas y caballerizas.

Quince minutos más tarde la limusina redujo la velocidad, y subió ágilmente.

—Disculpa el alboroto —dijo a modo de saludo el aristócrata Archibald Angell Abbott IV, estrechándole la mano. Se habían hecho amigos íntimos cuando boxeaban representando a universidades rivales—. Toda Nueva York se muere por ver a mi candorosa esposa.

—No me extraña —dijo Bell, besando afectuosamente a la joven y hermosa Lillian en la mejilla antes de ponerse cómodo en el asiento abatible situado enfrente de la pareja—. Lillian, estás absolutamente radiante.

—Échale la culpa a mi marido.

Ella se echó a reír, pasándole los dedos a Archie por su tupido cabello pelirrojo.

Cuando llegaron a la mansión de piedra caliza en Park Avenue, Bell y Archie hablaron en la intimidad de la biblioteca.

—Ella está radiante —dijo Bell—. Pero tú pareces molido.

Archie alzó su vaso con la mano temblorosa.

—Juergas toda la noche, visitas a catedrales y fiestas en casas de campo todo el día, y luego más juergas. Uno se olvida de la energía que tenía a los diecinueve.

—¿Qué has descubierto en el barco?

—Los europeos están buscando pelea —contestó Archie seriamente—. A todos les preocupa quién dará el primer golpe. Los británicos están convencidos de que la guerra será con Alemania. Saben que los alemanes tienen un ejército inmenso, y los militares alemanes cuentan con la confianza del káiser. ¡Demonios, el ejército y la Marina cuentan con el corazón y las bendiciones del káiser!

»Los alemanes están convencidos de que habrá guerra con Inglaterra porque los ingleses no tolerarán un Imperio alemán en expansión. Los británicos saben que derrotar a la Marina alemana no garantizaría la victoria, mientras que la derrota de la Marina británica pondría fin al Imperio de Inglaterra. Y por si fuera poco, los alemanes sospechan que Rusia les atacará para frustrar una revolución distrayendo a sus campesinos con una guerra. Si eso ocurre, temen los alemanes, Gran Bretaña se pondrá de parte de Rusia porque Francia está aliada con los rusos. De modo que Alemania obligará a Austria y Turquía a ponerse de su lado. Pero ninguno de esos idiotas entiende que sus alianzas provocarán una guerra como no se ha visto jamás.

—¿Tan funesto es el panorama?

—Por suerte para nosotros, ninguno de ellos quiere tener por enemigo a Estados Unidos.

—Por ese motivo me pregunto si Inglaterra y Alemania están intentando hacer creer a Estados Unidos que el otro es su enemigo —dijo Bell.

—Ese es el tipo de discusión bizantina que he oído en el barco —dijo Archie—. Tienes una mente perversa.

—Últimamente he estado frecuentando a gente poco recomendable.

—Creía que tenías una educación de Yale —dijo Archie, que había estudiado en Princeton.

—Cortejando a Estados Unidos para que sea su aliado, Inglaterra y Alemania podrían estar maniobrando en secreto para que su enemigo parezca nuestro enemigo.

—¿Y los japoneses?

—El capitán Falconer dice que cualquier cosa que relaje el control europeo en el Pacífico animará a los japoneses. Permanecerán al margen mientras puedan y luego se pondrán de parte del ganador. Sinceramente, parece poseído por el miedo a los japoneses. Los vio de cerca en la guerra ruso-japonesa, así que cree que los conoce mejor que la mayoría. Insiste en que son unos brillantes espías. En cualquier caso, respondiendo a tu pregunta, hemos tenido a un japonés vigilando durante una semana. Por desgracia, nos ha dado esquinazo.

Archie sacudió la cabeza con fingida consternación.

—Me marchó de viaje de luna de miel, y la agencia de detectives se va al garete. ¿Dónde crees que está?

—La última vez que fue visto estaba en el transbordador del ferrocarril a Nueva York. Estamos peinando la ciudad. Él es la clave del caso. Necesito encontrarlo desesperadamente.

—Ya tienes el informe sobre Riker & Riker —comunicó Grady Forrer cuando Bell regresó al cuartel general—. Está en tu mesa.

Erhard Riker era el hijo del fundador de Riker & Riker, importadores de piedras y metales preciosos para las industrias joyeras de Nueva York y Newark. El más joven de los Riker había ampliado la empresa desde que se había hecho cargo de ella hacía siete años, cuando su padre había muerto en el fuego cruzado de la guerra de los Boers en Sudáfrica. Iba y venía regularmente de Estados Unidos a Europa en transatlánticos de lujo, con preferencia por el *Wilhelm der Grosse* alemán y el *Lusitania* británico, a diferencia de su padre, que había sido pasajero habitual de buques de vapor más antiguos y sobrios como el *Umbría* de Cunard Line y el *Havel* de North German Lloyd. Un dato llamó la atención de Bell: Riker & Riker tenían su propio servicio de seguridad privado tanto para vigilar los envíos de joyas como a escoltar al propio Riker cuando llevaba objetos de valor.

Bell buscó al jefe de investigación.

—¿Son habituales los servicios de vigilancia privados en el sector de la joyería?

—Parece que son europeos —contestó Grady Forrer—. Viajan donde les dicen.

—¿A qué clase de hombres contrata?

—A gorilas finos. La clase de tipos que se pueden vestir con ropa elegante.

Un recepcionista asomó la cabeza por la puerta.

—Una llamada de teléfono para usted, señor Bell. Se niega a decir quien es. Tiene

acento inglés.

Bell reconoció el engolado acento del comandante Abbington-Westlake.

—¿Pedimos otro cóctel, amigo? Esta vez incluso podríamos beberlo.

—¿Para qué?

—Tengo una sorpresa muy interesante para usted.

—¡Policía! ¡Policía! ¡Qué nadie se mueva!

La puerta de la galería de la ópera por la que John Scully había entrado en el fumadero de opio de la Hip Sing se abrió golpe con un sonoro estallido y golpeó contra la pared al corpulento chino que la vigilaba. El primer hombre que entró fue un sargento con casco ancho como un caballo de tiro.

Los chinos que jugaban en la mesa de *fan-tan* estaban acostumbrados a las redadas policiales. Ellos fueron los más rápidos en moverse. Cartas, fichas y billetes de banco salieron volando por los aires cuando los jugadores huyeron a través de una cortina que cubría una puerta oculta. Los gorilas de la Hip Sing recogieron el dinero de la mesa de faro y echaron a correr. Los jugadores blancos que había ante la ruleta de faro también echaron a correr, pero al apartar otras cortinas solo encontraron unas paredes lisas. Las chicas se pusieron a gritar. Los fumadores de opio alzaron la vista.

La madame pelirroja fue corriendo al sofá de Scully.

—¡Venga conmigo!

Arrastró a Scully a través de otra cortina mientras los policías entraban como un huracán blandiendo sus porras y profiriendo amenazas a gritos. Scully no vio ninguna puerta en la oscuridad casi absoluta, pero, cuando la mujer empujó la pared, se abrió un estrecho panel. La cruzaron, y ella la cerró sobre sus goznes y echó unos gruesos pestillos en la parte superior e inferior.

—¡Rápido!

Lo llevó por una empinada y estrecha escalera cuya anchura apenas permitía al detective introducir su cuerpo. En cada rellano había más puertas estrechas, que ella abría, cerraba y aseguraba pestillos detrás de ellos.

—¿Adónde vamos? —preguntó Scully.

—Al túnel.

La pelirroja abrió una puerta con una llave. Allí estaba el túnel, estrecho, húmedo y con el techo bajo. Un corredor que se extendía en la oscuridad. La mujer cogió una linterna de un agujero de la pared y, a la luz de su haz parpadeante, lo llevó bajo tierra a lo largo de lo que Scully le pareció una distancia equivalente a dos manzanas de la ciudad. Por las curvas, giros y brechas en las paredes, supuso que era en realidad un paso construido a través de una serie de sótanos conectados.

La mujer abrió otra puerta, le cogió de nuevo la mano y lo hizo subir por dos tramos de escalera hasta el salón amueblado de manera convencional de un piso con altas ventanas desde las que se veía la estación inundada de luz solar del ferrocarril elevado de Chatham Square.

Scully había estado tanto tiempo a oscuras que le costaba creer que la luz del día todavía existiera.

—Gracias por rescatarme, señora.

—Me llamo Katy. Siéntese. Relájese.

—Jasper —dijo Scully—. Jasper Smith.

Katy tiró su bolso, levantó las manos y empezó a quitarse las horquillas.

Scully la observó con avidez. Era todavía más guapa a la luz del día.

—Si yo llevara una navaja tan larga como sus horquillas —dijo riéndose—, la policía me detendría por peligroso, ¿sabe?

Ella le hizo un adorable mohín.

—Una chica no puede llevar el sombrero torcido.

—Parece que da igual si la chica lleva una rueda de carreta o un sombrero pequeño; siempre se lo sujeta con horquillas largas como su brazo. Veo que es usted republicana.

—¿Qué le hace pensar eso?

Scully alargó la mano para coger la horquilla metálica de treinta centímetros que se estaba quitando y la acercó a la luz. El adorno de bronce del extremo representaba una comadreja sujetando un palo de golf.

—Billy la Comadreja. Así es como llamamos a William Howard Taft.

—Intentan convertir una comadreja en un oso de peluche, pero todo el mundo sabe que Taft no es como Roosevelt.

La joven clavó las cuatro horquillas en un cojín del sofá y lanzó el sombrero a un lado. A continuación apoyó sus fuertes manos sobre sus esbeltas caderas.

—El opio es el único placer que no puedo ofrecerle aquí, ¿se conforma con un *highball*?

—Entre otras cosas.

Scully le devolvió la sonrisa.

Observó cómo ella mezclaba *whisky* con agua en unos vasos altos. Él entrechocó el suyo con el de ella, bebió un trago y se inclinó para besarla en la boca. Ella se apartó.

—Deje que me ponga cómoda. Llevo todo el día con esta ropa.

Scully registró la habitación rápida, exhaustiva y silenciosamente. Estaba buscando un recibo del alquiler o del gas que indicara de quién era el piso. Tuvo que parar cuando el ferrocarril elevado pasó con gran estruendo porque no podía oír si ella volvía de su cuarto. El tren pasó, y siguió buscando.

—¿Cómo va todo ahí dentro? —gritó.

—No se impaciente.

Scully siguió buscando. Nada. Los cajones y los armarios estaban vacíos como los de una habitación de hotel. Echó un vistazo por el pasillo, y abrió el monedero de ella. Justo cuando oyó la puerta, dio con el premio gordo. Dos billetes de ferrocarril para el semidirecto *20th Century* del día siguiente a las tres y media de la tarde —el selecto expreso a Chicago—, con enlace en San Francisco. ¿Billetes para Katy y quién más? ¿El jefe? ¿Su novio de la Hip Sing?

Cuando ella encontró la pequeña pistola del calibre 25 y ochenta y cinco gramos de peso enfundada en la región lumbar de Scully, quiso saber qué hacía allí.

—Una vez me robaron cuando llevaba la nómina de mis empleados. No volverá a pasarme.

Ella pareció creerle. Por lo menos no interfirió en el curso de los acontecimientos. No hasta que la vio echar el somnífero a su segundo *highball*.

De repente Scully se sintió viejo y triste.

A ella se le daba muy bien. Tuvo la paciencia de esperar a preparar la segunda copa de forma que a él le costara más percibir el sabor del hidrato de cloral. Escondió diestramente el frasco entre el pliegue de la palma de la mano y la parte carnosa del dedo pulgar. Cruzó las piernas al hacerlo, mostrando fugazmente sus muslos blancos como la nieve a modo de distracción. Su único defecto era su juventud. Él era demasiado viejo para dejarse engañar como un crío.

—Salud.

Ella sonrió.

—Salud —susurró Scully—. Nunca he conocido a una chica como tú, ¿sabes?

Mientras miraba de forma conmovedora sus bonitos ojos azules, alargó la mano a ciegas para coger su vaso y lo tiró de la mesa.

Isaac Bell llegó al bar en el sótano del hotel Knickerbocker con diez minutos de adelanto. Era media tarde de un día soleado, el local estaba casi vacío, y enseguida vio que Abbington-Westlake todavía no había llegado. Había un hombre en la barra, dos parejas en las mesas y una solitaria figura delgada sentada en la banqueta de detrás de la mesita en la que había estado con el agregado naval inglés, el rincón más oscuro de la sala. Impecablemente vestido con una anticuada levita, cuello alto y una corbata con nudo simple, lo llamó por señas, levantándose a medias e inclinando la cabeza.

Bell se acercó, sin dar crédito a lo que veían sus ojos.

—Yamamoto Kenta, según creo.

—Señor Bell, le haré una simple pregunta: ¿conoce usted la Nambu Tipo B?

—Es una pistola semiautomática de siete milímetros y poca calidad —contestó Bell secamente—. La mayoría de los japoneses se compran una Browning.

—Yo soy un patriota sentimental —dijo Yamamoto—. Y es extraordinariamente efectiva a una distancia como la de esta mesita. Ponga las manos donde pueda verlas.

Bell se sentó, posó sus grandes manos sobre la mesa, con una palma hacia abajo y la otra hacia arriba, y escrutó una cara que no dejaba entrever nada.

—¿Adónde cree que llegará si me dispara en un hotel de gente?

—Considerando lo lejos que me he mantenido de una docena de detectives profesionales durante las dos últimas semanas, la idea de que unos ciudadanos normales y corrientes que beben en el bar de un hotel me persigan no me espanta mucho. Pero se imaginará que no le he hecho venir aquí para dispararle, cosa que podría haber hecho anoche cuando volvió andando de este hotel a su club en la calle Cuarenta y cuatro.

Bell esbozó una sonrisa sombría.

—Felicitó a la Sociedad del Océano Negro por enseñar a sus espías el arte de la invisibilidad.

—Acepto el cumplido. —Yamamoto le devolvió la sonrisa—. En nombre del Imperio de Japón.

—¿Por qué se convierte un patriota del Imperio de Japón en el instrumento de la venganza de un espía inglés?

—No se enfade con Abbington-Westlake. Usted hirió su orgullo, algo peligroso si se le hace a un inglés.

—La próxima vez que lo vea no heriré su orgullo.

Yamamoto volvió a sonreír.

—Eso queda entre usted y él. Recordemos que usted y yo no somos enemigos.

—Usted asesinó a Arthur Langner en la fábrica de artillería —replicó Bell fríamente—. Eso nos convierte en enemigos.

—Yo no maté a Arthur Langner. Lo hizo otro. Un subordinado entusiasta. He tomado las medidas adecuadas con él.

Bell asintió con la cabeza. No veía qué utilidad tenía poner en duda aquella cruel mentira hasta que descubriera las intenciones de Yamamoto.

—Si usted no asesinó a Langner y no somos enemigos, ¿por qué me está apuntando a la barriga con una pistola por debajo la mesa?

—Para mantener su atención mientras le explico lo que pasa y que puedo hacer para ayudarle.

—¿Por qué quiere ayudarme?

—Porque usted puede ayudarme a mí.

—Me está ofreciendo un trato.

—Le estoy ofreciendo un intercambio.

—¿Un intercambio de qué?

—Del espía que organizó el asesinato de Langner y los otros especialistas: Lakewood, el experto en control de tiro; el experto en turbinas, MacDonald; Gordon, el armero de Bethlehem. El mismo que intentó sabotear el botamiento del *Michigan*, que usted frustró.

—¿A cambio de qué?

—De tiempo para que desaparezca.

Isaac Bell negó con la cabeza enfáticamente.

—No tiene sentido. Usted ya ha demostrado que puede ocultarse.

—Es más complicado que desaparecer sin más. Tengo mis responsabilidades (para con mi país), que no tienen nada que ver con usted porque no somos enemigos. Necesito ponerme a salvo sin dejar rastros que me persigan o avergüencen a mi país.

Bell pensó detenidamente. Yamamoto estaba confirmando lo que él había sospechado: que otro espía era el cerebro que había reclutado no solo al asesino japonés, sino también al saboteador alemán y quién sabía a cuántos más.

Yamamoto habló en tono urgente.

—La discreción equivale a supervivencia. Las derrotas y las victorias deben ser contempladas en silencio, después del suceso, a distancia.

Para salvar su pellejo —y quién sabía por qué otros motivos—. Yamamoto entregaría al cerebro de la operación. Como había dicho tan cínicamente el traicionero Abington-Westlake delante de esa misma mesa: «Bienvenido al mundo del espionaje, señor Bell».

—¿Cómo puedo fiarme de usted?

—Le diré dos motivos por los que debe fiarse de mí. Primero, no le he matado cuando podría haberlo hecho. ¿De acuerdo?

—Podría haberlo intentado.

—Segundo, aquí está mi pistola. Se la voy a dar por debajo de la mesa. Haga con ella lo que quiera.

Entregó a Bell la pistola con la culata por delante.

—¿Está puesto el seguro? —preguntó Bell.

—Ahora que me está apuntando a mí, sí —contesto Yamamoto—. Voy a levantarme, con su permiso.

Bell asintió con la cabeza.

Yamamoto se levantó.

—Me fiaré más de usted cuando me dé la otra pistola que tiene escondida en el bolsillo lateral —dijo Bell.

Yamamoto sonrió débilmente.

—Buena vista, señor Bell. Pero, para cumplir con lo prometido, puede que la

necesite.

—En ese caso —dijo Bell—, coja esta también.

—Gracias.

—Buena caza.

Ya entrada la noche, Yamamoto Kenta se enfrentó al espía en su almacén del puerto en Alexandria, Virginia.

—Su plan de atacar a la Gran Flota Blanca en Mare Island —comenzó a decir con las frases formales y calculadas de un diplomático— no es del interés de mi gobierno.

Había estado lloviendo durante dos días, y el río Potomac estaba creciendo con la enorme cuenca que desaguó miles de kilómetros cuadrados de Maryland, Virginia, Virginia Occidental, Pennsylvania y Washington. La fuerte corriente hacía temblar el suelo. La lluvia tamborileaba sobre el antiguo tejado. Las goteras caían sobre un casco puesto al revés sobre la mesa del espía, salpicaban el viejo reflector situado detrás de él y chorreaban por su lente.

El espía no pudo ocultar su asombro.

—¿Cómo lo ha averiguado?

Yamamoto sonrió fríamente.

—Tal vez sean mi «aptitud natural para el espionaje y una astucia y autocontrol que no se hallan en Occidente».

Su sonrisa se congeló en una línea rígida, con los labios tan prietos que el espía podía ver el contorno de sus dientes debajo.

—No lo permitiré —continuó el japonés—. Abrirá una brecha entre Japón y Estados Unidos precisamente en el momento menos adecuado.

—La brecha ya ha empezado a abrirse —dijo el espía suavemente.

—¿De qué serviría?

—Depende de su punto de vista. Desde el punto de vista alemán, enredar a Japón y Estados Unidos en un conflicto crearía oportunidades en el Pacífico. Gran Bretaña tampoco lamentará si Estados Unidos se ve obligado a concentrar sus acorazados en su Costa Oeste. Puede que incluso aprovechen la oportunidad para volver a ocupar las Antillas.

—Eso no beneficiará a Japón.

—Tengo amigos alemanes y británicos dispuestos a pagarnos a cambio de sus oportunidades.

—Es usted aún peor de lo que pensaba.

El espía se echó a reír.

—¿No lo entiende? La carrera armamentística internacional ofrece magníficas oportunidades a un hombre con la fortaleza para aprovecharlas. Las naciones rivales pagarán lo que sea para detenerse unas a otras. Soy un vendedor en un mercado favorable.

—Está enfrentando a los bandos en su propio beneficio.

El espía se rió más alto.

—Me subestima, Yamamoto. Estoy enfrentando a todos los bandos en mi propio beneficio. Estoy haciendo fortuna. ¿Cuánto me costará mantenerlo fuera de mi negocio?

—No soy un mercenario.

—Ah, me olvidaba. Es usted un patriota. —Cogió distraídamente una toalla que había estado echada sobre el brazo de su silla—. Un espía caballeroso con valores elevados. Pero un espía caballeroso es como una pistola que dispara munición de fogueo, sirve para dar la salida a las bicicletas de carreras, pero poco más.

Yamamoto estaba seguro de su postura.

—No soy un espía caballeroso. Soy un patriota como su padre, quien sirvió a su káiser como yo sirvo a mi emperador. Ninguno de nosotros traicionaría a nuestro país.

—¿Quiere dejar al pobre de mi difunto padre fuera de esto? —preguntó el espía con cansancio.

—Su padre entendería por qué debo detenerlo.

Yamamoto sacó su pistola semiautomática Nambu de la chaqueta, la amartilló diestramente y apuntó a la cabeza del espía el cañón corto.

El espía lo miró esbozando una sonrisa.

—¿Habla en serio, Kenta? ¿Qué va a hacer, entregarme a la Marina de Estados Unidos? También querrán hacerle preguntas a usted.

—Seguro que sí. Por ese motivo voy a entregarlo a la agencia de detectives Van Dorn.

—¿Porqué?

—Los detectives lo retendrán hasta que yo esté a salvo fuera del país. Ellos lo entregarán a la Marina de Estados Unidos.

El espía cerró los ojos.

—Olvida una cosa: yo no tengo país.

—Pero yo sé de dónde viene, Ojos O'Shay. Señor Brian Ojos O'Shay.

El espía abrió los ojos de golpe. Se quedó mirando la toalla que se había llevado a la cara. Reposaba en sus manos como una ofrenda.

Yamamoto se regodeó.

—¿Sorprendido?

—Estoy muy sorprendido —reconoció el espía—. Hace mucho tiempo que no me llamo Brian O'Shay.

—Ya se lo he dicho, llevo en este negocio desde antes de que usted naciera. Ponga las manos donde pueda verlas o tendré que darle su cadáver a los detectives de Van Dorn.

El espía volvió a cerrar los ojos apretándolos.

—Me da miedo, Kenta. Solo intento secarme el sudor de la cara.

Se limpió la frente y a continuación presionó fuerte la toalla la contra sus ojos. Escondido a sus pies había un grueso cable eléctrico que conectaba el cable principal de la empresa de de servicio público a un interruptor de horquilla en la posición de encendido. La palanca metálica con bisagras del interruptor se hallaba suspendida unos centímetros por encima de su mentón. El espía bajó el mango protegido con material aislante de la palanca y cerró el circuito. Una gran chispa azul restalló como un disparo de pistola.

Detrás de él, el reflector de doscientos millones de bujías capaz de iluminar barcos enemigos a nueve kilómetros lanzó un haz como de fuego blanco a los ojos de Yamamoto. Era tan brillante que pía vio los huesos de las manos del japonés a través de la gruesa toalla. El haz quemó las retinas de Yamamoto y lo cegó. El espía japonés cayó de espaldas gritando.

El espía volvió a levantar el interruptor y esperó a que la luz se apagara antes de quitarse la toalla y levantarse, parpadeando para despejar los círculos rosados que daban vueltas delante de sus ojos.

—Los capitanes de la Marina me han dicho que los reflectores repelen a los destructores mejor que los cañones —dijo en tono familiar—. Puedo dar fe de que funcionan igual de bien con los traidores.

Sacó un ejemplar doblado del *Washington Post* del cajón de la mesa y extrajo de él una tubería de plomo de treinta centímetros de largo. Rodeó la mesa y dio la vuelta alrededor de la silla caída. Solo era unos pocos centímetros más alto que el menudo Yamamoto, quien estaba retorciéndose en el suelo. Pero tenía la fuerza de tres hombres y se movía con la resolución con centrada de un torpedo.

Levantó la tubería de plomo y pegó con ella a Yamamoto en el cráneo.

Con un golpe bastó.

Registró los bolsillos de Yamamoto para asegurarse de que llevaba identificación y encontró en su cartera una carta de presentación de un museo japonés dirigida a la Smithsonian Institution. Perfecto. Rebuscó en el almacén hasta que encontró un chaleco salvavidas de corcho. Se aseguró de que la lona era resistente y acto seguido introdujo en él los brazos de Yamamoto y lo ató bien.

Arrastró el cadáver hasta el lado del almacén que daba al muelle, donde el edificio sobresalía como una viga voladiza por encima del Potomac. Una palanca de madera que le llegaba a los hombros soltó la trampa del suelo, y esta cayó con gran estruendo. El cuerpo chapoteó. En una noche azotada por la lluvia como aquella, el río lo arrastraría a kilómetros de distancia.

Ya había terminado. Era hora de marcharse de Washington. Dio una vuelta por el polvoriento almacén, volcando las lámpara de queroseno a prueba de viento que había colocado allí para su partida. Dio otra vuelta, encendiendo cerillas y arrojándolas sobre el queroseno derramado, y cuando todo ardió en brillantes llamas anaranjadas, salió por la puerta hacia la lluvia.

Bell esperó noticias de Yamamoto durante todo el día siguiente. Cada vez que sonaba un teléfono o el manipulador telegráfico hacía ruido, se sobresaltaba en su escritorio para luego llevarse una decepción. Debía de haber pasado algo. No tenía sentido que el espía japonés lo traicionara. Se había presentado voluntariamente. Él había propuesto el intercambio. A medida que transcurría la tarde, los teléfonos siguieron sonando y sonando.

De repente, el agente que los atendía le hizo una señal, y Bell atravesó corriendo la habitación.

—Acaba de llamar la operadora. Un mensaje de Scully.

—¿Qué?

—Solo ha dicho: «Grand Central, tres y media de la tarde».

Bell cogió su sombrero. Enigmático incluso para Scully, aquel mensaje significaba que o John había descubierto algo o que estaba en peligro.

—Sigue atento por si hay noticias de Yamamoto. Llamaré por teléfono desde Grand Central si puedo, pero en cuanto Yamamoto informe, manda un mensajero a buscarme.

John Scully había decidido que era el momento de llamar a Isaac Bell. A decir verdad, reconocía para sus adentros, mientras buscaba los teléfonos públicos de Grand Central, que el momento ya había pasado. No encontraba los malditos aparatos. La vieja estación de ferrocarril estaba siendo derribada y sustituida por una enorme terminal nueva, y no paraban de cambiar los teléfonos de sitio. Donde estaban los teléfonos la última vez que los había utilizado había un pozo que ofrecía una vista del nivel de las vías veinte metros bajo tierra. Cuando por fin los encontró, después de perder diez minutos en el proceso, le dijo a la operadora:

—Agencia de detectives Van Dorn. Hotel Knickerbocker.

Una empleada de uniforme lo acompañó a una cabina con paneles de madera.

—Buenas tardes —dijo dulcemente una operadora, elegida por su bonita voz y mente lúcida—. Ha llamado a la agencia de detectives Van Dorn. ¿Con quién desea hablar?

—Mensaje para Isaac Bell. Tienes que decirle que Scully ha dicho: «Grand Central, tres y media de la tarde». ¿Entendido? «Grand Central, tres y media de la tarde».

—Sí, señor Scully.

Pagó a la empleada y se fue corriendo a la vía asignada al semidirecto *20th Century*. En la estación reinaba el caos. Había obreros por todas partes, pululando en

los andamios y dando martillazos a la piedra, el acero y el mármol. El vestíbulo estaba atestado de peones que empujaban carros y carretillas. Pero en la barrera provisional del semidirecto, junto a la cual había una pizarra en la que ponía CHICAGO, los empleados de la compañía estaban controlando respetuosamente los billetes, y la famosa alfombra roja del ferrocarril ya estaba colocada y llevaba hasta el andén. Parecía como si al acercarse a aquella distancia al legendario expreso a Chicago, los problemas de los pasajeros desaparecieran.

—¡Jasper! ¡Jasper Smith!

La pequeña señorita Somnífero del fumadero de opio corría hacia él ataviada con un elegante conjunto de viaje conjuntado con un sombrero de ala ancha.

—Qué casualidad. ¡Menos mal que te he encontrado!

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—No lo sabía. Acabo de verte. Oh, Jasper. No sabía si volvería a verte. Anoche te marchaste muy deprisa.

Algo no iba bien. Scully miró a su alrededor. ¿Dónde estaba el novio de la Hip Sing? ¿Estaba ya en el tren? Entonces vio un carrito de reparto de puros empujado por un chino que se abría paso a través de la multitud. También había tres carros llenos de escombros arrastrados por obreros irlandeses. El carrito y los carros se dirigían hacia él como carruajes dando vueltas para repeler a los indios.

—¿Qué haces aquí? —preguntó a la joven.

—Tomar un tren —contestó ella.

Era una presa fácil delante de aquella ópera, pensó Scully. Estuve fuera suficiente tiempo para que los de la Hip Sing se enteraran.

Los irlandeses que arrastraban el carro lo miraban fijamente. ¿Miembros de los Gopher? ¿O estaban mirando a la chica guapa que le sonreía como si lo hiciera sinceramente?

¿O habían avisado de que él y Harry Warren se habían reconocido en el interior? El chino que empujaba el carrito de los puros miró en dirección a él con expresión vaga. ¿Un sicario de la sociedad secreta china?

¡El billete de tren! Ella me dejó encontrar el billete de tren. Ella me tendió una trampa para que viniera aquí. Scully alargó la mano hacia atrás para coger su pistola de bolsillo. Incluso la redad policial era falsa. Habían pagado a la policía para que llevara a cabo la redada de forma que él escapara con la chica.

Algo le golpeó la cabeza.

Un balón de fútbol rebotó a sus pies, y un universitario corpulento y sonriente con chaqueta y corbata se acercó dando grandes zancadas.

—Lo siento, señor, no era nuestra intención. Estábamos haciendo el tonto.

¡Salvado! Salvado por un golpe de suerte que no se merecía.

Seis jóvenes robustos de condición privilegiada que estaban haciendo travesuras con el balón mientras corrían para coger un tren habían ahuyentado a los miembros de la sociedad secreta y de los Gopher. Se acercaron en tropel, disculpándose y

ofreciéndose a estrecharle la mano, y de repente él y Katy se vieron rodeados dentro de una melé. Pero no fue hasta que tres de los universitarios le agarraron los brazos y la pequeña Katy sacó una horquilla de acero de veinticinco centímetros de su sombrero cuando comprendió que la señorita Somnífero le había ganado la partida.

Isaac Bell atravesó corriendo la obra. Vio un grupo de gente apiñada delante de la barrera del semidirecto *20th Century*. Un policía estaba gritando: «¡Atrás! ¡Atrás!» y llamando a un médico. Bell penetró en el centro del gentío con la espantosa sensación de llegar demasiado tarde.

El policía trató de detenerlo.

—¡Detective de la agencia Van Dorn! —gritó Bell—. ¿Es uno de mis hombres?

—Eche un vistazo.

John Scully yacía boca arriba, con los ojos muy abiertos y las manos dobladas sobre el pecho.

—Parece un infarto —dijo el policía—. ¿Es de los suyos?

Bell se arrodilló junto a él.

—Sí.

—Lo siento, señor. Por lo menos tuvo una muerte tranquila. Probablemente no se enteró de lo que le pasó.

Isaac Bell acercó la mano al rostro de Scully y le cerró con delicadeza los ojos.

—Que duermas bien, amigo mío.

Sonó un silbato.

—¡Todos al tren! —gritaron los revisores—. Semidirecto *20th Century* a Chicago. ¡Pasajeroos al treeen!

A Scully se le había caído el sombrero. Bell lo cogió cubrirle la cara. Cuando levantó la mano la tenía pegajosa de sangre caliente.

—Madre de Dios —dijo con voz entrecortada el policía, inclinándose por encima de su hombro.

Bell giró la cabeza de Scully y vio el reluciente extremo de latón de una horquilla que sobresalía de la carne blanda de la nuca.

—¡Todos al tren! ¡Todos al tren! Semidirecto *20th Century* a Chicago ¡Pasajeroos al treeen!

Bell registró los bolsillos de Scully. Dentro de su chaqueta había metido un sobre con su nombre. Bell se levantó y lo abrió rompiéndolo. Escrita en mayúsculas había una nota del asesino:

OJO POR OJO, BELL.

TU GANASTE LO DE WEEKS, DE MODO

QUE NO LO TENDREMOS EN CUENTA.

PERO ME LO DEBÍAS POR EL ALEMÁN.

—¡Señor Bell! ¡Señor Bell! —Un aprendiz de la agencia de detectives se acercó corriendo—. Telegrama del señor Van Dorn.

Bell lo leyó de un vistazo.

Yamamoto Kenta había sido hallado flotando en el Potomac.

Todo estaba perdido.

El alto detective volvió a arrodillarse al lado de su amigo y siguió registrando metódicamente sus bolsillos. En el chaleco de Scully, encontró un billete de tren para el semidirecto *20th Century* con enlace en San Francisco.

—¡Al treeen! Pasajeros al...

La advertencia final del revisor quedó ahogada por el maquinista al dar la señal de avance con un majestuoso doble toque de silbato. Isaac Bell se puso en pie, pensando furiosamente. John Scully debía de haber estado siguiendo a un espía o un saboteador sospechoso que se dirigía a San Francisco, donde la Gran Flota Blanca se reabastecería antes de cruzar el océano Pacífico. Se dirigió bruscamente al aprendiz de la agencia Van Dorn, quien miraba fijamente al detective abatido con los ojos muy pinos.

—Mírame, hijo.

El muchacho apartó la vista de Scully.

—Hay mucho que hacer, y tú eres el único miembro de la agencia que puede hacerlo. Reúne a todos los testigos. Esos obreros, los chinos del carrito y esos tipos que merodean. Alguien ha visto algo. Este agente te ayudará, ¿verdad?

—Haré lo que pueda —contestó el policía con recelo.

Bell le metió dinero en la mano.

—Reténgalos aquí mientras este joven caballero llama por teléfono a la oficina central de Van Dorn y solicita que vengan todos los detectives disponibles. ¡Deprisa, hijo! Luego vuelve aquí directamente y ponte a trabajar. Recuerda: la gente dispuesta a hablar siles das la oportunidad.

El suelo vibró. El semidirecto estaba rodando hacia Chicago.

Isaac Isaac Bell echó a correr por el andén, recorrió la alfombra roja del expreso y saltó.

La flota

1 de mayo de 1908

A bordo del semidirecto 20th Century, con rumbo al oeste

—Esto merece un trago —dijo el espía.

Un brebaje especial en honor a Isaac Bell.

Poco antes de que la línea telefónica se desconectara cuando el semidirecto *20th Century* salió de Grand Central, Katherine Dee había informado de que John Scully se había ido al barrio del otro mundo reservado a los detectives de Van Dorn. Colgó el aparato y llamó por señas a un camarero del vagón mirador.

—¿Sabe preparar el barman un cóctel Yale?

—Desde luego, señor.

—¿Tiene Creme Yvette? —preguntó el espía severamente.

—Por supuesto, señor.

—Pues tráigame uno... Ah, y traiga a estos caballeros lo que les apetezca —añadió, señalando a un par de hombres de negocios de Chicago con las mejillas sonrosadas que lo estaban mirando con indignación—. Lo siento, caballeros. Espero no haberles impedido hacer una llamada importante de última hora.

La oferta de una copa gratis los apaciguó, y uno de ellos reconoció:

—Solo quería llamar a la oficina para decirles que estoy en el tren.

—Se lo imaginarán cuando vean que no vuelves con cara mustia porque lo has perdido —dijo su amigo.

Los viajeros al alcance del oído se rieron y repitieron la broma a otros que no la habían oído.

—¡Miren! Ahí hay un tipo que casi lo pierde.

—Debe de haber saltado.

—¡O volado!

El espía miró hacia la parte trasera del vagón. Un hombre alto con traje blanco estaba acercándose desde el vestíbulo trasero.

—A lo mejor no tiene billete e intenta colarse.

—Ahí va el revisor... Se le ha echado encima como un terrier.

—Guárdenme el cóctel —dijo el espía—. Acabo de recordar que tengo que dictar una carta.

El semidirecto *20th Century* proporcionaba un servicio de taquígrafo gratuito. Avanzó rápidamente a la mesa portátil del hombre en la parte delantera del vagón mirador, se levantó el cuello y se caló el sombrero, y se sentó de espaldas al detective.

—Si mando una carta, ¿cuánto tardará en salir del tren?

—Cuarenta minutos. Saldrá en Harmon cuando cambiemos la locomotora eléctrica por una de vapor. —Alargó la mano para coger un sobre que tenía grabado VIA 20TH CENTURY—. ¿A quien va dirigida, señor?

—A K. C. Dee, hotel Plaza, Nueva York.

—La recibirá esta tarde.

El taquígrafo puso la dirección en el sobre, extendió una hoja del papel del *20th Century* y aguardó con la pluma en ristre.

El tren aceleraba por el pasaje que avanzaba hacia las afueras de la ciudad. Las paredes de piedra proyectaban sombras que oscurecían las ventanas y hacían que el cristal reflejara el interior del atestado vagón. El espía observó cómo el reflejo de Isaac Bell pasó por detrás de él. El revisor lo seguía solícitamente; era evidente que, con billete o no, Bell era pasajero bien recibido.

—Listo. Cuando quiera, señor —lo apremió el taquígrafo.

Esperó a que Bell y el revisor pasaran por el vestíbulo al siguiente vagón.

—«Querida K. C. Dee» —comenzó a decir.

Había calculado mal la reacción de Bell al asesinato de su compañero y había subestimado la rapidez de actuación de los detectives de Van Dorn ante la provocación. Afortunadamente, había dejado a Katherine Dee preparada para acelerar los acontecimientos. Simplemente había que darle rienda suelta antes.

—¿Listo, señor?

—Parece que nuestro cliente no ha recibido nuestro último envío —dictó—. Punto y aparte. Es imprescindible que esta noche vayas en persona a Newport, Rhode Island, para aclarar las cosas.

Isaac Bell había presentado el billete de Scully correspondiente a la litera superior número cinco del coche cama seis y había solicitado pagar el precio extra para disfrutar de un compartimento. Cuando le habían informado de que todos los sitios disponibles estaban reservados, había sacado un pase de ferrocarril. Estaba firmado por el presidente de una línea de la competencia, pero los titanes ferroviarios satisfacían sus caprichos personales unos a otros.

—Como no, señor Bell. Afortunadamente, disponemos de una *suite* empresarial libre.

Una vez en la intimidad del compartimento con paneles de palo de rosa, Bell dio una generosa propina al revisor.

—Con ese pase especial, no necesita dar propina para que le atiendan bien, señor Bell —dijo el revisor del tren William Dilber, quien a pesar de todo cerró la mano como una ratonera en torno a las monedas de oro.

Isaac Bell no necesitaba que lo atendieran. Necesitaba un socio entusiasta. Tenía menos de dieciocho horas antes de que el semidirecto *20th Century* llegara a Chicago para averiguar quien había matado a Scully. Entre Nueva York y Chicago no subirían

al ferrocarril más pasajeros. Salvo detectives de Van Dorn.

—Señor Dilber, ¿cuántos pasajeros lleva su tren?

—Ciento veintisiete.

—Uno de ellos es un asesino.

—Un asesino —repitió el revisor con tranquilidad.

A Bell no le sorprendió. Como capitán de un selecto expreso de lujo, William Dilber debía permanecer imperturbable ante los descarrilamientos, los magnates descontentos y los coche bloqueados por la nieve.

—Tal vez quiera ver la lista de pasajeros, señor Bell. La tengo aquí.

La sacó desdoblándola de su immaculada túnica azul.

—¿Conoce a muchos pasajeros?

—A la mayoría. Tenemos muchos clientes habituales. La mayoría, de Chicago. Hombres de negocios que van y vienen a Nueva York.

—Eso será de ayuda. ¿Podría señalar a los que no conoce?

El revisor recorrió la lista nombre a nombre con una uña limpia muy cuidada. En efecto, conocía a la mayoría, ya que semidirecto era una especie de club privado móvil. El caro y selecto expreso estaba destinado a una pequeña minoría de pasajeros muy ricos, y el tren seguía una ruta vedada entre Nueva York y Chicago que siempre tenía el cupo lleno y rara vez recibía pasajeros en las estaciones intermedias. Bell vio nombres conocidos del mundo de los negocios, la política y la industria, y algunos actores famosos de gira. Se fijó en los nombres de los pocos que Dilber no conocía.

—Me interesan especialmente los extranjeros.

—Tenemos el puñado de siempre. Aquí hay un inglés.

—Arnold Bennett. ¿El escritor?

—Creo que está haciendo una gira de conferencias. Viaja con estos dos chinos: Harold Wing y Louis Loh. Son estudiantes misioneros, de un seminario inglés, creo. El señor Bennett me ha dicho personalmente que es su protector en caso de que alguien los moleste. Yo le he dicho que me daba igual mientras pagaran el billete.

—¿Le ha dicho de qué los protege?

—¿Recuerda el asesinato del mes pasado en Filadelfia? ¿Aquella chica y lo mucho que se habló en los periódicos de la trata de blancas? La policía está vigilando a conciencia a los chinos.

El revisor Dilber siguió recorriendo la lista.

—No conozco a este caballero alemán. Herr Shafer. Su billete fue reservado por la embajada alemana.

Bell tomó nota.

—Aquí hay un nombre que conozco —dijo el detective—. Rosania... si viaja bajo su propio nombre. Pero no puede ser... ¿es un tipo de unos cuarenta años que viaja siempre muy elegante?

—El mismo. Viste siempre a la última como un anuncio de revista.

—¿Qué lleva en el vagón exprés?

—Las acciones y los billetes de banco habituales. ¿Por qué lo pregunta?

—Ese tipo es un genio de la nitroglicerina.

—¿Un atracador de bancos? —preguntó el revisor en actitud menos imperturbable.

Bell negó con la cabeza.

—No por norma. Generalmente Rosania prefiere las mansiones en las que puede entrar utilizando su labia. Se dedica a robar cajas fuertes cuando todo el mundo se ha ido a la cama. Es un maestro en su especialidad. Puede provocar una explosión en la biblioteca sin que se oiga en el piso de arriba. Pero la última vez que lo vi estaba en la cárcel estatal de Sing Sing. No se preocupe, hablaré con él y averiguaré qué ocurre.

—Se lo agradecería, señor. A ver, este australiano. Algo me dice que es conflictivo; no es que haya hecho algo, pero le he oído hablar de la venta de una mina de oro y me ha sonado a la palabrería de un estafador. Lo vigilaré de cerca en el vagón club si juega alguna partida de cartas.

—Aquí hay otro que conozco —dijo Bell—. Qué curioso.

Bell señaló el nombre.

—Herr Riker. Ah, sí.

—¿Lo conoce?

—El comerciante de diamantes. Es un cliente habitual; toma el tren cada dos meses más o menos. ¿Es amigo suyo?

—Coincidimos hace poco. Dos veces.

—Creo que viaja con su guardaespaldas. Sí, este hombre, Plimpton. Un gorila grandullón que va en una litera del coche cama. Riker se encuentra en su camarote de siempre. Creo que tiene algo guardado en el vagón exprés. —Siguió recorriendo la lista—. No aparece su pupila.

—¿Qué pupila?

—Una preciosa joven. Pero no, esta vez no figura en la lista. Una lástima.

—¿Qué quiere decir?

—Nada señor. Solo que es una de esas muchachas que no hacen daño a la vista.

—Riker parece joven para tener una pupila.

—Solo es una estudiante... Ah, ya veo a lo que se refiere. No lo dude, señor. Veo toda clase de parejas imaginables en el semidirecto. Riker y su pupila son completamente respetables. Siempre ocupan compartimentos separados.

—¿Contiguos? —preguntó Bell, quien siempre reservaba dos compartimentos cuando viajaba con Marion.

—Pero no es lo que usted piensa. En el *20th Century* uno se vuelve un experto en la materia, señor Bell. No son esa clase de gente.

Bell decidió comprobarlo. El departamento de investigación no había mencionado a ninguna pupila.

—¿Cómo se llama ella?

—La conozco como señorita Riker. Tal vez la haya adoptado.

El tren iba a una velocidad de casi cien kilómetros por hora y los mojonos pasaban como rayos por la ventana. Pero justo cuando él y el revisor estaban llegando al final de la lista de pasajeros, a cuarenta minutos de Nueva York, Bell notó que la potencia del motor disminuía.

—Harmon —explicó el revisor, consultando la hora en su reloj Waltham—. Cambiaremos la locomotora eléctrica por una a vapor e iremos volando: más de seis kilómetros en tres minutos.

—Hablaré con mi viejo conocido, el especialista en nitroglicerina. Averiguaré lo que tiene pensado hacer con su vagón expreso.

Mientras cambiaban de locomotora, Bell telegrafió a Van Dorn preguntando por el alemán, el australiano, los chinos que viajaban con Arnold Bennett y la pupila de Herr Riker. También envió un telegrama al capitán Falconer:

INFORME A LA HIJA DEL ARTILLERO.
ASESINO MUERTO.

Un solo atisbo de justicia en un día triste. La muerte de Yamamoto podría consolar a Dorothy Langner, pero no era precisamente una victoria. El caso, que se había sumido en el caos con el asesinato de Scully, había quedado completamente desbaratado con la muerte del espía japonés que había estado a punto de entregar a Bell a su auténtica presa.

Volvió a subir al *20th Century*.

La locomotora de vapor Atlantic 4-4-2 de ruedas elevadas ganó rápidamente velocidad y se dirigió al norte por las orillas del Hudson. Bell fue a la parte delantera del tren. El vagón club estaba equipado con cómodos sillones. Los hombres fumaban, bebían cócteles y esperaban su turno para ser atendidos por el barbero y el manicuro.

—¡Larry Rosania! Qué casualidad encontrarte aquí.

El ladrón de joyas alzó la vista de un periódico cuyos titulares informaban de que la Gran Flota Blanca se acercaba a San Francisco. Miró por encima de sus gafas de leer con montura de oro y fingió que no reconocía al alto detective de cabello dorado vestido con un traje blanco. Su conducta era refinada y su voz, aristocrática.

—¿Nos han presentado, señor?

Bell se sentó sin ser invitado.

—Lo último que supe es que mis viejos amigos Wally Kisley y Mak Fulton te habían dado alojamiento a largo plazo en Sing Sing.

Al oír el nombre de los amigos de Bell, Rosania abandonó su fachada.

—Me entristeció mucho oír que habían fallecido, Isaac. Eran unos tipos interesantes y unos detectives honrados en un mundo en el que esas dos cosas escasean.

—Te agradezco el comentario. ¿Cómo has salido?, ¿has abierto un agujero en el muro de la cárcel?

—¿No te has enterado? El gobernador me indulto. ¿Quieres verlo?

—Con mucho gusto —contestó Isaac Bell.

El hábil ladrón de cajas fuertes sacó una elegante cartera estampada de su chaqueta. Extrajo un sobre gofrado en pan de oro y sacó desdoblado del interior una hoja de papel vitela con el sello del gobernador del estado de Nueva York en la parte superior y el nombre de Rosania destacado como si hubiera sido escrito por monjes.

—Suponiendo que no sea falso, ¿te importa que te pregunte qué hiciste para conseguirlo?

—Si te lo dijera, no me creerías.

—Inténtalo.

—Cuando tenía doce años, ayudé a una vieja del otro lado de la calle. Resultó que era la madre del gobernador, antes de que fuera gobernador. Ella nunca olvidó mi amabilidad. Ya te he dicho que no me creerías.

—¿Adónde vas, Larry?

—Seguro que ya has registrado la lista de pasajeros. Sabes perfectamente que me dirijo a San Francisco.

—¿Qué piensas volar allí?

—Me he reformado, Isaac. Ya no robo cajas fuertes.

—No sé a lo que te dedicas, pero te va bien —observo Bell—. Este tren no es barato.

—Te contaré la verdad —dijo Rosania—. Tampoco te lo vas a creer, pero conocí a una viuda que solo tiene ojos para mí. Como heredó más dinero del que yo podría robar en toda mi vida, no pienso hacerle cambiar de idea.

—¿Puedo informar al revisor del tren de que el vagón expreso no corre peligro?

—Ni el más mínimo peligro. El crimen no compensa. ¿Y tú Isaac?, ¿vas a la oficina de Chicago?

—En realidad, estoy buscando a alguien —respondió Bell—. Y apuesto a que hasta los ladrones de joyas reformados no pierden detalle de los pasajeros de trenes de lujo. ¿Has visto a algún amigo que me pueda interesar?

—Varios. De hecho, uno está en este mismo vagón.

Rosania señaló con la cabeza hacia la parte trasera del vagón club y bajó la voz.

—Hay un alemán que se hace pasar por vendedor. Si realmente lo es, es el viajante más desagradable que he visto en mi vida.

—¿Ese tan estirado que parece un oficial prusiano?

Bell se había fijado en él al entrar en el vagón club. El alemán tenía unos treinta años, iba vestido con ropa cara y rezumaba una frialdad tremendamente hostil.

—¿Le comprarías algo?

—Nada que no necesitara. ¿Alguien más?

—Estate atento al astuto australiano que quiere vender una mina de oro.

—El revisor también se ha fijado en él.

—No hay forma de engañar a un buen revisor de tren.

—No me ha dicho nada de ti.

—Te he dicho que me he reformado.

—Me había olvidado. —Bell sonrió. Acto seguido preguntó—. ¿Conoces a un importador de piedras preciosas llamado Erhard Riker?

—Nunca me he metido con Herr Riker.

—¿Por qué?

—Por el mismo motivo que no se me ocurriría volar la caja fuerte de Joe van Dorn. Riker tiene su propio servicio de seguridad.

—¿Qué más sabes de él?

—Desde mi antiguo punto de vista, no necesitaba saber más.

Bell se levantó.

—Ha sido interesante verte, Larry.

De repente, Rosania se mostró avergonzado.

—Si no te importa, ahora me llamo Laurence. A la viuda le gusta llamarme Laurence. Dice que es más refinado.

—¿Cuántos años tiene esa viuda?

—Veintiocho —contestó Rosania con aire de suficiencia.

—Enhorabuena.

Cuando Bell se apartó, Rosania gritó:

—Un momento. —De nuevo, bajó la voz—. ¿Has visto a los chinos? Hay dos en el tren.

—¿Qué les pasa?

—Yo no me fiaría de ellos.

—Tengo entendido que son estudiantes de teología —dijo Bell.

Laurence Rosania asintió con la cabeza sabiamente.

—Un predicador es como el «hombre invisible». Cuando me hacía pasar por estudiante de teología y las viejas me llevaban a sus casas para presentarme a sus sobrinas y sus nietas, los dueños de las mansiones me miraban sin verme, como si fuera un mueble.

—Gracias por la ayuda —dijo Bell, quien tenía la firme intención de enviar un telegrama al director de la cárcel de Sing Sing para recomendarle que hiciera un recuento de presos cuando el tren cambiara de locomotora en Albany.

Volvió a recorrer el vagón club, mirando detenidamente al alemán. El traje europeo hecho a medida prácticamente ocultaba su cuerpo fuerte. El hombre se incorporó de golpe, erguido como un oficial de caballería.

—Buenas tardes.

Bell lo saludó con la cabeza.

Herr Shafer le lanzó una mirada fría y silenciosa, y Bell recordó que Archie le había dicho que los ciudadanos de la Alemania del káiser Guillermo, tanto hombres como mujeres, debían ceder sus asientos de tren a los oficiales militares. Inténtalo aquí, pensó Bell, y te darán un puñetazo. Hombres o mujeres.

Siguió avanzando hacia la parte trasera del tren y recorrió seis coches cama y vagones de compartimentos hasta el vagón mirador, donde los pasajeros bebían cócteles y el sol poniente enrojecía el cielo a través del río Hudson. Los estudiantes de teología chinos iban vestidos con unos trajes negros idénticos que no les quedaban bien; cada uno tenía un bulto a la altura del corazón que indicaba la presencia de una biblia. Estaba sentados con un inglés con barba vestido con un traje de *tweed* que Bell tomó por su protector, el periodista y novelista Arnold Bennett.

Bennett era un hombre de aspecto duro con una constitución fuerte y robusta. Parecía un poco más joven de lo que Bell había supuesto a partir de los artículos que había leído en el *Harper's Weekly*. Estaba perorando sobre los placeres de viajar en Estados Unidos ante un público cautivado compuesto de hombres de negocios de Chicago, y cuando Bell lo escuchó tuvo la clara impresión de que estaba ensayando frases para su próximo artículo.

—¿Puede haber mayor orgullo para un hombre que decir: «Este es el tren entre los trenes, y yo tengo un compartimento»?

Un vendedor con una voz resonante como la de Ted Whitmark, el novio de Dorothy Langner, bramó:

—Es el mejor tren del mundo, sin excepción.

—El semidirecto *Broadway* no es moco de pavo —comentó su compañero.

—Los viejos viajan en el *Broadway* —dijo en tono de mofa el vendedor—. El *20th Century* es para hombres de negocios prósperos. Por eso a los tipos de Chicago les gusta tanto.

Arnold Bennett volvió a acaparar la conversación con experta soltura.

—Las comodidades de los estadounidenses nunca dejan de asombrarme. ¿Saben que puedo seleccionar hasta tres velocidades distintas en el ventilador eléctrico de mi compartimento? Creo que me proporcionará entretenimiento continuo durante la noche.

Los hombres de Chicago se echaron a reír dándose palmadas los muslos y pidieron a gritos más bebidas al camarero. Los chinos sonrieron con timidez, y Bell se preguntó si entenderían bien el inglés. ¿Estaban asustados aquellos jóvenes menudos en presencia de estadounidenses corpulentos y bulliciosos? ¿O simplemente cohibidos?

Cuando Bennett blandió un cigarrillo de su pitillera de oro, su estudiante encendió una cerilla y el otro le acercó un cenicero. A Bell le dio la impresión de que Harold Wing y Louis Loh desempeñaban el doble papel de pupilos y criados del periodista.

Al acercarse a Albany, el tren cruzó el río Hudson por el elevado puente de caballetes desde el que se veían los barcos a vapor radiantemente iluminados. El ferrocarril se detuvo en la estación. Mientras los ferroviarios de New York Central se llevaban la locomotora y enganchaban otra y un vagón restaurante para la cena, Isaac Bell envió y recibió telegramas. La locomotora era nueva, una Atlantic 4-4-2 con ruedas motrices todavía más altas que las de la última, ya estaba rodando cuando

volvió a subir y se encerró en su compartimento.

Durante el breve espacio de tiempo desde que había enviado los telegramas en Harmon, el departamento de investigación no había descubierto nada sobre el alemán, el australiano, los chinos que viajaban con Arnold Bennett ni la pupila de Herr Reiker. Pero los detectives de la agencia que habían ido corriendo a Grand Central habían empezado a cotejar las versiones de los testigos sobre el asesinato de Scully. No habían hallado a nadie que declarara haber visto realmente el alfiler de sombrero clavado en el cerebro de John Scully. Sin embargo, parecía que el asesinato había sido coordinado con precisión militar.

Hasta el momento se sabía lo siguiente: un repartidor chino que llevaba puros a los trenes que partían declaraba haber visto a Scully acercarse corriendo al andén del *20th Century*. Parecía estar buscando a alguien.

Unos obreros irlandeses que transportaban escombros dijeron que Scully estaba hablando con una guapa pelirroja. Estaban muy cerca el uno del otro, como si se conocieran bien.

El agente de policía no había acudido hasta que se había formado un corrillo. Pero un viajero del norte del estado de Nueva York había visto a un grupo de universitarios rodear a Scully y a la pelirroja: «Como si estuviera en medio de una formación en cuña».

Luego se marcharon a toda prisa, y Scully apareció en el suelo.

¿Adónde habían ido?

Cada uno en una dirección, como el hielo al derretirse.

¿Qué aspecto tenían?

De universitarios.

«Lo engañaron bien —había dicho Harry Warren en el telegrama que había enviado a Bell—. No se enteró de lo que pasó».

Bell, quien lamentaba la pérdida de su amigo, tenía sus dudas. Por supuesto, se podía engañar al mejor profesional, pero Scully era astuto como un lince. John Scully habría sabido que le habían tendido una trampa. Lamentablemente, demasiado tarde para salvarse. Pero Bell apostaba a que lo habría descubierto. Aunque hubiera sido al exhalar su último aliento.

Harry Warren pasaba a especular si la chica vista con Scully era la misma pelirroja que él había visto en el fumadero de opio de la Hip Sing donde los detectives se habían encontrado sin querer. Las descripciones de los testigos de Grand Central eran demasiado generales para saberlo. Una chica pelirroja guapa, una entre mil en Nueva York. Cinco mil. Diez mil. Pero las descripciones de su ropa no coincidían con el disfraz que lucía la chica que Harry había visto en la casa de juego y el fumadero de Chinatown. Ni tampoco llevaba abundante colorete y maquillaje.

Bell sacó del bolsillo la insultante nota del espía y la leyó de nuevo.

OJO POR OJO, BELL.

GANASTE LO DE WEEKS, DE MODO
QUE NO LO TENDREMOS EN CUENTA.
PERO ME LO DEBÍAS POR EL ALEMÁN.

El espía se jactaba de que tanto Weeks como el alemán trabajaban para su banda, lo que a Bell le parecía un comportamiento imprudente en un ámbito donde la discreción era crucial para sobrevivir y las victorias debían celebrarse con la mayor reserva. No se imaginaba al frío Yamamoto ni al arrogante Abbington-Westlake escribiendo una nota como aquella.

El espía también parecía un iluso. ¿De verdad creía que Isaac Bell y toda la agencia Va Dorn pasarían por alto su ataque? Prácticamente estaba implorando un contraataque.

Bell se dirigió al coche restaurante para el segundo turno.

Las mesas estaban dispuestas para dos y cuatro personas, y la costumbre era sentarse donde había sitio. Vio que Bennett y sus chinos tenían una silla vacía en su mesa para cuatro. Como había ocurrido antes en el vagón mirador, el ingenioso escritor estaba entreteniendo a las mesas vecinas mientras los serios jóvenes a su cargo permanecían sentados sin decir nada. El alemán, Shafer, cenaba en un frío silencio enfrente de un viajante de comercio que estaba fracasando estrepitosamente en sus intentos por entablar conversación. El australiano se encontraba en otra mesa para dos hablando seriamente con un hombre vestido como si se pudiera permitir comprar una mina de oro. En otra mesa para dos, Laurence Rosania se hallaba enfrascado en una conversación con un hombre más joven vestido con un traje elegante.

Bell pagó disimuladamente al jefe del comedor.

—Me gustaría sentarme en el asiento vacío de la mesa del señor Bennett.

Sin embargo, cuando el jefe del comedor lo llevaba hacia allí, Bell oyó que otro comensal lo llamaba en una mesa por delante de la que acababa de pasar.

—¡Bell! Isaac Bell. Me ha parecido que era usted.

El comerciante de piedras preciosas Erhard Riker se levantó al tiempo que se limpiaba los labios con una servilleta y extendió la mano.

—¿Otra casualidad, señor? Parece que nos persiguen. ¿Está solo? ¿Le apetece acompañarme?

Los chinos podían esperar. Según la lista de pasajeros, harían enlace en San Francisco, mientras que Riker iba a cambiar de tren por la mañana al semidirecto de California de la línea Atchison, Topeka y Santa Fe.

Se estrecharon la mano. Riker señaló la silla vacía situada frente de él. Bell se sentó.

—¿Cómo va la caza del diamante?

—Estoy a punto de conseguir una esmeralda digna de una reina. O incluso de una diosa. Debería estar esperándonos cuando vuelva a Nueva York. Rezo para que a la

dama le guste —añadió sonriendo.

—¿Adónde se dirige?

Riker miró a su alrededor para asegurarse de que no les oían.

—A San Diego —susurró—. ¿Y usted?

—A San Francisco. ¿Qué hay en San Diego?

Una vez más, Riker miró a su alrededor.

—La turmalina rosa. —Sonrió desaprobando su propia actitud—. Disculpe mi taciturnidad. El enemigo tiene oídos en todas partes.

—¿Enemigo? ¿Qué enemigo?

—Tiffany y Compañía está intentando acaparar las existencias de turmalina en San Diego porque a Tz'u-hsi, la emperatriz Viuda de China (una déspota excéntrica con toda la riqueza de China a su disposición), le encanta la turmalina rosa de San Diego. La usa para tallas, botones y cosas por el estilo. Cuando se enamoró perdidamente de la turmalina rosa, creó todo un nuevo mercado. Tiffany está intentando hacerse con él. —Bajó más la voz. Bell se inclinó para oír—. Eso ha brindado espléndidas oportunidades a los comerciantes de piedras preciosas independientes capaces de echar mano a las mejores muestras antes que ellos. Es la competencia encarnizada del sector de la joyería, señor Bell.

Añadió un guiño a su sonrisa, y Bell no supo si estaba hablando en serio.

—No sé nada acerca del negocio de la joyería.

—Seguro que un detective se topa con joyas, aunque solo sean robadas.

Bell le lanzó una mirada penetrante.

—¿Cómo sabía que soy detective?

Riker se encogió de hombros.

—Cuando acepto buscar una piedra importante, primero investigo si el cliente se la puede permitir o si simplemente lo desea.

—Los detectives no somos ricos.

—Los que heredan fortunas bancarias de Boston sí, señor Bell. Discúlpeme si considera que me he entrometido en su intimidad, pero entenderá que recabar información sobre mis clientes es una parte necesaria del negocio. Tengo una empresa pequeña. No puedo permitirme pasar semanas buscando piedras para un cliente cuyos deseos sobrepasan su capacidad.

—Lo entiendo —dijo Bell—. Supongo que usted entenderá por qué no lo proclamo a los cuatro vientos.

—Por supuesto, señor. Sus secretos están a salvo conmigo. Pero cuando descubrí quién era usted, me pregunté cómo un detective de éxito se mantiene fuera del centro de atención.

—Evitando las cámaras y los retratistas.

—Pero lo lógico sería que cuantos más delincuentes atrapara, más famoso fuera.

—Con suerte —dijo Bell—, solo entre los delincuentes que están entre rejas.

Riker se rió.

—Bien dicho, señor. Vaya, estoy hablando por los codos. El camarero está rondando la mesa. Debemos pedir la cena.

Detrás de él, Bell oyó a Arnold Bennett anunciar:

—Es la primera vez que he cenado *a la carte* en un tren. Una cena excelente y servida con gran esmero. El cordero estaba impecable.

—Ahí tenemos una recomendación —dijo Riker—. Tal vez debería pedir cordero.

—No he conocido a ningún inglés que entienda de comida —contestó Bell. Y acto seguido preguntó al camarero—: ¿Todavía estamos en la temporada del sábalo?

—¡Sí, señor! ¿Cómo desea que se lo cocinen?

—Asado a la parrilla. ¿Y me pueden reservar las huevas para desayunar?

—Por la mañana habrá otro vagón restaurante, señor. Lo engancharán en Elkhart. Pero le dejaré unas con hielo al revisor del coche cama.

—Que sean dos raciones —dijo Riker—. Sábalo por la noche y huevas de sábalo por la mañana. ¿Qué opina, señor Bell, compartimos una botella de vino del Rin?

Cuando el camarero se hubo marchado, Bell dijo:

—Tiene usted un dominio extraordinario de mi idioma, como si lo hubiera hablado toda la vida.

Riker se echó a reír.

—En Eton me enseñaron inglés a fuerza de golpes. Mi padre me envió a un colegio privado de Inglaterra. Creía que me ayudaría en los negocios si podía mezclarme con alguien más que nuestros compatriotas alemanes. Y hablando de padres, dígame mu cosa: ¿cómo ha conseguido mantenerse al margen del negocio bancario de su familia?

Bell sabía gracias a los informes de la agencia que el padre de Riker había muerto en la guerra de los Boers y contestó indirectamente para tirarle de la lengua.

—Mi padre estaba, y sigue estando, al frente del negocio.

Miró inquisitivamente a Riker, y el alemán dijo:

—Le envidio. Yo no tuve esa opción. Mi padre murió en África cuando yo estaba terminando la universidad. Si no me hubiera metido en el negocio, se hubiera ido a pique.

—Por la forma en que el joyero hablaba, deduje que ha tenido mucho éxito.

—Mi padre me enseñó todos los trucos del negocio. Y algunos más que se inventó. Además, era muy querido en las fábricas y los talleres. Su nombre todavía abre puertas; en Estados Unidos, en concreto, en Newark y Nueva York. No me sorprendería encontrarme con uno de sus viejos colegas en San Diego. —Volvió a guiñar el ojo—. En ese caso, los compradores de Tiffany tendrán suerte si logran salir de California con los empastes de oro en los dientes.

El espía se había recuperado completamente de la sorpresa inicial de ver a Bell subir al *20th Century* en Grand Central. Al cabo de poco, Katherine Dee utilizaría sus

artimañas en Newport mientras él sacaba buen partido de la inesperada presencia el detective en el tren. Estaba acostumbrado a vérselas con agente gubernamentales — británicos, franceses, rusos, japoneses—, como con diversos oficiales de inteligencia naval, incluidos los estadounidenses, y tenía muy mala opinión de sus capacidades. Pero un detective privado era una figura insólita que, como había descubierto con retraso, merecía una detenida observación antes de dar cualquier paso.

Se alegraba de haber ordenado la muerte del detective Scully. La conmoción del incidente debía de haber tenido un grave efecto en Isaac Bell, pero el alto detective lo ocultaba andando con paso resuelto por el tren como si fuera su dueño. ¿Debía matar también a Bell? Parecía necesario. La pregunta era: ¿quién lo sustituiría? Abbott, el amigo de Bell, había vuelto de Europa. Por lo que tenía entendido, también era un agresivo adversario, pero no era comparable a Bell. ¿Intervendría el formidable Joseph van Dorn en persona? ¿O se mantendría al margen? La suya era una agencia de escala nacional con una plantilla variada. Sabía Dios a quién tenían esperando en la sombra.

Por otra parte, pensó sonriendo, era probable que ni siquiera Dios supiera a quién tenía él esperando en la sombra.

—Todavía estamos investigando a los chinos que viajan con Arnold Bennett, pero nos llevará un tiempo. Igual que Shafer, el alemán. El departamento de investigación no encuentra nada sobre él, pero como usted dijo, señor Bell, parece extraño que la embajada reservara billetes a un vendedor.

El detective de la agencia Van Dorn estaba informando apresuradamente a Bell en la intimidad de su compartimento durante la parada del tren en Syracuse para cambiar de locomotora y desenganchar el vagón restaurante.

—La cárcel de Sing Sing ha confirmado la versión de Larry Rosania.

Rosania no se había fugado, sino que había sido puesto en libertad, como él mismo afirmaba, por el gobernador. El autodenominado minero de oro australiano era en realidad un estafador canadiense que acostumbraba a practicar el timo de la mina de oro en los ferrocarriles del oeste, donde podía enseñar a la víctima muestras sin valor falsificadas disparando a muros de roca con perdigones de escopeta hechos de oro.

El silbido de la locomotora avisó de su partida.

—¡Me tengo que ir!

—Quiero que me prepare una conferencia telefónica con el señor Van Dorn para la siguiente parada en East Buffalo.

Dos horas más tarde, cuando se detuvieron para cambiar de locomotora en una estación de ferrocarril estridente y radiantemente iluminada de East Buffalo, un detective de la agencia estaba aguardando para llevar a Bell al despacho del supervisor. Bell le preguntó por las últimas noticias mientras los operadores telefónicos terminaban de realizar las conexiones.

—Por lo que hemos podido sacar en claro a partir de todos los testigos, Scully estaba hablando con una pelirroja bien vestida. Un balón de fútbol viene volando por el aire y le da en el hombro. Unos universitarios que están haciendo el tonto se acercan corriendo y lo rodean pidiéndole disculpas. Alguien grita que el tren está saliendo y se marchan corriendo. Scully aparece tumbado boca arriba como si estuviera sufriendo un infarto. Un montón de gente se apiña a su alrededor para ayudar. Un policía hace acto de presencia y pide a gritos un médico. Entonces vienes usted corriendo. Luego, un muchacho de la oficina de Nueva York. Entonces usted se va corriendo detrás del semidirecto, una mujer ve la sangre y se pone a gritar, y el policía le dice a todo el mundo que se quede donde está. Y al poco tiempo hay un montón de detectives de la agencia corriendo por todas partes con sus libretas.

—¿Dónde está la pelirroja?

—Nadie lo sabe.

—¿Ha dicho bien vestida?

—Elegante.

—¿Según quién? ¿El policía?

—Según una dama que trabaja de encargada en Lord and Taylor, una tienda de artículos de confección muy refinada Nueva York.

—¿No iba vestida como una fulana?

—Refinada.

Justo cuando Bell pensó que iba a tener que correr para coger el tren, el teléfono sonó por fin. La conexión era mala y había mucha interferencia.

—Van Dorn al habla. ¿Eres tú, Isaac? ¿Qué tienes?

—Tenemos un informe de una pelirroja con el maquillaje, ropa y el sombrero típicos de un fumadero de opio, y otro de una pelirroja vestida como una dama, y las dos fueron vistas con Scully.

—¿Tenía debilidad por las pelirrojas?

—No lo sé —contestó Bell—. Solo hablábamos de delincuentes y de armas. ¿Han encontrado su pistola?

—Su Browning de bolsillo seguía en su pistolera.

Bell sacudió la cabeza, consternado por lo desprevenido que habían pillado a Scully.

—¿Qué? —gritó Van Dorn—. No te oigo.

—Todavía me cuesta imaginar que alguien haya pillado por sorpresa a Scully.

—Es lo que pasa cuando se trabaja solo.

—Sea como sea...

—¿Qué?

—Sea como sea, lo principal es el espía.

—¿Está el espía contigo en el tren?

—Todavía no lo sé.

—¿Qué?

—Dígales que me guarden la pistola de John Scully.

Joseph van Dorn oyó claramente esa parte. Conocía bien a sus detectives. De vez en cuando, incluso sabía cuáles eran sus motivaciones.

—Te estará esperando cuando vuelvas a Nueva York.

—Informaré desde Chicago. Mientras el semidirecto *20th Century* salía con gran estrépito de East Buffalo a falta de ochocientos cuarenta kilómetros para llegar a Chicago por la mañana, Bell avanzó hacia el coche club. Lo encontró vacío a excepción de unos jugadores enfrascados en una partida de póquer. El timador canadiense que se hacía pasar por minero de oro australiano estaba jugando con unos hombres de negocios mayores. No parecía hacerle gracia que el revisor Dilber estuviera observando atentamente.

Bell se dirigió a la parte trasera del veloz tren. Aunque era pasada medianoche, el vagón mirador estaba lleno de hombres que hablaban y bebían. Arnold Bennett, acompañado de sus serios chinos, estaba entreteniéndolo a un grupo de gente. Shafer, el

vendedor alemán, se hallaba enfrascado en una conversación con Erhard Riker. Bell pidió una copa y llamó la atención hasta que Riker lo vio y le hizo un gesto con la mano para que se acercara y los acompañara. Riker presentó al alemán como Herr Shafer.

—¿A qué dijo que se dedicaba, señor Bell? —preguntó dirigiéndose al detective.

—A los seguros —respondió él, asintiendo con la cabeza en señal de agradecimiento a Riker por no desvelar su verdadera profesión.

Se sentó en un sitio desde donde también podía observar a los chinos de Bennett.

—Claro. —Riker asintió con la cabeza, siguiendo sin problemas con la farsa—. ¿Cómo he podido olvidarme? De modo que todos somos vendedores o viajantes, como nos llaman los ingleses. Todos nos dedicamos a vender. Yo suministro piedras preciosas a los joyeros estadounidenses. Y el señor Shafer representa a una empresa de órganos fabricados en Leipzig. ¿Estoy en lo cierto, señor?

—¡Correcto! —gritó Shafer—. Primero, yo hago las ventas. Luego, la empresa envía a los trabajadores alemanes con los órganos para que monten las piezas. Ellos saben cómo armar los mejores órganos.

—¿Órganos de iglesia? —preguntó Bell.

—Iglesias, salas de conciertos, estadios, universidades. Los órganos alemanes son los mejores órganos del mundo, ¿sabe? Y eso es porque la música alemana es la mejor del mundo.

—¿Toca usted el órgano?

—No, no, no, no. Yo soy un simple vendedor.

—¿Cómo acaba de vendedor un oficial de caballería? —preguntó Isaac Bell.

—¿Cómo? ¿Cómo que oficial de caballería? —Shafer lanzó una mirada a Riker y acto seguido volvió a mirar a Bell, al tiempo que su expresión se endurecía—. ¿Qué quiere decir, señor?

—No he podido evitar fijarme en que tiene callos en las manos de las riendas —contestó Bell dócilmente—. Y permanece erguido como un soldado. ¿Verdad que sí, Riker?

—Y también se sienta como un soldado.

—Ah. —Un intenso rubor subió por el cuello de Shafer y le tiñó la cara de rojo—. *Ja* —dijo—. Claro. Sí, hace muchos años fui soldado. —Hizo una pausa y se quedó mirando sus fuertes manos—. Por supuesto, todavía monto a caballo cuando mi nueva ocupación de vendedor me lo permite. Disculpen, ahora vuelvo. —Salió disparado, se detuvo y se refrenó—. ¿Le pido al camarero otra ronda de bebidas?

—Sí —dijo Riker, ocultando una sonrisa hasta que Shafer hubo entrado en el establecimiento.

—Volviendo la vista atrás —dijo, mientras su sonrisa se ensanchaba—, mi padre está empezando a parecerme un hombre cada vez más sabio, como Mark Twain observó del suyo. Mi padre hizo bien educándome en Inglaterra. Los alemanes no nos sentimos cómodos delante de otras nacionalidades. Alardeamos sin pensar en las

consecuencias.

—¿Es habitual en Alemania que los oficiales del ejército se pasen al comercio? —preguntó Bell.

—No. Pero ¿quién sabe por qué dejó la vida militar? Es demasiado joven para haberse jubilado, incluso con media paga. Tal vez tenía que ganarse la vida.

—Tal vez —dijo Bell.

—Tengo la sensación de que no está usted de vacaciones —dijo Riker sonriendo—. ¿O los detectives siempre están investigando casos?

—Los casos suelen mezclarse unos con otros —respondió Bell, preguntándose sel comentario de Riker era un desafío o simplemente una muestra de camaradería de un compañero de viaje—. Por ejemplo —dijo, observando atentamente la reacción de Riker—, en el curso de una investigación que no guarda ninguna relación, cuando subí al tren descubrí que usted suele viajar con una joven dama que según se cree es su pupila.

—Por supuesto —dijo—. Descubrió la verdad.

—Es usted joven para tener una pupila.

—Así es. Pero del mismo modo que fui incapaz de evitar responsabilizarme de la empresa de mi padre, no eludí la obligación de cuidar de una huérfana cuando la tragedia sacudió a su familia. Hasta al hombre más despreocupado le sobrevienen sucesos fortuitos, señor Bell... cuando menos se lo espera. Pero le diré una cosa: los acontecimientos que no planeamos a veces son los mejores que nos ocurren. Esa chica ha traído luz a mi vida donde solo había oscuridad.

—¿Dónde está ahora?

—En la universidad. Se licencia en junio. —Señaló a Bell través de la mesa—. Espero que la conozca. Este verano viajará conmigo en barco a Nueva York. Como se crió enclaustrada, me esfuerzo al máximo por ampliar sus horizontes. Conocer a un detective privado sin duda contribuiría a ello.

Bell asintió con la cabeza.

—Estoy deseando conocerla. ¿Cómo se llama?

Riker no pareció oír la pregunta. O, si la oyó, decidió no responder. En lugar de ello dijo:

—Sería igual de enriquecedor para ella que tuviera la oportunidad de conocer a una mujer que rueda películas. Señor Bell ¿por qué pone cara de sorpresa? Claro que sé que su prometida rueda películas. Ya se lo he dicho, yo no hago negocios a ciegas. Sé que usted puede permitirse lo mejor, y sé que ella juzgará con imparcialidad lo mejor que yo pueda ofrecer. Juntos representan todo un desafío. Espero estar a la altura.

Shafer regresó. Se había salpicado la cara con agua, que le había mojado la corbata, pero estaba sonriendo.

—Es usted muy observador, señor Bell. Cuando me quité el uniforme pensé que también me había quitado mi pasado. ¿Acostumbran a fijarse en esos detalles los

hombres que se dedican a los seguros?

—Si le vendo un seguro, me estoy arriesgando —contestó Bell—. Así que supongo que siempre estoy atento por si hay algún riesgo.

—¿Es Herr Shafer una opción segura? —preguntó Riker.

—Los hombres de costumbres fijas siempre son una opción segura. Herr Shafer, le pido disculpas si le ha dado la impresión de que me estaba entrometiendo.

—¡No tengo nada que esconder!

—Hablando del tema —dijo Riker—, el camarero parece estar escondido. ¿Qué demonios hay que hacer aquí para conseguir un un trago?

Bell hizo un gesto con la cabeza. Un camarero se acercó corriendo y les tomó la comanda.

Arnold Bennett anunció a sus compañeros chinos:

—Caballeros, tienen cara de sueño.

—No, señor. Estamos muy contentos.

—No esperen dormir mucho en un tren. Puede que abundan los lujos (sastrería, biblioteca, manicuro, incluso baños de agua fresca y agua salada), pero a diferencia de Europa, donde los mejores trenes empiezan por un sigilo digno de un vicio, en ningún coche cama estadounidense he dormido una hora entera, entre las paradas bruscas, las salidas repentinas, los toques de silbato y los zumbidos en las curvas cerradas.

Los risueños ciudadanos de Chicago protestaron diciendo que la velocidad tenía un precio y que valía hasta el último centavo que costaba.

Isaac Bell se dirigió a sus compañeros alemanes: Erhard Riker, que parecía un inglés de pura cepa, incluso un estadounidense, y Herr Shafer, que era teutónico como una ópera wagneriana.

—En compañía de no solo uno sino de dos súbditos del káiser, tengo que preguntar por los rumores de guerra en Europa.

—Alemania e Inglaterra son rivales, no enemigas —contestó Riker.

—Nuestros países están equilibrados —añadió Shafer rápidamente—. Inglaterra tiene más acorazados. Nosotros tenemos el mejor ejército con diferencia: el más moderno y avanzado, el más fuerte del mundo.

—Solo en las partes del mundo a las que su ejército puede llegar —gritó Arnold Bennett desde la mesa de al lado.

—¿Qué quiere decir, señor?

—El almirante Mahan de nuestros anfitriones estadounidenses lo expresó más acertadamente: «El país que domine los mares, dominará el mundo». Su ejército vale lo que un escupitajo en un cubo si no puede llegar a donde está la batalla.

Shafer se puso colorado. Se le hincharon las venas de la frente.

Riker lo advirtió con un gesto y contestó:

—No hay ninguna batalla. Los rumores de guerra no son más que rumores.

—Entonces ¿por qué no paran de construir buques de guerra? —replicó el escritor

inglés.

—¿Y por qué lo hace Inglaterra? —contestó Riker con suavidad.

Los hombres de Chicago y los seminaristas chinos desplazaban la vista de los alemanes al inglés como espectadores de partido de tenis. Para gran sorpresa de Isaac Bell, uno de los silenciosos chinos contestó antes de que pudiera hacerlo el escritor.

—Inglaterra es una isla. Los ingleses no ven otra alternativa.

—Gracias, Louis —dijo Arnold Bennett—. Yo no lo habría explicado mejor.

Los oscuros ojos almendrados de Louis se abrieron mucho y bajó la vista como si se avergonzara de haber hablado.

—Según esa misma lógica —dijo Riker—, Alemania tampoco tiene otra alternativa. La industria y el comercio alemán exigen una enorme flota de barcos mercantes para transportar nuestros artículos a través de todos los mares. Debemos proteger nuestra flota. Pero, sinceramente, mi instinto me dice que los hombres de negocios inteligentes nunca irán a la guerra.

—Mi compatriota es un crédulo —dijo Herr Shafer en tono de mofa—. Los hombres de negocios no tendrán ni voz ni voto en el asunto. Gran Bretaña y Rusia conspiran para dificultar el progreso de Alemania. Francia también se pondrá de parte de Inglaterra. Gracias a *Gott*, contamos con el ejército alemán imperial y los oficiales prusianos.

—¿Prusianos? —gritó un hombre de Chicago—. Los oficiales prusianos obligaron a mi abuelo a emigrar a Estados Unidos.

—Al mío también —dijo otro, con la cara encendida—. Gracias a *Gott*, nos sacaron de ese infierno.

—Socialistas —comentó Shafer.

—¿Socialistas? Yo le enseñaré lo que es un socialista.

Los amigos del de Chicago lo refrenaron.

Shiafer no hizo caso.

—Inglaterra y los lacayos de Inglaterra nos asedian.

Arnold Bennett se levantó de un brinco, separó las piernas fu una postura amenazante y dijo:

—No me gusta nada su tono, señor.

La mitad del vagón mirador estaba ahora de pie, gesticulando y gritando. Isaac Bell lanzó una mirada a Riker, quien miró atrás, con los ojos resplandecientes de diversión.

—Supongo que eso responde a su pregunta, señor Bell. Buenas noches, señor, me voy a la cama antes de que estalle el motín.

Antes de que pudiera levantarse de su silla, Shafer gritó:

—Asediados desde fuera y minados desde dentro por socialistas y judíos.

Isaac Bell lanzó una mirada fría a Shafer. El alemán se echó atrás, mascullando:

—Esperen. Cuando acaben con nosotros, irán a por ustedes.

Isaac Bell respiró hondo, se recordó a sí mismo por qué estaba en el tren y

contestó con una voz que se oyó a través del vagón:

—Después de demostrar que las potencias marítimas dominan el mundo, el almirante Mahan dijo una cosa a un intolerante que siempre he admirado: «Jesús era judío. Eso los convierte en lo bastante buenos para mí».

Los gritos cesaron. Un hombre se echó a reír. Otro dijo:

—Anda, esa sí que es buena. «Lo bastante buenos para mí».

Y el vagón estalló en carcajadas.

—Shafer dio un taconazo. Buenas noches, caballeros.

Riker observó que el soldado de caballería se retiraba hacia el camarero más cercano y le pedía *schnapps*.

—Por un momento, he pensado que iba a derribar a Herr Shafer —dijo en voz baja.

Bell miró al comerciante de piedras preciosas.

—No se pierde gran cosa, señor Riker.

—Se lo dije: mi padre me enseñó todos los trucos del negocio. ¿Qué le ha sulfurado tanto?

—No soporto el odio.

Riker se encogió de hombros.

—En respuesta a su pregunta, sinceramente, Europa está deseando la guerra. Monárquicos, demócratas, comerciantes, soldados y marineros han estado en paz demasiado tiempo para saber lo que se les viene encima.

—Eso es demasiado cínico para mi gusto —dijo Isaac Bell.

Riker sonrió de manera insulsa.

—No soy cínico. Soy realista.

—¿Y los hombres de negocios inteligentes de los que hablaba?

—Algunos verán los beneficios de la guerra. A los demás no les harán caso.

El espía observaba a Isaac Bell viendo a sus «sospechosos».

El detective no puede saber si estoy en este vagón.

O si ya estoy dormido en la cama.

O si estoy siquiera en el tren.

Tampoco puede saber quién del tren está conmigo.

Duerma, señor Bell. Lo va a necesitar. Por la mañana le esperan malas noticias.

—Sus huevas de sábalo y sus huevos revueltos, señor Bell —anunció el camarero con una amplia sonrisa que se desvaneció al ver cómo la expresión del rostro de Bell pasaba de la grata expectación a la ira.

A dos horas de su destino, el semidirecto *20th Century* había recogido los periódicos de la mañana de Chicago que había dejado un expreso con dirección al este. Un ejemplar nuevo doblado junto a cada juego de cubiertos recibía a los pasajeros en el desayuno.

EXPLOSIÓN EN LA ESTACIÓN DE TORPEDOS ESTADOUNIDENSE DE NEWPORT DOS OFICIALES HECHOS PICADILLO

Newport, Rhode Island, 5 de mayo. Una explosión sembró la muerte y la destrucción en la estación de torpedos de Newport. El incidente causó la muerte de dos oficiales navales y destruyó una cadena de montaje.

Isaac Bell estaba totalmente estupefacto. ¿Se había equivocado de dirección?

—¡Buenos días, Bell! No ha tocado las huevas. ¿Están pasadas?

—Buenos días, Riker. No, huelen bien. El periódico trae malas noticias.

Riker abrió el suyo cuando se sentó.

—Santo Dios. ¿Cuál ha sido la causa?

—No lo dice. Discúlpeme.

Bell regresó a su compartimento.

Si no se trataba de un accidente sino de un sabotaje, el espía disponía de un alcance tan amplio como despiadado. En el curso de un solo día, su red había ejecutado a un traidor en Washington, había asesinado a un detective que estaba sobre su pista en Nueva York y había volado una estación naval muy bien protegida en la costa de Rhode Island.

Isaac Bell montó su cuartel general temporal en la parte trasera de la consigna de la estación de LaSalle a los pocos minutos que el *20th Century* llegara a Chicago. Los detectives de la oficina central en el hotel Palmer House ya se habían repartido por la estación de ferrocarril. Siguieron a los sospechosos cuando se dispersaron.

Larry Rosania desapareció rápidamente. Un veterano detective de Chicago estaba informando avergonzado cuando otro entró corriendo.

—¡Isaac! El viejo dice que lo llames desde el despacho privado del jefe de estación. Y que te asegures de que estás solo.

Bell hizo lo que le dijo.

—¿Estás solo? —preguntó Van Dorn.

—Sí, señor. ¿Es Ron Wheeler uno de los oficiales muertos?

—No.

Bell dejó escapar un gran suspiro de alivio.

—Wheeler se escabulló para pasar la noche con una mujer. De no ser así, también estaría muerto. Fueron sus hombres los que murieron.

—Gracias a Dios que sigue vivo. El capitán Falconer dice es irremplazable.

—Pues ahí va otra cosa irremplazable —gruñó Van Dorn. Los mil kilómetros de cable telefónico de cobre entre Chicago y Washington no disminuían el sonido de su ira—. Esta no ha aparecido en los periódicos, y no aparecerá... ¿Estás solo, Isaac?

—Sí, señor.

—Escúchame. La Marina ha sufrido una pérdida terrible. La explosión provocó un incendio. El incendio destruyó todo su arsenal de torpedos eléctricos experimentales importados de Inglaterra. Al parecer, el equipo de Wheeler había aumentado mucho su alcance y su precisión. Y lo que es más importante, mucho más importante, el equipo de Wheeler descubrió una forma de armar las cabezas explosivas con dinamita. El secretario Marina me lo ha contado esta mañana. Está consternado. Tanto que amenaza con presentar su dimisión al presidente. Por lo visto, el uso de TNT habría dado diez veces más potencia a los torpedos de Estados Unidos bajo el agua.

—¿Podemos suponer que no fue un accidente?

—No nos queda más remedio —contestó Van Dorn de manera inexpresiva—. Y aunque la Marina se encarga en teoría de proteger su instalación, están muy decepcionados con los servicios de seguridad Van Dorn.

Isaac Bell no dijo nada.

—No hace falta que te explique las consecuencias de ser el blanco de las acusaciones de una entidad gubernamental, merecidas o no —prosiguió Van Dorn—. Y no estoy del todo seguro de lo que estabas haciendo en Chicago cuando el espía atacó en Newport.

Ese comentario exigía una respuesta, y Bell dijo:

—La Gran Flota Blanca está a punto de recalar en San Francisco. Scully estaba siguiendo al espía, o a sus agentes, hasta San Francisco. Gracias a Scully, es más que probable que lo tenga a tiro.

—¿Qué crees que pretende?

—Todavía no lo sé, pero debe de estar relacionado con la flota, y voy a detenerlo antes de que lo haga.

Van Dorn permaneció callado un largo minuto. Bell no dijo nada. Finalmente, su jefe añadió:

—Espero que sepas lo que estás haciendo, Isaac.

—No cogerá sus cosas y se irá después de lo de Newark. Atacará la flota.

—Está bien —dijo Van Dorn—. Avisaré a Bronson en San Francisco.

—Ya le he avisado yo.

Regresó a la consigna. Los detectives le informaron de que Herr Shafer y los chinos que viajaban con Arnold Bennett habían hecho transbordo al semidirecto de la línea del destino a San Francisco, como indicaban sus billetes.

—Su tren va a salir, Isaac. Si vas a ir con ellos, tienes que marcarte.

—Me voy.

Dos fuertes caballos tiraban de un carro que repartía hielo, modificado con ballestas de carruaje y neumáticos en lugar de goma dura, lo que hacía sus trayectos extraordinariamente suaves sobre las desiguales calles adoquinadas que descendían en pendiente hasta el puerto de Newport. A la tenue luz de las pocas farolas de gas dispersas, nadie reparaba en que el conductor que agarraba la palanca de freno tenía una figura demasiado menuda y juvenil para descargar los bloques de hielo de cincuenta kilos en un muelle de pesca. Y si a alguien le parecía raro que el conductor cantara a sus caballos: «No puedes recordar lo que yo no puedo olvidar...». Con una suave voz de soprano, se guardaba su opinión. Los marineros de Newport habían estado pasando de contrabando ron, tabaco, esclavos y opio durante trescientos años. Si una chica quería entretener a sus caballos mientras repartía hielo a un barco en la oscuridad, era to suyo.

El barco era un resistente laúd con una extensa manga de nueve metros de eslora, con un mástil achaparrado delante de una carroza baja. Gracias a su vela cangreja casi cuadrada, y orza de deriva en lugar de una quilla fija, era más rápido de lo que parecía e igual de cómodo en bahías poco profundas que cerca de la costa. Un grupo de hombres con chubasquero de lana salieron de la cabina.

Mientras la chica vigilaba con las manos metida en los bolsillos, los hombres retiraron la lona del cargamento del carro, inclinaron una rampa de tablas entre el carro y el muelle, y deslizaron con cuidado por la rampa, de uno en uno, cuatro tubos metálicos de cinco metros de largo. Retiraron la rampa y metieron los tubos en el barco, y los ataron bien a un lecho mullido de velas de lona.

Cuando acabaron, el ancho casco de madera se hundía parcialmente en el agua. Todos los hombres menos uno subieron al carro y se marcharon. El hombre que se quedó izó la vela y desató las amarras.

La chica cogió el timón, separó con destreza el barco del muelle y lo internó en la noche.

Esa misma noche —la primera noche del semidirecto de la línea del interior fuera de Chicago—, los informes que aguardaban a Bell en Rock Island, Illinois, confirmaban que Riker, el comerciante de piedras preciosas, había subido al semidirecto de

California con destino a San Diego. Bell, a quien seguían sin gustarle las coincidencias, mandó un telegrama a Horace Bronson, jefe de la oficina de San Francisco, para pedirle que enviara a James Dashwood, un joven detective que había demostrado su valía en el caso del Saboteador, a interceptar el semidirecto de California en Los Ángeles. Dashwood debía comprobar si verdaderamente Riker seguía hasta San Diego para comprar turmalina rosa o cambiaba de tren para San Francisco. Pasara lo que pasase, el joven detective seguiría a Riker y observaría sus posteriores actos. Bell advirtió a Bronson de que Riker viajaba con un escolta llamado Plimpton, quien estaría cubriéndole la espalda.

A continuación envió un telegrama al departamento de investigación de Nueva York, solicitando información sobre la muerte del padre de Riker en Sudáfrica e instando a Grady Forrer a que intensificara la búsqueda de información sobre su pupila.

La desaparición de Laurence Rosania al llegar a Chicago había desencadenado una frenética búsqueda. Sin embargo, cuando Bell llegó a Des Moines, Iowa, la información que le esperaba era que —tras dar esquinazo a sus perseguidores de la agencia Van Dorn por costumbre o por orgullo profesional—, el ladrón retirado había aparecido en la sección de anuncios de boda del *Chicago Tribune* y estaba previsto que fuera a San Francisco de viaje de luna de miel en el coche privado de su novia. Para que luego advirtieran a la juventud de que el crimen no compensaba comentaron desde la oficina de Van Dorn en Chicago.

Herr Shafer, Arnold Bennett y los compañeros chinos del escritor habían hecho transbordo al semidirecto de la línea interior con destino a San Francisco, y Bell prosiguió el viaje hacia el oeste con ellos, esperando recibir nueva información del departamento de investigación en las estaciones junto con los datos que descubriera en presencia de ellos.

Entonces la oficina de Nueva York le envió un telegrama informándole de que definitivamente Shafer era un espía alemán.

«*Herr* Shafer» era un oficial de caballería en activo que todavía servía como comandante en el ejército alemán. Su verdadero nombre era Cornelius von Nyren. Y Von Nyren era un experto en tácticas terrestres y en el uso de vías estrechas de ferrocarril instaladas con rapidez para abastecer a las primeras líneas del ejército.

«Temible sobre el terreno —escribió Archie—. Pero no sabría distinguir un acorazado de una canoa de corteza de abedul».

—¡Los chinos, al final de la cola!

Era la segunda mañana fuera de Chicago, el semidirecto de la línea del interior se estaba acercando a Cheyenne, Wyoming, y algo pasaba en el vagón restaurante. En el pasillo del coche cama situado detrás de él había una cola de pasajeros hambrientos que esperaban para desayunar con una hora de retraso.

—¡Ya me habéis oído! ¡Chinos, mongoles y asiáticos, al final!

—Quédense donde están —dijo Isaac Bell a los estudiantes de teología.

Arnold Bennett estaba dándose la vuelta para defenderlos. Bell detuvo.

—Yo me ocuparé.

Por fin una oportunidad de conocer a Harold y Louis, los jóvenes a cargo de Arnold Bennett. Se dio la vuelta y se enfrentó al racista que había gritado. La fría ira de los ojos azules de Bell y la inconfundible impresión de que a duras penas la podía contener hicieron retroceder al hombre.

—No le hagan caso —dijo el alto detective a los estudiantes de teología—. La gente se pone irritable cuando tiene hambre.

—¿Cómo se llama, joven? —preguntó, tendiendo la mano—. Soy Isaac Bell.

—Harold, señor Bell. Gracias.

—¿Harold qué más? Harold Wing.

—¿Y usted?

—Louis Loh.

—¿L-e-w de Lewis o L-o-u de Louis?

—L-o-u.

—Mucho gusto.

—No me extraña que ese tipo desagradable tenga hambre —gruñó Arnold Bennett, situado el primero de la cola—. El acomodo reservado al desayuno en este vagón no fue diseñado a la misma escala que el reservado a los dormitorios.

Isaac Bell guiñó el ojo a Louis y Harold, quienes parecían desconcertados ante el lenguaje enrevesado de Bennett.

—El señor Arnold quiere decir que hay más literas en los coches cama que sillas en el vagón restaurante.

Los estudiantes asintieron con la cabeza sonriendo de forma vaga.

—Más vale que abran el vagón restaurante —murmuró Bennett—. Antes de que sea saqueado por hordas salvajes.

—¿Han dormido bien? —preguntó Bell a Harold y Louis—. ¿Se están acostumbrando al movimiento?

—Muy bien, señor —contestó Louis.

—A pesar de mi advertencia sobre los trenes que corren a trompicones.

Por fin abrieron el vagón restaurante para el desayuno, y Bell se sentó con ellos. A pesar de los intentos de Bell por entablar conversación con los estudiantes, los chinos permanecieron callados como esfinges, mientras que el escritor estaba encantado de hablar sin parar sobre todo lo que veía, leía u oía, Wing sacó una pequeña biblia de su chaqueta y se puso a leer en silencio. Loh miraba por la ventana el terreno teñido de verde por la primavera y salpicado de ganado.

Isaac Bell se quedó esperando a Louis Loh en el pasillo delantero del compartimento de Arnold Bennett.

El semidirecto de la línea del interior aceleraba a través de la elevada meseta al oeste de Rawlins, Wyoming. El fogonero de la locomotora estaba echando más carbón, y a los ciento treinta kilómetros por hora, el tren se bamboleaba mucho. Cuando Bell vio que el estudiante de teología venía por el pasillo, dejó que el tambaleante tren lo arrojara contra el joven.

—¡Lo siento!

Se mantuvo en equilibrio agarrándose a la solapa de Loh.

—¿Les dan una pistola de bolsillo en el seminario?

—¿Qué?

—Este bulto no es una biblia.

El estudiante chino pareció encogerse de vergüenza.

—Oh, no, señor. Tiene usted razón. Es una pistola. Es solo que tengo miedo. En el Oeste, hay mucho odio hacia los chinos. Ya lo vio en el comedor a la hora del desayuno. Se creen que todos somos adictos al opio o gángsters de una sociedad secreta.

—¿Sabe cómo usar el arma?

Se encontraban a escasos centímetros el uno del otro: Bell estaba inclinado, sujetando todavía su solapa, y el joven era incapaz de retirarse. Louis bajó sus ojos oscuros.

—La verdad es que no, señor. Supongo que solo hay que apuntar y apretar el gatillo... pero lo importante es la amenaza. Nunca dispararía con ella.

—¿Puedo verla, por favor? —preguntó Bell, extendiendo la mano abierta.

Louis miró a su alrededor, confirmó que seguían solos y extrajo cautelosamente la pistola del bolsillo. Bell la cogió.

—Un arma de primera calidad —dijo, sorprendido de que el estudiante se hubiera buscado una Colt Pocket Hammerless que parecía haber salido recientemente de la caja—. ¿De dónde la ha sacado?

—La compré en Nueva York.

—Se compró usted una buena pistola. ¿En qué sitio de Nueva York?

—En una tienda cerca de la jefatura de policía. En el centro.

Bell comprobó que el seguro manual estaba puesto y se la devolvió.

—Puede resultar herido llevando un arma que no sabe usar. Podría dispararse usted mismo por error. O alguien podría quitársela y hacerlo por usted... y salir impune alegando defensa propia. Me quedaría más tranquilo si me promete que la va a guardar en su maleta y la va a dejar allí.

—Sí, señor Bell.

—Si alguien más le molesta en el tren, acuda a mí.

—Por favor, no le diga nada al señor Bennett. Él no lo entendería.

—¿Por qué no?

—Es un hombre amable. No tiene ni idea de lo cruel que es la gente.

—Guárdela en su maleta, y no le diré ni una palabra.

Louis estrechó la mano de Bell entre las suyas.

—Gracias, señor. Gracias por entenderlo.

El rostro de Bell era una máscara.

—Vaya a guardarla en la maleta —repitió.

El chino se marchó corriendo por el pasillo y cruzó el vestíbulo para ir al siguiente vagón, donde Bennett tenía sus compartimentos contiguos. Louis se volvió y le hizo otro gesto de agradecimiento con la mano. Bell le contestó con la cabeza como si estuviera pensando: «Qué joven más piadoso».

En realidad, estaba reflexionando que los misioneros de aspecto juvenil podían ser gánsters de una sociedad secreta china. Y, sería el caso, no podía por menos de asombrarse de la clarividencia de John Scully.

Ningún otro detective de la agencia Van Dorn podía entrar tranquilamente en Chinatown sin compañía y dos semanas más tarde relacionar a un par de gánsters chinos con la red de espionaje del Buque 44. Estaba tentado de esposar a Louis Loh y Harold Wing y de encerrarlos en el vagón del equipaje. Pero dudaba que Louis y Harold fueran los jefes de una banda, si es que eran gánsters... y si eran unos esbirros, podría seguirles la pista hasta su jefe.

Que el espía reclutara a chinos de una sociedad secreta era típico de su radio de acción internacional. Costaba imaginar alguien como Abbington-Westlake pensando siquiera en ello. Que el espía hubiera engañado a un famoso novelista inglés para que protegiera a sus agentes denotaba una imaginación tan enrevesada como diabólica.

—Te toca apostar, Whitmark. ¿Juegas o pasas?

Ted Whitmark sabía perfectamente que no debía seguir en esa partida de póquer con siete cartas tratando de completar una escalera cerrada. Las probabilidades eran ridículas. Necesitaba un cuatro. Solo había cuatro cuatros en la baraja: uno de corazones, uno de diamantes, uno de picas y uno de tréboles. Y el cuatro de tréboles ya había sido repartido a un jugador del otro lado de la mesa, quien había apostado cuando había recibido la carta, lo que hacía pensar que tenía otro cuatro escondido en su mano inicial. Cuatro cuatros en una baraja; uno estaba claramente perdido y otro

era posible que también. Las probabilidades eran menos que ridículas, eran imposibles.

Pero había apostado un montón de dinero y tenía la sensación de que su suerte estaba a punto de cambiar. Tenía que cambiar. Su mala racha había empezado hacía semanas en Nueva York, y le estaba arruinando. Había perdido más en el tren a San Francisco, y desde que había llegado había perdido casi cada noche. Un cuatro perdido. Uno o incluso dos posiblemente perdidos. A veces había que coger el toro por los cuernos y ser valiente.

—Te toca apostar, Whitmark. ¿Juegas o pasas?

Se acabó llamarlo «señor» Whitmark, advirtió Ted. El señor se había ido al garete cuando había pedido prestados los terceros cinco mil por la tarde. A veces había que ser valiente.

—Juego.

—Son ochocientos.

Whitmark empujó las fichas al montón.

—Aquí hay tres. Y aquí está mi cheque.

—¿Estás seguro?

—Reparte.

El hombre que repartía las cartas miró al otro lado de la mesa, no a Ted Whitmark sino al dueño de un casino de Barbary Coast con la cara llena de cicatrices que había estado autorizando los préstamos. El dueño frunció el ceño. Por un instante, Whitmark se sintió salvado. No podría igualar la apuesta si no tenía dinero. Se retiraría. Podría volver a su hotel, dormir y al día siguiente buscar una forma de pagar sus pérdidas con el dinero que la Marina le debía de la entrega de los productos a la Gran Flota Blanca. O la Gran Flota «Zampa», como había comentado con aprobación uno de sus competidores. Catorce mil marineros suponen mucha comida.

El dueño del casino asintió con la cabeza.

—Reparte.

El tipo del cuatro cogió otro cuatro. Whitmark recibió un nueve de tréboles, la peor carta que había visto en su vida. Alguien apostó. Alguien igualó la apuesta. Los cuatros aumentaron el bote. Ted Whitmark se retiró.

—¿Te importa enseñarme tu última carta después de la mano? —preguntó al hombre que tenía a su izquierda.

Cuando la partida acabó y los tres cuatros sobre la mesa decidieron la victoria, el hombre sentado a la izquierda de Ted, que había recibido la carta que le habría tocado a él si no hubiera pasado, dijo:

—Era un cuatro. Seguro que te habría gustado —gritó a través de la mesa—. Habrías tenido cuatro cuatros.

—Eso también me habría gustado —dijo Ted, y se dirigió dando traspiés a la barra.

Antes de que pudiera alzar un vaso, el dueño del casino se acercó y dijo:

—Tengo un mensaje para usted de Tommy Thompson de Nueva York.

Ted se encogió ante la fría mirada del hombre.

—No se preocupe —masculló—. Le pagaré a usted primero, en cuanto pueda.

—Tommy dice que me pague. He comprado su cheque de crédito.

—¿Además de lo que le debo? Se está usted aprovechando mucho.

—Pagaré. De una forma o de otra.

—Gano mucho dinero. Se lo devolveré pronto.

—No es dinero lo que necesito, señor Whitmark. Necesito una pequeña ayuda, y usted me la va a prestar.

«¡Si tú y yo fuéramos la mitad de listos de lo que nos creemos, habríamos caído en la cuenta hace un mes!». Las palabras de John Scully resonaban a través de un sueño acerca de la banda de los Frye.

Isaac Bell se despertó súbitamente de su primer sueño nocturno completo desde que había salido de Nueva York. La litera estaba inclinada hacia delante, y no le hizo falta mirar por la ventanilla de su compartimento para saber que habían llegado a la cima de Sierra Nevada y estaban iniciando el descenso al valle de Sacramento. Se encontraban a cinco horas de San Francisco.

Se levantó y se vistió rápido.

¿Había pasado por alto alguna posibilidad?

—Hace días —murmuró para sí.

No había cuestionado ni una sola vez el papel del novelista Arnold Bennett como protector de Harold y Louis. ¿Y si había sucedido lo contrario? ¿Y si el escritor era también un espía británico? ¿Como Abbington-Westlake, oculto tras una fachada de distinción, gestos altivos y una lengua ingeniosa?

El tren llegó a Sacramento. Bell fue corriendo a la oficina del telégrafo y envió un telegrama a Nueva York. ¿Era Bennett el que había reclutado a los sicarios chinos y los había vestido de estudiantes de teología? Arnold Bennett podía ser perfectamente el espía, el jefe de la red, advirtió Bell.

Katherine Dee maldijo en voz alta.

Como un marinero, pensó riéndose, aturdida debido a la falta de sueño y el exceso de polvo. Maldiciendo como un marinero. El viento y el agua que salpicaba estaban neutralizando el efecto de la cocaína que estaba esnifando a través de un tubo de marfil para mantenerse despierta la última noche de su viaje desde Newport. No podía ver la costa, pero el estruendo de las olas le indicó que se había acercado demasiado.

Había pilotado el cargadísimo laúd por la costa meridional de Long Island, sincronizando la travesía desde Montauk Point para entrar en la ensenada de Fire

Island al amanecer. Viró la embarcación, sin que nadie la viera salvo unos pescadores, a través de la apertura de la playa de barrera. Una vez dentro, lejos del oleaje del mar, siguió un canal marcado con estacas y aguardó a ver la señal en la costa de Long Island a ocho kilómetros al otro lado de la bahía. Cuando la vio, cruzó las turbulentas aguas de Great South Bay rumbo a una mansión blanca con el tejado rojo. Las estacas señalaban la boca de un arroyo recién dragado tabicado con madera con creosota.

El laúd se deslizó por el espejado arroyo.

El cobertizo para botes estaba revestido de tablillas de cedro nuevas. El tejado era alto, y la abertura, lo bastante elevada para dar cabida al bajo mástil. Katherine Dee arrió la vela y dejó que la embarcación navegara a la deriva. Había sincronizado el momento a la perfección. El laúd se detuvo lo suficientemente cerca para permitirle lanzar una amarra con lazo alrededor de un pilote. Tirando de la cuerda y empleando sus fuerzas con mesura, situó con cuidado la cargada embarcación con la popa por delante a la sombra del tejado.

Un hombre apareció por la puerta trasera que daba a las tierras.

—¿Dónde está Jake?

—Intentó besarme —contestó ella con voz distante.

—¿Sí? —dijo él, como diciendo: «Eres una chica, ¿qué esperas estando sola en un barco en mitad del mar?»—. ¿Dónde esta, pues?

Ella lo miró directamente a la cara.

—Un tiburón saltó al barco y se lo comió.

Él consideró la forma en que su sonrisa tensaba su boca, la gélida seriedad de sus ojos y la gente a la que ella conocía, y decidió que Jake había recibido lo que se merecía y que no le interesaba en absoluto cómo había ocurrido. Levantó una cesta de mimbre.

—Te he traído la cena.

—Gracias.

—He traído suficiente para dos. Como no sabía...

—Bien. Me muero de hambre.

Ella comió sola. A continuación extendió su saco de dormir sobre la lona que protegía su cargamento y durmió convencida de que Brian O'Shay estaría orgulloso de ella. La explosión en la fábrica de torpedos había ocultado el robo de cuatro torpedos eléctricos importados de Inglaterra para ser sometidos a investigación. Armados con TNT por el brillante Ron Wheeler, eran diez veces más potentes de lo que originalmente los habían hecho los ingleses. Y nadie en la estación de torpedos de Newport se dio cuenta de que no los habían hecho añicos.

—¡Aquí está, Bell! Estupendo, así podremos despedirnos.

El tren salió de Sacramento para recorrer el último tramo de ciento cincuenta kilómetros hasta San Francisco. Cuando volvió a subir al tren, Bell se sorprendió al ver que Arnold Bennett y los chinos, que tenían billetes a San Francisco, tenían su equipaje en el pasillo.

—Creía que iban a San Francisco.

—Hemos cambiado de opinión, animados por todos estos huertos y campos de bayas. —El tren estaba pasando por unos campos de fresas llenos de recolectores de fruta con sombreros de paja—. Nos bajaremos antes en Suisun City. Hemos decidido tomar un tren a Napa Junction. Un antiguo compañero de universidad está cultivando la tierra camino de St. Helena; en dad, ha plantado una viña y pisa las uvas y todo eso. Nos recuperaremos bucólicamente de los rigores de nuestros viajes, por espléndidos que hayan sido, antes de seguir hasta San Francisco. Me apetece escribir un artículo sobre el tema para el *Harper's* mientras los muchachos disfrutaran del aire fresco en el campo antes de llevar la palabra de Dios a China.

Bell pensó rápido, visualizando las largas y extensas bahías de San Francisco cercadas desde el océano Pacífico por la península de San Francisco y la península de Marin. A partir de Suisun City, la línea principal continuaba hacia el sudoeste a lo largo de veintisiete kilómetros hasta el transbordador de Benicia que transportaba el tren a través del angosto estrecho de Carquinez hasta Port Costa. Y luego el trayecto final de cuarenta y ocho kilómetros junto a la bahía de San Pablo hasta el espigón de Oakland, donde un transbordador de pasajeros cruzaba la bahía de San Francisco hasta la ciudad.

A treinta kilómetros al norte, subiendo por la bahía de San Francisco y cruzando la de San Pablo, estaba el arsenal naval de Mare Island. Era el astillero naval de Brooklyn de la Costa Oeste, con una larga historia dedicada a la fabricación, reparación y remodelación de acorazados y submarinos. Napa Junction, conectado con Suisun City por una línea secundaria local hacia el oeste, estaba a ocho kilómetros al norte del arsenal.

Bennett y los chinos estarían a un breve trayecto en tren o en tranvía eléctrico de Mare Island, donde la Gran Flota Blanca haría escala para realizar reparaciones, reponer comida y agua, y cargar nueva munición en los almacenes.

—Qué coincidencia —dijo Isaac Bell.

—¿A qué se refiere?

—Yo voy a tomar el mismo tren.

—¿Dónde están sus maletas?

—Viajo con poco equipaje.

El semidirecto de la línea del interior llegó a Suisun City con diez minutos de retraso. El silbato del tren a Napa Junction estaba sonando. Bell recogió un puñado de telegramas que le esperaban en la oficina del telégrafo y corrió a subir al ferrocarril. Era un tren de dos vagones que hacía paradas en todas las estaciones, con una marquesina decorada con alegres rayas que protegía su plataforma posterior. Había media docena de pasajeros en el vagón trasero; Arnold Bennett se hallaba en medio y estaba empezando a contar una anécdota. Se interrumpió para señalar un asiento vacío.

—Venga y deje que lo convenzamos para pisar uvas con nosotros en St. Helena.

Bell agitó los telegramas y regresó a la plataforma para examinarlos en privado.

—Vuelvo enseguida. Órdenes de la oficina central.

Bennett se echó a reír y gritó por encima del hombro:

—Pero si ya sabe que solo le mandan que venda más seguros.

El tren estaba cruzando unas salinas, y el viento frío y húmedo que se arremolinaba bajo el toldo olía a mar. El viento agitaba el asa del freno de emergencia que se balanceaba rítmicamente contra la pared colgado de una corta cuerda y zarandeaba el finísimo papel de los telegramas.

El departamento de investigación todavía no había recibido noticias de Alemania acerca de la identidad de la universitaria bajo la tutela de Riker: el hecho de que estuviera llevando tanto tiempo demostraba que Joe van Dorn tenía razón al querer abrir oficinas en Europa.

Habían desenterrado nuevos datos sobre la muerte del padre de Erhard Riker en Sudáfrica en 1902, durante la guerra de los Boers. Smuts, el líder de Transvaal, había dirigido un repentino asalto al ferrocarril de la mina de cobre de Port Nolloth, donde Riker padre estaba buscando un yacimiento de diamantes aluviales. Estaba refugiado en un fortín ferroviario británico cuando los boers atacaron con dinamita y bombas de mano.

El tercer telegrama era de James Dashwood.

RIKER LLEGADO A LOS ÁNGELES.

AHORA CAMINO A SAN DIEGO.

GUARDAESPALDAS PLIMPTON DESCONFÍA.

JD CONFUNDIDO CON EMPLEADO DE JOYERÍA TIFFANY.

GUARDAESPALDAS CONVENCIDO JD ORADOR

DE SOCIEDAD ANTIALCOHÓLICA ITINERANTE.

Bell sonrió. Dash tenía lo necesario para convertirse en un profesional sobresaliente. Su sonrisa desapareció bruscamente. El último telegrama del montón empezaba por las iniciales de advertencia DS, Debes Saber, y Archie Abbott informaba a Bell de algo de lo que debía estar al tanto.

DS.

ARNOLD BENNETT, EN SU CASA EN PARÍS.

—¿Qué? —dijo Bell en voz alta.

Miró a través del cristal de la puerta, vio al hombre vestido *tweed* que afirmaba ser Arnold Bennett y volvió a mirar el telegrama.

HOMBRE DEL SEMIDIRECTO NO ES,
REPITO, NO ES EL ESCRITOR.
DETECTIVES DE SAN FRANCISCO ESPERAN
EN TRANSBORDADOR DE BENICIA.
TEN CUIDADO.

Era una asombrosa revelación, e Isaac Bell se alegró.

Por fin sabía con seguridad a quién estaba buscando. El hombre que afirmaba ser Arnold Bennett estaba confabulado con los chinos, probablemente con su jefe, quien posiblemente era el hombre que había ordenado a la pelirroja que matara a Scully cuando el detective había descubierto la conexión con Chinatown.

Por fin jugaba con ventaja. Ellos no sabían lo que Bell sabía.

—¿Señor Bell?

Bell alzó la vista de sus telegramas y vio el cañón de una pistola.

—Louis, creía que habíamos acordado que guardaría eso en su maleta.

Harold estaba detrás de Louis, sacando un arma de su chaqueta.

—Usted también me decepciona, Harold. Eso no es una biblia. Ni siquiera un hacha tradicional de las sociedades secretas chinas, sino un arma de fuego que cualquier matón estadounidense moderno se preciaría de llevar.

Louis perdió repentinamente el acento, y su actitud volvió altiva.

—Diríjase al borde de la plataforma, señor Bell, y colóquese de espaldas a nosotros. No saque la pistola que lleva escondida en la pistolera de hombro. No intente coger la pistola de cañón corto que tiene debajo del sombrero. No se plantee sacar la navaja que tiene metida en la bota.

Bell miró detrás de ellos a través de la puerta del vestíbulo. En la parte delantera del vagón, el falso Arnold Bennett estaba perorando con amplios gestos que estaban produciendo el efecto deseado de distraer a los pocos pasajeros del vagón. Las ruedas hacían demasiado ruido para que Bell oyera sus risas.

—Está usted extrañamente atento a las armas para ser un estudiante de teología, Louis. Pero ¿ha pensado que habrá testigos que le oirán dispararme?

—Le dispararemos si nos obliga. Luego dispararemos a los testigos. Estoy seguro de que ha oído que los asiáticos y los mongoles no tenemos ningún respeto por la vida humana. ¡Dese la vuelta!

Bell lanzó una mirada por encima del hombro. La barandilla era baja. La capa de balasto desaparecía detrás del tren a ochenta kilómetros por hora, una imagen borrosa de vías de acero, barrotes de hierro, grava y traviesas de madera. Cuando se volviera, le golpearían el cráneo con la culata de una pistola o le clavarían una navaja por la espalda y lo tirarían por encima de la barandilla.

Abrió la mano.

Los telegramas se dispersaron, girando y dando vueltas en la corriente de aire levantada por el tren, y salieron volando contra la cara de Louis como pinzones desquiciados.

Bell levantó los brazos, se agarró a la marquesina, flexionó las rodillas y lanzó una patada con la bota a Harold en la cabeza. Harold saltó a la izquierda, donde Bell quería que estuviera, y dejó vía libre al asa de madera roja del freno de emergencia.

Cualquier duda sobre su condición de estudiantes de teología quedó despejada cuando la mano de Bell estaba a escasos centímetros del freno de emergencia. Louis le pegó en la muñeca con la pistola y lo separó de golpe de la cuerda del freno. Incapaz de detener el tren a la fuerza, Bell hizo caso omiso del agudo dolor de su muñeca derecha y lanzó un puñetazo con la mano izquierda. El golpe impactó con una gratificante contundencia y dio a Louis en la frente lo bastante fuerte para que le

flaquearan las rodillas.

Sin embargo, Harold se había recuperado. Concentrando su fuerza y su peso como un boxeador bien entrenado, el chino bajo y enjuto blandió su pistola como una porra de acero. El cañón chocó contra el sombrero de Bell. La gruesa copa de fieltro y la tira de acero elástica amortiguaron parte del golpe, pero el impulso actuó en contra de él. Vio que la marquesina daba vueltas en lo alto, luego el cielo, y acto seguido se desplomó sobre la barandilla lateral y se cayó hacia las vías. Todo pareció moverse en cámara lenta. Vio las traviesas, las ruedas, el vagón y los escalones de la plataforma. Se agarró al escalón superior con las dos manos.

Sus botas chocaron contra las traviesas. Por una fracción de segundo, se vio intentando correr hacia atrás a ochenta kilómetros por hora. Mientras apretaba fuerte el escalón superior, sabiendo que si se le resbalaban las manos estaba perdido, flexionó los brazos si estuviera haciendo flexiones y puso los pies con gran esfuerzo en el escalón inferior.

La pistola de Harold descendió borrosa como si llenara el cielo. Bell alargó la mano por detrás de la pistola para agarrar la muñeca de Harold y tiró con todas sus fuerzas. El gángster salió catapultado por encima de él, voló por los aires y se estrelló contra un poste telegráfico, con el cuerpo doblado hacia atrás como una herradura.

Aferrándose a los escalones, Bell alargó la mano para coger su pistola. Antes de que pudiera tirar de ella, noto la automática de Louis pegada a su cabeza.

—¡Ahora le toca a usted!

Bell apoyó los pies para saltar y echó un rapidísimo vistazo al terreno que desfilaba a toda velocidad. Desde su precaria posición elevada, podía ver más allá de Louis. Al lado del tren había un pronunciado terraplén de balasto, una interminable hilera de postes telegráficos y un grupo de espesos árboles tan letales como postes. Pero más adelante se extendía un campo abierto salpicado de ovejas. Un cercado de alambre de espino recorría la vía para impedir que el ganado se acercara. Debía pasar por encima de la cerca si tenía alguna esperanza de sobrevivir al salto. Pero primero necesitaba un receso de cinco segundos para llegar al campo.

—Daré con usted, Louis —gritó contra el rugido del viento y el estruendo de las ruedas.

—Si sobrevive, estaré atento cada vez que oiga ruido de muletas.

—No me rendiré nunca —dijo Bell, lo que le permitió ganar un segundo.

Casi habían llegado al campo herboso. La pendiente era más pronunciada de lo que parecía de lejos.

—Es su última oportunidad, Bell. ¡Salte!

Bell ganó un segundo más gritando:

—¡Nunca!

Se lanzó desesperadamente con la intención de pasar por encima de la cerca. Demasiado bajo. Le faltaron unos centímetros chocar contra un poste telegráfico y menos aún para dar contra una estaca de la cerca. La hilera superior del alambre de espino amenazó con herirlo, pero la corriente del veloz ferrocarril lo azotó, y la ráfaga de aire elevó su cuerpo por encima de la cerca. Cayó de bruces en la hierba como un corredor de béisbol al abalanzarse sobre la segunda base y trató de flexionar los brazos y las piernas formando un ovillo prieto. Rodó por el suelo, incapaz de evitar las rocas y los cantos rodados del camino. En medio del movimiento confuso, de repente apareció algo sólido justo delante de él, y no tuvo más remedio que chocar el objeto.

El impacto le sacudió hasta la última fibra del cuerpo. EL dolor y la oscuridad le atenazaban la cabeza. Tenía la ligera impresión de que sus brazos y sus piernas se habían alargado y estaban bamboleándose como los de un espantapájaros mientras seguía rodando por la hierba. No tenía fuerzas para volver a flexionarlos. La oscuridad se intensificó. Al cabo de un rato tuvo la ligera impresión de que había dejado de moverse. Oyó un redoble de tambores. El suelo se sacudió debajo de él. Entonces la oscuridad se cernió sobre él por completo, y se quedó totalmente inmóvil.

En un momento dado, los tambores dejaron de sonar. Luego se dio cuenta de que la oscuridad había desaparecido. Tenía luí ojos abiertos y contemplaba un cielo brumoso. Vio mentalmente un campo lleno de ovejas que daba vueltas. Le dolía la

cabeza. El sol se había desplazado hacia el oeste el tramo equivalente a una hora. Y cuando se incorporó y miró a su alrededor, vio un rebaño de ovejas de verdad: ovejas de lana sin esquilar que pastaban plácidamente, menos una situada a unos cien metros de distancia que se esforzaba por levantarse.

Bell se frotó la cabeza y acto seguido se palpó el cuerpo en busca de huesos rotos, pero no encontró ninguno. Se puso en pie con paso tambaleante y se dirigió a la oveja para ver si la había herido gravemente y tenía que dispararle para evitarle el sufrimiento. Sin embargo, como alentada por su éxito, el animal consiguió levantarse con las cuatro patas y dirigirse cojeando con mucho esfuerzo al rebaño.

—Perdona, socia —dijo Bell—. No quería chocarme contra ti, pero me alegro de haberlo hecho.

Fue a buscar su sombrero.

Cuando oyó que venía un tren, subió por el terraplén y se colocó en mitad de la vía. Permaneció allí, balanceándose de pie, hasta que el tren paró y la punta del quitapiedras se detuvo entre sus piedras. Un maquinista con la cara colorada bajó a la parte delantera de su locomotora y gritó:

—¿Quién demonios se cree que es?

—Detective de la agencia Van Dorn —contestó Bell—. Me dirijo a Napa Junction.

—¿Cree que eso lo convierte en dueño de la vía?

Bell se desabotonó el bolsillo interior de la pechera de su chaqueta manchada de hierba y le mostró el más persuasivo de los diversos permisos de ferrocarril que llevaba.

—En cierto modo, sí.

Se dirigió tambaleándose a la escalera de la cabina y subió.

En Napa Junction, el jefe de estación le informó:

—El pastor inglés y su misionero chino tomaron el tren hacia el norte a St. Helena.

—¿A qué hora sale el tren a St. Helena?

—A las tres y tres.

—Espere. —Bell se apoyó en el mostrador para mantenerse en equilibrio—. ¿Qué ha dicho? —Otro campo con ovejas redondas estaba dando vueltas en su cabeza—. ¿Pastor?

—El reverendo J. L. Skelton.

—¿No es un escritor? ¿Un periodista?

—¿Cuándo ha visto a un periodista con alzacuellos?

—¿Y se fue hacia el norte?

Lejos de Mare Island.

—Sí.

—¿Se llevó al estudiante chino?

—Ya se lo he dicho. Compró dos billetes al monte Helen.

—¿Los vio subir al tren a los dos?

—Los vi subir y vi el tren salir de la estación. Y puedo informar de que no ha vuelto.

—¿Cuándo sale el próximo tren al sur?

—El tren a Vallejo acaba de marcharse.

Bell miró a su alrededor.

—¿Qué es esa vía? —Sobre ella había un cable de catenaria—. ¿El interurbano?

—El ferrocarril de Napa-Vallejo y Benicia —contestó el jefe de estación, y añadió resoplando despectivamente—: el tranvía.

—¿Cuándo pasa el próximo tranvía a Vallejo?

—Ni idea. No hablo con la competencia.

Bell le dio al jefe de estación su tarjeta y diez dólares.

—Si ese reverendo vuelve a pasar por aquí, envíeme un telegrama dirigido al comandante de Mare Island.

El jefe de estación se metió en el bolsillo la mitad de su salario de una semana y dijo:

—Supongo que si el reverendo me pregunta, nunca lo he visto.

Bell le dio otros diez dólares.

—Me lo ha quitado de la boca.

Estaba esperando delante de la vía del interurbano, girando la cabeza a un lado y al otro, cuando un automóvil de vapor Stanley rojo de cuatro plazas con las ruedas amarillas pasó deslizándose silenciosamente. Parecía totalmente nuevo exceptuando las salpicaduras de barro en los faros de latón.

—¡Eh!

Bell echó a correr detrás de él. El conductor paró. Sin los anteojos, parecía un colegial que había hecho novillos. Bell supuso que había «tomado prestado» el coche de su padre.

—Te apuesto veinte pavos a que ese trasto no corre un kilómetro y medio en un minuto.

—Vas a perder.

—Hay diez kilómetros hasta Vallejo. Te apuesto veinte pavos a que no llegas en seis minutos.

Bell iba perdiendo la apuesta cuando, a tres kilómetros de Vallejo, tomaron chirriando una curva de la carretera, y el conductor pisó el freno. La carretera estaba bloqueada por un grupo de hombres que había cavado una zanja a través de ella para colocar una tubería de alcantarilla.

—¡Eh! —gritó el conductor—. ¿Cómo demonios se supone que vamos a llegar a Vallejo?

El capataz, sentado a la sombra de una sombrilla, señaló un atajo por delante del que acababan de pasar.

—Por la colina.

EL conductor miró a Bell.

—No es justo. No alcanzaré los cien kilómetros en la colina.

—Ya resolveremos el problema —dijo Bell—. Creo que vas a ganar la carrera.

El conductor le dio al vapor, y el Stanley subió con brío a lo largo de varios cientos de metros. Atravesaron a toda velocidad una breve meseta y subieron otros cien metros. En la cima de la colina, Bell contempló una vista impresionante. La ciudad de Vallejo se encontraba abajo, con su cuadrícula de calles, casas y tiendas que se detenía ante las azules aguas de la bahía de San Pablo. A la derecha, unos altos radiotransmisores como los que Bell había visto en el astillero naval de Washington señalaban la ubicación de Mare Island. Junto a la isla había barcos. A lo lejos vio columnas de humo negro elevándose detrás de Point San Pablo, que separaba la bahía de San Francisco de la bahía de San Pablo.

—Para el automóvil —dijo Bell.

—Perderé tiempo.

Bell le dio veinte dólares.

—Has ganado.

Una hilera de acorazados blancos aparecieron doblando el cabo. Conocía sus siluetas por los cuadros de Henry Reuterdaahl reproducidos durante meses en el *Collier's*. El buque insignia, el *Connecticut*, con sus tres chimeneas, encabezaba la columna, seguido del *Alabama*, con dos chimeneas una al lado de otra, el *Kersage* de menor tamaño, con dos altas chimeneas alineadas y torretas delanteras, y el *Virginia* cerrando la marcha.

—¡Caramba! —exclamó el chico sentado al volante—. ¿Adónde van? Tienen que anclar en la ciudad.

—Allí abajo —contestó Bell—. A Mare Island, para el mantenimiento y las provisiones.

El chico lo dejó en una calle de sastrerías que ofrecían sus servicios a los oficiales de la Marina.

—¿Cuánto pide por cambiarme el conjunto?

—Es una ropa muy elegante, señor. Cincuenta dolares si le corre prisa.

—Le daré cien si todos sus empleados dejan lo que están haciendo y lo tienen listo dentro de dos horas —dijo Bell

—¡Hecho! Y le limpiaremos el sombrero gratis.

—Me gustaría usar su cuarto de baño. Y luego me apetecería sentarme en una silla donde pueda cerrar los ojos.

En el espejo de encima del lavabo vio que tenía las pupilas ligeramente dilatadas, lo que le indicó que podía haber sufrido una leve contusión. Si no se había hecho nada más.

—Gracias, señora Oveja.

Se lavó la cara, se sentó en una silla y se durmió. Una hora más tarde le despertó el rumor de una hilera de carros y camiones aparentemente interminable que se dirigía al embarcadero de Mare Island. Cada camión tenía estarcido en el lateral T. WHITMARE. Ted se ganaba bien la vida dando de comer a los marineros.

El sastre cumplió lo prometido. Dos horas después de llegar a Vallejo, Isaac Bell se bajó del transbordador *Pinafore* en el arsenal naval de Mare Island. Los marines se pusieron firmes delante de la verja. Bell enseñó el permiso que el secretario de Marina había proporcionado a Joseph van Dorn.

—Llévenme con el comandante.

El comandante tenía un mensaje para Bell de la estación de ferrocarril de Napa Junction.

—Normalmente mis anfitriones celebran la recepción después de mi sermón —dijo el pastor inglés de visita, el reverendo J. L. Skelton.

—En Mare Island hacemos las cosas de forma distinta —contestó el comandante—. Por aquí, señor, a la recepción.

Agarrando al pastor del brazo, el comandante lo llevó a través de una capilla iluminada por unas brillantes vidrieras de colores de Tiffany y abrió de golpe la puerta del despacho del capellán de la Marina. Detrás de una sólida mesa, Isaac Bell se levantó cuan alto era vestido de blanco immaculado.

Skelton palideció.

—Un momento, caballeros, esto no es lo que creen.

—En el tren era usted un falso escritor —dijo Bell—. Ahora es un falso pastor.

—No, realmente soy miembro del clero. Bueno, lo era... Me apartaron del sacerdocio, ya sabe. Malentendidos, los fondos de la iglesia... una joven... Bueno, ya se lo imagina.

—¿Por qué se hizo pasar por Arnold Bennett?

—Era una oportunidad que no podía permitirme desaprovechar.

—¿Oportunidad?

Skelton asintió con la cabeza ansiosamente.

—Estaba en un aprieto. Los ingleses me habían localizado en Nueva York. Tenía que salir de la ciudad. El trabajo me venía al pelo.

—¿Quién le dio el trabajo? —preguntó Bell.

—Louis Loh, por supuesto. Y el pobre Harold, quien según tengo entendido ya no está entre nosotros.

—¿Dónde está Louis Loh?

—No estoy del todo seguro.

—Más vale que lo esté —rugió el comandante—. O se lo sacaré a golpes.

—No será necesario —dijo Bell—. Estoy seguro de que...

—Cállese —rugió el comandante, interrumpiéndolo como habían acordado de

antemano—. Este es mi astillero, y trataré a los delincuentes como me dé la gana. A ver, ¿dónde está ese chino? Rápido, antes de que llame a un contramaestre.

—El señor Bell tiene razón. No será necesario. Todo esto es un gran malentendido y...

—¿Dónde está el chino?

—La última vez que lo vi, iba vestido de recolector de fruta japonés.

—¿Recolector de fruta? ¿Qué quiere decir?

—Como los que vimos desde el tren en Vaca. Usted los vio Bell. Hay enormes comunidades de japoneses que trabajan recogiendo fruta. Bayas y toda...

Bell lanzó una mirada al comandante, quien asintió con la cabeza para confirmar que era cierto.

—¿Qué ropa llevaba? —preguntó Bell.

—Sombrero de paja, camisa a cuadros y pantalón de peto.

—¿El pantalón de peto era un mono?

—Sí. Igual que un recolector de fruta japonés.

Bell cruzó una mirada con el comandante.

—¿Tienen árboles frutales en Mare Island?

—Por supuesto que no. Es un astillero. Vamos, más vale que digas la verdad o...

Bell lo interrumpió.

—Reverendo, tiene una oportunidad de no pasar el resto de su vida en la cárcel. Contésteme con mucha cautela. ¿Dónde vio a Louis Loh vestido de recolector de fruta?

—En la cola.

—¿Qué cola?

—Los carros que hacían cola para subir al transbordador.

—¿Estaba en un carro?

—Conducía uno, ¿no lo entiende?

Bell se dirigió a la puerta.

—¿Va disfrazado de campesino japonés que reparte fruta?

—Es lo que intento decirle.

—¿Qué fruta?

—Fresas.

—¡El pase, asqueroso mongol! —gritó el marine que vigilaba la entrada del breve camino que cruzaba Mare Island desde el muelle del transbordador hasta los embarcaderos, donde los marineros iban y venían en tropel por las pasarelas cargando provisiones en los barcos—. ¡Enséñame el pase!

—Tome, señor —respondió Louis Loh, bajando la vista mientras le entregaba el papel—. Ya lo he enseñado en el transbordador.

—Pues lo vuelves a enseñar aquí. Si por mí fuera, los japoneses no pisaríais Mare

Island, con pase o sin él.

—Sí, señor.

El marine miró el papel con el ceño fruncido murmurando:

—Asiáticos conduciendo camiones. Los agricultores deben de estar desesperados.

Comenzó a rodear el carro deliberadamente. Cogió una fresa de una de las cajas de madera y se la metió en la boca. Un sargento lo abordó.

—¿A qué demonios viene el retraso?

—Estoy inspeccionando a este japonés, señor.

—Tienes cientos de carros haciendo cola. Que circule.

—Ya lo has oído, estúpido mongol. Lárgate.

Dio una palmada con su manaza a la mula, y el animal saltó hacia delante y estuvo a punto de tirar a Louis Loh del carro. El camino, empedrado con adoquines, entraba y salía de los almacenes y los talleres de máquinas y cruzaba una vía de tren. En el punto donde se bifurcaba, Louis Loh sacudió las riendas. La mula, que había estado andando con paso pesado detrás de los otros carros, giró de mala gana.

A Loh le empezó a latir fuerte el corazón. El mapa que le habían dado indicaba que el almacén estaba al final de aquel camino, en la orilla del agua. Rodeó un edificio de una fábrica y allí estaba, cuatrocientos metros más adelante, una estructura de hiedra con pequeñas ventanas con barrotes y un tejado de tejas de terracota. El tejado y la mancha azul de la bahía de San Francisco le recordaron su ciudad natal, Cantón, en la costa del sur de China. Pese a lo asustado que estaba, de repente le asaltó una Intensa nostalgia que hizo flaquear su determinación. Había muchas cosas bonitas que no volvería a ver.

Una caravana de carros estaba saliendo del almacén a un largo muelle perpendicular, al final del cual se encontraba el blanco y reluciente *Connecticut*, el buque insignia de la Gran Flota Blanca. Delante, vio el último puesto de guardia controlado por marines. Metió la mano debajo del asiento y tiró de una cuerda. Se imaginó que oía el despertador haciendo tic-tac debajo de las fresas, pero en realidad el sonido quedaba completamente amortiguado por los barriles de explosivos que había debajo de la fruta. Se estaba acercando. La única pregunta era ¿cuánto más podría acercarse hasta que lo detuvieran?

Oyó el ruido de un pesado motor y una cadena de transmisión detrás de él. Era un camión de plataforma con montones de barriles de sirope Coca-Cola rojos y blancos. ¿Lo había seguido por error desde la cola de abastecimiento? Fuera cual fuera el motivo, su presencia hacía menos sospechoso el solitario carro. El camión hizo sonar el claxon y lo adelantó ruidosamente. Un segundo más tarde separó en seco; los duros neumáticos de goma rechinaron en los adoquines. Se deslizó hacia un lado y bloqueó el camino, que tenía una cuneta a cada lado. No había forma de rodearlo, y Loh ya había activado el dispositivo de sincronización que haría detonar los explosivos.

—¿Puede apartar el camión, señor? —dijo Louis—. Tengo que hacer una entrega.

Isaac Bell bajó de la cabina de un salto, agarró el bocado de la mula y dijo:

—Hola, Louis.

El miedo y la nostalgia de Louis Loh se desvanecieron como la niebla barrida por el viento. Una gélida claridad los sustituyó. Metió la mano debajo del asiento del carro y tiró de una segunda cuerda, que avanzaba a lo largo del timón del carro y por debajo de los tirantes de la mula. La cuerda hizo detonar una tira de petardos que estallaron en una serie de rápidas explosiones. La mula, espantada, se encabritó violentamente y arrojó a Bell al suelo. El animal se lanzó a ciegas a la cuneta y arrastró el carro que se volcó y desparramó las fresas y los explosivos. El enloquecido animal se soltó y escapó, pero no antes de que Louis Loh, viendo que todo estaba perdido, saltara sobre su lomo. La mula trató de tirar a Louis Loh corcoveando y lanzando coces, pero el ágil y joven chino se aferró bien y espoleo al animal hacia el agua.

Isaac Bell echó a correr a toda velocidad detrás de ellos por el camino que llevaba al angosto estrecho que separaba Mare Island de Vallejo. Vio que la mula se paraba súbitamente. Louis Loh salió catapultado por encima del pescuezo del animal. El chino rodó por la hierba, se levantó y echó a correr. Bell lo siguió. De repente, una enorme explosión sacudió el suelo. Miró atrás. Los barriles de Coca-Cola estaban volando por los aires. El carro había desaparecido y el camión estaba ardiendo. Los marines del puesto de guardia y los hombres del muelle de las municiones corrieron hacia el fuego. El *Connecticut* y el almacén de piedra estaban ambos intactos.

Bell fue detrás de Louis Loh, quien corría hacia el muelle. Había una lancha amarrada a un lado. Un marinero salió de ella y trató de detener al chino. Louis Loh lo esquivó y se lanzó al agua. Cuando Bell llegó al muelle, estaba nadando hacia Vallejo.

Bell corrió a la lancha.

—¿Enfadado?

El marinero seguía en el muelle, estupefacto.

—Sí, señor.

Bell soltó las amarras de proa y popa de los bolardos.

—Eh, ¿qué está haciendo, señor? —El marinero subió a la lancha y alargó los brazos para agarrar a Bell—. ¡Pare!

—¿Sabes nadar?

—Claro.

—Adiós.

Bell le agarró la mano y lo lanzó por la borda. La corriente estaba arrastrando la barca del muelle. Bell puso en marcha la hélice y rodeó al marinero, quien farfulló indignado:

—¿Por qué ha hecho eso? Déjeme ayudarlo.

Lo que menos necesitaba Bell era la ayuda de la Marina. La Marina detendría a Louis y lo metería en el calabozo.

—Es mi prisionero —dijo—. Es mi caso.

La corriente arrastraba a Louis río abajo. Bell lo siguió de cerca, listo para rescatarlo si se ahogaba. Pero el chino nadaba enérgicamente, surcando el agua con un moderno estilo de crol.

En los últimos cien metros, Bell acercó la lancha a tierra en un muelle y, cuando Louis salió tambaleándose del agua, estaba esperando en la orilla, balanceando unas esposas. El chino se levantó respirando con dificultad y mirando incrédulo al detective, quien dijo:

—Estira las manos.

Louis sacó una navaja y arremetió con sorprendente velocidad para un hombre empapado que acababa de nadar a través de una fuerte corriente. Bell lo esquivó con las esposas y le asestó un buen puñetazo. Louis se desplomó, lo bastante aturdido para que Bell pudiera esposarle las manos a la espalda. El detective lo levantó de un tirón, sorprendido de lo ligero que era. Louis no debía de pesar más de cincuenta y cinco kilos.

Bell lo llevó hacia el muelle donde había atado la lancha. Siguiendo el estrecho de Carquinez, solo había unos diez kilómetros de Vallejo a Benicia Point, donde, con suerte, podría tomar un tren antes de que la Marina se enterara.

Sin embargo, antes de que alcanzara al muelle, llegó un transbordador de Mare Island que descargó a un grupo de trabajadores navales.

—¡Allí está!

—¡A por él!

Los trabajadores habían oído la explosión, habían visto los barriles volando y habían atado cabos. Mientras corrían hacia Bell y Louis Loh, un segundo grupo que había estado reparando una vía muerta de tranvía llegó corriendo con mazos y barras de hierro y se unió al primero. Formaron una masa compacta e impidieron al detective y a su prisionero acceder a la lancha.

El grupo de trabajadores encendió un soplete de oxiacetilénico.

—Quememos al japonés. A la mierda con el juicio.

—No podéis quemarlo, chicos —dijo Isaac Bell a la muchedumbre dispuesta al linchamiento.

—Ah, ¿no? ¿Por qué no?

—Porque no es japonés. Es chino.

—Son todos mongoles... culis asiáticos... están todos metidos en el ajo.

—Aun así, no podéis quemarlo. Es mío.

—¿Tuyo? —soltó la turba en un coro airado.

—¿Quién demonios eres tú?

—¡Tú eres uno solo y nosotros cien!

—¿Cien? —Bell sacó rápidamente su pistola de cañón doble debajo del sombrero y la Browning de la chaqueta y apuntó a la multitud con la boca de las armas—. Dos disparos con la mano izquierda. Siete con la derecha. Ya no sois cien. Sois noventa y Uno.

Algunos de los que estaban en la parte de delante retrocedieron y se mezclaron con los hombres que tenían detrás, pero otros les sustituyeron. La nueva primera fila se acercó lentamente, cruzándose miradas, buscando un cabecilla. Con el rostro impertérito como el granito y una mirada fría, Bell desplazaba la vista de un hombre a otro, observando sus ojos.

Solo haría falta uno para armarse de valor.

—¿Quién es el primero? ¿Qué tal los de delante?

—¡A por él! —gritó un hombre alto de la segunda fila.

Bell disparó la Browning. El hombre gritó y cayó de rodillas, llevándose las manos a la oreja ensangrentada.

—Noventa y nueve —dijo Isaac Bell.

La turba retrocedió mascullando hoscamente. Un tranvía se acercó, haciendo sonar la campana para ahuyentar a los hombres de la vía. Bell subió a rastras a Louis Loh al vehículo.

—No puede subir aquí —protestó el conductor—. ¡Ese japonés está empapado!

Bell apuntó al conductor del tranvía a la cara con la pistola de cañón doble.

—No haga paradas. Vaya directo a la estación de Benicia.

Dejando atrás a toda velocidad a los pasajeros que esperaban en las numerosas paradas a lo largo del camino, llegaron al embarcadero del transbordador de la Southern Pacific en diez minutos. Al otro lado del estrecho de un kilómetro y medio de ancho de Port Costa, Bell vio el *Solano*, el transbordador ferroviario más grande del mundo, que transportaba una locomotora y unos coches cama del semidirecto de la línea del interior con rumbo al este. Llevó a rastras a Louis Loh al despacho del jefe de estación, se identificó, compró unos billetes de compartimiento para cruzar el continente y envió unos telegramas. El transbordador cruzó en nueve minutos, atracó y se acopló a la vía. La locomotora arrastró la parte delantera del tren a la plataforma de carga. Una locomotora de maniobras empujó los cuatro vagones traseros fuera de la embarcación. Al cabo de diez minutos, el tren estaba otra vez entero y saliendo de la estación de Benicia.

Bell encontró su compartimento y esposó a Louis a las tuberías.

Mientras el transcontinental avanzaba a toda velocidad por el valle del río Sacramento, Louis Loh habló:

—¿Adónde me llevas?

—¿A qué sociedad perteneces, Louis?

—No soy de ninguna sociedad.

—¿Por qué querías que pareciera que los japoneses habían volado el almacén?

—No voy a hablar contigo.

—Claro que hablarás. Me contarás todo lo que quiero saber sobre lo que intentabas hacer, por qué y quién te dio las órdenes.

—Tú no entiendes a un hombre como yo. No voy a hablar, aunque me tortures.

—«No es mi estilo» —dijo Bell, citando un famoso poema.

—«*Strike one*, dijo el árbitro» —replicó Louis Loh con suficiencia—. He leído «Casey al bate».

—Ya me has contado una cosa —contestó Bell—. Solo que no lo sabes.

—¿Qué?

El alto detective permaneció en silencio. De hecho, Louis había confirmado su sospecha de que no era un gángster común y corriente. No creía que el chino fuera el espía, pero Loh ocultaba más cosas de las que el atentado que había cometido ese mismo día en Mare Island había sacado a la luz.

—Me das mucha ventaja —dijo Loh.

—¿Cómo?

—Reconociendo que no eres lo bastante hombre para torturarme.

—¿Es esa la definición de hombre según la Hip Sing?

—¿Qué es la Hip Sing?

—Dímelo tú.

—Cuando las tornas se vuelvan —dijo Louis Loh—, cuando tú seas mi prisionero, te torturaré.

Bell se tumbó en la cama y cerró los ojos. Le dolía la cabeza, y las ovejas seguían dando volteretas.

—Primero usaré un hacha —comenzó a decir Loh—. Con cuchilla de carnicero. Muy afilada. Empezaré por la nariz ...

Louis Loh siguió describiendo con morboso detalle los horrores que infligiría a Bell hasta que este empezó a roncar.

El detective abrió los ojos cuando el tren paró en Sacramento. Llamaron a la puerta del compartimento. Bell reconoció a dos miembros fornidos del servicio de seguridad de la oficina de Sacramento.

—Llevadlo al vagón del equipaje y esposadle las manos y los pies. Que uno de vosotros no se separe de él en ningún momento. El otro que duerma. Tengo una litera para vosotros. No le perdáis de vista nunca. No os distraigáis hablando con el personal del tren. Si acaba con un corte o un cardenal, responderéis ante mí. Pasaré a veros regularmente. Extremaremos la vigilancia cada vez que el tren pare.

—¿Hasta Nueva York?

—Tenemos que cambiar de tren en Chicago.

—¿Crees que sus amigos intentarán rescatarlo?

Bell permaneció atento esperando ver alguna reacción por parte de Loh, pero no advirtió ninguna.

—¿Habéis traído escopetas?

—De carga automática, como dijiste. Y también una para ti.

—Que lo intenten. Está bien, Louis. Largo. Espero que disfrutes convertido en equipaje durante los próximos cinco días.

—No me haréis hablar jamás.

—Encontraremos la forma —prometió Bell.

Billetes de tren de lujo, un traje de *tweed* de «escritor inglés rico», un reloj de bolsillo de oro, equipaje caro y cien dólares era lo que le había costado al espía contratar al

sacerdote excomulgado J. L. Skelton para que se hiciera pasar por Arnold Bennett. Eso notificó Horace Bronson, el director de la oficina de San Francisco, en telegrama que esperaba a Isaac Bell en Ogden. Sin embargo, aunque las amenazas de una larga condena en la cárcel lo habían asustado lo bastante para hacerle hablar con total libertad, Skelton no tenía ni idea de por qué lo habían contratado para que fingiera acompañar a los supuestos estudiantes misioneros.

«Juró sobre un montón de biblias —comentaba Bronson irónicamente— que no sabía por qué luego le pagaron otros cien dólares para que volviera a ser pastor y celebrara una misa en la capilla de Mare Island. Y negó tener conocimiento de por qué Harold Wing y Louis Loh querían que pareciera que los japoneses habían volado el almacén de Mare Island para inutilizar los barcos de la Gran Flota Blanca». Horace Bronson le creía. Isaac Bell, también. El espía era un experto ordenando a los demás que le hicieran el trabajo sucio. Como los grandes cañones de Arthur Langner, él se mantenía a kilómetros de distancia de la explosión.

El origen del pase que Loh había usado para llevar su carro a bordo del transbordador hasta el astillero naval habría sido una pista, pero el papel se había quemado durante la explosión, junto con el carro y el camión. Ni siquiera la mula resultó de ayuda. Había sido robada en Vaca el día anterior. Los guardias, que habían dejado pasar a cientos de camiones y carros, no podían aportar ningún dato útil sobre los pases o el camión cargado de fresas que habían permitido entrar en la isla.

Dos días más tarde, mientras el tren cruzaba a toda velocidad Illinois, Bell llevó un periódico de Chicago a Louis Loh. El gángster se hallaba tumbado en un catre plegable en el oscuro vagón sin ventanas del equipaje, con una muñeca y un tobillo esposados al armazón metálico. El miembro del servicio de seguridad que lo estaba vigilando se encontraba dormitando en un taburete.

—Ve a tomar un café —ordenó Bell, y cuando estuvieron solos enseñó el periódico a Louis—. Recién salido de la imprenta. Noticias de Tokio.

—¿Qué me importa a mí Tokio?

—El emperador de Japón ha invitado a la Gran Flota Blanca de Estados Unidos a hacer una visita oficial cuando cruce el Pacífico.

La máscara insulsa que Louis Loh lucía habitualmente en su rostro se demudó un ápice. Bell detectó un mínimo encorvamiento de hombros que reflejaba un desplome interior de la esperanza de que su ataque frustrado provocara un enfrentamiento entre Japón y Estados Unidos.

Bell estaba desconcertado. ¿Por qué le preocupaba tanto a Louis? Ya lo habían atrapado. Se enfrentaba a la cárcel, o quizá a la horca, y había perdido el dinero que le habrían pagado de haber tenido éxito. ¿Qué le preocupaba? A menos que lo hubiera hecho por otros motivos que no fueran el dinero.

—Podemos suponer que su Majestad Imperial no habría invitado a la flota si tú hubieras conseguido volar el arsenal naval de Mare Island en su nombre, Louis.

—¿Qué me importa el emperador de Japón?

—Esa es la pregunta que yo me hago. ¿Por qué un sicario de una sociedad secreta china trataría de avivar el enfrentamiento entre Estados Unidos y Japón?

—Vete a la mierda.

—¿Y en nombre de quién? ¿Para quién lo hiciste, Louis?

Louis Loh sonrió burlonamente.

—No gastes saliva. Tortúrame. Nada me hará hablar.

—Encontraremos una forma —prometió Bell—. En Nueva York.

Unos detectives fuertemente armados de la oficina de Chicago respaldados por la policía ferroviaria trasladaron a Louis Loh del semidirecto de la línea del interior al semidirecto *20th Century* a través de la estación de LaSalle. Nadie intentó rescatar a Louis ni matarlo, algo con lo que Bell contaba a medias. Decidió dejarlo al cargo del servicio de seguridad hasta que el *20th Century* llegara a Nueva York. Bell siguió sin dejarse ver por Louis en Grand Central, donde otra brigada de detectives lo metió en un camión y lo llevó al astillero naval de Brooklyn. Lowell Falconer se ofreció a allanar el camino para que Louis Loh pasara su primera noche en un bergantín de la Marina.

Bell esperó al capitán en su yate. El *Dyname* estaba amarrado en un muelle del astillero, entre los canales del Buque-44 y una enorme barcaza de madera acompañada por un remolcador marítimo. En la barcaza, los ingenieros estaban levantando un mástil de observación. Era una versión de tamaño natural de la maqueta a escala doce a uno que Bell había visto en el estudio de diseño de Farley Kent.

Muy por encima, la popa del Buque 44 llenaba el cielo azul. El revestimiento del casco estaba ascendiendo por el almacén, y cada vez tenía más el aspecto de un barco. Si se convertía en un barco de combate la mitad de efectivo de lo que Falconer había imaginado y la mitad de veloz y letal de lo que Alasdair McDonald y Arthur Langner habían pretendido con su trabajo, pensaba Bell, el enemigo no vería la parte posterior de la embarcación hasta que sus barcos estuvieran a la deriva y en llamas.

Falconer subió a bordo después de instalar al prisionero. Informó de que las últimas palabras de Louis cuando le cerraron la puerta fueron: «Dígale a Isaac Bell que no voy a hablar».

—Hablará.

—Yo no contaría con eso —le advirtió Falconer—. Cuando estuve en el Lejano Oriente, los japoneses y los chinos prácticamente destripaban a los espías que capturaban, pero no hablaban.

El detective y el capitán de la Marina se quedaron en la cubierta de proa mientras el *Dyname* se internaba en el East River dando marcha atrás, con sus nueve hélices dando vueltas con una suavidad que a Bell seguía resultándole inquietante.

—Louis Loh no es lo que aparenta —meditó en voz alta—. No sé exactamente

qué es lo que lo hace distinto.

—A mí me parece que ocupa un puesto bastante bajo en la jerarquía.

—No lo creo —contestó Bell—. Se comporta orgullosamente, como un hombre que tiene una misión.

—La situación de las bandas de Nueva York es muy inestable —dijo Harry Warren, y el puñado de detectives de la agencia Van Dorn que les seguían la pista asintieron seriamente con la cabeza—. Un día tienen el poder y al día siguiente están en el arroyo.

El cuarto interior de la sede del hotel Knickerbocker estaba gris del humo de los puros. Una botella de *whisky* que Isaac Bell había comprado estaba pasando de mano en mano.

—¿Quién está en el arroyo actualmente? —preguntó.

—Los Duster de Hudson, los Marginal y los Pearl Button. Los Eastman están en apuros con los Monk Eastman en Sing Sing, y su situación es todavía peor al seguir enemistados con los Five Pointer.

—Tuvieron un tremendo tiroteo la otra noche debajo del ferrocarril elevado de la Tercera Avenida —comentó el detective—. Afortunadamente, no hubo muertos.

—En Chinatown —continuó Harry—, la Hip Sing está adelantando a toda costa a la On Leong. En el West Side, a los Gopher de Tommy Thompson les van muy bien las cosas. O les iban. Esos hijos de puta están muy ocupados desde que les echaste encima a la policía ferroviaria por tender una trampa a Eddie Tobin.

Sus palabras fueron recibidas con entusiastas asentimientos de cabeza y con un comentario de reticente admiración:

—Esos polis del tren del oeste son los cabrones más peligrosos que he visto en mi vida.

—Tienen a los Gopher tan desconcertados que la sociedad Hip Sing ha abierto un nuevo fumadero de opio justo en medio del territorio de los Gopher.

—No tan deprisa —advirtió Harry Warren—. He visto a los Gopher en un garito de la Hip Sing en el centro. ¿Dónde estaba Scully, Isaac? Tengo la impresión de que algo se estaba cociendo entre la Hip Sing y los Gopher. Tal vez Scully pensaba lo mismo.

Unos cuantos murmuraron en señal de asentimiento. Habían oído rumores.

—Pero ¿ninguno de vosotros me puede decir algo sobre Louis Loh?

—Eso no significa gran cosa, Isaac. Los delincuentes de Chinatown simplemente son más reservados.

—Y están mejor organizados. Por no hablar de lo listos que son.

—Y están conectados con Chinatown por todo Estados Unidos y toda Asia.

—La conexión internacional es un elemento interesante, siendo este un caso de espionaje —reconoció Bell—. Salvo un detalle importante. ¿Por qué enviar a dos

hombres desde Nueva York al otro lado del continente cuando podrían haber utilizado a hombres de San Francisco y Chinatown que conocieran el territorio?

Nadie contestó. Los detectives permanecieron en un incómodo silencio únicamente interrumpido por el tintineo del cristal y el ruido de una cerilla. Bell echó un vistazo al equipo de veteranos de Harry presentes en la sala. Echaba de menos a John Scully. Scully era un genio en las sesiones de intercambio de ideas.

—¿A qué vino la farsa del tren? —preguntó—. No tiene sentido.

Más silencio.

—¿Cómo está el pequeño Eddie?

—Todavía no se sabe si sobrevivirá.

—Dile que iré a hacerle una visita en cuanto pueda.

—Dudo que se entere de que estás en la habitación.

—Por lo que a mí respecta, eso también es muy raro —dijo Harry Warren—. ¿Por qué iban a correr el riesgo los Gopher de provocar a los detectives de Van Dorn?

—Porque son tontos —contestó un detective, y todos se rieron.

—Pero no tan tontos. Como lo que dice Isaac de que Louis Loh cruzara el continente. Dar una paliza al chico no tenía sentido. Las bandas no buscan pelea fuera de su ambiente.

—Me dijiste que te parecía raro que el Témpano fuera a Camden —dijo Isaac Bell.

Harry asintió enérgicamente con la cabeza.

—Los Gopher no salen de casa.

—Y dijiste que los Gopher no mandan mensajes de advertencia ni se vengan si pueden provocar la ira de forasteros. ¿Es posible que el espía les pagara para que se vengasen, como pagó a asesinos para que fueran a Camden?

—¿Quién demonios sabe cómo piensan los espías?

—Conozco a alguien que lo sabe —dijo Bell.

El comandante Abbington-Westlake salió sin prisa del club de Harvard, del que había conseguido ser miembro honorario gratuito y pidió un taxi con un lánguido gesto de mano. Un taxi de gasolina Darracq rojo pasó volando por delante de un hombre que le hacía señales delante del club náutico New York y paró a recoger al corpulento inglés.

—¡Oiga, ese taxi es mío!

—Por lo visto, no —dijo Abbington-Westlake alargando las palabras mientras subía al Darracq—. Dese prisa, taxista, antes de que ese malhumorado aficionado a la navegación nos alcance.

El taxi se marchó enseguida. Abbington-Westlake dio una dirección de la parte elevada de la Quinta Avenida al conductor y se puso cómodo. En la calle Cincuenta y nueve, el taxi viró bruscamente y entró en Central Park. El comandante dio unos

golpecitos en la ventanilla con el bastón.

—No, no, no, no soy un turista al que pueda llevar de vuelta por el parque. Si quisiera salir de la ruta y atravesar el parque se lo habría indicado. ¡Vuelva a la Quinta Avenida inmediatamente!

El taxista frenó en seco y sacó a Abbington-Westlake de su asiento. Cuando se recuperó, se encontró mirando coléricamente a los fríos ojos de un Isaac Bell de rostro adusto.

—Se lo advierto, Bell, tengo amigos que acudirán en mi ayuda.

—No le daré un merecido puñetazo en la nariz por traicionarme con Yamamoto Kenta si responde a una pregunta.

—¿Fue usted quien mató a Yamamoto? —pregunto el espía inglés temeroso.

—Murió en Washington. Yo estaba en Nueva York.

—¿Ordenó su muerte?

—Yo no soy uno de ustedes —dijo Bell.

—¿Cuál es su pregunta?

—Quienquiera que sea el espía independiente, creo que está actuando de forma extraña. Mire esto.

Enseñó la nota a Abbington-Westlake.

—La dejó en el cadáver de mi detective. ¿Por qué haría algo así?

El inglés la leyó de un vistazo.

—Parece que quería enviarle un mensaje.

—¿Usted lo haría?

—Uno no se entrega a ejercicios infantiles.

—¿Mataría usted a uno de mis hombres por venganza?

—Uno no se entrega al lujo de la venganza.

—¿Lo haría usted como amenaza? ¿Creyendo que algo así me detendría?

—Debería haberle matado a usted. Eso habría puesto fin a todo.

—¿Lo habría hecho usted?

Abbington-Westlake sonrió.

—Yo aconsejo que los espías con éxito son los espías invisibles. En el mejor de los casos, uno copia un plano secreto en lugar de robarlo para que el enemigo no se entere de que le han robado el secreto. Del mismo modo, si un enemigo debe morir, debe parecer un accidente. Unos escombros de una obra que caen podrían aplastar a un hombre sin levantar sospechas. Un alfiler de sombrero que atraviesa un cerebro es una señal de advertencia.

—El alfiler de sombrero no apareció en los periódicos —dijo Bell fríamente.

—Uno lee entre líneas —respondió el inglés—. Como le dije en el Knickerbocker, bienvenido al mundo del espionaje, señor Bell. Ya ha aprendido mucho. Su instinto le dice que el espía independiente no es principalmente un espía.

—No piensa como un espía —dijo Bell—. Piensa como un gángster.

—Entonces ¿quién mejor para atrapar a un gángster que un detective? Buenos

días, señor. Le deseo una feliz caza.

Salió del taxi y echó a andar hacia la Quinta Avenida.

Bell regresó corriendo al hotel Knickerbocker y llamó a Archie Abbott.

—Vete a la fábrica de torpedos de Newport.

—Los chicos de Boston ya han...

—Te quiero a ti. Tengo una extraña sensación sobre ese atentado.

—¿Qué clase de sensación?

—¿Y si no fue sabotaje? ¿Y si fue un robo? Quédate allí hasta que descubras lo que se llevaron.

Acompañó a Archie al tren en Grand Central y volvió a la oficina, sumido en sus pensamientos. Abbington-Westlake había confirmado sus sospechas. El espía era principalmente un gángster. Pero no podía ser el comodoro Tommy. El líder de los Gopher había vivido y luchado dentro de los estrechos confines de Hell's Kitchen durante toda su vida. Louis Loh debía de tener la respuesta. Él podía ser la sociedad secreta. Incluso podía ser el espía. Tal vez eso era lo que había advertido de diferente en Louis: que se comportaba como si tuviera un objetivo. Era el momento de plantearle la pregunta.

Bell recogió a Louis Loh en el astillero naval de Brooklyn muy de noche y le esposó las muñecas a la espalda.

Loh se llevó la primera sorpresa al ver que, en lugar de meterlo en un camión o un automóvil, Bell lo condujo hacia el río. Aguardaron en la orilla del agua. El Buque 44 asomaba detrás de ellos. El viento arrastraba sonidos de motores de barco, velas a agitándose, silbatos y bocinas. Sin más iluminación que las luces de navegación, el *Dyname* de Lowell Falconer se acercaba en un silencio casi absoluto.

Los marineros de cubierta subieron a bordo a Bell y su prisionero sin pronunciar palabra. El yate se internó en el río dando marcha atrás y navegó río abajo. Pasó por debajo del puente de de Brooklyn, dejó atrás el Battery y ganó velocidad en Upper Bay.

—Si tienes pensado tirarme por la borda —le comentó Louis Loh—, recuerda que sé nadar.

—¿Con las esposas puestas?

—Suponía que me las quitarías, al ser peor que una tortura.

El timonel redujo la velocidad a treinta nudos. Bell llevó a Loh a la cabina oscurecida, donde permanecieron en silencio guarecidos del viento y el agua que salpicaba. El *Dyname* cruzó Lower Bay. Bell vio el buque-faro brillar a través de la claraboya. Cuando la proa del *Dyname* se elevó contra la primera ola encrespada del Atlántico, Louis Loh preguntó:

—¿Adónde me llevas?

—Al mar.

—¿A qué distancia?

—A unas cincuenta millas.

—Eso nos llevará toda la noche.

—No en este barco.

El timonel aceleró. Pasó una hora. Las turbinas disminuyeron de velocidad, y el yate aminoró la marcha. De repente chocó con fuerza contra algo y se paró. Bell cogió a Louis del brazo, comprobó que no hubiera forzado las esposas y lo sacó a la cubierta. Unos silenciosos marineros de cubierta los ayudaron a bajar a la cubierta de madera de una barcaza. A continuación el *Dyname* dio media vuelta y se marchó a toda velocidad. En unos minutos, lo único que se veía de él eran las llamas del cañón de su chimenea, y pronto desapareció en la noche.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Louis Loh.

Las olas de cresta blanca brillaban a la luz de las estrellas. La barcaza se mecía con el movimiento del mar.

—Ahora treparemos.

—¿Treparemos? ¿Treparemos qué?

—Treparemos por el mástil.

Bell dirigió la mirada de Louis al mástil de observación. La elevada estructura se alzaba a tanta altura que su bamboleante parte superior parecía rozar las estrellas.

—Estamos en una barcaza objetivo anclada en el Campo de Pruebas del Atlántico. Los ingenieros de pruebas han montado este mástil de observación de treinta y ocho metros de largo en la barcaza, lo último en mástiles de observación de acorazados.

Bell subió dos peldaños, abrió la esposa derecha de Louis y la cerró alrededor de su propio tobillo.

—¿Listo? Vamos allá.

—¿Adónde?

—Subiremos los peldaños. Cuando yo levante la pierna, tú levanta el brazo.

—¿Por qué?

—Hay una prueba programada para el amanecer para ver cómo se comportan los mástiles de observación en condiciones de batalla, bombardeados por cañones de treinta centímetros. Cualquier espía que se precie daría lo que fuera por verlo. Vamos.

La ascensión hasta la cofa de observación fue larga, pero a ninguno de los dos hombres le costaba respirar cuando llegaron a la plataforma.

—Estás en una forma excelente, Louis.

Bell se quitó la esposa del tobillo y la fijó a los tubos que formaban el mástil.

—Y ahora, ¿qué?

—Ahora esperaremos a que amanezca.

Se levantó un viento frío. El mástil se bamboleaba a la vez que susurraba en torno a los tubos.

Al rayar el día, la silueta de un acorazado cobró forma en el horizonte.

—El *New Hampshire* —dijo Bell—. Seguro que lo reconoces por sus tres chimeneas y su proa de espolón. Recordarás que lleva cañones de diecisiete y veinte

centímetros, además de cuatro de treinta centímetros. Empezará de un momento a otro.

El acorazado emitió un fogonazo rojo. Un proyectil de doscientos veinticinco kilos pasó con gran estruendo como un tren de mercancías. Louis se agachó.

—¿Qué? —gritó—. ¿Qué?

Entonces el sonido del cañón retumbó en dirección a ellos.

Otro fogonazo. Otro proyectil que pasó más cerca.

—¡Dentro de poco lo tendrán a tiro! —le dijo Bell a Louis Loh.

El cañón de treinta centímetros desprendió un fogonazo rojo, Un proyectil impactó en medio de una lluvia de chispas quince metros más abajo. El mástil se sacudió.

—Estás loco —gritó Louis Loh.

—Dicen que el diseño de esta hélice es extraordinariamente persistente —contestó Bell.

Más proyectiles pasaron con estruendo. Cuando se produjo otro impacto, Louis se tapó la cara.

Pronto había suficiente luz en el cielo para que Bell viera su reloj de oro.

—Unos cuantos disparos aislados más. Luego tienen programado disparar salvas, antes de acabar con andanadas.

—Está bien. Está bien. Lo reconozco, soy miembro de una sociedad secreta.

—Eres más que eso —respondió fríamente Isaac Bell. Se vio gratificado con una expresión de sorpresa en el rostro habitualmente inmóvil de Louis.

—¿A qué te refieres?

—Citando a tu compatriota Sun-tzu acerca del arte de la guerra: «Sé tan sutil que seas invisible».

—No sé a lo que te refieres.

—En el tren me dijiste: «Se creen que todos somos adictos al opio o gánsters de una sociedad secreta». Parecías un hombre con miras más amplias. ¿Quién eres realmente?

Una salva retumbó. Dos proyectiles arrasaron la estructura. Aun así, se mantuvo en pie, pero se balanceó de un lado a otro.

—No soy miembro de una sociedad secreta.

—Me acabas de decir que sí. ¿En qué quedamos?

—No soy un gánster.

—Deja de decirme lo que no eres y empieza a decirme lo que eres.

—Soy de la Tongmenghui.

—¿Qué es la Tongmenghui?

—La Alianza Revolucionaria China. Somos un movimiento de resistencia secreto. Entregamos nuestras vidas para despertar a la sociedad china.

—Explícate —dijo Isaac Bell.

Louis Loh reconoció atropelladamente que era un ferviente nacionalista chino que

planeaba derrocar a la emperatriz corrupta.

—Está asfixiando China. Inglaterra, Alemania, toda Europa, incluso Estados Unidos, comen del cuerpo moribundo de China.

—Seres un revolucionario, ¿qué haces en Estados Unidos?

—Acorazados. China debe construir una flota moderna para rechazar a los invasores coloniales.

—¿Volando la Gran Flota Blanca en San Francisco?

—¡Eso no fue por China! Fue por él.

—¿«Él»? ¿De quién estás hablando?

Lanzando una mirada temerosa hacia el *New Hampshire* Loh dijo:

—Hay un hombre... un espía... que paga. No con dinero sino con información sobre los acorazados de otros países. Nosotros, Harold Wing y yo, se la pasamos a los arquitectos navales chinos.

—Y le pagas cumpliendo sus órdenes.

—Exacto, señor. ¿Podemos bajar ya?

Bell sabía que había conseguido un logro importante en el caso. Ese era el espía independiente al que Yamamoto había intentado traicionar a cambio de escapar. Louis había vuelto ponerlo sobre su pista.

—Estás trabajando para tres jefes. La Marina china, el movimiento de resistencia Tongmenghui y el espía que te pago para que atacaras el almacén de Mare Island. ¿Quién es él?

Otro proyectil como un tren de mercancías pasó con gran estruendo. La estructura tembló.

—No sé quién es.

—¿Quién es tu intermediario? ¿Cómo te da las órdenes y la información?

—A través de buzones. Envía información, órdenes y dinero para gastos a través de buzones. —Loh esquivó otro proyectil—. Por favor, bajemos.

Al otro lado del agua, brillando con los primeros rayos de luz del sol, todos los cañones del *New Hampshire* giraron hacia el mástil.

—Ahí viene una andanada —dijo Bell.

—Debes creerme.

—Siento cierto afecto por ti, Louis —dijo Bell—. No me disparaste hasta que salté del tren.

Louis Loh se quedó mirando el acorazado.

—No te perdoné la vida. No tuve el coraje para apretar el guillo.

—Estoy tentado de soltarte, Louis, pero no me has contado todo lo que sabes. No me creo que todo llegara por correo.

Louis Loh lanzó otra mirada temerosa al acorazado blanco y se vino abajo por completo.

—El comodoro Thompson fue el que nos dijo que atacáramos el almacén de Mare Island.

—¿Cómo os asociasteis con la banda de los Gopher?

—El espía sobornó a la Hip Sing para que nos permitieran acercarnos al comodoro Tommy Thompson en su nombre, sabiendo que éramos de la sociedad secreta.

Bell ofreció un pañuelo immaculado a Louis Loh.

—Agítalo.

Mandó bajar a Loh por el mástil. Cuando llegaron a la barcaza, unos furiosos oficiales del campo de pruebas se acercaron a toda velocidad en un bote.

—¿Cómo ha...?

—Creía que no pararían de disparar nunca. Nos estaba entrando hambre ahí arriba.

—No creo en lo más mínimo que el comodoro Tommy sea el espía —dijo Isaac Bell a Joseph van Dorn—. Pero apuesto a que Tommy tiene idea de quién es.

—Más vale que así sea —dijo Van Dorn—. Hacer redadas en su territorio está costando un dineral a la policía y unos favores muy caros para evitar que el Partido Demócrata proteste.

El alto detective y su corpulento jefe estaban supervisando los preparativos de la redada desde el interior de un Marmon aparcado en la calle Treinta y nueve Oeste enfrente de la taberna del comodoro Tommy.

—Pero las compañías de ferrocarril nos adorarán —dijo Bell, y su jefe reconoció que varios magnates ferroviarios le habían dado las gracias personalmente por reducir los saqueos más graves de la banda de los Gopher—. Mirando el lado positivo, después de esto, la red del espía será mucho más pequeña.

—Yo no contaría con eso —contestó Bell, quien se enterado de la explosión que se había producido en la la fábrica de torpedos de Newport cuando iba en el tren a San Francisco.

Una docena de policías ferroviarios encabezaron el asalto derribando a golpes la puerta de la taberna, haciendo pedazos los muebles, rompiendo botellas y desfondando barriles de cerveza. En el interior resonaron disparos. Los muchachos del Harry Warren, que aguardaban con las esposas, metieron a una docena de Gopher en un furgón policial.

—Tommy está escondido en el sótano con un agujero en el brazo —informó Harry a Bell y Van Dorn—. Está solo. Puede que atienda a razones.

Bell bajó primero la escalera de madera hasta el húmedo sótano. Tommy Thompson se hallaba desplomado en una silla como una montaña derribada por un terremoto. Tenía una pistola la mano. Abrió los ojos, alzó la mirada llorosa al arma con la que Bell le apuntaba a la cabeza y dejó caer su pistola al suelo de tierra.

—Soy Isaac Bell.

—¿Qué os pasa a los detectives de Van Dorn? —Tommy estaba indignado—.

Nuestra política siempre ha sido «Vive y deja vivir». Pagamos a la pasma y nadie se mete en los asuntos del otro. Aquí tenemos un sistema de trabajo, y un puñado de detectives privados lo han mandado al carajo.

—¿Por eso enviaste a uno de mis hombres al hospital? —preguntó Bell fríamente.

—¡No fue idea mía! —protestó Tommy.

—¿Que no fue idea tuya? —replicó Bell—. ¿Quién manda a los Gopher?

—No fue idea mía —repitió Tommy hoscamente.

—¿Me estás pidiendo que me crea que el famoso comodoro Tommy Thompson, que ha matado a todos sus rivales para estar al mando de la banda más peligrosa de Nueva York, recibe órdenes de otra persona?

El rencor bullía tras la dura fachada de Tommy. Bell lo explotó, riéndose:

—A lo mejor me estás diciendo la verdad. A lo mejor solamente eres un tabernero.

—¡Maldita sea! —le espetó Tommy Thompson. Trató de levantarse de la silla. El alto detective lo refrenó con un gesto de advertencia—. El comodoro Tommy no recibe órdenes de nadie.

Bell gritó, y Harry Warden y dos de sus hombres bajaron atropelladamente la escalera.

—Tommy dice que la paliza de Eddie Tobin no fue idea suya. Un tipo lo obligó a hacerlo.

—¿Un tipo? —repitió Harry despectivamente—. ¿Por casualidad ese «tipo» que te mandó que le dieras una paliza a un detective es el mismo que te mandó que enviaras a Louis Loh y Harold Wing a volar el almacén de Mare Island?

—No me lo mandó. Me pagó. Hay una diferencia.

—¿Quién? —preguntó Bell.

—El muy cabrón me dejó para que apechugara con las consecuencias.

—¿Quién?

—Ojos O'Shay, maldita sea. Fue él.

—¿Ojos O'Shay? —repitió Harry Warden con incredulidad—. ¿Nos tomas por imbéciles? Ojos O'Shay lleva quince años muerto.

—No, te equivocas.

—Harry —soltó Bell—. ¿Quién es Ojos O'Shay?

—Hace años estuvo en los Gopher. Un tipo despiadado. Un arribista.

—He oído que ha vuelto —murmuró uno de los detectives de Harry—. No me lo creía.

—Yo sigo sin creérmelo.

—Yo me lo creo —dijo Isaac Bell—. El espía ha estado actuando como un gángster desde el principio.

Una parte de Dios

1 de junio de 1908

Nueva York

—¿Por qué lo llaman Ojos? —preguntó Isaac Bell.

—Si te pelearas con él, te sacaría los ojos —contestó Tommy Thompson—. Se coloca una púa en la uña del pulgar. Ahora la lleva de acero inoxidable.

—Me imagino que no se ha metido en muchas peleas —dijo.

—No cuando corrió la voz —convino Tommy.

—Aparte de eso, ¿cómo es?

—Si voy a estar aquí sentado hablando, quiero un trago.

Bell asintió con la cabeza. Los detectives sacaron varias petacas. Tommy bebió unos largos tragos de un par de ellas y se secó la boca con la manga manchada de sangre.

—Aparte de sacar ojos, ¿cómo es Brian O'Shay? Pues como siempre ha sido. Un tipo capaz de ver lo que pasa a la vuelta de esquina.

—¿Dirías que es un líder nato?

—¿Un qué?

—Un líder. Como tú. Tú diriges tu propia banda. ¿Es él esa clase de hombre?

—Lo único que sé es que siempre está pensando. Siempre va por delante de ti. Ojos puede ver a la gente por dentro.

—Si nos estás diciendo la verdad, Tommy, y ese O'Shay no ha muerto, ¿dónde está?

El líder de la banda juró que no lo sabía.

—¿Cómo se hace llamar?

—No me lo dijo.

—¿Qué aspecto tiene?

—El de un tipo cualquiera. Un vendedor de una tienda, un director de banco, un camarero. Apenas lo reconocía. Va vestido como un petimetre de la Quinta Avenida.

—¿Es corpulento?

—No. Y tampoco es muy alto.

—Comparado contigo, Tommy, la mayoría de los hombres son pequeños. ¿Qué estatura tiene?

—Un metro setenta y cinco. Es tan ancho como una escalera de incendios. Es el tipo más fuerte que he visto en mi vida.

—No necesitaba una púa para ganar una pelea, ¿eh? —continuó Bell en tono informal.

—No —respondió Tommy, al tiempo que bebía otro trago de *whisky*—.

Simplemente le gustaba hacerlo.

—Después de volver a aparecer de la nada y de pagarte todo ese dinero, hiciste que lo siguieran, ¿no?

—Mandé a Paddy la Rata detrás de él. El pobre desgraciado volvió sin un ojo.

Bell miró a uno de los detectives, que asentía con la cabeza.

—Sí, he visto a Paddy con un parche.

—Desapareció, como cuando éramos críos. Se esfumó otra vez. Creía que nunca volvería a verlo. Creía que lo habían tirado al río.

—¿Quién? —preguntó Bell.

El líder de la banda se encogió de hombros.

—Mucha gente creyó que tú lo habías tirado al río, Tommy —dijo Harry Warren.

—Sí, pues mucha gente se equivocó. Yo creía que había sido Billy Collins. Hasta que Ojos volvió.

Bell lanzó una mirada a Harry Warren.

—Un adicto al opio —dijo Harry—. Hacía años que no oía ese nombre. Billy Collins frecuentaba a Ojos y a Tommy. Formaban un trío del demonio. ¿Te acuerdas, Tommy? Atracando a borrachos, robando carretillas, vendiendo droga, dando palizas a cualquiera que se interpusiera en vuestro camino. O'Shay era el peor; peor que el comodoro y peor aún que Billy Collins. Tommy era un encanto comparado con esos dos. Lo último que todo el mundo esperaba era que Tommy se hiciera con el control de los Gopher. Pero tuviste suerte, ¿verdad, Tommy? Ojos desapareció, y Billy se enganchó.

—Tommy, ¿por qué creías que Billy Collins había tirado a Ojos al río? —preguntó Isaac Bell.

—Porque, la última vez que va Ojos, estaban bebiendo juntos.

—¿Y no tienes ni idea de dónde está actualmente O'Shay?

—Como siempre, se ha esfumado.

—¿Dónde está Billy Collins?

El líder de la banda herido se encogió de hombros, hizo una mueca y bebió otro trago de una petaca.

—¿Dónde acaban los colgados del opio? Debajo de una piedra. En una cloaca.

A dieciséis kilómetros de Fire Island, una playa de barrera entre Long Island y el océano Atlántico, y ochenta kilómetros de Nueva York, confluyeron tres barcos. La luz del día empezaba a deslizarse sobre el horizonte al oeste, y las estrellas cobraban forma al este. Las olas del océano Atlántico se estaban acumulando sobre la somera plataforma continental. A ninguno de los capitanes de las embarcaciones más grandes —un carguero de vapor de cuatro mil toneladas con una chimenea alta y dos mástiles principales, y un remolcador transatlántico para el transporte de vagones con tres vías— le entusiasmaba la idea de acercarse demasiado a un cargamento de traslado en un mar tan agitado, sobre todo el viento cambiaba de dirección a rachas del mar a la costa. Cuando vieron que la tercera embarcación, un pequeño laúd con mucha manga impulsado únicamente a vela, era pilotada por una chica pelirroja menuda, empezaron a gruñir a sus timoneles.

Parecía que el enlace terminaría antes de haber empezado. Entonces la chica aprovechó una ráfaga inestable para dar la vuelta a su embarcación con tal rapidez que el segundo de a bordo del buque de vapor dijo: «Está hecha un lobo de mar», y Ojos O'Shay dijo al capitán del remolcador: «No pierda la calma. Recuerde que siempre podemos tirarlo por la borda y pilotar el barco nosotros».

Vio que Rafe Engels hacía señales con la mano desde el alerón del puente de mando del buque de vapor.

Rafe Engels era un traficante de armas buscado por el Servicio Secreto irlandés por armar a rebeldes de la Hermandad Republicana irlandesa, y por la policía secreta del zar por suministrar armas a revolucionarios rusos. O'Shay había coincidido por primera vez con él en el *Wilhelm der Grosse*, en el que se habían tratado con recelo, y luego en el *Lusitania*, donde habían sondeado con cautela el espíritu afín que cada uno intuía tras la estudiada fachada del otro. Había diferencias entre ellos: el traficante de armas, siempre de parte de los rebeldes, era un idealista; el espía, no. Pero a lo largo de los años habían hecho varios negocios. El intercambio de torpedos por un submarino sería su operación más importante hasta la fecha.

—¿Dónde está el Holland? —gritó O'Shay a través del agua.

—¡Debajo de ti!

O'Shay escudriñó las olas. El agua empezó a burbujear como una olla hirviendo. Algo oscuro y sigiloso cobró forma bajo las burbujas. Una torreta redonda de acero blindado salió de entre la espuma blanca. Y de repente, un casco reluciente separó el mar. Medía treinta metros de largo y era intimidante como un ariete.

Una tapa con bisagras se abrió en la parte superior de la torreta. Un hombre con barba sacó la cabeza y los hombros al aire, miró a su alrededor y salió. Era Hunt Hatch, antiguo capitán en jefe de pruebas de la compañía Holland, que entonces huía

del Servicio Secreto irlandés. Los miembros de su tripulación salieron detrás de él de uno en uno hasta que cinco combatientes de la Hermandad Republicana que habían comprometido sus vidas por el autogobierno de Irlanda estuvieron en la cubierta, parpadeando contra la luz y aspirando hondo el aire.

—Trátalos bien —había solicitado Engels mientras se estrechaban las manos y sellaban el trato—. Son hombres valientes.

—Como si fueran de mi familia —había prometido O'Shay.

Todos habían sido submarinistas en la Marina británica. Todos habían acabado en cárceles británicas. Todos odiaban Inglaterra. Su sueño, como bien sabía O'Shay, era que cuando los estadounidenses descubrieran que el submarino y sus torpedos eléctricos eran ingleses, pareciera que Inglaterra había instigado un ataque para paralizar la producción de acorazados de Estados Unidos. Su sueño era que cuando la guerra engulla Europa, los furiosos estadounidenses no se pusieran de parte de Inglaterra. Entonces Alemania derrotaría a Inglaterra, e Irlanda sería libre.

Un sueño precioso, pensaba el espía. A nadie le beneficiaba más que a Ojos O'Shay.

—Ahí está tu submarino —gritó Engels desde el otro lado—. ¿Dónde están mis torpedos Wheeler?

Ojos O'Shay señaló el velero.

Engels hizo una reverencia.

—Veo a la bella Katherine. Hola, preciosa —saludó, formando una bocina con las manos—. No te reconozco sin tus suntuosos vestidos. Pero no veo ningún torpedo.

—Debajo de ella —dijo O'Shay—. Cuatro torpedos Wheeler Mark de treinta y cinco centímetros. Dos para ti. Dos para mí.

Engels hizo una señal. Los marineros del buque de vapor giraron hacia fuera una pluma de carga del mástil principal.

—Acércate, Katherine. Cogeré dos torpedos... y tal vez a ti también, si nadie mira.

Mientras Katherine efectuaba la difícil maniobra y la tripulación de Engels extraía los torpedos del laúd, oyeron un rumor como un trueno lejano. O'Shay observó que la tripulación del submarino evaluaba con serenidad lo que podía significar el sonido y la distancia de la que procedía.

—El Campo de Pruebas del Atlántico en Sandy Hook —les gritó—. No os preocupéis. Está lejos.

—Cincuenta y cinco kilómetros —contestó Hunt Hatch.

Y un hombre añadió:

—Cañones de veinticinco centímetros, y alguno de treinta.

O'Shay asintió con la cabeza lleno de satisfacción. Los rebeldes irlandeses que tripularían su submarino conocían su oficio.

Puede que no pareciera un trato justo, siendo el submarino seis o siete veces más largo que los torpedos y capaz de actuar independientemente. Pero el Holland, pese a

ser considerablemente alargado y a haber sido modificado por los ingleses respecto a su diseño original, tenía por lo menos cinco años y había quedado desfasado con los rápidos avances en materia de guerra submarina. Los Mark de treinta y cinco centímetros, en cambio, eran los últimos torpedos de Ron Wheeler.

Cada hombre tenía lo que quería. Engels se estaba alejando con dos de los torpedos más avanzados del mundo para venderlos al mejor postor. Y el Holland y los dos torpedos que las tripulaciones del remolcador y la barcaza estaban sacando del velero y metiendo en el submarino formaban una combinación letal. El ataque al astillero naval de Brooklyn pillaría a todo el mundo por sorpresa.

El tío holandés de Jimmy Richards y Marv Gordon, Donald Darbee, los llevó a través de Upper Bay a lo largo de nueve kilómetros en su chalana, una embarcación de fondo plano con la proa cuadrada y un potente motor de gasolina auxiliar que solo usaba cuando perseguía o huía de alguien. Jimmy y Marv conocían hasta el último centímetro del puerto de Nueva York, pero ninguno de los dos enormes jóvenes había pisado la isla de Manhattan pese haber husmeado muchas noches en los muelles en busca de artículos caídos. El tío Donny recordaba haber desembarcado en 1890 para rescatar a un conciudadano de Staten Island de la policía.

A medida que se aproximaban a Battery Park, un policía de la brigada portuaria en una lancha amarrada al muelle A llamo a su cabo a la cubierta.

—Parece que nos están invadiendo.

El cabo O’Riordan lanzó una mirada hostil a los tripulantes de la gabarra de Staten Island.

—Vigíalos de cerca —ordenó, con la esperanza de que un estuvieran tramando algo.

Si pensaba detener a una banda de fornidos pescadores de ostras, acabaría con los brazos rotos y los dientes partidos de los dos lados.

—¿Cómo podemos llegar al hospital Roosevelt de la calle Cincuenta y nueve? —gritó el anciano desgreñado situado al timón.

—Si tienen cinco centavos, tomen el ferrocarril elevado de la Novena Avenida.

—Tenemos cinco centavos.

Jimmy Richards y Marv Gordon pagaron los centavos y fueron a la calle Cincuenta y nueve, contemplando altos edificios y multitud de gente a las que les costaba dar crédito, muchas de las cuales les devolvían la mirada. Después de deambular por las salas del hospital, acabaron pidiendo indicaciones a una enfermera irlandesa y lograron llegar a una habitación privada. El paciente tumbado en la cama estaba completamente vendado, y no habrían reconocido a su primo Eddie Tobin de no haber visto colgado en un perchero el elegante conjunto que la agencia Van Dorn había proporcionado a Eddie cuando lo había contratado como aprendiz el invierno anterior.

Un tipo alto y rubio delgado como un cable de acero se hallaba inclinado junto a él sujetando un vaso para que Eddie pudiera beber por una pajita. Cuando los vio en la puerta, sus ojos se tiñeron de un gris borrascoso y se metió la mano en la chaqueta donde podía tener guardada una pistola si era la clase de hombre que iba armado, y parecía ser el caso.

—¿En qué puedo ayudarles, caballeros?

Jimmy y Marv levantaron las manos instintivamente.

—¿Es ese el pequeño Eddie Tobin? Somos sus primos. Venimos a verlo.

—Eddie, ¿conoces a estos hombres?

La cabeza vendada ya había empezado a girar penosamente hacia ellos. Asintió, y oyeron que el pequeño Eddie decía con voz ronca:

—Familia.

Los ojos de color azul grisáceo del hombre adquirieron un tono más cálido.

—Pasad, chicos.

—Bonita habitación —dijo Jimmy—. Hemos buscado en la sala. Nos han mandado aquí arriba.

—El señor Bell la ha pagado.

Isaac Bell les ofreció la mano y estrechó sus calientes mitones.

—Todo el mundo ha contribuido. Los detectives de Van Dorn cuidan de los suyos. Soy Isaac Bell.

—Jimmy Richards. Este de aquí es Marv Gordon.

—Os dejaré solos, chicos. Te veré pronto, Eddie.

Richards salió pesadamente al pasillo detrás de él.

—¿Qué tal está, señor Bell?

—Mejor de lo que esperábamos. Es un chico duro. Tardará un tiempo, pero los médicos dicen que saldrá en bastante buen estado. Pero tengo que advertiros de que no ganará ningún concurso de belleza.

—¿Quién lo hizo? Le ajustaremos las cuentas.

—Ya se las hemos ajustado nosotros —contestó Bell—. Es una batalla de la agencia Van Dorn, y tu primo es miembro de la agencia.

A Richards no le gustó.

—A ninguno de nosotros nos hizo gracia que Eddie entrara en la policía.

Isaac Bell sonrió.

—A la policía no le gusta que se la compare con los detectives privados.

—Lo que usted diga, amigo. Le agradecemos lo que está haciendo por él. Si alguna vez necesita que incendien una iglesia o ahoguen a alguien, Eddie sabe cómo encontrarnos.

Isaac Bell estaba estudiando los informes del mediodía facilitados por las brigadas que perseguían a Billy Collins cuando Archie Abbott llamó por teléfono desde la estación de Grand Central.

—Acabo de bajar del tren. En la fábrica de torpedos de Newport ha desaparecido algo.

—¿Qué?

—¿Está el viejo en la ciudad?

—El señor Van Dorn está en su despacho.

—¿Por qué no te reúnes conmigo abajo?

«Abajo» equivalía a la intimidad del bar del sótano del hotel Knickerbocker. Diez minutos más tarde, se hallaban encorvados sobre una mesa oscura. Archie hizo señas al camarero.

—Puede que necesites una copa antes de que informemos al jefe. Desde luego, yo sí que la necesito.

—¿Qué ha desaparecido?

—Cuatro torpedos eléctricos importados de Inglaterra.

El camarero se acercó. Bell lo despachó con la mano.

—Creía que todo se había quemado en el incendio.

—La Marina también. Cargaron toda la chatarra en una barcaza para tirarla cerca de la costa. Entonces le dije a Wheeler: «¿Por qué no contamos los torpedos?». Es una larga historia, pero registramos los escombros a conciencia y al hacer recuento descubrimos que faltaban cuatro torpedos eléctricos.

Bell se quedó mirando a su viejo amigo.

—¿Por casualidad eran los que estaban armados con TNT?

—Wheeler está seguro de que los que tienen cabezas explosivas son los que han desaparecido.

—¿Tú estás de acuerdo?

—Tenía los números de serie. Revisamos a fondo los restos de las cubiertas. Los encontramos todos menos esos cuatro; habían sido apartados para que un torpedero los disparara en el campo de pruebas. Habría sido demasiada casualidad que hubieran sido los únicos que se habían hecho trizas.

—¿Y estás seguro de que la explosión no fue un accidente?

—He hablado con la Marina: he encontrado a un hombre de Annapolis con el que fue al colegio. Nuestro especialista lo ha confirmado. Riley, de Boston, ya lo conoces. No hay duda.

—Son el Santo Grial de los torpedos —dijo Bell seriamente—. Rápidos, con largo alcance y propulsión silenciosa combinada con unas cabezas explosivas muchísimo más potentes.

—El espía consiguió lo mejor. La única buena noticia es que Wheeler puede fabricar más. Los ingleses están furiosos. No quieren vendernos más, pero me he enterado de que Ron Wheeler y sus chicos ya han empezado a fabricar réplicas no autorizadas para la Marina. Mientras tanto, el espía ha conseguido la propulsión británica más moderna armada con las cabezas explosivas estadounidenses más modernas: unos secretos inestimables para vender al mejor postor.

—O armas mortales para atacar.

—¿Atacar? ¿Cómo los dispararían? —preguntó Archie—. Ni siquiera un espía tan astuto como él puede echarle el guante a un acorazado.

—No me extrañaría que consiguiera un pequeño torpedero.

Los viejos amigos se miraron fijamente. La mirada risueña de Archie desapareció de sus ojos verdes. Los ojos azules de Bell se tornaron oscuros como una piedra. Él y

Joseph van Dorn habían protegido a los ingenieros más importantes del capitán Falconer. Y unos detectives de la agencia se habían infiltrado en la plantilla del astillero naval de Brooklyn. Pero los dos sabían que ni la captura del espía chino ni la del líder de la banda de los Gopher detendría a Ojos O'Shay. El espía reconstruiría sin problemas su flexible organización. Y, con la Gran Flota Blanca en el mar fuera de su alcance, reanudaría los ataques a futuros acorazados estadounidenses.

—Será mejor que hablemos con el señor Van Dorn.

—¿Qué vas a decirle?

—Necesitamos personal para seguir la pista a esos torpedos. Tiene que convencer a la Marina, el servicio de guardacostas y la brigadas portuarias de la policía de todas las ciudades con astilleros navales (Camden, en Filadelfia; Quincy, Fore River, en Massachusetts; la fundición de Bath, en Maine; Brooklyn) de que la amenaza es mortal. Luego voy a repetirle lo que le hemos estado diciendo desde el principio. Que esto es, por encima de todo, un caso de asesinato. Hará falta trabajo detectivesco tradicional para cazar a Ojos O'Shay. Empezaremos por Billy Collins.

Isaac Bell salió del hotel Knickerbocker por la cocina. Mojó los dedos en una tina de grasa de buey que aguardaba a ser recogida por el personal de la planta de procesado y se la frotó por el pelo. En el callejón, hombres en apuros esperaban en la cola del pan. Se topó con uno que había perdido la esperanza de conseguir unos centavos para dormir a cubierto esa fría noche que amenazaba lluvia. Este le ofreció cinco dólares por su maltrecho sombrero flexible. Le propuso la misma cantidad a un hombre casi tan alto como él que se desprendió con entusiasmo de su chaqueta raída.

Bell cogió un revólver oxidado con tres balas y lo sacó del pantalón para guardarlo en el abrigo. Se caló el sombrero sobre la frente, se metió el cabello dorado por dentro y se abotonó la baqueta hasta la barbilla. A continuación se metió las manos en los bolsillos, agachó la cabeza y salió del callejón a Broadway. Un policía le dijo que circulara.

Por quinta vez en cinco días, deambuló por Hell's Kitchen. Estaba aprendiendo cuáles eran sus ritmos, dónde y cuándo se llenaban las manzanas, con los carros y los camiones retumbando en las calles y las aceras abarrotadas, mientras los hombres entraban en tropel en las tabernas y las mujeres en las iglesias, y los niños vagaban haciendo caso omiso a los gritos de sus madres desde las ventanas de las viviendas. Ya se había paseado de la Novena Avenida al río, y desde la obra de la estación de ferrocarril de la línea de Pennsylvania en la calle Treinta y tres hasta las cocheras de la calle Sesenta. Pero no había encontrado al «colgado del opio», Billy Collins, quien podría llevarlo hasta Ojos O'Shay.

De modo que ese día Isaac Bell estaba siguiendo un camino distinto.

Cojeaba como parte del disfraz, arrastrando ligeramente el pie izquierdo y raspando el lustre de sus botas al cruzar los bordillos y las vías del tranvía. Un

camión de carbón que estaba viajando marcha atrás hacia la rampa de un sótano bloqueaba la acera. Bell deslizó los dedos por el lateral manchado de hollín y se acarició el bigote. Repitió la operación cuando pasó por delante de un cubo de ceniza, todavía caliente, y se pasó los dedos por el pelo que se le salía del sombrero. Inspeccionó su reflejo en una ventana. Sus ojos brillaban demasiado en su rostro desaliñado. Bajó la vista, arrancó una mata de paja de la cuneta y se la frotó por las mangas hasta que pareció que había dormido con la chaqueta puesta. Nadie mira a un hombre sucio a la cara, enseñaba Scully a sus aprendices.

Siguió revisando su imagen en las ventanas, que se volvían cada vez más pequeñas y sucias conforme se acercaba al río. Se arrodilló junto a un barril vacío situado en un charco delante de una taberna, fingió atarse los cordones del zapato y siguió adelante, con los pantalones oliendo a cerveza rancia. Cuanto más se internaba en el suburbio, más despacio andaba y más se encorvaba; un hombre cansado y sin rumbo perdido entre el gentío.

Un joven matón vestido con un traje ceñido y un bombín rojo le cerró el paso.

—¿Qué tienes para mí, abuelo? ¡Venga! Dámelo.

Isaac Bell reprimió el impulso de derribarlo al suelo, se metió la mano en el bolsillo y sacó una moneda de cinco centavos.

El matón pasó por su lado dándole un empujón.

—¡Espera! —gritó Bell.

—¿Qué? —El matón se dio la vuelta—. ¿Qué? ¿Que quieres?

—¿Conoces a un hombre llamado Billy Collins?

El matón tenía una expresión vaga en el rostro.

Era un crío, advirtió Bell, un adolescente. Un niño cuando Tommy Thompson y Billy Collins frecuentaban a Ojos O'Shay.

—Billy Collins. Un tipo alto y delgado. Pelirrojo. A lo mejor con canas.

—No sé quién es.

—Muy flaco —dijo Bell, repitiendo el aspecto que Harry Warren y sus muchachos habían deducido que debía de tener un adicto al opio y la morfina después de todos esos años. Sabían que todavía estaba vivo, o que lo había estado antes de terminar la semana—. Probablemente le falten dientes.

—¿De dónde eres, abuelo?

—De Chicago.

—Sí, pues aquí hay mucha gente sin dientes. Tú eres el siguiente. —Levantó el puño huesudo—. ¡Lárgate! Corre, viejo. Corre.

—Billy Collins acostumbraba a ir con Tommy Thompson y Ojos O'Shay cuando eran jóvenes.

El matón retrocedió un paso.

—¿Eres de los Gopher?

—Solo busco a Billy Collins.

—Sí, pues no eres el único. —Se marchó a toda prisa, gritando por encima del

hombro—. Todo el mundo pregunta por él.

Como debe ser, pensó Bell, considerando lo que le estaba costando a la agencia. Además de los muchachos de Harry Warren y los confidentes de Harry, tenía a doscientos policías ferroviarios haciendo la misma pregunta cada vez que tenían un encontronazo con unos Gopher que intentaban robar vagones de mercancías. Bell no paraba de preguntarse: ¿dónde se esconde un drogadicto? ¿Dónde duerme? ¿Dónde come? ¿Dónde consigue la droga? ¿Cómo es que nadie lo veía en un barrio donde todo el mundo se conocía?

Algunos hombres lo habían visto cerca de fumaderos conocidos, otros junto a un almacén de carbón que reabastecía los ténders de las locomotoras de las cocheras ubicadas en la calle Treinta y ocho, y dos en las inmediaciones de un furgón de cola abandonado en la calle Sesenta. Ambos lugares estaban siendo vigilados por hombres escogidos. Y Bell tenía la sensación de que había vislumbrado a Collins a través del remolino de humo de una locomotora azotada por el viento: una figura delgada como un palo se había movido rápidamente entre unos vagones de mercancías, y Bell había corrido a toda velocidad detrás de él, pero no había encontrado más que humo.

Desde entonces, el único hombre que podía saber dónde había desaparecido O'Shay hacía quince años no había hecho acto de presencia en ninguno de los dos fumaderos más conocidos. En el lado positivo, habían conseguido suficientes testimonios para saber que estaba vivo, y era poco probable que se marchara de Hell's Kitchen.

El paradero de Ojos O'Shay era otra cosa. Todos los mayores de treinta años habían oído su nombre. Nadie lo había visto en quince años. Algunas personas habían oído que había vuelto. Nadie reconocía haberlo visto. Pero Bell sabía que un hombre descrito por Tommy Thompson como «vestido como un petimetre de la Quinta Avenida» podía dormir y comer donde le viniera en gana.

—¿Un taxi, señor? —preguntó el portero del Waldorf-Astoria a un huésped del hotel que salió ataviado con un sombrero de copa y una levita color caqui.

—Daré un paseo —contestó Ojos O'Shay.

Blandiendo un bastón con el puño enjoyado, recorrió sin prisa la Quinta Avenida, deteniéndose como un turista a admirar las mansiones y a mirar los escaparates de las tiendas. Cuando estuvo razonablemente seguro de que no lo seguían, entró en la catedral de St. Patrick a través del gran arco gótico de la fachada, echó unas monedas en el cepillo de las limosnas y encendió unas velas. Luego echó la cabeza atrás y meditó sobre las vidrieras del rosetón, imitando la mirada orgullosa de un feligrés que había contribuido generosamente al fondo de instalación.

Desde que Isaac Bell había detenido a Tommy Thompson, tenía que presuponer que todos los detectives de la agencia Van Dorn de Nueva York, además de doscientos policías ferroviarios, y sabía Dios cuántos informantes remunerados, estaban buscándolo, o pronto lo estarían. Salió de la catedral por la parte trasera, a través de las pasarelas y los andamios donde albañiles y mamposteros estaban construyendo la capilla de Nuestra Señora, y salió con paso resuelto a Madison Avenue.

Enfiló Madison, sin dejar de vigilar su espalda, se metió en la calle Cincuenta y cinco y se detuvo en el hotel St. Regis. Tomó una copa en el bar y charló con el camarero, al que siempre daba generosas propinas, mientras observaba el vestíbulo. Luego dio propina al botones para que le dejara salir por la entrada de servicio.

Momentos más tarde, entró en el hotel Plaza. Se detuvo en el patio con palmeras que había en medio de la planta baja. Las personas sentadas en torno a las mesitas que tomaban el elaborado té vespertino eran madres con hijos, tías y sobrinas, y algún que otro caballero mayor embelesado con su hija. El *maitre* lie inclinó.

—¿Su mesa habitual, *Herr Riker*?

—Gracias.

La mesa habitual de *Herr Riker* le permitía vigilar el vestíbulo en dos direcciones mientras se ocultaba con una selva de palmeras plantadas en tiestos que habría hecho vacilar al doctor Livingstone y Henry Stanley.

—¿Le acompañará su pupila, señor?

—Eso espero —contestó él con una sonrisa cortés—. Dígale al camarero que solo queremos dulces en la mesa. Nada de sándwiches. Solo bizcochos y nata.

—Desde luego, *Herr Riker*. Como siempre, *Herr Riker*.

Katherine llegaba tarde, como de costumbre, y aprovechó el tiempo para prepararse para la que sería con seguridad una gran discusión. Cuando ella salió del ascensor, él se sentía todo lo listo que podía estar. El vestido para el té de la joven era

una nube de seda azul a juego con sus ojos que remataba su cabello.

O'Shay se levantó cuando ella se acercó a la mesa, tomó sus manos enguantadas en las suyas y dijo:

—Está usted guapísima, señorita Dee.

—Gracias, *Herr* Riker.

Katherine Dee sonrió y se le formaron unos hoyitos, pero, cuando se sentó, lo miró directamente a la cara con su franqueza habitual y dijo:

—Estás muy serio... Serio como un tutor con su pupila. ¿Qué piensas, Brian?

—Los autoproclamados «guerreros buenos» que libran «guerras buenas» me acusan con profundo desdén de ser un mercenario. Yo lo interpreto como un testimonio de mi inteligencia, pues para un mercenario la guerra acaba cuando él dice que acaba. Siempre se retira como vencedor.

—Espero que hayas pedido *whisky* en lugar de te —dijo ella.

O'Shay sonrió.

—Sí, ya sé que hablo con mucha pompa. Intento decirte que estamos en la fase final, querida.

—¿Qué quieres decir?

—Es hora de desaparecer. Nos iremos, y prepararemos nuestro futuro, con un golpe que no olvidarán jamás.

—¿Adónde?

—A donde nos tratarán con mucho mimo.

—¡A Alemania no!

—Claro que sí. ¿Qué democracia nos acogería?

—Podríamos ir a Rusia.

—Rusia es un barril de pólvora a la espera de una cerilla. No pienso sacarte de un polvorín para meterte en una revolución.

—Oh, Brian.

—Viviremos como reyes. Y como reinas. Seremos muy ricos y nos casaremos con miembros de la realeza... ¿Qué pasa? ¿Por qué lloras?

—No estoy llorando —dijo ella, con los ojos azules anegados.

—¿Qué ocurre?

—No quiero casarme con un príncipe.

—¿Te conformarías con un noble prusiano con un castillo de hace mil años?

—¡Basta!

—Tengo uno en mente. Es guapo, extraordinariamente inteligente, considerando su linaje, y sorprendentemente tierno. Su madre puede resultar aburrida, pero tiene un establo lleno de caballos árabes y una bonita residencia veraniega en el Báltico donde de una chica puede navegar hasta hartarse. Incluso practicar para el torneo de vela olímpico... ¿Por qué lloras?

Katherine Dee posó las dos manos en la mesa y habló con voz clara y serena.

—Quiero casarme contigo.

—Querida Katherine, eso sería como casarte con tu propio hermano.

—Me da igual. Además, no eres mi hermano. Solo te comportas como si lo fueras.

—Soy tu tutor —dijo él—. He prometido que nadie te haría daño.

—¿Qué crees que estás haciendo ahora?

—Deja ya esa bobada de casarte conmigo. Sabes que te quiero, pero no de esa forma.

Las lágrimas pendían de las pestañas de ella como si fueran diamantes.

Él le dio un pañuelo.

—Sécate las lágrimas. Tenemos trabajo que hacer.

Ella se enjugó los ojos y se secó las lágrimas con el lino.

—Creía que nos marchábamos.

—Marcharse dando un buen golpe requiere trabajo.

—¿Qué tengo que hacer yo? —preguntó ella hoscamente.

—No puedo permitir que Isaac Bell se interponga en mi camino esta vez.

—¿Por qué no lo mato?

O'Shay asintió con la cabeza pensativamente. Katherine era letal, una máquina perfectamente puesta a punto y libre de remordimientos. Pero toda máquina tenía sus límites físicos.

—Solo conseguirías resultar herida. Bell se parece demasiado a mí, no es fácil de matar. No, no quiero que te arriesgues intentando matarlo, pero sí que quiero que lo distraigas.

—¿Quieres que lo seduzca? —preguntó Katherine. Se sobresaltó ante la súbita furia que deformó el rostro de O'Shay.

—¿Te he pedido alguna vez tal cosa?

—No.

—¿Y crees que te lo pediría?

—No.

—Me destroza que puedas decir algo así.

—Lo siento, Brian. Lo he dicho sin pensar.

Alargó el brazo para coger su mano. Él la apartó, con su rostro normalmente insulso encendido, los labios apretados en una línea severa y una mirada glacial en los ojos.

—Brian, no soy precisamente una colegiala.

—Las seducciones a las que te entregues son asunto tuyo —dijo él fríamente—. Me he asegurado de que poseas los medios y el comportamiento para disfrutar como solo las mujeres privilegiadas pueden. La sociedad nunca te dirá lo que puedes hacer y lo que no. Pero quiero que entiendas que yo nunca te utilizaría de esa forma.

—¿Qué forma? ¿Como seductora? ¿O como disfrute?

—Jovencita, estás empezando a irritarme.

Katherine Dee hizo caso omiso del tono sumamente peligroso de su voz porque

sabía que era demasiado cauto para hacer pedazos el mobiliario del patio.

—Deja de llamarme así. Solo eres diez años mayor que yo.

—Doce. Y los míos son años de madurez, mientras que he removido cielo y tierra para que los tuyos sean de juventud.

Los camareros se acercaron apresuradamente. Pupila y tutor permanecieron en un silencio pétreo hasta que los bizcochos hurón repartidos y el té servido.

—¿Cómo quieres que lo distraiga?

Cuando él empezaba a hablar de esa forma no había nada que hacer salvo seguirle la corriente.

—La prometida es la clave.

—Desconfía de mí.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó O'Shay bruscamente.

—En la botadura del *Michigan*, cuando intenté acercarme, ella se retiró. Percibe algo en mí que la asusta.

—Tal vez sea algo mental —dijo O'Shay— y te lee el pensamiento.

Una expresión tan afligida como sabia transformó el bonito rostro de Katherine Dee en una máscara sin vida de mármol antiguo.

—Me lee el corazón.

—Su prometida está al teléfono, señor Bell.

El alto detective estaba de pie junto a su escritorio en el hotel Knickerbocker, examinando cuidadosamente informes en busca de alguna noticia decente sobre el paradero de Ojos O'Shay o de los torpedos robados antes de volver a salir a la calle a buscar a Billy Collins.

—Qué bonita sorpresa.

—Estoy al otro lado de la calle, en el teatro Victoria de Hammerstein —dijo Marion Morgan.

—¿Estás bien?

No parecía encontrarse bien. Tenía la voz tensa.

—¿Puedes pasar por aquí un momento?

—Ahora mismo voy.

—Te dejarán pasar por la entrada de artistas.

Bell bajó corriendo los majestuosos escalones del Knickerbocker de tres en tres y provocó un estrépito de cláxones, campanas y gritos airados al cruzar corriendo el muro en movimiento formado por automóviles, tranvías y carros de caballos que bloqueaban Broadway. Sesenta segundos después de colgar el teléfono, llamó a la puerta de artistas del teatro Victoria.

—La señorita Morgan le está esperando dentro, señor Bell. Por aquí. Entre sin hacer ruido, por favor. Están ensayando.

Unos rápidos golpecitos rítmicos resonaban desde el escenario, y, cuando abrió la puerta de golpe, se sorprendió al descubrir que el origen de todo el ruido eran un niño menudo y una niña alta que estaban bailando con unos zapatos con las suelas de madera. Respiró aliviado al ver a Marion sentada sola, sana y salva, en la octava fila del teatro vacío parcialmente oscurecido. Ella se llevó un dedo a los labios. Bell se acercó sigilosamente por el pasillo y se sentó a su lado, y ella le tomó la mano y susurró:

—Cuánto me alegro de que estés aquí, cariño.

—¿Qué ha pasado?

—Te lo contaré dentro de un momento. Ya casi han acabado.

La orquesta, que había estado esperando en silencio, estalló en un crescendo, y el baile terminó. Enseguida los niños se vieron rodeados del director, el director de escena, los sastres y su madre.

—¿A que son maravillosos? Los descubrí en el circuito del Orpheum de San Francisco. El circuito de vodevil más importante. He convencido a su madre para que los deje salir en mi nueva película.

—¿Qué pasó con la película de atracadores de bancos?

—La novia del detective los pilló.

—Me lo figuraba. ¿Qué pasa? No pareces tú. ¿Qué ha ocurrido?

—No estoy segura. Puede que sea una tontería, pero me ha parecido prudente llamarte. ¿Conoces a Katherine Dee?

—Es amiga de Dorothy Langner. La he visto de lejos. No la conozco.

—Lowell me la presentó en la botadura del *Michigan*. Insinuó que le gustaría venir al estudio. Estuve a punto de invitarla. Podría ser una de esas mujeres de las que se enamora la cámara ya sabes, cabeza grande, facciones refinadas, torso menudo Como el niño que acabas de ver bailando.

Bell echó un vistazo al escenario.

—Ese crío parece una mantis religiosa.

—Sí, tiene la cabeza estrecha y los ojos grandes y luminosos. Espera a verlo sonreír.

—Deduzco que no invitaste a Katherine Dee. ¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—Es muy rara.

—¿Cómo de rara?

—Llámalo como quieras. Intuición. Instinto. Hay algo en ella que no parece auténtico.

—Nunca niegues un presentimiento —dijo Bell—. Siempre puedes cambiar de opinión más tarde.

—Gracias, cariño. La verdad es que me siento un poco tonta, y sin embargo... cuando estuve en San Francisco, vino a verme a Fort Lee. Sin que yo la invitara. Apareció sin más. Y esta mañana ha aparecido otra vez.

—¿Qué te ha dicho?

—No le he dado la oportunidad. Iba corriendo al transbordador para ver a los niños y a su madre, que también es su representante y además muy ambiciosa. Me limité a saludarla con la mano y a seguir avanzando. Ella me gritó que si quería que me llevara. Creo que tenía un coche esperando. Yo simplemente seguí andando y subí al transbordador. Isaac, estoy segura de que me estoy comportando como una tonta. Lowell Falconer la conoce. No daba la impresión de que le pareciera rara. Claro que, por otra parte, dudo que Lowell sospeche de alguien con falda.

—¿Quién te dijo que había aparecido cuando estabas en San Francisco?

—Mademoiselle Duvall.

—¿Qué pensó ella de Katherine?

—Creo que percibió lo mismo que yo, aunque no tan intensamente. En el estudio suele aparecer gente extraña. Las películas las atraen. Se imaginan que les esperan toda clase de futuros maravillosos. Pero Katherine Dee es distinta. Está claro que ella es pudiente y refinada.

—Es huérfana.

—¡Dios mío! No lo sabía. Tal vez necesita el trabajo.

—Su padre le dejó una fortuna.

—¿Cómo lo sabes?

—Hemos investigado a todas las personas relacionadas con el Buque 44.

—Entonces serán imaginaciones mías.

—Más vale prevenir que curar. Le diré al departamento de investigación que indague más a fondo.

—Ven a conocer a los niños... Fred, saluda a mi prometido el señor Bell.

—Hola, señor Bell —dijo Fred entre dientes, mirándose los zapatos.

Era un niño tímido de siete u ocho años.

—Hola, Fred. Cuando he entrado, te he oído bailar tan rápido que he pensado que era una ametralladora.

—¿De verdad?

El pequeño alzó la vista y observó a Bell sonriendo cordialmente.

—¿Qué tal te trata la señorita Morgan?

—Oh, es muy simpática.

—Estoy de acuerdo.

—Y esta es Adele —dijo Marion.

La niña era alegre, varios años mayor que el pequeño, y no necesitaba que le sacaran las palabras.

—¿De verdad es el prometido de la señorita Morgan?

—Yo soy el afortunado.

—¡Ya puede decirlo!

—Y tú puedes decir que eres muy sabia. ¿De qué trata la película?

Adele puso cara de sorpresa cuando el pequeño Fred contestó por ella:

—Unos niños bailarines son capturados por los indios.

—¿Cómo se titula?

—*La lección*. Los niños enseñan un nuevo baile a los indios, y los dejan libres.

—Parece edificante. Estoy deseando verla. Encantado de conocerte, Fred. —Estrechó la manita del niño otra vez—. Encantado de conocerte, Adele. —Estrechó la de ella.

—Os veré por la mañana, niños —dijo Marion, y gritó a su madre—: Mañana a las ocho, señora Astaire.

Se quedaron solos en la parte de atrás del teatro.

—Cuando vuelvas a Fort Lee mañana por la mañana, verás a alguien a quien conoces vestido de indio. Dale un papel que le permita estar a tu lado en todo momento.

—¿Archie Abbott?

—Es el único hombre al que le confiaría tu vida, aparte de Joe van Dorn. Pero nadie se creería que el señor Van Dorn vestido de indio estuviera buscando un papel en tu película, mientras que Archie habría sido actor si su madre no se lo hubiera prohibido. Hasta que estemos seguros de que Katherine Dee no llene malas intenciones, Archie velará por ti en el trabajo durante el día. Por la noche quiero que

te quedes en el Knickerbocker.

—¿Una dama soltera sola en un hotel respetable? ¿Qué diría el detective del hotel?

—Si sabe lo que le conviene, dirá: «Buenas noches, señor Bell. Que duerma bien».

Isaac Bell volvió a las calles. Sentía que se estaba acercando, tanto que llevaba sándwiches en los bolsillos de la chaqueta suponiendo que un hombre que viviese al límite como Billy Collins se alegraría de comer algo. Lo habían visto dos veces más. En ambos casos, en la Novena Avenida, cerca del lugar donde la avenida acababa abruptamente en la calle Treinta y tres, junto al hoyo que estaban excavando para la cochera de la terminal de la línea de Pennsylvania.

Se dirigió a la obra, vestido de forma andrajosa, y buscó la silueta alta y delgada que había visto en el almacén de carbón. Un distrito entero de la ciudad —dos hectáreas y media de calles, pisos, tiendas e iglesias— había desaparecido. La Novena Avenida cruzaba el gigantesco hoyo sobre unas vigas temporales como pilares que soportaban dos vías de tranvía, la superficie de la carretera y una pasarela para los peatones. Muy por encima, los ferrocarriles elevados y los expresos de la Novena Avenida seguían circulando, atravesando con estruendo el agujero como gigantescos aviones hechos de hierro y acero.

Un silbato de vapor señaló el final de la jornada. Un millar de obreros salieron del foso y se dirigieron a toda prisa a la ciudad. Una vez que se hubieron marchado, Bell entró en el socavón, bajó por escaleras de mano y escaleras de madera temporales y pasó por delante de los extremos cortados de cañerías maestras de gas, tuberías principales de agua de hierro fundido, conductos eléctricos y alcantarillas de ladrillo. Siete metros más abajo, encontró un viaducto de acero construido parcialmente: apuntalaba, le habían dicho, la Novena Avenida y los edificios de los alrededores. Descendió por el viaducto en la oscuridad iluminada por los puntos de las lámparas eléctricas de trabajo.

Dieciocho metros bajo la superficie, encontró el fondo del foso. Era un yacimiento de escombros de piedra y granito dinamitado, entrecruzado por una vía estrecha para los vagones que sacaban los restos e introducían el material, y cubierto de anchas columnas que soportaban el viaducto. A través de su almacén podía ver los arcos de chispas eléctricas azules mientras los ferrocarriles elevados surcaban el cielo con estruendo.

Bell exploró el lugar durante una hora, pendiente de si aparecía un vigilante nocturno. Tropezó un par de veces en el terreno irregular. A la tercera se cayó, olió algo dulce y descubrió el corazón de una manzana roído. Hurgando, encontró la guarida de un hombre: una manta arrugada, más corazones de manzana y huesos de pollo. Se sentó en el suelo a esperar, quieto como una estatua, moviéndose

únicamente para desentumecer las extremidades para no perder la agilidad, y solo cuando el ruido de los ferrocarriles elevados en lo alto ocultaba sus movimientos.

No estaba solo. Las ratas correteaban, un perro ladró y, a unos sesenta metros de distancia, oyó en la oscuridad una disputa entre dos vagabundos que terminó con un sonoro golpetazo y un gemido amortiguado por un ferrocarril elevado al pasar en lo alto. A medida que anohecía, el silencio aumentó, y los trenes elevados dejaron de pasar con tanta frecuencia. Alguien encendió una fogata en el borde del agujero de la calle Treinta y tres que proyectó destellos y sombras danzarinas sobre los cimientos, las vigas y los muros de piedra toscamente labrados.

Una voz susurró a Bell al oído:

—Esto es como una iglesia.

Isaac Bell movió solo los ojos.

A la parpadeante luz del fuego, vio una cara alargada y huesuda con una sonrisa ausente. El hombre iba vestido con harapos. Tenía las manos vacías, los ojos hinchados como si se acabara de despertar, y Bell supuso que había estado durmiendo cerca sin hacer ruido. Ahora miraba maravillado el esqueleto del acero del viaducto, y Bell vio a lo que se refería al comparar el lugar con una iglesia. Las vigas entrelazadas, el cielo oscuro tachonado de estrellas y la luz de la fogata se aunaban para formar la imagen de una catedral medieval iluminada con velas.

—Hola, Billy.

—¿Eh?

—¿Eres Billy Collins?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Solías ir con Ojos O'Shay.

—Sí... Pobre Ojos... ¿Cómo lo sabes?

—Tommy me lo ha dicho.

—Cabrón seboso. ¿Eres amigo suyo?

—No.

—Yo tampoco.

Pese a ser de la edad de Bell, Billy Collins parecía viejo. Tenía el pelo canoso, le moqueaba la nariz, y los ojos hinchados empezaron a llorarle.

—¿Eres amigo de Tommy? —volvió a preguntarle airadamente.

—¿Qué le hizo Tommy a Ojos? —preguntó Bell.

—¿Que qué le hizo Tommy a Ojos? ¿Estás de guasa? ¿Ese cabrón seboso? No habría sido capaz de cargarse a Ojos ni en sueños. ¿Eres amigo de Tommy?

—¿Qué le pasó a Ojos?

—No lo sé.

—Dicen que estabas con él.

—Sí. ¿Y qué?

Billy cerró los ojos y murmuró:

—Un día de estos voy a volver a robar trenes.

—¿Qué quieres decir, Billy? —preguntó Bell.

—Se gana mucha pasta robando trenes si das con el vagón de mercancías adecuado. Mucha pasta. Cuando robaba trenes era rico. Luego me quitaron a mi niña, y ya no pude robar más. —Miró a Bell; la luz del fuego hacía que sus ojos parecieran tan demenciales como su tono de voz—. Tuve trabajos. ¿Lo sabías?

—No, no lo sabía, Billy. ¿Qué clase de trabajos?

—Tuve trabajos. Tramoyista en un teatro. Mozo de cuadra. Incluso trabajé de

monigote.

—¿Qué es un monigote? —preguntó Bell.

—Un guardavía. En la Undécima Avenida. Iba a caballo delante del tren. Es la poli de Nueva York. No puedes conducir un tren por la Undécima Avenida sin un tío a caballo. Es la única vez que la poli me ha dado una ocupación. No lo aguanté.

Empezó a toser. Tisis, pensó Bell. Este hombre se esta muriendo.

—¿Tienes hambre, Billy?

—No. Nunca tengo hambre.

—Prueba esto. —Bell le dio un sándwich. Billy Collins lo olió, lo sujetó cerca de su boca y dijo—: ¿Eres amigo de Tommy?

—¿Qué le hizo Tommy a Ojos?

—Nada. Ya te lo he dicho. Tommy no podía cargarse a Ojos. Nadie podía cargarse a Ojos. Solo aquel viejo.

—¿Viejo?

—Un viejo muy duro.

—¿Te refieres a su padre?

—¿Padre? Ojos no tenía padre. El viejo. Es el que nos trincó. Nos trincó bien.

—¿Qué viejo?

—En Clarkson.

—¿Clarkson Street? —preguntó Bell—. ¿En el centro?

—El *Umbría* zarpaba para Liverpool.

El transatlántico de la naviera Cunard. Uno de los viejos.

—¿Cuándo?

—Esa noche.

—¿Cuándo Ojos desapareció?

—Cuando éramos críos —contestó Billy como si estuviera soñando.

Se recostó y contempló el almacén del viaducto.

—¿El *Umbría*? —lo instó Bell—. ¿El buque de vapor? ¿El transatlántico de Cunard?

—Habíamos visto a ese viejo. Iba corriendo al muelle cuarenta como si llegara tarde. Ni siquiera miraba a donde iba. No podíamos creer la suerte que teníamos. Estábamos en Clarkson Street buscando marineros borrachos a los que robar. Y, en lugar de marineros, allí había un viejo rico con un abrigo verde de rico y anillos brillantes en los dedos que podía pagar ciento cincuenta dólares por un billete de barco. Estaba oscuro y llovía a cántaros, y no había un alma en Clarkson. Ojos se puso la gubia del pulgar por si nos daba problemas. Nos echamos encima de él como gatos sobre una rata rica. Brian fue a quitarle los anillos de los dedos. Yo creía que encontraría una cartera llena de dinero en su elegante abrigo...

—¿Qué pasó?

—Sacó una espada de su bastón.

Billy Collins posó la mirada en Bell, con los ojos muy abiertos de asombro.

—Una espada. Estábamos tan borrachos que nos costaba no estorbarnos entre nosotros. El viejo movió la espada. Yo la esquivé. Me derribó con el bastón. Era un viejo muy duro, se las sabía todas. Me engañó. Esquivé la espada pero me dio de lleno contra el bastón. Oí un ruido como de dinamita explotando dentro de mi cabeza. Luego me desmayé.

Billy Collins volvió a oler el sándwich y se lo quedó mirando.

—¿Qué pasó luego? —preguntó Bell.

—Me desperté en la cuneta, empapado y helado de frío.

—¿Y Ojos?

—Brian O'Shay había desaparecido, y no he vuelto a verlo.

—¿Mató el viejo a Ojos O'Shay?

—No vi sangre.

—¿La lluvia podría haber limpiado la sangre?

Collins se echó a llorar.

—Se esfumó. Igual que mi niña. Ella no estaba haciendo daño a nadie, pero Ojos y yo desde luego lo intentamos.

—¿Y si te dijera que Ojos ha vuelto?

—Prefiero que me digas que mi niña ha vuelto.

—¿De dónde?

—No lo sé. Pobrecilla.

—¿Tu hija?

—¿Hija? Yo no tengo ninguna hija... He oído que Ojos ha vuelto.

—Sí, ha vuelto. Tommy lo ha visto.

—No ha venido a verme... Pero ¿quién demonios vendría a verme?

Cerró los ojos y empezó a roncar. El sándwich se le cayó de los dedos.

—Billy. —Isaac Bell lo despertó sacudiéndolo—. ¿Quién era el viejo?

—Un rico con un abrigo verde. Volvió a adormecerse.

—¡Billy!

—Déjame en paz.

—¿Quién era tu niña?

Billy Collins cerró los ojos apretándolos.

—Nadie lo sabe. Nadie se acuerda. Solo el cura.

—¿Qué cura?

—El padre Jack.

—¿De qué iglesia?

—La de St. Michael.

Cuando Bell lo dejó, Billy Collins soñó que un perro le agarraba el pie entre las fauces. Él le daba una patada con el otro pie. Al perro le salía una segunda cabeza y le mordía también ese pie. Se despertó aterrado. Una figura se hallaba encorvada sobre su zapato, desatándole los cordones. Un puñetero vagabundo que no se habría atrevido a tocarlo en los viejos tiempos estaba intentando robarle los zapatos.

—¡Eh!

El vagabundo tiró más fuerte. Billy se incorporó y trató de darle un puñetazo en la cabeza. El vagabundo soltó el zapato, cogió una tabla rota y le golpeó con ella. Billy vio las estrellas. Aturdido, le dio la ligera impresión de que el tipo estaba provocándolo con la tabla para volver a pegarle. Sabía que le golpearía fuerte, pero no podía moverse.

Hubo un destello de acero. Una navaja apareció de la nada. El vagabundo gritó y cayó hacia atrás, llevándose las manos a la cara. La navaja volvió a lanzar un destello. Otro grito, y el vagabundo se apartó a gatas con dificultad, se levantó y echó a correr como alma que lleva el diablo. Billy se desplomó hacia atrás. Menudo sueño. Todo era muy raro. Ahora olía a perfume. El olor le hizo sonreír. Abrió los ojos. Una mujer se hallaba arrodillada por encima de él, rozándole la cara con el pelo. Como un ángel. Parecía que se hubiera muerto.

La mujer se acercó inclinándose, tanto que él notó su cálido aliento, y susurró:

—¿Qué le has contado al detective, Billy?

—La señora de la casa no es una adivina —aseguro Ojos O'Shay al inquieto capitán de su torpedero submarino Holland.

Hunt Hatch no estaba convencido.

—Hay letreros por toda la casa que anuncian que madame Nettie dice la buenaventura. Tendrá clientes entrando y saliendo a todas horas del día y de la noche. Nos has puesto en una situación peligrosa alojándonos aquí, O'Shay. No lo pienso tolerar.

—La videncia es una tapadera.

—¿Una tapadera de qué?

—Una red de falsificación.

—Falsificadores. ¿Estás loco?

—Son las últimas personas en Bayonne que irían a quejarse a la policía. Por eso os he metido aquí. Y la mujer que os hace la comida escapó de la cárcel. Ella tampoco le contará nada a nadie. Además, no pueden ver la embarcación desde las casas. La oculta la barcaza.

Desde la casa de madera de los falsificadores al pie de Old Street hasta el Kill van Kull se extendía un césped cortado. El Kill era un estrecho canal de agua profunda entre Staten Island y Bayonne. La barcaza estaba amarrada en la orilla.

El submarino Holland estaba debajo de la barcaza. Su torreta solo era accesible a través de un foso interior. Había menos de seis kilómetros hasta la Upper Bay de Nueva York y, desde allí, una travesía despejada de ocho kilómetros hasta el astillero naval de Brooklyn.

Hunt Hatch no estaba satisfecho.

—Aunque no puedan verla, el Kill está plagado de pescadores de ostras. Los veo en sus gabarras. Pasan justo al lado de la barcaza.

—Son de Staten Island —contestó O'Shay pacientemente—. No te buscan a ti. Buscan robar algo.

Señaló las colinas situadas a trescientos metros al otro lado del angosto estrecho.

—Staten Island pasó a formar parte de la ciudad de Nueva York hace diez años. Pero los gabarreros de Staten Island no se han enterado. Son los piratas de carbón, contrabandistas y ladrones de siempre. Te prometo que tampoco hablarán con la policía.

—Yo digo que ataquemos ahora y acabemos de una vez.

—Atacaremos —dijo O'Shay en voz queda— cuando yo lo diga.

—No pienso arriesgar mi vida y mi libertad para que me cojan por tus caprichos. Soy el capitán del submarino y digo que ataquemos ahora, antes de que alguien se tropiece con el escondite del puñetero cacharro.

O'Shay se acercó. Levantó la mano como si fuera a pegar al capitán. Hatch alzó rápidamente las manos, una para parar el golpe y otra para lanzar un contragolpe. Dejó la barriga desprotegida. Para entonces, O'Shay estaba abriendo una navaja de mariposa con la otra mano. Deslizó la larga navaja debajo del esternón de Hatch, la clavó hasta la empuñadura, sacudió hacia abajo la afilada hoja con todas sus fuerzas y retrocedió rápidamente antes de que los intestinos le mancharan la ropa al desparramarse.

El capitán trató de agarrarlos, jadeando horrorizado. Las rodillas le flaquearon. Se cayó a la alfombra.

—Pero ¿quién pilotará el submarino? —susurró.

—Acabo de ascender a tu primer oficial.

—Esta es la iglesia más nueva en la que he estado en mi vida —dijo Isaac Bell al padre Jack Mulrooney.

La iglesia de St. Michael olía a pintura, goma y cemento. Las ventanas relucían y las piedras eran recientes, sin mancillar por el hollín.

—Acabamos de instalarnos —dijo el padre Jack—. Los feligreses todavía se pellizcan porque no se creen que sea verdad. En realidad, la única forma de que la compañía de ferrocarril Pennsylvania pudiera echarnos de la calle Treinta y uno para construir la terminal sin despertar la ira de Dios (y la del Partido Demócrata y su eminencia el cardenal) era construirnos una iglesia, una rectoría, un convento y una escuela nuevas.

—Soy detective privado, padre, de la agencia Van Dorn —dijo Bell—. Me gustaría hacerle unas preguntas sobre unas personas que vivían en su parroquia.

—Si quiere hablar, deberá andar. Tengo que hacer mis visitas. Verá que nuestra gente vive en sitios menos deslumbrantes que nuestra nueva iglesia. Vamos.

Echó a andar con un paso sorprendentemente ligero para un hombre de su edad, dobló una esquina y se metió en un barrio que parecía a kilómetros de distancia de su nueva iglesia.

—¿Ha servido aquí, padre?

—Desde los disturbios por las levas.

—Eso fue hace cuarenta y cinco años.

—Algunas cosas han cambiado en el distrito, pero la mayoría no. Seguimos siendo pobres.

El sacerdote entró en una vivienda con un portal de piedra labrado y empezó a subir una escalera empinada e insegura. En el tercer piso respiraba con dificultad. En el sexto, se detuvo a recobrar el aliento y, cuando los resuellos cesaron, llamó a una puerta y dijo:

—¡Buenos días! Soy el padre Jack.

Una chica con un bebé en brazos abrió la puerta.

—Gracias por venir, padre.

—¿Cómo está tu madre?

—No está bien, padre, nada bien.

Dejó a Bell en el salón. Una única ventana que daba a un patio con cuerdas para la ropa entrecruzadas a la sombra dejaba entrar el hedor de una letrina situada seis pisos por debajo. Bell dobló un fajo de billetes en la mano y se lo pasó a la chica cuando se marcharon.

Una vez que llegó al pie de la escalera, el padre Jack recobró el aliento.

—¿Por quién pregunta?

—Por Brian O'Shay y Billy Collins.

—Hace mucho que Billy ya no está aquí.

—Quince años, según me han dicho.

—Si alguna vez Dios ha bendecido este distrito, fue el día que O'Shay desapareció. No diría algo así a la ligera, pero Brian O'Shay era la mano derecha de Satán.

—He oído que ha vuelto.

—He oído rumores —dijo el sacerdote en tono sombrío, y condujo a Bell de nuevo a la calle.

—Anoche vi a Billy Collins.

El padre Jack se detuvo y miró al alto detective con un súbito respeto.

—¿De verdad? ¿En el hoyo?

—¿Sabe que está allí?

—Billy ha tocado fondo, por así decirlo. ¿A qué otro sitio iba a ir?

—¿Quién es su niña?

—¿Su niña?

—No paraba de referirse a su niña, pero dijo que no tenía hijos.

—Es una afirmación dudosa, considerando la juventud que llevó. En aquellos años, rara era la vez que bautizaba a un niño pelirrojo y no me preguntaba si Billy era el padre.

—Me preguntaba si su cabello era pelirrojo. Parecía castaño gris a la débil luz del lugar donde lo encontré.

—Por otra parte —añadió el padre Jack sonriendo débilmente—, supongo que Billy podría afirmar con cierto grado de verdad que no es consciente de haber tenido hijos. Solo una chica extraordinariamente valiente le habría dicho que era el padre. Aun así, entiendo a lo que se refiere. Teniendo en cuenta que iba de putas y se emborrachaba desde los doce años, ¿de qué iba a acordarse?

—Negó firmemente que tuviera hijos.

—Entonces la niña sería su hermana.

—Claro. Llora por ella.

—Seguro que sí.

—¿Qué le pasó? —preguntó Bell.

—Espéreme aquí —dijo el sacerdote—. Será un momento.

Entró en un edificio y salió al poco rato. Siguieron avanzando por la manzana, y el padre Jack dijo:

—En esta comunidad viven hombres malvados que se dedican a robar a los pobres y los ignorantes. Les quitan el dinero y, si no tienen dinero, les quitan la bebida. Si no tienen bebida, les roban a los niños. Cualquier cosa que esos malvados puedan vender o utilizar. La niña fue secuestrada.

—¿La hermana de Billy?

—La secuestraron en la calle cuando no tenía más de cinco años, y nadie la volvió a ver. Seguro que la ve cuando se inyecta morfina. ¿Dónde estaba él cuando se la llevaron? ¿Dónde estaba el cuando la pobre criatura lo necesitó? Ahora vuelve la vista atrás y adora la idea de esa niñita. Más de lo que jamás adoró a la propia niña.

El viejo sacerdote sacudió la cabeza con ira e indignación.

—Cuando pienso en las noches que recé por esa niña... y todas las niñas como ella.

Bell aguardó, percibiendo un entusiasmo natural en el anciano que acabaría saliendo a la superficie. Y lo hizo al cabo de un rato. Su expresión se iluminó.

—En realidad, era Brian O'Shay el que se preocupaba por esa niña.

—¿Ojos O'Shay?

—Cuidaba de ella cuando Billy y los holgazanes de sus padres estaban borrachos. —El padre Jack bajó la voz—. Dicen que O'Shay mató a su padre a golpes por ciertos pecados contra la niña que solo el diablo puede imaginar. Ella fue la única persona a la que Brian O'Shay quiso. Fue una bendición que no llegara a enterarse de lo que le pasó.

—¿Pudo haberla secuestrado Brian O'Shay?

—¡Jamás! Ni que hubiera ido al infierno.

—Pero ¿y si no lo mataron cuando desapareció? ¿Y si ha vuelto? ¿Pudo haberla secuestrado?

—Él nunca le habría hecho daño —dijo el sacerdote.

—Los hombres malos hacen el mal, padre. Usted me ha dicho lo malvado que era.

—Hasta el hombre más malvado tiene una parte de Dios dentro de él. —El sacerdote cogió el brazo de Bell—. Si no lo olvida, será mejor detective. Y mejor hombre. Esa niñita era la parte de Dios de Brian O'Shay.

—¿Se llamaba Katherine?

El padre Jack lo miró con curiosidad.

—¿Por qué lo dice?

—La verdad es que no lo sé. Pero se lo pregunto: ¿se llamaba así?

El padre Jack se disponía a contestar. Un disparo de pistola retumbó desde el tejado de una vivienda. El sacerdote se desplomó en la calzada. Un segundo disparo agujereó el espacio que había ocupado Bell un instante antes. El detective rodó por la

acerca, desenfundó la Browning, se arrodilló y levantó la pistola para disparar.

Sin embargo, lo único que vio fue a mujeres y niños gritando desde sus ventanas que el sacerdote había sido asesinado.

—¡Quiero conexión telefónica directa con el jefe de la oficina de Baltimore ahora mismo! —gritó Isaac Bell al entrar con paso airado en la oficina central de la agencia Van Dorn—. Dile que tenga el expediente de Katherine Dee sobre la mesa.

Tardaron una hora en contestar desde Baltimore.

—¿Bell? Siento haber tardado tanto. Está lloviendo a cántaros otra vez y la mitad de la ciudad está inundada. Ya les tocará a ustedes. Es otra tormenta del nordeste.

—Quiero saber exactamente quién es Katherine Dee y lo quiero saber ya.

—Bueno, como hemos informado, su padre volvió a Irlanda con un montón de dinero ganado construyendo escuelas para la diócesis y se la llevó con él.

—Eso ya lo sé. Y cuando él murió, fue a un colegio de monjas en Suiza. ¿Qué colegio?

—Déjeme que lo repase mientras hablamos. Lo tengo aquí delante. Los chicos han actualizado los datos desde el último informe que les enviamos a Nueva York... Se tarda mucho en comunicarse con Dublín... A ver aquí... Vaya. No, no, no, no puede ser.

—¿Qué?

—Algún idiota se ha confundido. Dice que la hija también murió. No puede ser. Tenemos documentos escolares de ella. Señor Bell, ahora le doy una respuesta.

—Inmediatamente —dijo Bell, y colgó.

Archie entró, con la cara todavía embadurnada de rojo de las pinturas de guerra indias.

—Estás hecho una pena, Isaac.

—¿Dónde está Marion?

—Arriba. —Bell había alquilado una *suite* para los días que ella estuviera en Nueva York—. El rodaje se ha vuelto a cancelar por la lluvia. ¿Estás bien? ¿Qué te ha pasado?

—Un sacerdote ha sido abatido a tiros delante de mis ojos. Por hablar conmigo.

—¿El espía?

—¿Quién si no? La manzana estaba plagada de policías, pero se escapó sin dejar rastro.

Un aprendiz se acercó con cautela a los serios detectives.

—Un mensajero ha dejado esto en recepción, señor Bell.

Bell lo abrió rasgándolo. En un papel del Waldorf-Astoria, Erhard Riker había escrito:

¡LO HE ENCONTRADO!

¡LA PERFECCIÓN PARA LA PROMETIDA PERFECTA!

Estaré en la joyería de Solomon Barlowe a eso de las tres con una brillante esmeralda, si se encuentra en Nueva York.

Saludos,

Erhard Riker

Bell lanzó la nota de Riker sobre la mesa.

Archie la recogió y la leyó.

—¿El anillo para la bella Marion?

—Puede esperar.

—Vete.

—Estoy esperando noticias de Baltimore.

—Tómame una hora —dijo Archie—. Cálmate. Yo hablaré con los de Baltimore si llaman antes de que hayas vuelto. ¿Por qué no te llevas a Marion? Toda esta lluvia la está sacando de quicio. Se muere de ganas de ir a California a rodar películas al sol. Ha omitido explicarme dónde encontraría a los actores. ¡Vete! Desahógate. Has encontrado a Collins. Tienes a doscientos hombres buscando a O'Shay. Y a la Marina y la brigada portuaria buscando torpedos. Yo te supliré.

Bell se levantó.

—Solo una hora. Volveré pronto.

—Si a ella le apetece, quédate unos minutos más e invítala a una copa de champán.

Tomaron el metro al centro y anduvieron por las calles barridas por la lluvia hasta Maiden Lane. La joyería de Barlowe desprendía un cálido fulgor en la tarde gris.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo? —preguntó Marion cuando se acercaban a la puerta.

—¿Qué quieres decir?

—Una vez que le colocas un anillo en el dedo a una chica, es muy difícil sacárselo.

Iban cogidos de la mano. Bell la atrajo hacia sí. Los ojos de ella tenían un brillo risueño. La lluvia y la niebla doraban los mechones de cabello que le salían de debajo del sombrero.

—Ni Houdini podría escapar de esta —dijo, y la beso en la boca—. Aunque tampoco es que quisiera.

Entraron en la tienda.

Erhard Riker y Solomon Barlowe estaban inclinados sobre el mostrador, cada uno con una lupa de joyero colocada en el ojo. Riker alzó la vista sonriendo. Alargó la mano a Bell y le dijo a Marion:

—Me temo que ha puesto a prueba la capacidad de observación de su prometido. Lo intentó, y le aseguro que puso mucho empeño, pero le costó expresar la plenitud de su belleza.

—Usted pone a prueba mi capacidad de palabra —dijo Marion—. Gracias.

Riker se inclinó ante la mano de Marion, la besó y retrocedió, alisándose el bigote y metiendo el pulgar en el bolsillo de su chaleco.

—Es muy poco corriente que un caballero enseñe el anillo a su prometida antes de comprarlo, señor —susurró Barlowe a Bell.

—La señorita Morgan es una prometida muy poco corriente.

Sonó un ruido contra la ventana. En la acera, haciendo caso omiso de la lluvia, unos alegres jóvenes con bombines negros estaban golpeando un volante de bádminon con las manos.

—Debería llamar a la policía antes de que le rompan el cristal —dijo Riker.

Solomon Barlowe se encogió de hombros.

—Universitarios. Este verano conocerán a chicas. La primavera que viene comprarán los anillos de compromiso.

—Aquí está el material con el que haremos su anillo, señorita Morgan —dijo Riker.

Sacó un fino estuche de piel de su bolsillo, lo abrió y extrajo una hoja de papel blanco doblada. Abrió el papel y dejó que una esmeralda se deslizara sobre un panel expositor de terciopelo blanco: perfecta, llameante y llena de vida.

El joyero dejó escapar un grito ahogado.

A Isaac Bell le pareció que relucía como una llama verde.

—Desde luego, brilla mucho —dijo Marion Morgan.

—El señor Barlowe propone engastarla en un sencillo anillo de estilo *art nouveau* —dijo Erhard Riker.

—He preparado unos esbozos —dijo Barlowe.

Isaac Bell observó cómo Marion examinaba la esmeralda.

—Me da la impresión de que no te entusiasma —dijo.

—Cariño, llevaré puesto lo que a ti te guste.

—Pero preferirías otra cosa.

—Es preciosa. Pero, ya que lo preguntas, preferiría algo de un verde más claro... intenso pero discreto, como el verde del abrigo del señor Riker... ¿Hay alguna piedra preciosa así, señor Riker?

—En Brasil se encuentra un tono azul grisáceo de turmalina. Es muy rara. Y sumamente difícil de tallar.

Marion sonrió a Bell.

—Sería más barato comprarme una bonita levita como la del señor Riker...

Su voz se fue apagando. Estaba a punto de preguntar: ¿qué pasa, Isaac? En lugar de ello, se acercó a él instintivamente.

Bell estaba mirando fijamente el abrigo de Riker.

—Un abrigo verde intenso —dijo en voz baja—. Un viejo con un abrigo verde intenso y anillos en los dedos.

Clavó una mirada fría al bastón adornado con piedras preciosas de Riker.

—Siempre he admirado ese bastón suyo, *Herr Riker*.

—Fue un regalo de mi padre.

—¿Puedo verlo?

Riker se lo lanzó a Bell. El detective lo evaluó entre sus manos, probando su equilibrio y su peso. Cerró la mano en torno al puño de oro y piedras preciosas, lo giró con un movimiento rápido de muñeca y sacó una espada reluciente.

Erhard Riker se encogió de hombros.

—Toda precaución es poca en mi negocio.

Bell acercó la hoja a la luz. Estaba tan afilada que no brillaba en el borde. Levantó el bastón y la vaina que lo envolvía.

—Es pesado. No necesitaría la espada. Podría derribar a un hombre con esto solo.

Bell observó que Riker lo miraba con recelo como si estuviera preguntándose si había oído bien a Bell o si simplemente estaba calibrando su reacción. Como si estuviera preguntándose: ¿tengo que pelear? Por fin, Riker habló:

—A dos hombres, si fuera más rápido de lo que aparentaba.

—Y si los hombres estuvieran borrachos —dijo Bell, moviéndose rápidamente para proteger a Marion.

Los dos hombres tenían claro que estaban hablando de la noche que Ojos O'Shay y Billy Collins habían intentado robar al señor Riker padre.

Riker contestó en tono familiar, aunque miró a Bell a los ojos tan fijamente como el detective lo estaba mirando a él.

—Me desperté en un camarote de primera clase en alta mar —dijo—. El viejo era duro de roer, pero fue amable conmigo. Todo lo que quería era mío con solo pedirlo. La comida en el barco era como la que había oído que comía Jim Brady Diamante. Bistecs, ostras, patos asados, vino en copas de cristal. Me sentí en el paraíso. Por supuesto, me preguntaba qué querría él a cambio de todo eso, pero lo único que me pidió es que fuera a la escuela y que aprendiera a ser un caballero. Me mandó a una escuela pública de Inglaterra y a las mejores universidades de Alemania.

—¿Por qué no lo dejó el señor Riker en el arroyo con Billy Collins?

—¿Ha hablado con Billy? Cómo no. ¿Qué tal está?

—Sigue en el arroyo. ¿Por qué no lo dejó Riker allí?

—Estaba llorando la pérdida de su hijo, que había muerto de gripe. Quería otro.

—Y usted estaba disponible.

—Yo era escoria. Apenas sabía leer. Pero él vio algo en mí que nadie más podía ver.

—Y usted le correspondió convirtiéndose en un asesino y un espía.

—Le correspondí —dijo Riker, con la espalda erguida y la cabeza en alto.

—¿Se enorgullece de ser un asesino y un espía? —preguntó Isaac desdeñosamente.

—Usted es hijo de una familia acomodada, Isaac Bell. Hay cosas que jamás podrá entender. Le correspondí. Y lo digo con orgullo.

—Con el mismo orgullo, le digo que queda usted detenido, Brian O'Shay.

Katherine Dee salió como una flecha de detrás de la cortina que tapaba la trastienda, deslizó el brazo alrededor de la garganta de Marion y apoyó el pulgar en el ojo de la prometida de Bell.

—Brian me enseñó este truco por mi doceavo cumpleaños Incluso me regaló mi propia gubia. Está hecha de oro puro, ¿sabe?

El afilado metal encajaba en su dedo como una garra.

—Quédate totalmente quieta —dijo Bell a Marion—. No te resistas. El señor O'Shay manda.

—Obedezca a su prometido —dijo Katherine Dee.

—En respuesta a su pregunta, Bell, una de mis formas de corresponder a la amabilidad del viejo fue rescatando a Katherine como él me había rescatado a mí —dijo Ojos O'Shay—. Katherine es culta, competente y libre. Nadie puede hacerle daño.

—Culta, competente, libre y letal —añadió Bell.

Katherine sacó una pistola con la otra mano.

—¿Otro regalo de cumpleaños?

—Devuelva la espada a Brian, señor Bell, antes de que deo ciega a su prometida y le dispare a usted.

Bell lanzó rápidamente el puño de la espada a O'Shay. Como esperaba, el espía era demasiado avisado para dejarse engañar por el truco. O'Shay la atrapó tranquilamente sin apartar la vista de los ojos de Bell. Pero cuando empezó a envainarla, bajo la vista para asegurarse de que introducía la punta en la funda y no se la clavaba en la mano. Bell estaba esperando esa distracción momentánea y lanzó una patada a la velocidad del rayo.

La aguda puntera de su bota golpeó el nervio cubital de Katherine Dee, que se hallaba en tensión por la fuerza que ejercía con el brazo flexionado. La joven soltó un grito de dolor y sobresalto y no pudo impedir que su mano se abriera de forma convulsiva. Su pulgar se desvió del ojo de Marion.

Pero la gubia permaneció sujeta al dedo.

Marion trató de apartarse de la menuda mujer. Katherine blandió de nuevo la gubia hacia su cara. Para entonces, Bell tenía su pistola de cañón doble en la mano y apretó el gatillo. O'Shay gritó un desgarrador «¡No!» y golpeó el brazo de Bell con el bastón. El disparo sonó de forma ensordecedora en el reducido espacio de la joyería. Solomon Barlowe se tiró al suelo. Marion gritó, y Bell pensó que le había disparado. Pero fue Katherine Dee la que se cayó.

O'Shay cogió a la chica bajo su fuerte brazo y abrió la puerta de golpe. Bell se lanzó a por ellos. Tropezó con Solomon Barlowe. Una vez que hubo cruzado la puerta, vio que O'Shay metía a Katherine Dee de un empujón en un Packard conducido por un chófer uniformado. Unos pistoleros con bombines negros salieron de detrás del coche y de unos portales apuntando con pistolas.

—¡Agáchate, Marion! —gritó Bell.

Los elegantes matones de la agencia de seguridad privada de Riker & Riker desataron una feroz lluvia de disparos. Las balas rebotaron sin control, hicieron añicos los cristales y volaron por los aires la gravilla de las paredes y los diamantes del escaparate. Los peatones se tiraron a la acera. Bell contraatacó apretando el gatillo todo lo rápido que pudo. Oyó que el Packard se marchaba con gran estruendo. Volvió a disparar hasta que vació la Browning. El gran coche dobló una esquina derrapando y se estrelló contra una farola. Sin embargo, cuando el plomo dejó de volar por los aires y Bell fue a galope detrás del vehículo, el Packard ardía lentamente, pero O'Shay, Katherine Dee y sus pistoleros habían escapado. Bell entró corriendo en la joyería, con el corazón en la garganta. Solomon Barlowe estaba jadeando y agarrándose la pierna. Marion estaba en el suelo detrás del mostrador, con los ojos muy abiertos.

¡Viva!

Se arrodilló junto a ella.

—¿Te han dado?

Ella se pasó una mano por la cara. Tenía la piel blanca contó el papel.

—Creo que no —dijo con una vocecilla.

—¿Estás bien?

—¿Dónde están?

—Han escapado. No te preocupes. No llegarán lejos.

Marion estaba apretando algo con el puño muy cerrado, y lo presionaba contra el pecho.

—¿Qué es eso?

Poco a poco, penosamente, abrió los dedos haciendo un esfuerzo. Posada en su palma estaba la esmeralda, verde y misteriosa como el ojo de un gato.

—Creía que no te gustaba —dijo Bell.

Los bonitos ojos de Marion recorrieron los cristales rotos y las paredes acribilladas a balazos.

—No me he hecho ni un rasguño. Ni tú tampoco. Es nuestro amuleto.

—Todo el sector de la joyería de lujo de Newark está conmocionado —dijo Morris Weintraub, el aristocrático dueño fornido y canoso de Newark, la fábrica de hebillas de cinturón mas grande de New Jersey—. Llevo comprando piedras preciosas a Riker & Riker desde la guerra de Secesión. Cuando solo había un Riker.

—¿Sabía que Erhard Riker era adoptado?

—No me diga. No, no lo sabía.

Weintraub miró a través de un mar de mesas de trabajo don de los joyeros trabajaban a la luz del norte que entraba a rauda les por las altas ventanas. Una sonrisa especulativa se dibujó en sus labios, y se acarició la barbilla.

—Eso explica muchas cosas.

—¿A qué se refiere? —preguntó Bell.

—Era un hombre muy simpático.

—¿El padre?

—¡No! Su padre era un cabrón sin corazón.

Bell cruzó una mirada de incredulidad con Archie Abbott.

El dueño de la fábrica se dio cuenta.

—Soy judío —explicó—. Sé cuando no le caigo bien a un hombre porque soy judío. El padre ocultaba su odio para llevar el negocio, pero el odio se acaba notando. No podía esconderlo del todo. El hijo no me odiaba. Él no era tan europeo como el viejo.

Bell y Archie se cruzaron otra mirada.

—Se comportaba como un buen hombre —dijo Weintraub—. Era un caballero en los negocios y amable en persona. Es una de las pocas personas a las que compro a la que invitaría a mi casa. No es la clase de hombre que barrería a tiros una joyería judía en Maiden Lane. No es un intolerante como su padre.

—Entonces supongo que no le afectó mucho cuando su padre murió en Sudáfrica —dijo Archie.

—Tampoco me sorprendió.

—¿Cómo? —preguntó Archie.

—¿Qué quiere decir con eso? —dijo Isaac Bell bruscamente.

—Solía bromear con mi mujer diciendo: «Herr Riker es un agente alemán».

—¿Qué le hacía pensar eso?

—Le gustaba presumir de sus viajes. Pero durante muchos años me fijé en que de algún modo sus viajes siempre lo llevaban a los lugares donde Alemania estaba en conflicto. En 1860, casualmente estaba en Alsacia y Lorena cuando estalló la guerra franco-prusiana. En 1881 estaba en la isla de Samoa cuando Estados Unidos, Inglaterra y Alemania promovieron su guerra civil. Estaba en Zanzíbar cuando Alemania le robó el denominado Protectorado de África Oriental. Estaba en China cuando Alemania conquistó Tsingtao, y en Sudáfrica cuando el káiser incitó a los boers a luchar contra Inglaterra.

—Donde lo mataron —observó Archie.

—En una batalla dirigida por el propio general Smuts —dijo Isaac Bell—. Si no era un espía alemán, era un especialista en casualidades. Gracias, señor Weintraub. Nos ha sido usted de mucha ayuda.

En el camino de vuelta a Nueva York, Bell le dijo a Archie.

—Cuando acusé a O'Shay de corresponder al hombre que lo había adoptado convirtiéndose en un asesino y un espía, contestó que rescatar a Katherine de Hell's Kitchen era «una» de las formas en las que lo había correspondido. Y añadió: «Lo digo con orgullo». Ahora me doy cuenta de que se estaba jactando de haber seguido los pasos de su padre adoptivo.

—Si el padre que lo adoptó era un espía, ¿significa eso que Riker-O'Shay espía para Alemania? Nació en Estados Unidos. Lo adoptó un padre alemán. Asistió a la escuela pública en Inglaterra y a la universidad en Alemania. ¿A quién debe lealtad?

—Es un gángster —dijo Bell—. No tiene lealtad.

—¿Adónde puede ir ahora que ha sido descubierto?

—A cualquier lugar donde lo acojan. Pero no antes de cometer un último crimen que beneficie al país que protegerá a ese criminal.

—Usando los torpedos —dijo Archie.

—¿Contra qué? —se preguntó Bell.

Ted Whitmark estaba esperando en la sala de visitas de la oficina de Van Dorn cuando Bell regresó al hotel Knickerbocker. Sostenía el sombrero sobre las rodillas y fue incapaz de mirar a Bell a los ojos cuando le preguntó:

—¿Hay algún sitio donde podamos hablar en privado, señor Bell?

—Pase —dijo Bell, fijándose en que la corbata de la Universidad de Harvard que llevaba Whitmark estaba torcida, sus zapatos estaban llenos de rozaduras y sus pantalones necesitaban un planchado.

Lo llevó a su mesa y movió una silla para que pudieran sentarse cerca sin que les oyeran. Whitmark se sentó, retorciendo las manos y mordiéndose el labio.

—¿Qué tal está Dorothy? —preguntó Bell para tranquilizarlo.

—Bien... es una de las cosas de las que quiero hablar. Penantes trataré el tema principal, si no le importa.

—En absoluto.

—Verá, yo, ejem, juego a las cartas. A menudo...

—Usted apuesta.

—Sí, apuesto. Y a veces apuesto demasiado. Entro en una mala racha y, antes de darme cuenta, estoy metido en un buen lío. Lo único que intento es recuperar parte de mis pérdidas, pero a veces no hago más que empeorar las cosas.

—¿Está pasando por una mala racha en este momento? —preguntó Bell.

—Eso parece. Sí, podría decirse que sí.

Volvió a quedarse callado.

—¿Debo suponer que Dorothy está disgustada por ello?

—Bueno, sí, pero eso es lo de menos. He sido un poco tonto. He hecho varias estupideces. Creía que había aprendido la lección en San Francisco.

—¿Qué pasó en San Francisco?

—Esquivé una bala, gracias a usted.

—¿A qué se refiere? —preguntó Bell, cobrando súbitamente conciencia de que se enfrentaba a una situación más grave de lo que había dado por sentado.

—Me refiero a que cuando impidió que aquel carro volara el almacén de Mare Island, me salvó la vida. Habría muerto mucha gente inocente, y habría sido por mi

culpa.

—Explíquese —dijo Bell secamente.

—Yo les di los pases y los documentos para entrar en el arsenal naval de Mare Island.

—¿Por qué?

—Debía mucho dinero. Iban a matarme.

—¿Quiénes?

—Bueno, al principio, el comodoro Tommy Thompson. Aquí, en Nueva York. Luego vendió mi deuda a un tipo que tenía un casino en Barbary Coast y, como perdí más dinero, iba a matarme. Decía que lo harían despacio. Lo único que yo tenía que hacer para saldar la deuda era darle uno de mis pases de tren y las facturas de mi empresa y enseñarle cómo funcionaba todo. Sé lo que está pensando, que permití a un saboteador entrar en la base, pero no era consciente de lo que ellos querían. Pensaba que lo único que les interesaba era conseguir un contrato importante, Pensaba que lo hacían por dinero.

—Usted esperaba que lo hicieran por dinero —replicó Isaac fríamente.

Ted Whitmark agachó la cabeza. Cuando por fin volvió a levantarla, tenía lágrimas en los ojos.

—Esta vez también lo esperaba. Pero me temo que no es así, y algo me dice que esta vez será peor.

El teléfono intercomunicador de la mesa de Bell sonó. El detective lo cogió.

—¿Qué?

—Aquí hay una señora que ha venido a verles a usted y al caballero con el que está. La señorita Dorothy Langner. ¿La dejo pasar?

—No. Dile que saldré enseguida. —Colgó—. Continúe, Ted. ¿Qué ha pasado esta vez?

—Quieren que entregue uno de los camiones de mi empresa que van al astillero naval de Brooklyn.

—¿Quiénes?

—Un tipo refinado llamado O'Shay. He oído que alguien lo llama Ojos. Debe de ser su apodo. ¿Sabe de quién le estoy hablando?

—¿Cuándo quieren el camión?

—Mañana. Cuando el *New Hampshire* esté cargando comida y municiones. Acaba de hacer la travesía de prueba, y llevará un regimiento expedicionario de marines a Panamá para que vele por la paz en las elecciones de la Zona del Canal.

—¿De qué tamaño es el camión?

—El más grande.

—¿Lo bastante grande para transportar un par de torpedos?

Whitmark se mordió el labio.

—Dios mío. ¿Es para eso para lo que lo quieren?

La puerta de la sala de visitas se abrió, y Harry Warren entró. Bell se estaba

volviendo de nuevo hacia Ted Whitmark cuando un movimiento repentino en la puerta le llamó la atención y vio a Dorothy Langner ataviada con un vestido tubo negro y un sombrero de plumas del mismo color entrando disimuladamente por detrás de Harry Warren, quien dijo:

—¿Puedo ayudarla, señora?

—Estoy buscando a Isaac Bell —contestó con su voz clara y musical—. Ahí está, ya lo veo.

La joven corrió hacia la mesa de Bell, metiendo la mano en su bolso de mano.

Whitmark se levantó de un brinco.

—Hola, Dorothy. Te dije que hablaría con Bell. Ya estamos en paz, ¿no?

Dorothy Langner escrutó su cara. A continuación miró a Bell.

—Hola, Isaac. ¿Hay algún sitio donde pueda hablar un momento con Ted en privado?

En sus hermosos ojos plateados había una mirada vacía, y Bell tuvo la inquietante sensación de que estaba ciega. Pero no podía estar ciega, pues acababa de entrar resueltamente por sus propios medios.

—Creo que el despacho del señor Van Dorn está vacío. Estoy seguro de que no le importará.

Los llevó al despacho de Van Dorn, cerró la puerta y se quedó al lado escuchando. Oyó que Whitmark repetía:

—Ya estamos en paz, ¿no?

—No estaremos en paz nunca.

—Dorothy —dijo Ted—, ¿qué estás haciendo?

La respuesta fue el seco estallido de un disparo. Bell abrió la puerta. Ted Whitmark yacía boca arriba, y de su cráneo salía sangre a borbotones. Dorothy Langner soltó la pistola niquelada que empuñaba sobre el pecho de Whitmark y le dijo a Isaac Bell:

—Él mató a mi padre.

—Yamamoto Kenta mató a su padre.

—Ted no puso la bomba, pero ha estado pasando información sobre el trabajo de mi padre en el Buque 44.

—¿Le dijo Ted eso?

—Intentó librarse del sentimiento de culpabilidad confesándomelo.

Harry Warren entró corriendo con el arma desenfundada y se arrodilló junto al cuerpo. Acto seguido cogió el teléfono de Van Dorn.

—No lo ha matado —informó a Bell. Y dirigiéndose a la operadora, dijo—: Llama a un médico.

—¿Es grave? —preguntó Bell.

—Solo le ha hecho una herida superficial. Lo que sangra tanto es el cuero cabelludo.

—¿No se morirá?

—No de esto. De hecho, creo que está volviendo en si.

—Ella no le disparó —dijo Bell.

—¿Qué?

—Ted Whitmark trató de suicidarse. Ella agarró la pistola y le salvó la vida.

Harry Warren tenía unos ojos viejos y sabios.

—Dime por qué intentó suicidarse, Isaac.

—Es un traidor. Acaba de confesarme que ha estado pasando información al espía.

Harry Warren miró a Bell fijamente a la cara y dijo:

—Parece que la señorita Langner ha salvado la vida a este canalla.

El médico interno del hotel Knickerbocker entró corriendo con su bolso, seguido de unos botones que llevaban una camilla.

—Atrás, todo el mundo. Atrás, por favor.

Bell llevó a Dorothy a su mesa.

—Siéntese. —Llamó a un aprendiz—. Trae un vaso a la señorita, por favor.

—¿Por qué lo ha hecho? —susurró Dorothy.

—No lo habría hecho si lo hubiera asesinado. Pero como no ha sido así, creo que ya ha pasado bastante y que no necesidad de aumentar su desgracia con cargos policiales.

—¿Se lo creerá la policía?

—Si Ted está de acuerdo. Y me imagino que sí. Ahora cuénteme todo lo que él le contó.

—El otoño pasado perdió mucho dinero apostando en Washington. Un jugador se ofreció a prestarle dinero. A cambio, él habló con Yamamoto. —Dorothy movió la cabeza con ira en incredulidad—. Sigue sin darse cuenta de que ese hombre debió de tenderle una trampa para que perdiera.

—A mí me ha dicho que fue mala suerte —dijo Bell—. Continúe.

—Lo mismo pasó esta primavera en Nueva York y luego en San Francisco. Ahora ha vuelto a pasar. Esta vez por fin se dio cuenta de la gravedad de lo que estaba haciendo. O eso me dijo. Creo que intentaba conseguir que volviera con él. Le dije que habíamos terminado. Se enteró de que había estado saliendo con alguien.

—Farley Kent.

—Veo que ya lo sabe —dijo ella con displicencia—. Los detectives de Van Dorn nunca se rinden. Cuando Ted se enteró de lo de Farley, creo que se dio cuenta de que en toda su vida no había nada auténtico. Le quedaba la religión. Probablemente creía que yo lo estaría esperando cuando saliera de la cárcel. O que lloraría cuando lo ahorcaran por traición.

—Que le haya disparado debe de haberlo sacado de su error —comentó Bell.

Ella sonrió.

—No estoy segura de cómo me siento ahora mismo por no haberlo matado. Lo digo en serio. No puedo creer que haya fallado. Estaba muy cerca.

—La ahorcarían por ello.

—Me daría igual.

—¿Qué pensaría de eso Farley Kent?

—Farley lo... —comenzó a decir ella, pero se interrumpió bruscamente.

Bell sonrió con dulzura.

—Iba a decir que Farley lo entendería, pero sabe que no es así.

Fila agachó la cabeza.

—Farley se quedaría destrozado.

—He visto a Farley trabajando. Me parece su tipo. Le encantara su trabajo. ¿Le quiere?

—Sí, le quiero.

—Puedo mandar a un hombre que la acompañe al astillero naval de Brooklyn.

Ella se levantó.

—Gracias. Conozco el camino.

Bell la acompañó a la puerta.

—Usted inició este caso, Dorothy, cuando prometió limpiar la reputación de su padre. Nadie ha hecho más que usted para salvar su trabajo y el de Farley en el Buque 44. Gracias a usted, hemos descubierto al espía. Tenga la seguridad de que lo atraparemos.

—¿Le ha contado Ted algo útil?

Bell contestó con cautela:

—El cree que sí. Dígame, ¿cómo se enteró Ted de lo de Farley Kent?

—Por una carta escrita por un entrometido que firmada como «Un amigo». ¿Por qué sonríe, Isaac?

—El espía se está desesperando —fue todo lo que Bell dijo, pero tenía la intensa sensación de que O'Shay había engañado a Ted Whitmark para que le pasara falsa información.

El espía quería que Bell creyera que atacaría por tierra cuando en realidad tenía intención de atacar por mar.

Dorothy le dio un beso en la mejilla y bajó a toda prisa por la majestuosa escalera.

—Señor Bell —dijo el recepcionista—, el detective del hotel le llama.

—Hay unos indeseables en la puerta principal —informó el detective del hotel Knickerbocker—. Dicen que quieren hablar con usted, señor Bell.

—¿Cómo se llaman?

—Hay un viejo melenudo que dice que no tiene nombre, y me inclino a creerlo. Los jóvenes se hacen llamar Jimmy Richards y Marv Gordon.

—Díales que suban.

—No van ataviados como es debido para entrar al vestíbulo, ya sabe a lo que me refiero.

—Lo entiendo. Pero son los primos del pequeño Eddie Tobin, así que entrarán por la puerta principal. Dígale al gerente que yo lo he autorizado. Acompáñelos para que no asusten a las damas.

—De acuerdo, señor Bell —contestó el detective del hotel con desconfianza.

Richards y Gordon, los gabarreros de Staten Island, presentaron a su compañero mayor, quien tenía el cabello greñudo y canoso y las arrugas de una vida entera en el agua, como el «tío Donny Darbee, quien nos ha traído en barco».

—¿Qué pasa, muchachos?

—¿Siguen buscando torpedos?

—¿Dónde habéis oído eso?

—Hay barcos de la Marina, el servicio de guardacostas y las brigadas portuarias por todas partes. Parecen mosquitos —dijo Richards.

—Están registrando todos los embarcaderos del puerto —dijo Gordon.

—Nos cuesta hacer negocio con ellos —murmuró el tío Donny.

—¿Habéis visto los torpedos? —preguntó Bell.

—No.

—¿Qué sabéis del tema?

—Nada —contestó Richards.

—Salvo que los están buscando —dijo Gordon.

—¿Nada en absoluto? Entonces ¿para qué habéis venido a verme?

—Nos preguntábamos si le interesaría el Holland.

—¿Qué Holland?

—El Holland más grande que hemos visto en la vida.

—¿Un submarino Holland?

—Sí —respondieron a coro los gabarreros de Staten Island.

—¿Dónde?

—En el estrecho de Kill van Kull.

—En el lado de Bayonne.

—Un momento, muchachos. Si habéis visto un submarino al aire libre, debe de

pertenecer a la Marina.

—Está escondido. Debajo de una barcaza para transportar vagones.

—El tío Donny la encontró anoche cuando la poli lo estaba persiguiendo.

—Hace días que vigilo esa barcaza —dijo el tío Donny Darbee.

Isaac Bell los interrogó con aspereza.

Unos policías portuarios que buscaban a piratas de carbón habían visto al tío Donny y dos amigos suyos siguiendo una barcaza de carbón en una gabarra para la pesca de ostras. El tío Donny se había negado a que la policía subiera a bordo para inspeccionarla. Había habido un intercambio de disparos. Los policías habían subido a bordo de todas formas. El tío Donny y sus amigos habían saltado al agua y habían nadado hacia la orilla.

Los amigos de Darbee fueron atrapados, pero el viejo nadó hacia una barcaza transbordadora de vagones que llevaba varios días observando porque estaba amarrada sola, sin vigilancia, y transportaba un par de vagones de mercancías que podían contener cargamento. Cada vez más cansado en el agua fría mientras se ocultaba a la sombra de la proa, el anciano empezó a hundirse, pero pisó algo sólido en una parte demasiado profunda para hacer pie. Cuando los policías se dieron por vencidos, Jimmy y Marv, que habían estado observando desde el lado de Staten Island, rescataron a su tío holandés en otra embarcación para la pesca de ostras. A continuación echaron un vistazo más de cerca a la barcaza. Debajo de ella, vieron el contorno de un submarino.

—Más grande que el Holland de la Marina. Es el mismo barco, pero parece que le hayan añadido un trozo en cada punta.

—El tío Donny conoce el Holland —explicó Jimmy Richards—. Nos llevó a Brooklyn a ver las pruebas de la Marina. ¿Cuándo fue?

—En 1903. Alcanzó quince nudos con la torre de mando fuera del agua. Y seis sumergido.

Bell alargó la mano para coger el teléfono.

—De modo que tenéis motivos para creer que habéis visto un submarino.

—¿Quiere venir a verlo? —preguntó Marv Gordon.

—Sí.

—Os dije que querría verlo —dijo el tío Donny.

Isaac Bell telefoneó a la Brigada Portuaria de la Policía de Nueva York, reunió a Archie Abbott y Harry Warren, y cogió una bolsa de golf. El expreso elevado de la Novena Avenida llevó con toda rapidez a los detectives y los gabarreros al Battery, en el extremo sudeste de Manhattan, en diez minutos. Una lancha de doce metros de la brigada portuaria aguardaba en el embarcadero A.

—No toquen nada —advirtió el capitán a los gabarreros de Staten Island que subieron a bordo con desconfianza.

El oficial no quería remolcar la gabarra de Donald Darbee, que estaba amarrada cerca, pero Bell insistió y le dio veinte dólares «para su tripulación».

—Nunca pensé que pisaría una de estas —murmuro el viejo Darbee mientras se alejaban del embarcadero.

—Salvo esposado —replicó en voz baja un policía.

—Si no hay ningún submarino en el estrecho de Kill van Kull, vamos a acabar en medio de un tiroteo —dijo Bell a Archie y a Harry.

—¿Tú crees que vamos a encontrarlo, Isaac?

—Creo que están convencidos de que vieron un submarino. Y un submarino haría mucho más peligrosos los torpedos que un torpedero que navega por la superficie. En cualquier caso, no creeré en el submarino hasta que lo vea con mis propios ojos.

La lancha de la brigada portuaria cruzó Upper Bay, abriéndose paso velozmente entre transbordadores, remolcadores, barcazas, goletas y buques de vapor transatlánticos. Un silbido atronador anunció la llegada a Nueva York de un transatlántico que pasaba por el puente Verrazano Narrows. Los remolcadores atendían las réplicas silbadas del buque. Una hilera continua de barcazas transportaba trenes de mercancías entre New Jersey, Manhattan, Brooklyn y el East River.

La embarcación de la policía entró en el sinuoso canal de agua situado entre Staten Island y New Jersey conocido Kill van Kull. Bell calculaba que medía unos trescientos metros de ancho, aproximadamente lo mismo que el angosto brazo del estrecho de Carquinez donde había capturado a Louis Loh nadando desde Mare Island. A su izquierda se elevaban las colinas de Staten Island. La ciudad de Bayonne se extendía a su derecha. Muelles, almacenes, astilleros y residencias ocupaban las orillas.

Seis kilómetros canal abajo, Richards y Gordon dijeron:

—¡Allí está!

La barcaza transbordadora se encontraba sola, amarrada a la orilla junto al llano jardín verde de una gran casa de madera en un distrito de viviendas parecidas. Era una vieja barcaza de tres vías de la compañía ferroviaria New Jersey Central, corta y ancha con un furgón en la vía más cercana y un alto vagón de descubierta en la parte interior. La vía central parecía vacía, pero los hombres de la lancha policial no podían ver el espacio comprendido entre los dos vagones.

—¿Dónde está el submarino? —preguntó el capitán de la brigada portuaria.

—Debajo —gruñó Donald Darbee—. Han abierto un foso en mitad de la barcaza para la torre de mando.

—¿Usted lo ha visto?

—No. Pero ¿de qué otra forma podrían entrar y salir?

El capitán de la lancha lanzó una mirada fulminante a Isaac Bell.

—Señor Bell, preveo que nuestro jefe va a hablar con el suyo, y a ninguno de nosotros le va a hacer gracia.

—Acerquémonos —dijo Bell.

—Allí no hay suficiente agua para un submarino Holland.

—Es bastante hondo —contestó Donald Darbee en voz baja—. La marea erosiona

la orilla en este lado.

El timonel indicó que fueran muy despacio y se situaron a quince metros de distancia.

Los detectives de Van Dorn, los gabarreros y la policía portuaria escudriñaron el agua turbia. La lancha se aproximó a la barcaza transbordadora avanzando a la deriva.

—Se ha levantado mucho lodo —murmuró Darbee con preocupación.

—La hélice lo está levantando —dijo el capitán—. Ya le he dicho que es muy poco profundo. —Y gritó al timonel—: Da marcha atrás antes de que encallemos.

—Aquí hay nueve metros de agua como que me llamo Donald.

—Entonces ¿qué está formando el lodo?

—Eso mismo me pregunto yo.

—Yo también —dijo Isaac Bell, escudriñando el agua.

De la oscuridad subían burbujas que emitían un susurro en la superficie.

—¡Dé marcha atrás! —gritó Isaac Bell—. ¡Atrás!

El timonel y el maquinista eran rápidos de reflejos. Dieron marcha atrás inmediatamente. La hélice giró a la inversa. Del corto cañón de la chimenea salió disparado humo y vapor. La embarcación se detuvo, pero, antes de que pudiera retomar el movimiento hacia atrás, una malévola forma gris se elevó rápidamente debajo de ella.

—¡Agárrense!

Bell vio un tubo que salía justo delante de la lancha: el periscopio, un cilindro con espejos inclinados, el ojo del submarino. Una torreta corta y redonda emergió a la superficie, la torre de mando, rodeada de barandillas. Entonces la quilla de la lancha policial recibió un tremendo golpe por debajo que elevó su casco doce metros por encima del agua. La quilla se hizo añicos con un sonoro crujido de la madera al partirse, y la embarcación siguió elevándose, levantada por un poderoso casco de acero que salió a la superficie como un cachalote desquiciado.

La lancha se volcó de lado e hizo caer a los detectives, los policías y los gabarreros.

Bell saltó sobre el casco de acero y caminó hacia la torre de mando con el agua hasta la cintura. Agarró la barandilla que rodeaba la escotilla de la parte superior y alargó la mano para coger la rueda que abría la escotilla.

—¡Cuidado, Isaac! —gritó Archie Abbott—. ¡Se está sumergiendo!

Haciendo caso omiso de Archie y del agua que de repente le subió hasta el pecho, Bell arrojó su peso sobre la rueda. Por un instante, el aro no cedió. Entonces le pareció notar que se movía. El agua salada se precipitó hacia sus hombros, su boca, su nariz, sus ojos. De repente, el submarino estaba avanzando. Se agarró a la rueda lo mejor que pudo, sin dejar de hacer esfuerzos por abrirla, pero la fuerza del agua se la arrancó de las manos. El casco pasó corriendo por debajo de él, y se dio cuenta demasiado tarde de que la hélice se disponía a cortarlo en pedazos.

Tomó impulso desesperadamente con las dos botas y nadó con todas sus fuerzas. El agua que pasaba corriendo por el casco lo succionaba hacia atrás. Notó que el casco se deslizaba debajo de él. Algo le golpeó fuerte. Lo lanzó de lado y lo hundió. Unas potentes turbulencias lo sumergieron todavía más. Vapuleado en la estela de la hélice del submarino, se percató de que le había golpeado la cubierta que protegía la hélice y que, en esta ocasión, también lo protegía a él de las paletas.

Salió a la superficie con dificultad, vio que la torre de mando recorría a toda velocidad el Kill van Kull y nadó hacia ella. Detrás de él, Archie estaba ayudando a Harry Warren a alcanzar la embarrada orilla; Richards, Gordon y el maquinista estaban agarrados a unas cuerdas que colgaban de la barcaza; y el capitán de policía se aferraba a su lancha volcada.

—¡Pedid ayuda por teléfono! —gritó el capitán, y dos policías se dirigieron dando traspies a la casa de madera.

Donald Darbee estaba subiéndose a su gabarra, que se había soltado de la lancha hundida.

—¡Tío Donny! —gritó Bell por encima del hombro mientras nadaba detrás del submarino—. Recójame.

El motor de gasolina de Darbee arrancó con estruendo, expulsando humo azul.

El submarino siguió sumergiéndose. La parte superior de la torreta y el periscopio eran lo único que quedaba sobre la superficie. Las barandillas que la rodeaban, el periscopio y la rueda de la escotilla que Bell había intentado abrir dejaban una estela por el canal, salpicando agua como una fuente móvil.

La gabarra de Darbee se acercó, y Bell subió a bordo, rodó por encima de la regala y cayó a la cubierta.

—¡A por él!

Darbee aceleró. El motor empezó a hacer más ruido, el barco de madera tembló, y el anciano murmuró:

—¿Qué haremos cuando los alcancemos?

Bell oyó disparos detrás de él. Los policías que corrían a la casa de madera para pedir ayuda por teléfono se refugiaron detrás de unos arbustos. Unos disparos de pistola procedentes de todas las ventanas de la casa barrieron el césped.

—Allí viven falsificadores —explicó el tío Darbee.

—Más deprisa —dijo Bell.

Saltó a la cubierta de proa cuadrada.

—Acérqueme a la torre.

El Holland estaba casi totalmente sumergido y se dirigía a Upper Bay a una velocidad de seis nudos. Darbee manipuló el motor. El ruido se hizo más profundo hasta convertirse en un insistente gruñido, y la gabarra dobló su velocidad. La embarcación redujo a la mitad la distancia hasta las barandillas, volvió a reducirla a la mitad, y pasó por delante de la estela de la enorme hélice del submarino. Bell se preparó para saltar a la torre de mando. El barco de madera se aproximó. Más que ver, percibía el casco de acero bajo la superficie. Se preparó para saltar, intentando alcanzar el tubo del periscopio, confiando en que el fino tubo fuera lo bastante fuerte para sostenerlo hasta que se agarrase a las barandillas.

El submarino Holland desapareció.

La torreta estaba justo delante de él y un instante más tarde se había esfumado, hundida en el agua. Bell veía las burbujas que dejaba a su paso y las ondas de la hélice, pero ya no había nada a lo que saltar, ni torreta, ni barandillas, ni periscopio.

—Vaya más despacio —gritó Bell a Darbee—. Siga la estela.

Darbee redujo la marcha para igualar la velocidad de seis nudos del submarino.

Bell se quedó en la cubierta de proa, observando los rítmicos remolinos de la estela de la hélice e indicando al anciano cuándo girar el timón a la izquierda o la

derecha. Cómo el barco submarino se abría camino era un misterio que se despejó cuando hubieron recorrido ochocientos metros. Poco antes de que el submarino llegara al siguiente recodo del canal, el periscopio emergió súbitamente del agua, y el submarino cambió de trayectoria.

El espía había planeado la ruta de salida del Kill van Kull tomando nota del tiempo que transcurría entre cada recodo. Bell indicó un cambio parecido, y la gabarra giró. El periscopio permaneció fuera del agua y dio la vuelta hasta que su ojo de cristal estuvo orientado hacia él.

—¡Pare el motor! —gritó Bell.

La velocidad de la embarcación disminuyó mientras navegaba a la deriva. Bell buscó señales que hicieran pensar que el Holland volvería a ascender o que daría la vuelta para embestirlos. Sin embargo, el submarino mantuvo la trayectoria y dejó atrás a la gabarra, mostrando aún el periscopio.

—Darbee, ¿el resto del submarino que usted vio tenía un tubo lanzatorpedos en la parte de atrás?

—No —contestó Darbee para gran alivio de Bell, hasta que añadió—: Pero les oí decir que a lo mejor instalaban uno.

—No creo que desperdiciaran un torpedo con nosotros.

—Supongo que no.

—Acelere. Acérquese.

Delante de ellos, el canal viró bruscamente. El periscopio dio la vuelta, y el timonel oculto giró en el recodo. Bell hizo señas para que la gabarra acelerara. La embarcación se situó a unos veinte metros de la estela de la hélice. Pero el agua se volvía más agitada conforme el Kill van Kull se extendía hacia Upper Bay.

Staten Island y Bayonne quedaron atrás. Una brisa fría atravesó la ropa de Bell, y las olas empezaron a encrespase sobre el periscopio. Unas burbujas enormes reventaron en la superficie, y cayó en la cuenta de que el Holland estaba expulsando aire de los tanques de flotación y dejando entrar agua para descender más. El periscopio desapareció. Las olas azotadas por el viento de Upper Bay borraron la estela.

—Se ha ido —dijo Darbee.

Bell buscó sin esperanza. A unos cinco kilómetros al otro lado de la bahía se extendían los astilleros, y más allá, unas bajas colinas verdes. A su izquierda, siete u ocho kilómetros al norte, Bell vio los altos edificios del sur de Manhattan y los cables elegantemente colgados del puente de Brooklyn que cruzaba el East River.

—¿Sabe dónde está Catherine Slip?

Darbee giró el timón.

—¿Qué busca allí?

—El *Dyname* —contestó Bell.

El barco más rápido de Nueva York, equipado con un teléfono y un radiotelégrafo, y comandado por un héroe naval de alto rango que podía actuar con

rapidez y organizar a la Marina para que diera caza al submarino del espía y ordenar por radio al *New Hampshire* que instalaran redes antitorpedos antes de entrar en el puerto.

Darbee le dio un chaquetón de lona que olía a mohó. Bell se quitó la chaqueta y la camisa mojadas, secó su Browning y extrajo el agua de sus botas. La potente gabarra recorrió los ocho kilómetros hasta el puente de Brooklyn en veinte minutos. Y cuando pasaron por debajo del puente, a Bell se le cayó el alma a los pies. El acorazado *New Hampshire* ya había llegado al puerto. Estaba amarrado al embarcadero más próximo al canal del Buque 44. Si el objetivo de O'Shay era el Buque 44, los dos eran un blanco fácil. Las explosiones del barco flotante incendiarían todo el astillero naval.

Para gran alivio de Bell, el *Dyname* estaba en Catherine Slip.

Saltó de la gabarra a la escalera de mano más próxima, subió al embarcadero, cruzó la pasarela y abrió la puerta de la cabina principal del *Dyname* de un empujón. El capitán Falconer estaba sentado en la banqueta alargada de cuero verde flanqueado por dos tripulantes de su yate.

—Falconer, tienen un submarino.

—Eso me han dicho —dijo el héroe de Santiago, señalando con la cabeza con gesto adusto a tres pistoleros del servicio de seguridad de Riker & Riker que vigilaban la cabina armados con pistolas y una escopeta recortada.

Bell reconoció al guardaespaldas, Plimpton, que había acompañado a *Herr Riker* en el semidirecto *20th Century*.

—Está totalmente empapado, señor Bell, y ha perdido el sombrero —dijo Plimpton.

—Hola, Plimpton.

—Manos arriba.

—¿Dónde está O'Shay?

—¡Levántelas!

—Dígale a su jefe que le debo una esmeralda de primera calidad y que estoy deseando pagarle en persona.

—¡Vamos!

—Hágalo, Bell —dijo Falconer—. Ya han disparado a mi teniente y a mi maquinista.

Isaac Bell levantó las manos, habiendo ganado suficiente tiempo para evaluar la oposición. Plimpton empuñaba una Luger semiautomática de la Marina alemana como alguien que conocía su oficio. Pero los matones que lo flanqueaban no estaban a su nivel. El mayor, que sujetaba con cautela una Remington de calibre 20 recortada, podría haber pasado por el guardia de seguridad de un banco de pueblo. El más joven agarraba su revólver como el matón de una asociación cristiana para jóvenes. No estaban en el yate de Falconer obedeciendo a un plan bien trazado, dedujo Bell. Algo había salido mal.

¿Qué los había llevado al *Dyname*? ¿La posibilidad de escapar cuando O'Shay disparara los torpedos? Pero el *Dyname* no tenía el radio de acción necesario para cruzar el océano Atlántico. Sin duda, O'Shay había pensado tomar un transatlántico a Europa y viajar con Katherine Dee bajo unos nombres falsos, o había reservado un pasaje secreto en un buque de carga.

Ella era lo que había salido mal, comprendió Bell. Katherine estaba herida.

—¿Está la chica a bordo? —preguntó a Falconer.

—¡Necesita un médico! —dejó escapar el muchacho de la escopeta.

—¡Cállate, Bruce! —Gruñó Plimpton.

—Estoy a bordo —dijo Katherine Dee.

Subió la escalerilla tambaleándose desde el camarote privado de Falconer. Desaliñada, pálida y febril, parecía una niña que se había despertado de un profundo sueño. Salvo por el odio que se reflejaba en su rostro.

—Gracias a usted —dijo amargamente a Bell—. Usted lo está echando todo a perder.

La joven había aferrado con fuerza su pistola cuando él le había disparado en la joyería de Barlowe. Ahora la levantó con la mano temblorosa y le apuntó.

—¡Señorita Dee! —dijo Bruce—. No debería estar levantada.

—Necesita un médico —dijo Bell.

—Es lo que he estado diciendo yo. Señor Plimpton, tiene que verla un médico.

—Cállate, Bruce —le espetó Plimpton—. La verá un médico en cuanto salgamos de este lío.

Con las manos en alto, acorralado por los pistoleros de O'Shay, el alto detective escudriñó los ojos de Katherine Dee, buscando alguna ventaja, al mismo tiempo que se preparaba para el disparo. No vio piedad ni vacilación; solo el profundo cansancio de una persona con una herida mortal. Pero pensaba matarlo antes de morir. Como había matado a Grover Lakewood y al padre Jack y a quién sabía cuántos más para Ojos O'Shay. ¿Cuánto tardaría en desmayarse? ¿Dónde, se preguntaba Bell, estaba su parte de Dios?

—¿Sabías que el padre Jack rezaba por ti? —preguntó.

—Sus oraciones me sirvieron de mucho. Fue Brian O'Shay el que me salvó.

—¿Para qué te salvó Brian? ¿Para que lanzaras a Grover Lakewood de la montaña? ¿Para que dispararas al sacerdote?

—Igual que usted me disparó a mí.

—No —contestó Bell—. Yo te disparé para salvar a la mujer que amo.

—Yo amo a Brian. Haré cualquier cosa por él.

Bell recordó las palabras que había pronunciado Dilber, el supervisor de tren, en el semidirecto *20th Century*. «Riker y su pupila son completamente respetables. Siempre ocupan compartimentos separados».

Y el propio O'Shay, hablando como Riker, había dicho: «Esa chica ha traído luz a mi vida donde solo había oscuridad».

—¿Y qué hará Brian por ti?

—Él me salvó.

—Hace quince años. ¿Qué hará el resto de tu vida, Katherine? ¿Mantenerte pura? La mano de ella empezó a temblar violentamente.

—Usted...

Su respiración sonó de forma ronca.

—Matas para complacerle, ¿y él te mantiene pura? ¿Es así como funciona? El padre Jack hacía bien rezando por ti.

—¿Por qué? —preguntó ella gimiendo.

—En el fondo él sabía que Brian O'Shay no podía salvarte.

—¿Y Dios sí?

—Eso creía el sacerdote. Con toda su alma.

Katherine bajó la pistola. Puso los ojos en blanco. La pistola le resbaló de los dedos, y se desplomó como si fuera una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos.

—¡Maldito seas, Plimpton! —gritó Bruce—. Morirá si no la atiende un médico.

El hombre gesticuló enérgicamente con su pistola.

Cual víbora que ataca de manera refleja ante el movimiento, Plimpton disparó a Bruce entre los ojos y se dio la vuelta hacia Isaac Bell, pero el detective se movió a la velocidad del rayo. El guardaespaldas había cometido un error fatal.

Bell disparó su Browning dos veces. Primero a Plimpton y luego al pistolero que quedaba. El pistolero se inclinó hacia delante, la escopeta se disparó, y el tiro sonó de forma ensordecedora en el reducido espacio de la cabina del yate. Una salva de perdigones impactó debajo de la banqueta contra las piernas de Lowell Falconer y su tripulación.

Bell estaba haciendo un torniquete a Falconer por encima de la rodilla cuando Donald Darbee asomó la cabeza con cautela por la puerta.

—Señor Bell, he pensado que le interesaría saber que el Holland está pasando por debajo del puente de Brooklyn.

—¡A la superficie! —ordenó Dick Condon, el primer oficial al que Ojos O'Shay había puesto al mando del submarino Holland después de matar al capitán Hatch.

—¡No! —gritó O'Shay—. Si salimos nos verán.

—La corriente nos está frenando —gritó el asustado rebelde irlandés—. La corriente avanza a cuatro nudos. ¡Nosotros solo alcanzamos seis nudos con el motor eléctrico! Tenemos que salir a la superficie para usar el motor de gasolina.

O'Shay agarró a Condon por el hombro. El pánico que se reflejaba en la voz del hombre estaba asustando a los hombres que manejaban los tanques de lastre y que se preparaban para disparar el torpedo, precisamente el motivo por el que había decidido navegar con el submarino. Alguien tenía que mantener la cabeza despejada.

—¿Seis? ¿Cuatro? ¿Y qué? Vamos dos nudos más rápido.

—No, señor O'Shay. Solo a favor de la corriente. Cuando gire de costado para alinear el torpedo, nos llevará por delante.

—¡Inténtalo! —ordenó O'Shay—. Pruébalo.

Dick Condon activó el control manual del timón vertical y restó presión a los tanques de aire comprimido. La cubierta se inclinó bajo sus pies, pero entonces el East River golpeó el submarino de treinta metros con la furia de un tiburón atacando a un débil bañista. Los hombres del pequeño y oscuro espacio se golpearon contra tuberías, conductos, válvulas y mangueras de aire cuando la embarcación perdió estabilidad.

—¡A la superficie! —Condon alzó la voz hasta gritar.

—No —repitió O'Shay.

—Debo sacar la torre de mando al aire, señor. Déjeme hacerlo —rogó—. Podemos disparar mejor en la superficie. El primer torpedo ya está cargado. Podemos disparar, sumergirnos, dejar que la corriente nos vuelva a hundir mientras recargamos y regresar a la superficie. Conseguiré lo que quiere, señor. Y si alguien nos ve, verá un barco inglés. Justo lo que nos interesa. Por favor, señor. Debe atender a razones o todo se echará a perder.

O'Shay lo apartó del periscopio de un empujón y miró personalmente.

La superficie del río estaba agitada, un demencial manto de olas en constante movimiento. Las salpicaduras de agua tapaban el cristal. Justo cuando se despejaron, una ola se encrespó sobre él y lo oscureció por completo. El submarino se puso a dar bandazos violentamente. De repente, el periscopio sobresalió del agua revuelta, y O'Shay vio que estaban casi a la altura del astillero naval.

El *New Hampshire* estaba justo donde él quería que estuviera. Ni él mismo habría situado mejor el largo buque blanco. Pero el submarino se estaba deslizando hacia atrás, aunque la hélice daba vueltas y el motor eléctrico olía como si se estuviera

quemando.

—Está bien —dijo O'Shay—. Atacaremos en la superficie.

—¡Reducid la velocidad a la mitad! —ordenó Condon.

El motor dejó de responder forzosamente, y el submarino dejó de sacudirse. Condon observó a través del periscopio, controlando las derivas con diestros giros del timón horizontal y el vertical.

—Preparados para emerger.

—¿Qué es ese ruido?

Los veteranos de la Marina británica se cruzaron miradas de desconcierto.

—¿Le ocurre algo al motor? —preguntó O'Shay.

—No, no, no. Está en el agua.

La tripulación se quedó quieta, aguzando el oído a un extraño silbido agudo que se volvía más sonoro y más estridente cada segundo que pasaba.

—¿Un barco?

Condon giró el periscopio, escudriñando el río. El maquinista expresó lo que sus compañeros de tripulación estaban pensando.

—En mi vida he oído un barco que suene así.

—¡Abajo! —gritó Condon—. Sumergid el submarino.

—¿Dónde se ha metido? —preguntó Lowell Falconer con voz entrecortada.

Para asombro de Isaac Bell, el ensangrentado capitán de la Marina se había arrastrado hasta la parte superior, donde Bell pilotaba el *Dyname* hacia el puente de Brooklyn a treinta nudos.

—Por la proa —dijo Isaac Bell.

Tenía una mano en la palanca del vapor y agarraba el timón con la otra.

—¿Está haciendo su trabajo el torniquete? —preguntó, sin apartar la vista del río.

—Estaría muerto si no fuera así —soltó Falconer apretando los dientes.

Estaba pálido debido a la pérdida de sangre, y Bell dudaba que aguantara consciente mucho más. El esfuerzo necesario para subir los pocos escalones hasta el puente de mando debía haber sido hercúleo.

—¿Quién está en la sala de máquinas? —preguntó Falconer.

—El tío Darbee dice que trabajó de atizador de carbón en el transbordador de Staten Island y de ayudante de maquinista cuando el maquinista oficial se emborrachaba.

—El *Dyname* consume petróleo.

—Lo descubrió al no encontrar ninguna pala. Tenemos vapor de sobra.

—No veo el Holland.

—Sube y baja. Hace un momento he visto el periscopio. ¡Allí!

La achaparrada torre de mando salió a la superficie. El casco también emergió brevemente y volvió a hundirse.

—La marea lo está castigando —murmuró Falconer—. Fluye y refluye con la luna llena.

—Bien —dijo Bell—. Necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir.

El *Dyname* atravesó como un rayo el charco de agua agitada. El submarino no se veía por ninguna parte. Falconer tiró a Bell de la manga y susurró en tono urgente:

—Es un Holland de la Marina británica de clase A: pesa el triple de nuestro tonelaje. Esté atento por si sale a la superficie. Se moverá más rápido con el motor principal.

Y después de pronunciar esa advertencia, cayó inconsciente a la cubierta. Bell redujo la velocidad y dio la vuelta al veloz yate hasta que apuntó de nuevo río arriba. Se encontraba varios cientos de metros más allá del puente de Brooklyn, registrando el agua a la luz cada vez más tenue.

Un transbordador salió repentinamente de su embarcadero en Pine Street, cerró el paso a un gran transbordador de la línea de ferrocarril de Pennsylvania con destino al Bronx y enfiló a toda velocidad el East River. Sus estelas se combinaron y agitaron tanto algunas partes del río que Bell dejó de distinguir el periscopio del agua picada. Surcó el agua revuelta y después giró. De repente lo vio a lo lejos. Había dejado atrás los transbordadores y estaba situándose a la altura del astillero naval.

El submarino Holland salió del agua y dejó ver su torre de mando y sus treinta metros largos de casco. Empezó a arrojar humo azul. Gases de escape de gasolina, advirtió Bell, de su potente motor principal. Ahora que estaba en la superficie, era un torpedero con todas las de la ley, rápido y ágil.

Pero vulnerable.

Bell empujó la palanca del vapor hacia delante y aprovechó aquella preciosa oportunidad para embestir contra él. Sin embargo, a medida que el yate de acero cobraba velocidad, el largo Holland giró bruscamente y apuntó directamente al *Dyname*. Su proa se elevó. Bell vio la boca oscura de un tubo abierto del que salió un torpedo Wheeler Mark 14.

El torpedo se sumergió.

Isaac Bell solo podía adivinar si doblar a la izquierda o a la derecha. No podía ver si el torpedo lo alcanzaría bajo el agua. Ni si estaba virando a la izquierda o a la derecha. El abundante oleaje borraba la estela que dejaba. El *Dyname* medía treinta metros de largo y tres de ancho. En cuanto girase, ofrecería un blanco más grande de costado. Si calculaba mal, la cabeza explosiva con TNT volaría el yate en pedazos. O'Shay se sumergiría para recargar cuando le viniera en gana y continuaría con su ataque.

Bell se dirigió todo recto.

El Holland lo vio venir y empezó a sumergirse, pero estaba descendiendo demasiado despacio para escapar de aquel casco de acero fino como un cuchillo que se le echaba encima a casi cuarenta nudos. Giró bruscamente a la derecha, la izquierda de Isaac Bell. El detective seguía sin poder ver la estela del torpedo, ni ningún rastro de burbujas.

—¡Agárrese, tío Donny! —gritó por el tubo acústico, y dobló a la izquierda para embestir.

Un destello de luz y una explosión a sus espaldas le indicaron que había calculado bien. Si no hubiera contraatacado, el torpedo lo habría hundido. En lugar de ello, el proyectil había detonado contra un impenetrable estribo de piedra del puente de Brooklyn, y ahora Bell estaba lo bastante cerca del Holland para ver sus remaches. Se preparó para el impacto empujando fuerte contra el timón un segundo antes de que chocara contra el submarino justo por debajo de la torre de mando. A la velocidad a la que viajaba el *Dyname*, Bell esperaba que atravesara el Holland y lo partiera por la mitad. Pero había calculado mal. Al elevar su puntiaguda proa del agua mientras sus nueve hélices giraban, el yate se encaramó al casco del Holland, lo atravesó por encima y se deslizó al agua acompañado de un chirrido de acero arrancado y remaches rotos.

Las hélices del *Dyname* siguieron dando vueltas y empujaron el yate a cientos de metros de la colisión antes de que Bell pudiera detenerlas. El Holland había desaparecido; Bell ignoraba si sumergido o hundido. Entonces el tío Donny levantó la cabeza para informar:

—La marea está creciendo.

—¿Puede darme vapor?

—No por mucho tiempo —contestó el anciano.

Bell rodeó el lugar de la colisión. Notaba que el agua estaba lastrando el casco del *Dyname*.

Siete minutos después de que el Holland se sumergiera, volvió a aparecer a escasa distancia.

Bell viró para embestir otra vez. El yate se resistió al timón. A duras penas logró que girase. De repente, la escotilla de la torre de mando del Holland se abrió. Cuatro hombres salieron con dificultad y saltaron al río. La corriente de la marea los arrastró debajo del puente. Ninguno de ellos era Ojos O'Shay, y el Holland estaba apuntando lenta pero inexorablemente al casco de ciento cuarenta metros del *New Hampshire*. A una distancia de menos de cuatrocientos metros, el espía no podía fallar.

Bell forcejeó con el timón y obligó al yate destrozado a tomar el rumbo para embestir. Movi6 la palanca del vapor y aceleró a la velocidad de emergencia. No hubo respuesta. Gritó por el tubo acústico.

—¡Deme todo el vapor que pueda, y salga antes de que se hunda!

Lo que quiera que el anciano hiciese en la sala de máquinas consiguió que el yate avanzara pesadamente a sacudidas. Bell se dirigió hacia el Holland, que se había parado, con la línea de flotación baja, mientras las olas del East River lamían el borde de su escotilla abierta. La hélice lo mantenía a flote contra la corriente. La proa del submarino estaba completando un giro, alineando su tubo lanzatorpedos con el *New Hampshire*.

Isaac Bell estrelló el *Dyname* contra el submarino. Las embarcaciones cabecearon una contra la otra cual boxeadores ensangrentados que lucharan tambaleándose con los puños desnudos en el último asalto. El yate desvió ligeramente al submarino más pesado y pasó rozándolo. Cuando el efecto del impacto disminuyó y el submarino empezó de nuevo a alinear su torpedo, Bell vislumbró a través de la escotilla abierta las manos de Ojos O'Shay manipulando los timones.

Saltó del puente de mando, se lanzó por encima de la barandilla del *Dyname* sobre el submarino y se metió por la escotilla.

El detective atravesó la escotilla como un martinete. Sus botas cayeron sobre los hombros de O'Shay. Al espía se le escaparon los timones de las manos. Arrojado a la sala de control situada debajo, se desplomó sobre la cubierta. Bell cayó de pie.

El olor a lejía —gas de cloro tóxico resultante de la mezcla de las vías de agua salada y el ácido de batería— le quemó en las fosas nasales y le escoció en los ojos. Medio cegado, atisbo la imagen borrosa de un angosto espacio, una parte mínima de un cuadrilátero de boxeo, con un techo abovedado tan bajo que tuvo que agacharse, y rodeado de mamparos llenos de tuberías, válvulas e indicadores.

O'Shay se levantó de un salto y atacó.

Isaac Bell recibió al espía con un fuerte rechazazo. O'Shay lo paró y lanzó un contragolpe, asestando un puñetazo que derribó al alto detective. Bell chocó contra el mamparo, se quemó el brazo con una tubería candente, rebotó en el borde afilado de un axiómetro, se raspó el cuero cabelludo con la brújula que sobresalía del techo y lanzó otro rechazazo.

El espía lo esquivó de nuevo con un brazo izquierdo tan fuerte como rápido y respondió con un contragolpe más letal que el primero. El golpe alcanzó a Bell en las costillas con la fuerza suficiente para lanzarlo hacia atrás contra las tuberías calientes. Las botas le resbalaron sobre la cubierta mojada, y se cayó.

El hedor a cloro era mucho más fuerte abajo, pues el gas pesaba más que el aire, y cuando Bell lo inhaló experimentó un ardiente dolor en la garganta y la sensación de que se estaba ahogando. Oyó que O'Shay gruñía del esfuerzo. El espía estaba lanzando una patada a su cabeza.

Bell esquivó todo el pie salvo el talón, que le recorrió la sien a toda velocidad, y rodó por la cubierta antes de levantarse. Rodeó al espía jadeando para tomar bocanadas de aire ligeramente más limpio. Estaban más igualados de lo que Bell había supuesto. Él tenía los brazos más largos, pero O'Shay era tan rápido y fuerte como él. La altura adicional de Bell era una clara desventaja en aquel reducido espacio.

Lanzó otro rechazazo, esta vez una finta, pero cuando O'Shay volvió a pararlo a la velocidad del rayo y lanzó un contragolpe, el alto detective estaba preparado para asestarle un potente izquierdazo que sacudió la cabeza del espía hacia atrás.

—Me has dado de casualidad —dijo O'Shay en tono de mofa.

—En Hell's Kitchen solo aprendiste a dar contragolpes —replicó Bell.

—En absoluto —dijo O'Shay.

Metió el pulgar en el chaleco y volvió a sacarlo, armado con una afilada gubia de acero inoxidable.

Bell se acercó lanzando combinaciones de golpes. La mayoría le acertaron, pero

era como dar puñetazos a un pesado saco de arena. O'Shay no se tambaleó en ningún momento, sino que se limitó a recibir los demoledores golpes mientras esperaba su oportunidad. Cuando se le presentó, la aprovechó propinando un tremendo golpe a Bell en el estómago.

El puñetazo dobló al detective. Antes de que Bell pudiera retroceder, O'Shay se acercó a él a una velocidad de vértigo y le rodeó el cuello con su fuerte brazo derecho.

Isaac Bell quedó atrapado por la llave. Tenía el brazo izquierdo inmovilizado entre los cuerpos de ambos. Con el derecho, trató de alcanzar la navaja de su bota, pero la gubia del pulgar de O'Shay describió un arco hacia su ojo. Bell renunció a coger la navaja y agarró la muñeca de O'Shay.

Enseguida se dio cuenta de que nunca había luchado cuerpo a cuerpo con un hombre más fuerte que él. Al mismo tiempo que él le sujetaba la muñeca con todas sus fuerzas, O'Shay acercaba cada vez más la afilada gubia a la cara de Bell hasta que le perforó la piel y empezó a arrastrarla a través de su mejilla, trazando un fino surco rojo hacia su ojo. Entretanto, el brazo derecho de O'Shay le apretaba cada vez más fuerte alrededor de la garganta, cortándole el flujo del aire a los doloridos pulmones y el de la sangre al cerebro. Oyó un rugido en los oídos. Destellos blancos desfilaron ante sus ojos. Se le empezó a nublar la vista y dejó de apretar la muñeca de O'Shay con la misma fuerza.

Trató de liberar su brazo izquierdo. O'Shay se movió ligeramente para mantenerlo sujeto.

Con la cabeza inmovilizada y agachada, Bell vio de repente que se encontraba ligeramente por detrás de O'Shay. Golpeó la parte posterior de la rodilla del espía con su rodilla. Esta se dobló, y O'Shay se inclinó hacia delante. Bell introdujo el hombro por debajo de él y se levantó como un pistón.

Elevó a O'Shay, tiró de él hacia abajo y golpeó al espía contra la cubierta con una fuerza demoledora. El fornido O'Shay siguió agarrando la cabeza de Bell, respiró hondo y derribó al detective con él hacia la concentración más densa del asfixiante gas. Sin embargo, el brazo izquierdo de Bell ya no estaba inmovilizado en medio de ellos. El detective golpeó con el codo a O'Shay en la nariz y le partió un hueso. Pero O'Shay seguía ahogándolo y la gubia seguía amenazando su ojo.

De repente, una cascada de agua fría cayó sobre los hombres enfrentados y levantó nuevas nubes de cloro de la enorme batería situada bajo la cubierta. El submarino se estaba inclinando, y el agua del río estaba entrando a través de la escotilla. Bell empujó con sus largas piernas, encontró un punto de apoyo y presionó la cabeza de O'Shay contra el mamparo lleno de tuberías calientes. O'Shay trató de apartarse retorciéndose. Bell lo mantuvo sujeto. El hedor a pelo quemado se volvió más fuerte que el olor a cloro, y por fin O'Shay dejó de apretarlo con tanta fuerza. Bell se soltó, esquivó un brutal tajo de la gubia y golpeó repetidamente con los puños mientras las olas entraban a raudales.

Se levantó con dificultad, se soltó de las manos de O'Shay lanzando patadas y salió por la escotilla. Vio unas luces que convergían. Había lanchas saliendo del astillero naval de Brooklyn y bajando del *New Hampshire*. El submarino se estaba hundiendo, el motor seguía retumbando, y la hélice seguía luchando contra la corriente. Una ola se elevó con fuerza por encima de la escotilla y arrastró a Bell a la parte trasera del submarino. Se apartó de la cubierta de la hélice empujando con el pie, y faltó poco para que lo arrollaran las palas, antes de verse arrojado hacia atrás por la estela.

O'Shay salió por la escotilla conteniendo las arcadas provocadas por el cloro. Se lanzó detrás de Bell; su rostro era una más cara de odio.

—Voy a matarte.

La hélice del Holland lo arrastró hasta sus palas giratorias.

La corriente del río se llevó rápidamente su torso por delante de Bell. La cabeza del gángster pasó a toda velocidad, mirando coléricamente al detective, hasta que el río la sumergió.

El submarino se volcó súbitamente de lado y se hundió bajo las olas. Isaac Bell pensó que él era el siguiente. Luchó por mantenerse a flote, pero estaba debilitado por el frío y le faltaba el aliento debido al gas venenoso. Una ola se encrespó por encima de él, y de repente el recuerdo del día que había conocido a Marion y que el suelo había temblado bajo sus pies invadió su mente. Los ojos le engañaban. El cabello tupido y brillante de ella se amontonaba sobre su cabeza. Un largo y fino mechón le caía casi hasta la cintura. Parecía delicada pero fuerte como un sauce, y alargaba el brazo hacia él.

Agarró la mano de Bell. Él apretó con fuerza y subió a la superficie. Entonces alzó la vista al sonriente rostro de un marinero con barba.

Cuando Isaac Bell se dio cuenta, estaba tumbado boca arriba en el fondo de un bote de madera. A su lado se encontraba el capitán Lowell Falconer. El héroe de Santiago parecía tan maltrecho como Bell se sentía, pero le brillaban los ojos.

—Se pondrá bien, Bell. Nos llevan a la enfermería.

A Bell le dolía el cuerpo al hablar y también le costaba respirar. La garganta le ardía.

—Será mejor que avisemos a los encargados de salvamento de que el Holland tiene como mínimo un torpedo operativo todavía en el tubo.

—Todavía en el tubo gracias a usted.

La lancha chocó contra un muelle.

—¿Qué son esas luces? —preguntó Bell.

El cielo estaba blanco debido a ellas.

—En el Buque 44 trabajan día y noche.

—Bien.

—¿«Bien»? —repitió Lowell Falconer—. ¿Lo único que se le ocurre decir es «bien»?

Isaac Bell pensó detenidamente. Acto seguido sonrió.

—Lamento lo de su yate.

Servicio a distancia

Diez años después

Mar del Norte, costa de Alemania

La niebla cegaba a los soldados alemanes que buscaban al espía estadounidense.

Brotaba de las turberas de Friesland al aire matutino, se acumulaba debajo de los árboles y cubría el suelo llano. Se suponía que duraba hasta que el sol la disipaba a media mañana, pero un viento salado del Mar del Norte la atenuó al soplar hacia el interior. Isaac Bell vio que la luz del día penetraba en ella y dejaba ver campos entrecruzados por zanjas, árboles dispuestos a lo largo de vallas y, a lo lejos, un cobertizo para botes junto a un canal. Un bote le vendría muy bien ahora.

Bell vio su propia cara en un cartel de se busca clavado en el cobertizo.

Tenía que entregárselo al departamento de inteligencia militar del káiser. Tres días después de haber desembarcado, el ejército alemán había fijado su imagen en cada árbol y cada granero entre Berlín y la costa. Mil marcos de recompensa, cinco mil quinientos dólares, una fortuna a los dos lados del Atlántico. El fugitivo de rostro adusto de la *Steckbrief* guardaba un parecido general con él. Aunque no tenían ninguna fotografía, solo con el testimonio de un centinela del astillero para submarinos de la base naval de Wilhelmshaven, el dibujante había captado el porte decidido de su mentón y sus labios y el aspecto duro y enjuto de un hombre con más músculo que carne. Afortunadamente, en el texto de la descripción decía que tenía cabello y bigote rubios y ojos azules, unos rasgos que coincidían con los de la mayoría de los hombres de la región sajona. Aunque pocos eran tan altos.

Ahora que Estados Unidos estaba luchando contra Alemania en la Guerra Mundial, su ropa —una mezcla de partes de uniformes— y la muleta que llevaba como veterano herido, garantizaban que le dispararían por espía si lo atrapaban. Tampoco podía esperar piedad después de haber dibujado un mapa del astillero del que salían los más modernos submarinos —muchísimo más potentes que los viejos Holland y fuertemente armados— que repentina e inesperadamente estaban dando la victoria a Alemania en la guerra. Un mapa que no servía de nada hasta que lo entregara al Sexto Escuadrón de Batalla de Estados Unidos que navegaba mar adentro.

El canal era estrecho, y los juncos plantados a ambos lados para proteger las orillas de las estelas tendían a retener la niebla. Remó tres kilómetros hasta Wilhelmshaven, abandonó el bote para evitar a los centinelas de la base naval y robó otro. En el puerto, la niebla siguió colaborando, todavía irregular, fina por momentos y luego más densa gracias a las nubes de humo de carbón procedentes de unos cien buques de guerra.

Había marea baja. La entrada del puerto era poco profunda, y la base naval de Wilhelmshaven estaba llena de chimeneas y mástiles de los cruceros de la Flota de Alta Mar, los cruceros de combate y los acorazados que esperaban a que subiera la marea. Pero los torpederos con quillas de poco calado podían partir, lo que significaba que para escapar Bell necesitaba una embarcación muy rápida y lo bastante pequeña para poder manejarla solo, lo que descartaba los remolcadores, las barcas, las lanchas y las gabarras de pesca.

La información proporcionada por un detective de Van Dorn, que había pasado a la clandestinidad cuando la oficina de Berlín había cerrado por la guerra, señalaba la ubicación exacta de una lancha motora armada MAS de quince metros fabricada en Italia que había sido confiscada. Bell la había visto al entrar y seguía allí, a la oscura sombra de un acorazado.

Rezó para que hubiera más niebla, y su plegaria fue atendida tan rápido que solo dispuso de un instante para localizar la posición de la lancha motora con la brújula antes de que todas las embarcaciones del puerto quedaran cubiertas hasta la parte superior del mástil. Remó, consultando repetidamente la brújula en el asiento de al lado, y trató de evaluar la corriente. Pero dar con un objetivo de quince metros a cuatrocientos metros de distancia era imposible, y no supo por cuánto había fallado hasta que chocó con estruendo contra el costado blindado del acorazado.

El vago vislumbre de unos cañones de treinta centímetros en lo alto indicaba que estaba cerca de su proa, y remó sin hacer ruido junto a la embarcación hasta que encontró la lancha motora. Subió a bordo, confirmó que no había ningún tripulante y desató todas las amarras menos una. A continuación inspeccionó los motores, un par de máquinas de gasolina perfectamente compactas, como era de esperar en los italianos. Averiguó cómo arrancarlos, cebó las bombas de combustible y soltó la última amarra. Empleando uno de los remos, se alejó poco a poco del acorazado y esperó a que el sol empezara a disipar la niebla. En el momento en que pudo ver y ser visto, arrancó los motores, que hacían tanto ruido como su viejo Locomobile.

Cuando llegó a la estrecha boca del puerto, los alemanes ya sabían que pasaba algo, aunque ignoraban de qué se trataba exactamente. La confusión y la niebla aún espesa le permitieron ganar unos instantes preciosos, y cuando unos individuos empezaron a dispararle con unos rifles, surcaba el agua con gran estrépito a casi treinta nudos. Pasó por delante de unas lanchas patrulleras atrayendo más disparos, algunos extraordinariamente certeros. Seis kilómetros más allá de la boya del mar, miró hacia atrás. La niebla se estaba volviendo más fina, su espesura era la de una neblina, y le pareció ver unas columnas de humo: tres o cuatro torpederos que venían detrás de él con cañones de diez centímetros en la popa.

Cuanto más se alejaba de la costa, más encrespado estaba el mar, lo que le obligaba a ir más despacio. Los torpederos empezaron a ganar terreno. A unos cinco kilómetros, abrieron fuego, y si se salvó fue porque la lancha motora de quince metros era un blanco minúsculo. A tres kilómetros, los proyectiles empezaron a

acercarse de forma inquietante, y Bell comenzó a navegar en zigzag, lo que dificultaba la puntería de los disparos pero disminuía el ritmo de su travesía, y pronto los torpederos estaban tan cerca que podía ver a los hombres que manejaban los cañones de proa.

Miró al frente entornando los ojos, esforzándose por ver humo o la alta y borrosa columna de un mástil de observación.

Un proyectil de diez centímetros hendió el aire con un silbido ensordecedor y salpicó delante de él. La niebla ya se había despejado. En el cielo había pedazos de azul. Podía ver claramente el primer torpedero y otros dos detrás de él. Observó que la embarcación chapoteaba junto a él y botaba como una piedra saltarina.

Frente a sus ojos, el cielo se volvió azul y quedó súbitamente dividido verticalmente por una columna de humo, como partido por una espada oscura. Oyó los rápidos estampidos de unos cañones de fuego graneado de doce centímetros. Los proyectiles pasaron por encima de él. Las salpicaduras formaron un arco sobre el primer torpedero, y las tres embarcaciones dieron la vuelta y huyeron hacia la costa.

Entonces Bell vio a su salvador avanzando hacia él. A las velocidades combinadas de su lancha y de la otra embarcación, solo pasaron unos minutos hasta que reconoció los familiares mástiles de observación, las antenas de radio y los cañones de treinta y cinco centímetros del buque de guerra estadounidense de veintisiete mil toneladas *New York*.

A los pocos minutos, Bell había recibido ayuda para subir a la cubierta principal. Unos marineros lo acompañaron a la base de un mástil de observación. Entregó el mapa al comandante del Sexto Escuadrón, el contraalmirante Lowell Falconer con una sonrisa de oreja a oreja, quien lo cogió con su mano mutilada, lo examinó impacientemente y dio órdenes.

—Ayudaré a los muchachos del mástil a localizar señales fijas —dijo Bell.

Un marinero que tenía la mitad de su edad se ofreció a ayudarle a subir por el mástil.

—Gracias —dijo Bell—. Ya he estado en uno de estos.

Los cañones de treinta y cinco centímetros del *New York*, diseñados por Arthur Langner, estaban montados sobre unas torretas especiales que habían sido perfeccionadas por los seguidores de Langner. Podían elevarse y adoptar extraordinarios ángulos, lo que aumentaba enormemente el alcance de los cañones. Un innovador sistema de control de tiro desarrollado por el equipo de Grover Lakewood calculó la distancia hasta el astillero del submarino alemán. Tronaron salvas. Unos proyectiles de gran potencia surcaron el cielo hacia la lejana costa.

Para entonces, había subido la marea. Cruceros de combate alemanes salieron del puerto. Eran rápidos y estaban fuertemente armados, pero su blindaje no estaba a la altura del blindaje del acorazado *New York*, y mantuvieron la distancia hasta que un par de acorazados alemanes de envergadura aparecieron en el horizonte. Los marineros que flanqueaban a Bell en la cofa de observación se cruzaron miradas de

inquietud.

Los acorazados alemanes se aproximaban. El estadounidense siguió bombardeando su objetivo.

Finalmente, unas montañas de humo marcaron las ruinas del astillero de submarinos.

Falconer ordenó lo que describió a Bell como una «retirada prudencial».

Los barcos alemanes disparaban a una distancia extrema, pero los proyectiles se quedaban cortos y llegaban demasiado tarde. Equipado con el último modelo de turbinas MacDonalld en sustitución del motor alternativo original, el *New York* los dejó atrás.

Mientras el acorazado estadounidense se dirigía al puerto de Scapa Flow en las islas Orcadas, en el norte de Escocia, el almirante Falconer invitó a Isaac Bell a su camarote privado bajo el puente de mando. La Marina de Estados Unidos no disponía de bebida, pues el alcohol estaba prohibido, pero Bell había llevado una petaca, y brindaron por la victoria.

—Esta huida no aparecerá en los libros de historia —dijo Falconer a Bell, añadiendo una carcajada que hizo que los envidiosos almirantes británicos desearan disparar a Bell por eclipsarlos.

—Dícales que pueden estar tranquilos —dijo Bell sonriendo—, que los detectives privados ofrecen servicios privados.

Un carpintero del barco llamó a la puerta y entró con un mazo y unos escoplos de acero. Falconer señaló la placa del fabricante, que rezaba: NEW YORK. ASTILLERO NAVAL DE BROOKLYN.

—Hágame el favor de aflojar eso.

—¡Sí, almirante!

El carpintero rodeó el borde de la placa con el escoplo, y cuando estuvo lo bastante suelta para levantarla del mamparo haciendo palanca, Falconer lo despachó. Una vez a solas con Bell, la desprendió. Debajo de ella, unos caracteres en relieve soldados al acero rezaban: «Buque 44».

Una semana más tarde, Bell bajó del tren procedente de Escocia y salió de la estación de Euston a las calles de Londres, que parecían agotadas tras una larguísima guerra.

El alto detective apartó la cara de una cámara de los noticiarios y esquivó un furgón postal tirado por un caballo. Se detuvo a admirar una limusina Rolls-Royce Lawton de 1911. Su elegante contorno se veía empañado por la bolsa de gas que tenía sobre el techo. La limusina había sido reformada para consumir gas de hulla, debido a la escasez de petróleo causada por el hundimiento de petroleros llevado a cabo por los submarinos alemanes.

El Rolls-Royce paró delante de él.

El anciano chófer, demasiado viejo para luchar en las trincheras, bajó del

vehículo, saludó a Isaac Bell y abrió la puerta del compartimento del pasajero. Una hermosa mujer con el cabello rubio pajizo, figura curvilínea y unos ojos de color verde coral se dirigió a él con una voz llena de alegría y alivio.

—Tenemos mucha suerte de que hayas vuelto.

Dio unos golpecitos en el asiento de al lado.

Una esmeralda brillaba en su dedo anular, misteriosa como el ojo de un gato.